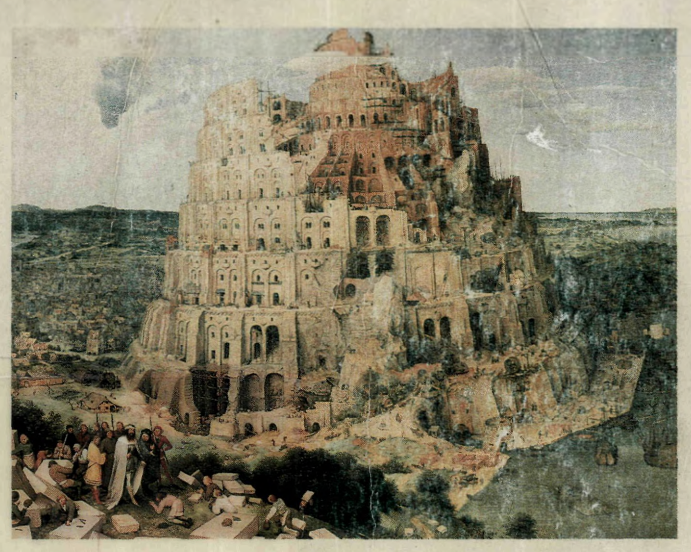


E.J. HOBSBAWM

NACIONES Y NACIONALISMO DESDE 1780



«Supongamos que un día, después de una guerra nuclear, un historiador intergaláctico aterriza en un planeta muerto —nos dice el profesor Hobsbawm—. Nuestro observador, después de estudiar un poco, sacará la conclusión de que los últimos dos siglos de la historia humana del planeta Tierra son incomprensibles si no se entiende un poco el término *nación* y el vocabulario que de él se deriva. Este término parece expresar algo importante en los asuntos humanos. Pero, ¿exactamente qué? Ahí radica el misterio».

Para poner en claro este misterio Hobsbawm no nos ofrece uno más de tantos análisis especulativos sobre el concepto de nación, o de esos ensayos globales con una sumaria apoyatura histórica que han proliferado en los últimos años, sino que procede a hacer un cuidadoso análisis histórico de la evolución de la nación moderna en los últimos doscientos años, desde el protonacionalismo popular hasta la actualidad, procurando distinguir cuidadosamente lo que es historia real de lo que no pasa de ser «mitología programática», y poniendo de relieve, en su último capítulo, la contradicción que parece existir entre la actual reafirmación política de las nacionalidades y la lógica de la integración económica que las empuja, como en el caso de la Comunidad Económica Europea, a una supranacionalidad creciente. De hecho, esta edición española ha podido beneficiarse de correcciones de última hora del autor, que la ha actualizado respecto del original inglés, lo cual acrecienta, si cabe, el interés de un libro polémico por sus posiciones, pero que representa el primer intento serio y riguroso de hacer una historia del nacionalismo moderno desde la perspectiva de nuestro tiempo.

Eric J. Hobsbawm es profesor emérito de historia social y económica del Birkbeck College, Universidad de Londres. Entre sus libros figuran *Trabajadores* (Crítica, 1979), *El mundo del trabajo* (Crítica, 1987), *Las revoluciones burguesas* (Labor, 1987[11]), *Industria e imperio* (Ariel, 1988[3]), *Rebeldes primitivos* (Ariel, 1983).

E. J. HOBSBAWM

NACIONES Y NACIONALISMO DESDE 1780

Traducción castellana de
JORDI BELTRAN

Editorial Crítica, Barcelona
Año de Edición: 1991
Impreso en España
ISBN : 8474235154

PREFACIO

El presente libro se basa en las Conferencias Wiles que tuve el honor de dar en la Queen's University de Belfast en mayo de 1985. El lugar sugirió el tema. El contenido de las cuatro conferencias que como profesor visitante me comprometí a dar es un tanto concentrado y, para mayor comodidad, aparece ahora en cinco capítulos de extensión desigual, una introducción y algunas reflexiones a modo de conclusión. También se ha revisado el manuscrito, en parte para tener en cuenta material posterior, pero principalmente en vista de los debates sostenidos con el grupo de expertos invitados, lo cual es uno de los principales atractivos de las Conferencias Wiles para los que tienen la suerte de darlas. Estoy agradecido a todos los que organizaron las conferencias y a los que participaron en los debates, y, en especial, a Perry Anderson, John Breuilly, Judith Brown, Ronan Fanning, Miroslav Hroch, Victor Kiernan, Joe Lee, Shula Marks, Terence Ranger y Göran Therborn, por sus críticas y su estímulo y especialmente por hacerme pensar más en el nacionalismo no europeo. Sin embargo, me he concentrado principalmente en el siglo XIX *y comienzos del* XX, *período en que el tema es más bien eurocéntrico o, en todo caso, se centra en las regiones «desarrolladas». Como llevo algún tiempo hablando y haciendo preguntas acerca de naciones y nacionalismo, hay muchos otros que me han dado ideas, información o referencias bibliográficas que, de no ser por ellos, se me hubieran pasado por alto. Arriesgándome a ser injusto, señalaré a Kumari Jayawardene y los otros estudiosos del sur de Asia que colaboran con el World Institute for Development Economics Research en Helsinki, así como a mis colegas y alumnos de la New School for Social Research de Nueva York, que han oído y comentado una parte de este material. La preparación del libro fue en gran medida posible gracias a una* Leverhulme Emeritus Fellowship, *y quisiera expresar mi aprecio por esta generosa ayuda que me prestó el Leverhulme Trust.*

«La cuestión nacional» es un tema notoriamente controvertido. No he procurado que lo fuera menos. Sin embargo, espero que las presentes conferencias, en su versión impresa, contribuyan a fomentar el estudio de los fenómenos históricos que tratan de abordar.

En esta edición española, he ampliado y modificado ligeramente el capítulo 6 para tomar en consideración los acontecimientos acaecidos desde que finalicé la redacción del texto de la primera edición de la presente obra en 1989.

E. J. H.

Londres, 1991

INTRODUCCIÓN

Supongamos que un día, después de una guerra nuclear, un historiador intergaláctico aterriza en un planeta muerto con el propósito de investigar la causa de la lejana y pequeña catástrofe que han registrado los sensores de su galaxia. El historiador o la historiadora —me abstengo de especular acerca del problema de la reproducción fisiológica extraterrestre— consulta las bibliotecas y los archivos terrestres que se han conservado, toda vez que la tecnología del armamento nuclear avanzado se ha pensado para destruir a las personas en lugar de las propiedades. Nuestro observador, después de estudiar un poco, sacará la conclusión de que los últimos dos siglos de la historia humana del planeta Tierra son incomprensibles si no se entiende un poco el término «nación» y el vocabulario que de él se deriva. Este término parece expresar algo importante en los asuntos humanos. Pero, ¿exactamente qué? Ahí radica el misterio. Habrá leído a Walter Bagehot, que presentó la historia del siglo XIX como la historia de la «construcción de naciones», pero que, con su habitual sentido común, también comentó: «Sabemos lo que es cuando no nos lo preguntáis, pero no podemos explicarlo ni definirlo muy rápidamente».[1] Puede que esto sea cierto para Bagehot y para nosotros, pero no lo es para historiadores extragalácticos que no poseen la experiencia humana que, al parecer, hace que la idea de «nación» sea tan convincente.

Creo que, gracias a la literatura de los últimos quince o veinte años, sería posible dar al historiador en cuestión una breve lista de lecturas que le ayudarían —a él, a ella o a ello— con el análisis deseado y que complementarían la monografía «Nationalism: a trend report and bibliography», de A. D. Smith, que contiene la mayoría de las referencias en este

1. Walter Bagehot, *Physics and politics*, Londres, 1887, pp. 20-21.

campo hasta esa fecha.[2] Lo cierto es que uno no desearía recomendarle mucho de lo escrito en períodos anteriores. Nuestra lista de lecturas contendría muy poco de lo que se escribió en el período clásico del liberalismo decimonónico, por razones que seguramente resultarán claras más adelante, pero también porque en aquella época se escribió muy poco que no fuera retórica nacionalista y racista. Y la mejor obra que se produjo a la sazón fue, de hecho, muy breve, como los pasajes que John Stuart Mill dedica al tema en *Del gobierno representativo*, y la famosa conferencia de Ernest Renan titulada «¿Qué es una nación?».[3]

La lista contendría algunas lecturas históricamente necesarias, así como algunas optativas que datan del primer esfuerzo serio por aplicar un análisis desapasionado al asunto, los importantes y subvalorados debates entre los marxistas de la segunda internacional acerca de lo que ellos denominaron «la cuestión nacional». Veremos más adelante por qué los mejores cerebros del movimiento socialista internacional —y había en él algunas inteligencias poderosísimas— se aplicaron a este problema: Kautsky y Luxemburg, Otto Bauer y Lenin, por citar sólo unos pocos.[4] Probablemente contendría algo de Kautsky, ciertamente *Die Nationalitätenfrage*, de Otto Bauer, pero también necesitaría contener *El marxismo y la cuestión nacional*, de Stalin, no tanto por sus méritos intelectuales, que son modestos pero no despreciables —aunque un poco derivativos—, sino más bien por la influencia política que tuvo más adelante.[5]

A mi juicio, no merecería contener muchas cosas de la época de los

2. A. D. Smith, «Nationalism. A trend report and bibliography», *Current Sociology*, XXI, 3 (La Haya y París, 1973). Véanse también las bibliografías en el mismo autor, *Theories of nationalism*, Londres, 1983[2], y *The ethnic origins of nations*, Oxford, 1986. El profesor Anthony Smith es actualmente el guía principal en este campo para los lectores en lengua inglesa.

3. Ernest Renan, *Qu'est ce que c'est une nation?* (Conferencia dada en la Sorbona el 11 de marzo de 1882), París, 1882; John Stuart Mill, *Considerations on representative government*, Londres, 1861, cap. XVI (hay trad. cast. en Tecnos, Madrid, 1985).

4. Para una buena introducción, que incluye una selección de escritos de los principales autores marxistas de la época, Georges Haupt, Michel Lowy y Claudie Weill, *Les marxistes et la question nationale 1848-1914*, París, 1974. Otto Bauer, *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, Viena, 1907 (la segunda edición de 1924 contiene una importante introducción nueva). Para un intento reciente, Horace B. Davis, *Toward a Marxist theory of nationalism*, Nueva York, 1978.

5. El texto de 1913 se publicó junto con escritos posteriores en I. Stalin, *Marxism and the national and colonial question*, Londres, 1936, en un volumen que ejerció mucha influencia internacional, no sólo entre los comunistas, sino sobre todo en el mundo dependiente (hay trad. cast.: *El marxismo y la cuestión nacional*, Anagrama, Barcelona, 1977).

que han sido llamados «los dos padres fundadores» del estudio académico del nacionalismo, después de la primera guerra mundial: Carleton B. Hayes y Hans Kohn.[6] No tiene nada de raro que este tema atrajese la atención en un período en que el mapa de Europa por primera vez —y luego se vio que por última también— se trazó de nuevo de acuerdo con el principio de nacionalidad, y en que el vocabulario del nacionalismo europeo llegó a ser adoptado por nuevos movimientos de liberación en las colonias, o reivindicativos en el Tercer Mundo, a los cuales Hans Kohn al menos prestó mucha atención.[7] Tampoco cabe duda alguna de que los escritos de ese período contienen gran cantidad de material sacado de la literatura anterior, lo cual puede ahorrarle al estudiante mucha lectura primaria. La razón principal de que una parte tan grande de todo esto haya perdido vigencia estriba en que la principal innovación del período, que, dicho sea de paso, los marxistas habían anticipado, se ha vuelto cosa corriente, excepto entre los nacionalistas. Ahora sabemos —y en no poca medida gracias a los esfuerzos de la época Hayes-Kohn— que las naciones no son, como pensaba Bagehot, «tan antiguas como la historia».[8] El sentido moderno de la palabra no se remonta más allá del siglo XVIII, predecesor más, predecesor menos. La literatura académica referente al nacionalismo se multiplicó, pero no hizo grandes avances en los decenios siguientes. Algunos considerarían una importante añadidura a la misma la obra de Karl Deutsch, que recalcó el papel de la comunicación en la formación de naciones, pero a mí este autor no me parece indispensable.[9]

No acaba de estar claro por qué la literatura referente a las naciones y al nacionalismo inició una fase tan fructífera hace ahora unos veinte años, y, de hecho, el interrogante sólo se les plantea a los que creen que fue así. Esta no es aún una opinión aceptada universalmente. Estudiaremos el problema en el último capítulo, aunque no con gran detalle. En todo caso, la opinión de este autor es que el número de obras que realmente arrojan luz sobre lo que son las naciones y los movimientos nacionales, así como

6. Carleton B. Hayes, *The historical evolution of modern nationalism*, Nueva York, 1931, y Hans Kohn, *The idea of nationalism. A study in its origin and background*, Nueva York, 1944, contienen valioso material histórico. La expresión «padres fundadores» procede del valioso estudio de historia filológica y conceptual, A. Kemiläinen, *Nationalism. Problems concerning the word, the concept and classification*, Jyväskylä, 1964.

7. Véase su *History of nationalism in the East*, Londres, 1929; *Nationalism and imperialism in the Hither East*, Nueva York, 1932.

8. Bagehot, *Physics and politics*, p. 83.

9. Karl W. Deutsch, *Nationalism and social communication. An enquiry into the foundations of nationality*, Cambridge, Massachusetts, 1953.

el papel que interpretan en el devenir histórico, es mayor en el período 1968-1988 que en cualquier período anterior con el doble de duración. El texto que sigue a la presente introducción debería dejar claro cuáles de ellas me han parecido especialmente interesantes, pero tal vez convenga mencionar unos cuantos títulos importantes, entre los cuales el autor se abstiene de incluir sus propios escritos, exceptuando uno de ellos.[10] La siguiente lista breve puede servir de introducción a este campo. Es una lista alfabética de autores, con la salvedad de la obra de Hroch, que inauguró la nueva era del análisis de la composición de los movimientos de liberación nacional.

Hroch, Miroslav, *Social preconditions of national revival in Europe*, Cambridge, 1985. Combina las conclusiones de dos obras que el autor publicó en Praga en 1968 y 1971.

Anderson, Benedict, *Imagined communities*, Londres, 1983.

Armstrong, J., *Nations before nationalism*, Chapel Hill, 1982.

Breuilly, J., *Nationalism and the state*, Manchester, 1982.

Cole, John W., y Eric R. Wolf, *The hidden frontier: ecology and ethnicity in an Alpine valley*, Nueva York y Londres, 1974.

Fishman, J., ed., *Language problems of developing countries*, Nueva York, 1968.

Gellner, Ernest, *Nations and nationalism*, Oxford, 1983.

Hobsbawm, E. J., y Terence Ranger, eds., *The invention of tradition*, Cambridge, 1983 [hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo, Vic, 1989].

Smith, A. D., *Theories of nationalism*, Londres, 1983[2].

10. Son, además de capítulos sobre el tema en *The age of revolution 1789-1848*, 1962 (hay trad. cast.: *Las revoluciones burguesas*, Labor, Barcelona, 1987[11]), *The age of capital 1848-1875* (hay trad. cast.: *La era del capitalismo*, Labor, Barcelona, 1989), y *The age of empire 1875-1914*, 1987: «The attitude of popular classes towards national movements for independence» (Partes celtas de Gran Bretaña), en Commission Internationale d'Histoire des Mouvements Sociaux et Structures Sociales, *Mouvements nationaux d'indépendance et classes populaires aux* XIX*e et* XX*e siècles en Occident et en Orient*, 2 vols., París, 1971, vol. I, pp. 34-44; «Some reflections on nationalism», en T. J. Nossiter, A. H. Hanson, Stein Rokkan, eds., *Imagination and precision in the social sciences: Essays in memory of Peter Nettl*, Londres, 1972, pp. 385-406; «Reflections on "The break-up of Britain"», *New Left Review*, 105, 1977; «What is the worker's country?», cap. 4 de mi *Worlds of labour*, Londres, 1984 (hay trad. cast.: *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987); «Working-class internationalism», en F. van Holthoon y Marcel van der Linden, eds., *Internationalism in the labour movement*, Leiden-Nueva York-Copenhague-Colonia, 1988, pp. 2-16.

Szücs, Jenö, *Nation und Geschichte: Studien*, Budapest, 1981.
Tilly, C., ed., *The formation of national states in Western Europe*, Princeton, 1975.

No puedo resistir la tentación de añadir a estos títulos un brillante ensayo escrito desde dentro de la identificación subjetiva con una «nación», pero con un raro sentido de su contexto y maleabilidad históricos: Gwyn A. Williams, «When was Wales?», en *The Welsh in their history*, Londres y Camberra, 1982.

La mayor parte de esta literatura ha girado en torno a este interrogante: ¿Qué es una nación (o la nación)? Porque la característica principal de esta forma de clasificar a los grupos de seres humanos es que, a pesar de que los que pertenecen a ella dicen que en cierto modo es básica y fundamental para la existencia social de sus miembros, o incluso para su identificación individual, no es posible descubrir ningún criterio satisfactorio que permita decidir cuál de las numerosas colectividades humanas debería etiquetarse de esta manera. Esto no es sorprendente en sí mismo, porque si consideramos «la nación» como una novedad muy reciente en la historia humana, así como fruto de coyunturas históricas concretas, e inevitablemente localizadas o regionales, sería de esperar que apareciese inicialmente, por así decirlo, en unas cuantas colonias de asentamiento en vez de en una población distribuida de forma general por el territorio del mundo. Pero el problema es que no hay forma de decirle al observador cómo se distingue una nación de otras entidades *a priori*, del mismo modo que podemos decirle cómo se reconoce un pájaro o cómo se distingue un ratón de un lagarto. Observar naciones resultaría sencillo si pudiera ser como observar a los pájaros.

Han sido frecuentes los intentos de determinar criterios objetivos de nacionalidad, o de explicar por qué ciertos grupos se han convertido en «naciones» y otros no, basándose en criterios únicos tales como la lengua o la etnicidad o en una combinación de criterios tales como la lengua, el territorio común, la historia común, rasgos culturales o lo que fuera. La definición de Stalin es probablemente la más conocida entres estas, pero en modo alguno la única.[11] Todas estas definiciones objetivas han fraca-

11. «Una nación es una comunidad estable, fruto de la evolución histórica, de lengua, territorio, vida económica y composición psicológica que se manifiesta en una comunidad de cultura», I. Stalin, *Marxism and the national and colonial question*, p. 8. El original fue escrito en 1912.

sado, por la obvia razón de que, como sólo algunos miembros de las numerosas entidades que encajan en tales definiciones pueden calificarse de «naciones» en un momento dado, siempre cabe encontrar excepciones. O bien los casos que se ajustan a la definición evidentemente no son «naciones» (o no lo son todavía) ni poseen aspiraciones nacionales, o las «naciones» indudables no concuerdan con el criterio o la combinación de criterios. A decir verdad, ¿cómo podría ser de otro modo, dado que lo que tratamos de hacer es encajar unas entidades históricamente nuevas, nacientes, cambiantes, que, incluso hoy día, distan mucho de ser universales, en una estructura de permanencia y universalidad?

Asimismo, como veremos, los criterios que se usan con este propósito —la lengua, la etnicidad o lo que sea— son también borrosos, cambiantes y ambiguos, y tan inútiles para que el viajero se oriente como las formas de las nubes son inútiles comparadas con los accidentes del terreno. Esto, desde luego, hace que sean utilísimos para fines propagandísticos y programáticos, aunque muy poco descriptivos. Quizá esto quede claro con un ejemplo del uso nacionalista de una de tales definiciones «objetivas» en la política reciente de Asia:

> El pueblo de habla tamil de Ceilán constituye una nación que se distingue de la de los cingaleses según todos los criterios fundamentales de nacionalidad, primero, el de un pasado histórico independiente en la isla que, como mínimo, sea tan antiguo y tan glorioso como el de los cingaleses; en segundo lugar, por el hecho de ser una entidad lingüística totalmente diferente de la de los cingaleses, con una herencia clásica no superada y un desarrollo moderno de la lengua que hace que el tamil sea plenamente apropiado para todas las necesidades actuales; y, finalmente, por tener su morada territorial en zonas definidas.[12]

El propósito de este pasaje es claro: exigir la autonomía o la independencia para una región que, según se describe, ocupa «más de un tercio de la isla» de Sri Lanka, basándose en el nacionalismo tamil. Nada más de lo que contiene el pasaje se ajusta a la realidad. Oculta el hecho de que la morada territorial consiste en dos zonas separadas geográficamente y pobladas por gentes de habla tamil de orígenes diferentes (indígenas y trabajadores indios que han inmigrado en época reciente, respectivamente);

12. Ilankai Tamil Arasu Kadchi, «The case for a federal constitution for Ceylon», Colombo, 1951, citado en Robert N. Kearney, «Ethnic conflict and the Tamil separatist movement in Sri Lanka», *Asian Survey*, 25 (9 de septiembre de 1985), p. 904.

que la región de asentamiento tamil continuo también se halla habitada, en ciertas zonas, por hasta una tercera parte de cingaleses, y hasta un 41 por 100 de gentes que hablan tamil rehúsan considerarse tamiles nativos y prefieren identificarse como musulmanes (los «moros»). De hecho, incluso dejando aparte la región central de inmigrantes, no está nada claro que el territorio de asentamiento tamil continuo e importante, que comprende zonas de sólida población tamil (del 71 al 95 por 100: Batticaloa, Mullaitivu, Jaffna) y zonas donde los tamiles que se autoidentifican forman el 20 o el 33 por 100 (Amparal, Trincomalee), deba considerarse como un solo espacio, excepto en términos puramente cartográficos. De hecho, en las negociaciones que pusieron fin a la guerra civil de Sri Lanka en 1987, la decisión de considerar dicha región como un solo espacio fue una clara concesión política a las exigencias de los nacionalistas tamiles. Como ya hemos visto, la «entidad lingüística» oculta el hecho indiscutible de que los tamiles indígenas, los inmigrantes indios y los moros son —hasta ahora— una población homogénea en el sentido filológico y no en ningún otro, y, como veremos, probablemente ni siquiera en este sentido. En cuanto al «pasado histórico independiente», es casi seguro que la expresión es anacrónica, constituye una petición de principio o es tan vaga que no tiene sentido. Puede objetarse, por supuesto, que los manifiestos obviamente propagandísticos no deben estudiarse con detenimiento como si fueran aportaciones a las ciencias sociales, pero lo cierto es que casi cualquier clasificación de alguna comunidad como «nación», basándose en tales criterios pretendidamente objetivos, estaría expuesta a objeciones parecidas, a menos que el hecho de ser una «nación» pudiera probarse basándose en otros criterios.

Pero, ¿cuáles son estos otros criterios? La alternativa de una definición objetiva es una definición subjetiva, ya sea colectiva (por el estilo de «una nación es un plebiscito diario», como dijo Renan) o individual, al modo de los austromarxistas, para quienes la «nacionalidad» podía atribuirse a personas, con independencia de dónde y con quién vivieran, al menos si optaban por reclamarla.[13] Ambos son intentos evidentes de eludir las limitaciones del objetivismo apriorístico, en ambos casos, aunque de manera diferente, adaptando la definición de «nación» a territorios en

13. Karl Renner comparó específicamente la pertenencia del individuo a una nación con su pertenencia a una confesión religiosa, es decir, una condición «libremente elegida, *de jure*, por el individuo que ha alcanzado la mayoría de edad, y, en nombre de los menores de edad, por sus representantes legales». Synopticus, *Staat und Nation*, Viena, 1899, pp. 7 y ss.

los cuales coexisten personas cuya lengua u otros criterios «objetivos» son diferentes, como hicieron en Francia y en el imperio Habsburgo. Ambos se exponen a la objeción de que definir una nación por la conciencia de pertenecer a ella que tienen sus miembros es tautológico y proporciona solamente una orientación *a posteriori* de lo que es una nación. Además, puede conducir a los incautos a extremos de voluntarismo que induzcan a pensar que lo único que se necesita para ser, para crear o para volver a crear una nación es la voluntad de serlo: si un número suficiente de habitantes de la isla de Wight quisiera ser una nación «wigthtiana», habría una.

Si bien esto ha dado origen a algunos intentos de edificar naciones elevando la conciencia, especialmente desde el decenio de 1960, no es una forma legítima de criticar a observadores tan avanzados como Otto Bauer y Renan, que sabían perfectamente bien que las naciones también tenían elementos objetivos en común. Sin embargo, insistir en la conciencia o en la elección como criterio de la condición de nación es subordinar insensatamente a una sola opción las complejas y múltiples maneras en que los seres humanos se definen y redefinen a sí mismos como miembros de grupos: la elección de pertenecer a una «nación» o «nacionalidad». Política o administrativamente, hoy día esa elección debe hacerse viviendo en estados que den pasaportes o que en sus censos hagan preguntas sobre la lengua. Con todo, incluso en la actualidad es perfectamente posible que una persona que viva en Slough se considere a sí misma, según las circunstancias, como —pongamos por caso— ciudadano británico, o (ante otros ciudadanos de piel diferente) como india, o (ante otros indios) como gujarati, o (ante hindúes o musulmanes) como un jainista, o como miembro de determinada casta o relación de parentesco, o como alguien que en casa habla hindi en vez de gujarati, o, sin duda, de otras maneras. Tampoco es posible, a decir verdad, reducir siquiera la «nacionalidad» a una sola dimensión, ya sea política, cultural o de otro tipo (a menos, por supuesto, que uno se vea obligado a hacerlo por la fuerza mayor de los estados). Las personas pueden identificarse como judías aun cuando no compartan la religión, la lengua, la cultura, la tradición, el origen histórico, las pautas de grupo sanguíneo ni la actitud ante el estado judío. Tampoco entraña esto una definición puramente subjetiva de «la nación».

Vemos, pues, que ni las definiciones objetivas ni las subjetivas son satisfactorias, y ambas son engañosas. En todo caso, el agnosticismo es la mejor postura que puede adoptar el que empieza a estudiar este campo, por lo que el presente libro no hace suya ninguna definición apriorística de lo que constituye una nación. Como supuesto inicial de trabajo, se tra-

tará como nación a cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una «nación». Sin embargo, que tal conjunto de personas se considere de esta manera es algo que no puede determinarse sencillamente consultando con autores o portavoces políticos de organizaciones que reivindiquen el estatuto de nación para él. La aparición de un grupo de portavoces de alguna «idea nacional» no es insignificante, pero la palabra «nación» se emplea hoy día de forma tan general e imprecisa, que el uso del vocabulario del nacionalismo puede significar realmente muy poco.

No obstante, al abordar «la cuestión nacional», «es más provechoso empezar con el concepto de "la nación" (es decir, con el "nacionalismo") que con la realidad que representa». Porque «La "nación", tal como la concibe el nacionalismo, puede reconocerse anticipadamente; la "nación" real sólo puede reconocerse *a posteriori*».[14] Este es el método del presente libro. Presta atención especial a los cambios y las transformaciones del concepto, sobre todo en las postrimerías del siglo XIX. Los conceptos, por supuesto, no forman parte del libre discurso filosófico, sino que están enraizados social, histórica y localmente y deben explicarse en términos de estas realidades.

Para el resto, la posición del autor puede resumirse del modo siguiente.

1. Utilizo el término «nacionalismo» en el sentido en que lo definió Gellner, a saber: para referirme «básicamente a un principio que afirma que la unidad política y nacional debería ser congruente».[15] Yo añadiría que este principio también da a entender que el deber político de los ruritanos* para con la organización política que engloba y representa a la nación ruritana se impone a todas las demás obligaciones públicas, y en los casos extremos (tales como las guerras) a todas las otras obligaciones, del tipo que sean. Esto distingue el nacionalismo moderno de otras formas menos exigentes de identificación nacional o de grupo que también encontraremos.

2. Al igual que la mayoría de los estudiosos serios, no considero la

14. E. J. Hobsbawm, «Some reflections on nationalism», p. 387.

15. Ernest Gellner, *Nations and nationalism*, p. 1. Esta definición básicamente política también la aceptan algunos otros autores, por ejemplo John Breuilly, *Nationalism and the state*, p. 3.

* Ruritania es un país imaginario, situado en la Europa central, donde transcurre la acción de las novelas *El prisionero de Zenda* y *Ruperto de Hentzau*, de Anthony Hope. *(N. del t.)*

«nación» como una entidad social primaria ni invariable. Pertenece exclusivamente a un período concreto y reciente desde el punto de vista histórico. Es una entidad social sólo en la medida en que se refiere a cierta clase de estado territorial moderno, el «estado-nación», y de nada sirve hablar de nación y de nacionalidad excepto en la medida en que ambas se refieren a él. Por otra parte, al igual que Gellner, yo recalcaría el elemento de artefacto, invención e ingeniería social que interviene en la construcción de naciones. «Las naciones como medio natural, otorgado por Dios, de clasificar a los hombres, como inherente ... destino político, son un mito; el nacionalismo, que a veces toma culturas que ya existen y las transforma en naciones, a veces las inventa, y a menudo las destruye: *eso* es realidad».[16] En pocas palabras, a efectos de análisis, el nacionalismo antecede a las naciones. Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés.

3. La «cuestión nacional», como la llamaban los marxistas de antaño, se encuentra situada en el punto de intersección de la política, la tecnología y la transformación social. Las naciones existen no sólo en función de determinada clase de estado territorial o de la aspiración a crearlo —en términos generales, el estado ciudadano de la Revolución francesa—, sino también en el contexto de determinada etapa del desarrollo tecnológico y económico. La mayoría de los estudiosos de hoy estarán de acuerdo en que las lenguas nacionales estándar, ya sean habladas o escritas, no pueden aparecer como tales antes de la imprenta, la alfabetización de las masas y, por ende, su escolarización. Incluso se ha argüido que el italiano hablado popular, como idioma capaz de expresar toda la gama de lo que una lengua del siglo XX necesita fuera de la esfera de comunicación doméstica y personal, sólo ha empezado a construirse hoy día en función de las necesidades de la programación televisiva nacional.[17] Por consiguiente, las naciones y los fenómenos asociados con ellas deben analizarse en términos de las condiciones y los requisitos políticos, técnicos, administrativos, económicos y de otro tipo.

4. Por este motivo son, a mi modo de ver, fenómenos duales, construidos esencialmente desde arriba, pero que no pueden entenderse a menos que se analicen también desde abajo, esto es, en términos de los supuestos, las esperanzas, las necesidades, los anhelos y los intereses de las

16. Gellner, *Nations and nationalism*, pp. 48-49.

17. Antonio Sorella, «La televisione e la lingua italiana», *Trimestre. Periodico di Cultura*, 14 (2-3-4, 1982), pp. 291-300.

personas normales y corrientes, que no son necesariamente nacionales y menos todavía nacionalistas. Si he de hacer una crítica importante a la obra de Gellner, es que su perspectiva preferida, la modernización desde arriba, hace difícil prestar la debida atención a la visión desde abajo.

Esa visión desde abajo, es decir, la nación tal como la ven, no los gobiernos y los portavoces y activistas de movimientos nacionalistas (o no nacionalistas), sino las personas normales y corrientes que son objeto de los actos y la propaganda de aquéllos, es dificilísima de descubrir. Por suerte, los historiadores sociales han aprendido a investigar la historia de las ideas, las opiniones y los sentimientos en el nivel subliterario, por lo que hoy día es menos probable que confundamos los editoriales de periódicos selectos con la opinión pública, como en otro tiempo les ocurría habitualmente a los historiadores. No sabemos muchas cosas a ciencia cierta. Con todo, tres cosas están claras.

La primera es que las ideologías oficiales de los estados y los movimientos no nos dicen lo que hay en el cerebro de sus ciudadanos o partidarios, ni siquiera de los más leales. En segundo lugar, y de modo más específico, no podemos dar por sentado que para la mayoría de las personas la identificación nacional —cuando existe— excluye el resto de identificaciones que constituyen el ser social o es siempre superior a ellas. De hecho, se combina siempre con identificaciones de otra clase, incluso cuando se opina que es superior a ellas. En tercer lugar, la identificación nacional y lo que se cree que significa implícitamente pueden cambiar y desplazarse con el tiempo, incluso en el transcurso de períodos bastantes breves. A mi juicio, este es el campo de los estudios nacionales en el cual el pensamiento y la investigación se necesitan con la mayor urgencia hoy día.

5. La evolución de las naciones y el nacionalismo dentro de estados que existen desde hace tiempo como, por ejemplo, Gran Bretaña y Francia no se ha estudiado muy intensivamente, aunque en la actualidad es objeto de atención.[18] La existencia de esta laguna queda demostrada por la escasa atención que se presta en Gran Bretaña a los problemas relacionados con el nacionalismo inglés —término que en sí mismo suena raro a muchos oídos— en comparación con la que se ha prestado al nacionalis-

18. Para el alcance de esta labor, véase Raphael Samuel, ed., *The making and unmaking of British national identity*, 3 vols., Londres, 1989. El trabajo de Linda Colley lo he encontrado especialmente estimulante, por ejemplo, «Whose nation? Class and national consciousness in Britain 1750-1830», *Past & Present*, 113 (1986), pp. 96-117.

mo escocés, al galés, y no digamos al irlandés. Por otra parte, en años recientes se ha avanzado mucho en el estudio de los movimientos nacionales que aspiran a ser estados, principalmente a raíz de los innovadores estudios comparados de pequeños movimientos nacionales europeos que efectuó Hroch. Dos observaciones del análisis de este excelente autor quedan englobadas en el mío. En primer lugar, la «conciencia nacional» se desarrolla desigualmente entre los agrupamientos sociales y las *regiones* de un país; esta diversidad regional y sus razones han sido muy descuidadas en el pasado. A propósito, la mayoría de los estudiosos estarían de acuerdo en que, cualquiera que sea la naturaleza de los primeros grupos sociales que la «conciencia nacional» capte, las masas populares —los trabajadores, los sirvientes, los campesinos— son las últimas en verse afectadas por ella. En segundo lugar, y por consiguiente, sigo su útil división de la historia de los movimientos nacionales en tres fases. En la Europa decimonónica, para la cual fue creada, la fase A era puramente cultural, literaria y folclórica, y no tenía ninguna implicación política, o siquiera nacional, determinada, del mismo modo que las investigaciones (por parte de no gitanos) de la Gypsy Lore Society no la tienen para los objetos de las mismas. En la fase B encontramos un conjunto de precursores y militantes de «la idea nacional» y los comienzos de campañas políticas a favor de esta idea. El grueso de la obra de Hroch se ocupa de esta fase y del análisis de los orígenes, la composición y la distribución de esta *minorité agissante*. En mi propio caso, en el presente libro me ocupo más de la fase C, cuando —y no antes— los programas nacionalistas obtienen el apoyo de las masas, o al menos parte del apoyo de las masas que los nacionalistas siempre afirman que representan. La transición de la fase B a la fase C es evidentemente un momento crucial en la cronología de los movimientos nacionales. A veces, como en Irlanda, ocurre antes de la creación de un estado nacional; probablemente es mucho más frecuente que ocurra después, como consecuencia de dicha creación. A veces, como en el llamado Tercer Mundo, no ocurre ni siquiera entonces.

Finalmente, no puedo por menos de añadir que ningún historiador serio de las naciones y el nacionalismo puede ser un nacionalista político comprometido, excepto en el mismo sentido en que los que creen en la veracidad literal de las Escrituras, al mismo tiempo que son incapaces de aportar algo a la teoría evolucionista, no por ello no pueden aportar algo a la arqueología y a la filología semítica. El nacionalismo requiere creer demasiado en lo que es evidente que no es como se pretende. Como dijo Renan: «Interpretar mal la propia historia forma parte de ser una na-

ción».[19] Los historiadores están profesionalmente obligados a no interpretarla mal, o, cuando menos, a esforzarse en no interpretarla mal. Ser irlandés y estar apegado orgullosamente a Irlanda —incluso enorgullecerse de ser irlandés católico o irlandés protestante del Ulster— no es en sí mismo incompatible con el estudio en serio de la historia de Irlanda. No tan compatible, diría yo, es ser un feniano o un orangista; no lo es más que el ser sionista es compatible con escribir una historia verdaderamente seria de los judíos; a menos que el historiador se olvide de sus convicciones al entrar en la biblioteca o el estudio. Algunos historiadores nacionalistas no han podido hacerlo. Por suerte, al disponerme a escribir el presente libro, no he necesitado olvidar mis convicciones no históricas.

19. Ernest Renan, *Qu'est que c'est une nation?*, pp. 7-8: «L'oubli et je dirai même l'erreur historique, sont un facteur essentiel de la formation d'une nation et c'est ainsi que le progrès des études historiques est souvent pour la nationalité un danger».

1. LA NACIÓN COMO NOVEDAD: DE LA REVOLUCIÓN AL LIBERALISMO

La característica básica de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernidad. Esto se comprende bien ahora, pero el supuesto contrario, que la identificación nacional es tan natural, primaria y permanente que precede a la historia, está tan generalizado, que tal vez sea útil ilustrar la modernidad del vocabulario de la materia misma. El *Diccionario de la Real Academia Española*, cuyas diversas ediciones se han examinado atentamente para este fin,[1] no utiliza la terminología del estado, la nación y la lengua en el sentido moderno antes de su edición de 1884. En ésta, por primera vez, leemos que la *lengua nacional*, es «la oficial y literaria de un país y más generalmente hablada en él, a diferencia de sus dialectos y los idiomas de otras naciones». El artículo correspondiente a «dialecto» establece la misma relación entre él y la lengua nacional. Antes de 1884, la palabra *nación* significaba sencillamente «la colección de los habitantes en alguna provincia, país o reino» y también «extranjero». Pero en 1884 se daba como definición «estado o cuerpo político que reconoce un centro común supremo de gobierno» y también «territorio que comprende, y aun sus individuos, tomados colectivamente, como conjunto», y en lo sucesivo el elemento de un estado común y supremo ocupa un lugar central en tales definiciones, al menos en el mundo ibérico. La *nación* es el «conjunto de los habitantes de un país *regido por un mismo gobierno*» (la cursiva es mía).[2] La *nação* de la (actual) *Enciclopédia Brasileira Mérito*[3] es «la comunidad de los ciudadanos de

1. Lluís Garcia i Sevilla, «Llengua, nació i estat al *Diccionario de la Real Academia española*», *L'Avenç* (16 de mayo de 1979), pp. 50-55.

2. *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, Barcelona, 1907-1934, vol. 37, pp. 854-867: «nación».

3. *Enciclopédia Brasileira Mérito*, São Paulo-Río-Porto Alegre, 1958-1964, vol. 13, p. 581.

un estado, viviendo bajo el mismo régimen o gobierno y teniendo una comunión de intereses; la colectividad de los habitantes de un territorio con tradiciones, aspiraciones e intereses comunes, *y subordinados a un poder central que se encarga de mantener la unidad del grupo* (la cursiva es mía); el pueblo de un estado, excluyendo el poder gobernante». Además, en el *Diccionario de la Academia Española* la versión definitiva de «la nación» no se encuentra hasta 1925, momento en que se describe como «conjunto de personas de un mismo origen étnico y que generalmente hablan un mismo idioma y tienen una tradición común».

Así pues, *gobierno*, no va unido específicamente al concepto de *nación* hasta 1884. Porque, a decir verdad, como sugeriría la filología, el primer significado de la palabra *nación* indica origen o descendencia: «naissance, extraction, rang», por citar un diccionario de francés antiguo, que a su vez cita la frase de Froissart «je fus retourné au pays de ma nation en la conté de Haynnau» (volví a mi tierra de nacimiento/origen en el condado de Hainaut).[4] Y, en la medida en que el origen o la descendencia se adscribe a un conjunto de hombres, difícilmente podrían ser los que formaran un estado (excepto en el caso de los gobernantes o sus parientes). En la medida en que se adscribía a un territorio, sólo de modo fortuito era una unidad política, y nunca una unidad muy grande. Para el diccionario español de 1726 (su primera edición) la palabra *patria* o, en el uso más popular, *tierra*, significaba únicamente «el lugar, ciudad o país en que se ha nacido», o «cualquiera región, o provincia, o el distrito de algún dominio, u estado». Este sentido estricto de *patria* como lo que el uso español moderno ha tenido que distinguir del sentido amplio de *patria chica* es muy universal antes del siglo XIX, excepto entre las personas que hubieran recibido una educación clásica y conociesen la Roma antigua. Hasta 1884 no se adscribió la palabra *tierra* a un estado; y hasta 1925 no oímos la nota emotiva del patriotismo moderno, que define *patria* como «nuestra propia nación, con la suma total de cosas materiales e inmateriales, pasado, presente y futuro que gozan de la lealtad amorosa de los patriotas». Forzoso es reconocer que la España decimonónica no iba precisamente en la vanguardia del progreso ideológico, pero Castilla —y estamos hablando de la lengua castellana— era uno de los primeros reinos europeos a los que se puede colocar la etiqueta de «estado-nación» sin que ello indique una falta total de realismo. En todo caso, puede dudarse

4. L. Curne de Sainte Pelaye, *Dictionnaire historique de l'ancien langage françois*, Niort, sin fecha, 8 vols.: «nation».

de que la Gran Bretaña y la Francia dieciochescas fueran «estados-nación» en un sentido muy diferente. Es posible, pues, que la evolución del vocabulario pertinente tenga un interés general.

En las lenguas romances la palabra «nación» es indígena. En otras lenguas, en la medida en que se usa, es voz tomada en préstamo de otra lengua. Esto nos permite ver más claramente las distinciones en el uso. Así, en alto alemán y en bajo alemán la palabra *Volk* (pueblo) hoy día tiene claramente algunas de las mismas asociaciones que las palabras derivadas de *natio*, pero la interacción es compleja. Es claro que en el bajo alemán medieval el término (*natie*), en la medida en que se emplea —y, a juzgar por su origen latino, uno diría que apenas se usaría excepto entre las personas cultas o las de estirpe real, noble o gentil—, todavía no tiene la connotación *Volk*, que no empieza a adquirir hasta el siglo XVI. Significa, como en el francés medieval, grupo de estirpe y descendencia (*Geschlecht*).[5]

Al igual que en otras partes, evoluciona hacia la descripción de grupos autónomos más nutridos tales como gremios u otras corporaciones que necesitan distinguirse de otros con los que coexisten: de ahí las «naciones» como sinónimo de extranjero, como en español, las «naciones» de comerciantes extranjeros («comunidades extranjeras, especialmente de comerciantes, que viven en una ciudad y en ella gozan de privilegios»),[6] las conocidas «naciones» de estudiantes en las antiguas universidades. De ahí también el menos conocido «un regimiento de la nación de Luxemburgo».[7] Sin embargo, parece claro que la evolución podía tender a recalcar el lugar o el territorio de origen: el *pays natal* de una antigua definición francesa que pronto se convierte, al menos en la mente de lexicógrafos posteriores, en el equivalente de «provincia»,[8] mientras que otros prefieren recalcar el grupo de descendencia común y de esta manera se desplazan en dirección a la etnicidad, como la insistencia neerlandesa en el significado primario de *natie* como «la totalidad de hombres a los que se considera como pertenecientes al mismo "stam"».

En todo caso, el problema de la relación incluso entre semejante «nación» extensa pero indígena y el estado seguía siendo desconcertante,

5. Dr. E. Verwijs y Dr. J. Verdam, *Middelnederlandsch Woordenboek*, vol. 4, La Haya, 1899, col. 2.078.

6. *Woordenboek der Nederlandsche Taal*, vol. 9, La Haya, 1913, cols. 1.586-1.590.

7. Verwijs y Verdam, *Middelenderlandsch Woordenboek*, vol. 4.

8. L. Huguet, *Dictionnaire de la langue française du 16ᵉ siècle*, vol. 5, París, 1961, p. 400.

pues parecía evidente que en términos étnicos, lingüísticos o de cualquier otro tipo, la mayoría de los estados, fuera cual fuese su tamaño, no eran homogéneos y, por ende, no podían equipararse sencillamente con las naciones. El diccionario neerlandés singulariza de modo específico, como peculiaridad de los franceses y los ingleses, que utilizan la palabra «nación» para referirse a las personas que pertenecen a un estado aunque no hablen la misma lengua.[9] Un estudio sumamente instructivo de este acertijo procede de la Alemania dieciochesca.[10] Para el enciclopedista Johann Heinrich Zedler en 1740 la nación, en su sentido real y original, se refería a un número unido de *Bürger* (es mejor, en la Alemania de mediados del siglo XVIII, dejar que esta palabra conserve su notoria ambigüedad) que comparten un conjunto de costumbres, moralidad y leyes. De esto se desprende que no puede tener ningún sentido territorial, toda vez que miembros de naciones diferentes (divididos por «diferencias en los estilos de vida —*Lebensarten*— y las costumbres») pueden vivir juntos en la misma provincia, incluso en una que sea bastante pequeña. Si las naciones tuvieran una relación intrínseca con el territorio, a los vendos de Alemania habría que considerarlos alemanes, cosa que es obvio que no son. La Ilustración acude naturalmente al cerebro del estudioso sajón, familiarizado con la última población eslava —que todavía sobrevive— dentro de la Alemania lingüística, a la cual todavía no se le ocurre etiquetar con el término de «minoría nacional», término que cae en un círculo vicioso. Para Zedler, la palabra que describe a la totalidad de la gente de todas las «naciones» que vive dentro de la misma provincia o estado es *Volk*. Pero, por desgracia para la pulcritud terminológica, en la práctica el término «nación» se usa con frecuencia dándole el mismo sentido que *Volk*; y a veces como sinónimo de «estado» de la sociedad (*Stand, ordo*) y otras veces para referirse a cualquier otra asociación o sociedad (*Gesellschaft, societas*).

Sea cual sea el significado «propio y original», o como quiera llamarse, de «nación», está claro que el término sigue siendo muy diferente de su sentido moderno. Así pues, sin adentrarnos más en el asunto, podemos aceptar que en su sentido moderno y básicamente político el concepto *nación* es muy joven desde el punto de vista histórico. De hecho, esta juventud viene a subrayarla otro monumento lingüístico: el *New English*

9. *Woordenboek*, 1913, col. 1.588.

10. John Heinrich Zedler, *Grosses vollständiges Universal-Lexicon aller Wissenschaften und Künste...*, vol. 23, Leipzig-Halle, 1740, repr. Graz 1961, cols. 901-903.

Dictionary, que en 1908 señaló que el antiguo significado de la palabra representaba principalmente la unidad étnica, pero que el uso reciente más bien recalcaba «el concepto de unidad e independencia políticas».[11]

Dada la novedad histórica del moderno concepto de «la nación», sugiero que la mejor manera de comprender su naturaleza es seguir a los que empezaron a obrar sistemáticamente con este concepto en su discurso político y social durante la edad de las revoluciones, y especialmente, bajo el nombre de «el principio de nacionalidad», a partir de 1830, más o menos. Esta digresión hacia la *Begriffsgeschichte* no es fácil, en parte, como veremos, porque las gentes de la época empleaban las palabras de esta clase con demasiada despreocupación, y en parte porque la misma palabra significaba o podía significar simultáneamente cosas muy diferentes.

El significado primario de «nación», el significado que con mayor frecuencia se aireaba en la literatura, era político. Equiparaba «el pueblo» y el estado al modo de las revoluciones norteamericana y francesa, equiparación que nos es conocida en expresiones como, por ejemplo, «el estado-nación», las «Naciones Unidas», o la retórica de los presidentes de finales del siglo XX. El discurso político en los primeros tiempos de los Estados Unidos prefería hablar de «el pueblo», «la unión», «la confederación», «nuestra tierra común», «el público», «el bienestar público» o «la comunidad» con el fin de evitar las implicaciones centralizadoras y unitarias del término «nación» frente a los derechos de los estados federados.[12] Porque formaba parte —o, desde luego, la formaría pronto— del concepto de la nación en la edad de las revoluciones el que esta nación fuese, utilizando la expresión francesa, «una e indivisible».[13] La «nación» considerada así era el conjunto de ciudadanos cuya soberanía colectiva los constituía en un estado que era su expresión política. Porque, prescindiendo de las demás cosas que fuera una nación, el elemento de ciudadanía y de participación o elección de las masas nunca faltaba en

11. *Oxford English Dictionary*, vol. VII, Oxford, 1933, p. 30.

12. John J. Lalor, ed., *Cyclopedia of political science*, Nueva York, 1889, vol. II, p. 932: «Nation». Los artículos que hacen al caso son en gran parte reimpresiones o, mejor dicho, traducciones de anteriores obras francesas.

13. «De esta definición se desprendería que una nación está destinada a formar sólo un estado y que constituye un conjunto indivisible» (*ibid.*, p. 923). La definición de la cual «se desprendería» esto dice que una nación es «un conjunto de hombres que hablan la misma lengua, tienen las mismas costumbres y están dotados de ciertas cualidades morales que los distinguen de otros grupos de naturaleza semejante». Este es uno de los numerosos ejemplos del arte de hacer peticiones de principio a que tan a menudo ha sido proclive el argumento nacionalista.

ella. John Stuart Mill no definió meramente la nación por su posesión de sentimiento nacional. También añadió que los miembros de una nacionalidad «desean estar bajo el mismo gobierno, y desean que sea el gobierno de ellos mismos o de una parte de ellos mismos exclusivamente».[14] Observamos sin sorpresa que Mill habla de la idea de nacionalidad no en una publicación aparte como tal, sino, característicamente —y brevemente—, en el contexto de su pequeño tratado sobre el gobierno representativo o democracia.

La ecuación nación = estado = pueblo, y especialmente pueblo soberano, sin duda vinculaba nación a territorio, toda vez que la estructura y la definición de los estados eran entonces esencialmente territoriales. También daba a entender una multiplicidad de estados-nación así constituidos, y esta era en verdad una consecuencia necesaria de la autodeterminación popular. Así lo expresaba la declaración de derechos francesa de 1795:

> Cada pueblo es independiente y soberano, cualesquiera que sean el número de individuos que lo componen y la extensión de territorio que ocupa. Esta soberanía es inalienable.[15]

Pero poco decía acerca de lo que constituía un «pueblo». En particular, no había ninguna relación lógica entre, por un lado, el conjunto de los ciudadanos de un estado territorial y, por el otro, la identificación de una «nación» basándose en criterios étnicos, lingüísticos o de otro tipo, o de otras características, que permitieran el reconocimiento colectivo de la pertenencia a un grupo. De hecho, se ha argüido que la Revolución francesa «fue totalmente ajena al principio o al sentimiento de nacionalidad; incluso se mostró hostil a él» por esta razón.[16] Tal como señaló con percepción el lexicógrafo neerlandés, la lengua no tenía nada que ver *en principio* con ser inglés o francés, y, de hecho, como veremos, los expertos franceses lucharían empecinadamente contra todo intento de convertir

14. J. S. Mill, *Utilitarianism, liberty and representative government*, edición Everyman, Londres, 1910, pp. 359-366 (hay trad. cast.: *Sobre la libertad. El utilitarismo*, Orbis, Barcelona, 1985², y *Del gobierno representativo*, Tecnos, Madrid, 1985).

15. Cabe señalar que no hay ninguna referencia al derecho de los pueblos, a la soberanía y a la independencia en la declaración de derechos de 1789 o 1793. Véase Lucien Jaume, *Le discours jacobin et la démocratie*, París, 1989, apéndices 1-3, pp. 407-414. Sin embargo, O. Dann y J. Dinwiddy, eds., *Nationalism in the age of the French revolution*, Londres, 1988, p. 34, para la misma opinión en 1793.

16. Maurice Block, «Nationalities, principle of», en J. Lalor, ed., *Cyclopedia of political science*, vol. II, p. 939.

la lengua hablada en criterio de nacionalidad, la cual, según argüían ellos, era determinada puramente por la condición de ciudadano francés. La lengua que hablaban los alsacianos o los gascones siguió sin tener que ver con su condición de miembros del pueblo francés.

A decir verdad, si «nación» tenía algo en común desde el punto de vista popular-revolucionario, no era, en ningún sentido fundamental, la etnicidad, la lengua y cosas parecidas, aunque estas cosas podían ser indicio de pertenencia colectiva también. Como ha señalado Pierre Vilar,[17] lo que caracterizaba a la nación-pueblo vista desde abajo era precisamente el hecho de que representaba el interés común frente a los intereses particulares, el bien común frente al privilegio, como, de hecho, sugiere el término que los norteamericanos utilizaban antes de 1800 para indicar el hecho de ser nación al mismo tiempo que evitaban la palabra misma. Las diferencias de grupo étnico eran, desde este punto de vista revolucionario-democrático, tan secundarias como más adelante les parecerían a los socialistas. Obviamente, lo que distinguía a los colonos norteamericanos del rey Jorge y sus partidarios no era ni la lengua ni la etnicidad, y, a la inversa, la república francesa no tuvo reparo alguno en elegir al anglonorteamericano Thomas Paine miembro de su Convención Nacional.

Por lo tanto, no podemos atribuir a la «nación» revolucionaria nada que se parezca al posterior programa nacionalista consistente en crear estados-nación para conjuntos definidos atendiendo a criterios tan acaloradamente debatidos por los teóricos del siglo XIX como, por ejemplo, la etnicidad, la lengua común, la religión, el territorio y los recuerdos históricos comunes (por citar una vez más a John Stuart Mill).[18] Como hemos visto, exceptuando en el caso de un territorio cuya extensión fuera indefinida (y, quizá, el caso del color de la piel), ninguna de estas cosas unía a la nueva nación norteamericana. Además, cuando la «grande nation» de los franceses ensanchó sus fronteras en el transcurso de las guerras revolucionarias y napoleónicas, llegando a regiones que no eran francesas según los posteriores criterios de pertenencia nacional, se vio claramente que ninguno de ellos era la base de su constitución.

No obstante, los diversos elementos que más adelante se usarían para descubrir definiciones de la nacionalidad no estatal ya se hallaban indudablemente presentes, ya fuera asociados con la nación revolucionaria o

17. P. Vilar, «Sobre los fundamentos de las estructuras nacionales», *Historia*, 16/Extra V, Madrid, abril de 1978, p. 11.

18. J. S. Mill, *Utilitarianism, liberty and representative government*, pp. 359-366.

creándole problemas; y cuando más afirmaba ser una e indivisible, más problemas causaba la heterogeneidad que había dentro de ella. Poca duda hay de que para la mayoría de los jacobinos, un francés que no hablara francés era sospechoso, y que, en la práctica, el criterio etnolingüístico de nacionalidad se aceptaba con frecuencia. Como dijo Barère en el informe sobre las lenguas que presentó al Comité de Salud Pública:

> ¿Quién, en los departamentos de Alto Rin y Bajo Rin, se ha unido a los traidores para llamar a los prusianos y los austríacos a nuestras fronteras invadidas? Es el habitante del campo [alsaciano], que habla la misma lengua que nuestros enemigos y que, por consiguiente, se considera hermano y conciudadano suyo en lugar de hermano y conciudadano de franceses que le hablan en otra lengua y tienen otras costumbres.[19]

La insistencia francesa en la uniformidad lingüística desde la Revolución ha sido verdaderamente fuerte, y a la sazón era excepcional. Volveremos a hablar de ella más adelante. Pero lo que conviene tener en cuenta es que, en teoría, el uso nativo de la lengua francesa no era lo que hacía que una persona fuese francesa —¿cómo podía hacerlo cuando la Revolución propiamente dicha pasaba tanto tiempo probando qué pocas eran las personas en Francia que realmente la utilizaban?—,[20] sino la disposición a adquirirla, entre las otras libertades, leyes y características comunes del pueblo libre de Francia. En cierto sentido, adquirir la lengua francesa era una de las condiciones para gozar de la plena ciudadanía francesa (y, por ende, la nacionalidad) del mismo modo que adquirir el inglés lo sería para tener la ciudadanía norteamericana. Como ejemplo de la diferencia entre una definición básicamente lingüística de nacionalidad y la francesa, incluso en su forma extrema, recordemos al filólogo alemán al que luego encontraremos convenciendo al Congreso Estadístico Internacional de la necesidad de incluir una pregunta relativa a la lengua en los censos estatales (véanse las pp. 105-106). Richard Böckh, cuyas influyentes publicaciones del decenio de 1860 argüían que la len-

19. Citado en M. de Certeau, D. Julia y J. Revel, *Une politique de la langue. La révolution française et les patois: l'enquête de l'abbé Grégoire*, París, 1975, p. 293. Para el problema general de la Revolución francesa y la lengua nacional, véase también Renée Balibar y Dominique Laporte, *Le français national. Politique et pratique de la langue nationale sous la révolution*, París, 1974. Para el problema específico de Alsacia, véase E. Philipps, *Les luttes linguistiques en Alsace jusqu'en 1945*, Estrasburgo, 1975, y P. Lévy, *Histoire linguistique d'Alsace et de Lorraine*, 2 vols., Estrasburgo, 1929.

20. De Certeau, Julia y Revel, *Une politique de la langue, passim.*

gua era el único indicio de nacionalidad apropiado, argumento conveniente para el nacionalismo alemán, dado que los alemanes estaban tan dispersos por el centro y el este de Europa, se vio obligado a clasificar a los judíos askenazis como alemanes, puesto que el yiddish era un dialecto indiscutiblemente germano que se derivaba del alemán medieval. Böckh era muy consciente de que probablemente los antisemitas alemanes no compartirían esta conclusión. Pero los revolucionarios franceses, que abogaban por la integración de los judíos en la nación francesa, no hubieran necesitado ni comprendido este argumento. A su modo de ver, los judíos sefardíes que hablaban ladino y los judíos askenazis que hablaban yiddish —y en Francia los había de ambas clases— eran igualmente franceses una vez habían aceptado las condiciones para adquirir la ciudadanía francesa, que, naturalmente, incluían hablar francés. A la inversa, el argumento de que Dreyfus no podía ser «realmente» francés porque era de ascendencia judía fue interpretado correctamente como un desafío a la naturaleza misma de la Revolución francesa y su definición de la nación francesa.

No obstante, es en la presentación del informe de Barère donde se encuentran dos conceptos muy distintos de la nación: el revolucionario-democrático y el nacionalista. La ecuación estado = nación = pueblo era aplicable a ambos, pero, a juicio de los nacionalistas, la creación de las entidades políticas que podían contenerla se derivaba de la existencia previa de alguna comunidad que se distinguiera de los extranjeros, mientras que desde el punto de vista revolucionario-democrático, el concepto central era la ecuación ciudadano-pueblo soberano = estado lo que, en relación con el resto de la raza humana, constituía una «nación».[21] Tampoco deberíamos olvidar que en lo sucesivo los estados, como quiera que estuviesen constituidos, también tendrían que tener en cuenta a sus súbditos, pues en la edad de las revoluciones la tarea de gobernarlos se había vuelto más difícil. Tal como lo expresó el libertador griego Colocotronis, ya no era verdad que «el pueblo pensara que los reyes eran dioses en la tierra y que tenían la obligación de decir que lo que hacían estaba bien hecho».[22] La divinidad ya no los defendía. Cuando Carlos X de Francia resucitó la antigua ceremonia de la coronación en Reims en 1825 y (a regañadientes)

21. «En relación con el estado, los *ciudadanos* constituyen el *pueblo*; en relación con la raza humana, constituyen la *nación*», J. Hélie, «Nation, definition of», en Lalor, *Cyclopedia of political science*, vol. II, p. 923.

22. Citado en E. J. Hobsbawm, *The age of revolution 1789-1848*, Londres, 1962, pp. 91-92 (hay trad. cast.: *Las revoluciones burguesas,* Labor, Barcelona, 1987[11]).

la ceremonia de la curación mágica, sólo 120 personas se presentaron para que el toque de las regias manos les curase la escrófula. En la última coronación celebrada antes que la suya, en 1774, las personas habían sido 2.400.[23] Como veremos después de 1870 la democratización haría que este problema de la legitimidad y la movilización de los ciudadanos fuera a la vez apremiante y agudo. Es evidente que para los gobiernos el factor central de la ecuación estado = nación = pueblo era el estado.

Pero, ¿cuál era el lugar de la nación o, para el caso, la ecuación estado = nación = pueblo, en el orden de términos que fuese, en el discurso teórico de quienes, después de todo, imprimieron su carácter con la máxima firmeza en el siglo XIX europeo, y, especialmente, en el período en que el «principio de nacionalidad» cambió su mapa de la forma más espectacular, a saber, el período comprendido entre 1830 y 1880: la burguesía liberal y sus intelectuales? Aun en el caso de haberlo querido, no hubiesen podido evitar la reflexión sobre el problema durante los cincuenta años en que el equilibrio del poder en Europa fue transformado por la aparición de dos grandes potencias basadas en el principio nacional (Alemania e Italia), la partición efectiva de una tercera por los mismos motivos (Austria-Hungría después del compromiso de 1867), por no mencionar el reconocimiento de varias entidades políticas menores como estados independientes que reivindicaban su nuevo estatuto como pueblos con una base nacional, desde Bélgica en occidente hasta los estados sucesores del imperio otomano en el sureste de Europa (Grecia, Serbia, Rumania, Bulgaria), y dos revueltas nacionales de los polacos exigiendo su reconstitución como lo que ellos consideraban un estado-nación. Tampoco deseaban evitarlo. A juicio de Walter Bagehot, «la construcción de naciones» era el contenido esencial de la evolución en el siglo XIX.[24]

Sin embargo, como el número de estados-nación a principios del siglo XIX era reducido, la pregunta obvia que se hacían las mentes inquisitivas era cuál de las numerosas poblaciones europeas que, basándose en una u otra cosa, podían clasificarse como «nacionalidades» adquiriría un estado (o alguna forma menor de reconocimiento político o administrativo independiente), y cuál de los numerosos estados existentes estaría imbuido del carácter de «nación». Este era esencialmente el propósito al confeccionar listas de criterios para tener el rango de nación potencial o real. Parecía

23. Marc Bloch, *Les rois thaumaturges*, París, 1924, pp. 402-404.
24. Walter Bagehot, *Physics and politics*, Londres, 1887, caps. III y IV sobre «formación de naciones».

obvio que no todos los estados coincidirían con naciones, ni viceversa. Por un lado, la famosa pregunta de Renan: «¿Por qué Holanda es una nación, mientras que Hannover y el Gran Ducado de Parma no lo son?»,[25] planteaba una serie de problemas analíticos. Por otro lado, la observación de John Stuart Mill en el sentido de que la fundación de un estado nacional tenía que ser *(a)* factible y *(b)* deseada por la nacionalidad misma planteaba otra. Esto les ocurría incluso a los nacionalistas de mediados de la época victoriana, los cuales no albergaban la menor duda acerca de la respuesta a ambos tipos de interrogante en lo que se refería a su propia nacionalidad o al estado en que se encontraba. Porque hasta ellos se encontraban contemplando las reivindicaciones de otras nacionalidades y estados con más frialdad.

Con todo, al pasar de este punto nos encontramos, en el discurso liberal del siglo XIX, con un grado sorprendente de vaguedad intelectual. Esto no se debe tanto a que no se pensara detenidamente como a la suposición de que no era necesario explicarlo en detalle, toda vez que ya era obvio. Por consiguiente, gran parte de la teoría liberal de las naciones aparece tan sólo, por así decirlo, en los márgenes de discurso de los autores liberales. Asimismo, como veremos, un campo central del discurso teórico liberal hacía que fuese difícil considerar la «nación» intelectualmente. Nuestra tarea en el resto del presente capítulo consiste en reconstruir una teoría burguesa liberal y coherente de la «nación», de forma parecida a lo que hacen los arqueólogos para reconstruir rutas comerciales basándose en yacimientos de monedas.

Puede que lo mejor sea empezar por el concepto de la «nación» que resulta menos satisfactorio, a saber: el sentido en que Adam Smith utiliza la palabra en el título de su gran obra. Porque en ese contexto significa claramente nada más que un estado territorial, o, como dijo John Rae, agudo cerebro escocés que recorrió la Norteamérica de comienzos del siglo XIX criticando a Smith, «toda comunidad, sociedad, nación, estado o pueblo independiente (términos que, en lo que se refiere a nuestro tema, pueden considerarse sinónimos)».[26] Con todo, el pensamiento del gran economista político liberal debe ser pertinente para los pensadores liberales de clase media que consideren la «nación» desde otros puntos de vista,

25. Ernest Renan, «What is a nation?», en Alfred Zimmern, ed., *Modern political doctrines*, Oxford, 1939, p. 192.

26. John Rae, *The sociological theory of capital, being a complete reprint of* The *New Principles of Political Economy*, 1834, ed. de C. W. Mixter, Nueva York, 1905, p. 26.

aunque no fueran, como John Stuart Mill, economistas ellos mismos, o, como Walter Bagehot, directores de *The Economist*. Podemos preguntarnos si fue históricamente fortuito que la era clásica del liberalismo librecambista coincidiese con aquella «construcción de naciones» que Bagehot consideraba tan central en su siglo. Dicho de otro modo, ¿tenía el estado-nación una función específica como tal en el proceso de desarrollo capitalista? O, mejor dicho: ¿cómo veían esta función los analistas liberales de la época?

Porque para el historiador es evidente que el papel de las economías definidas por fronteras estatales era grande. La economía mundial del siglo XIX era *internacional* más que cosmopolita. Los teóricos del sistema mundial han intentado demostrar que el capitalismo se originó como sistema mundial en un solo continente y no en otra parte precisamente debido al pluralismo político de Europa, que ni constituía ni formaba parte de un solo «imperio mundial». El desarrollo económico en los siglos XVI-XVIII se basó en los estados territoriales, cada uno de los cuales tendía a seguir políticas mercantilistas como un conjunto unificado. Todavía más obviamente, cuando nos referimos al capitalismo mundial en el siglo XIX y comienzos del XX, hablamos en términos de las unidades nacionales que lo componían en el mundo desarrollado: de la industria británica, la economía norteamericana, el capitalismo alemán en contraposición al francés, etcétera. Durante el prolongado período que va del siglo XVIII a los años que siguieron a la segunda guerra mundial, en la economía mundial parecía haber poco espacio y pocas posibilidades para aquellas unidades auténticamente extraterritoriales, transnacionales o intersticiales que habían desempeñado un papel tan importante en la génesis de una economía mundial capitalista y que hoy día vuelven a ser tan prominentes: por ejemplo, miniestados independientes cuya importancia económica no guarda proporción con su tamaño y sus recursos: Lübeck y Gante en el siglo XIV, Singapur y Hong Kong una vez más hoy día. De hecho, al volver la vista atrás para examinar el desarrollo de la moderna economía mundial, nos inclinamos a ver la fase durante la cual el desarrollo económico estuvo íntegramente vinculado a las «economías nacionales» de varios estados territoriales desarrollados, situada entre dos eras esencialmente transnacionales.

La dificultad para los economistas liberales del siglo XIX, o para los liberales que, como cabía esperar, aceptaban los argumentos de la economía política clásica, residía en que podían reconocer la importancia económica de las naciones sólo en la práctica, pero no en teoría. La economía política clásica, en especial la de Adam Smith, se había formulado como

crítica del «sistema mercantil», es decir, justamente del sistema en el cual los gobiernos trataban las economías nacionales como conjuntos que debían desarrollarse por medio del esfuerzo y la política del estado. El libre cambio y el mercado libre iban dirigidos precisamente contra este concepto del desarrollo económico nacional, que era contraproducente, según creía haber demostrado Smith. La teoría económica, por lo tanto, se elaboró exclusivamente basándose en unidades de empresa individuales —personas o compañías—, que racionalmente maximizaban sus ganancias y minimizaban sus pérdidas en un mercado que no tenía ninguna extensión espacial específica. El límite era, no podía por menos de serlo, el mercado mundial. Aunque Smith distaba mucho de oponerse a ciertas funciones del gobierno que tenían que ver con la economía, en lo que se refería a la teoría general del crecimiento económico, no tenía lugar alguno para la nación o cualquier otra colectividad mayor que la empresa, que, dicho sea de paso, no se tomó la molestia de investigar a fondo.

Así, J. E. Cairnes, en el apogeo de la era liberal, incluso dedicó diez páginas a considerar seriamente la proposición de que una teoría del comercio internacional era innecesaria, en contraposición a cualquier otro tipo de comercio entre individuos.[27] Concluyó que, si bien era indudable que las transacciones internacionales se hacían cada vez más fáciles, todavía quedaban fricciones suficientes para justificar que el problema del comercio ente estados se considerase por separado. El economista liberal alemán Schönberg dudaba que el concepto «renta nacional» tuviera algún sentido. Los que no se daban por satisfechos con las ideas superficiales podían estar tentados de creer esto, pero probablemente iban demasiado lejos aun cuando las estimaciones de la «riqueza nacional» en términos monetarios eran erróneas.[28] Edwin Cannan[29] opinaba que la «nación» de Adam Smith consistía solamente en el conjunto de individuos que vivían en el territorio de un estado y consideraba si el hecho de que al cabo de cien años toda aquella gente habría muerto hacía que fuese imposible hablar de la «nación» como de una entidad que existía de forma continua. En términos de la política, esto significaba la creencia de que sólo la asignación de recursos por medio del mercado era óptima, y que por medio de

27. J. E. Cairnes, *Some leading principles of political economy newly expounded*, Londres, 1874, pp. 355-365.

28. Dr. Gustav Schönberg, ed., *Handbuch der politischen Oekonomie*, vol. 1, Tubinga, 1882, pp. 158 y ss.

29. Edwin Cannan, *History of the theories of production and distribution in English political economy from 1776 to 1848*, Londres, 1894, pp. 10 y ss.

esta operación los intereses de los individuos producirían automáticamente los intereses del conjunto: en la medida en que en la teoría hubiera espacio para un concepto como los intereses de toda la comunidad. A la inversa, John Rae escribió su libro de 1834 específicamente para demostrar, contradiciendo a Smith, que los intereses individuales y los nacionales no eran idénticos, es decir, que los principios que guiaban al individuo en la busca del interés propio no maximizaban necesariamente la riqueza de la nación.[30] Como veremos, no había que pasar por alto a los que se negaban a tomar a Smith de forma incondicional, pero sus teorías económicas no podían competir con la escuela clásica. El término «economía nacional» sólo aparece en el *Dictionary of political economy* de Palgrave en relación con la teoría económica alemana. El término «nación» propiamente dicho había desaparecido de la obra francesa equivalente del decenio de 1890.[31]

Y, a pesar de ello, hasta los economistas clásicos más puros se vieron obligados a trabajar con el concepto de una economía nacional. Tal como el sansimoniano Michel Chevalier anunció en tono de pedir perdón o irónicamente en su lección inaugural en calidad de profesor de economía política en el Collège de France:

> Se nos ordena que nos ocupemos de los intereses generales de las sociedades humanas, y no se nos prohíbe considerar la situación concreta en la sociedad dentro de la cual vivimos.[32]

O, como diría lord Robbins, una vez más en relación con los economistas políticos clásicos, «hay pocos indicios de que a menudo fuesen más allá de la prueba del provecho nacional como criterio de la política, menos todavía de que estuvieran dispuestos a pensar en la disolución de los lazos nacionales».[33] En resumen, no podían ni querían escaparse de «la nación», cuyos progresos siguió Porter, satisfecho de sí mismo, a partir de

30. Rae, *The sociological theory of capital.*

31. *Nouveau dictionnaire d'économie politique*, ed. de Léon Say y Joseph Chailley, París, 1892.

32. Michel Chevalier, *Cours d'économie fait au Collège de France*, vol. 1, París, 1855, p. 43. La conferencia se dio en 1841.

33. L. Robbins, *The theory of economic policy in English classical political economy*, Londres, 1977², pp. 9-10 (hay trad. cast.: *Teoría del desarrollo económico en la historia del pensamiento económico*, Gustavo Gili, Barcelona, 1969). Sin embargo, debería hacerse una excepción para el genuinamente mundial Bentham.

1835 porque, según pensaba, uno deseaba «descubrir los medios que ha empleado alguna comunidad para alcanzar la eminencia entre las naciones». Apenas hace falta añadir que, al hablar de «alguna comunidad», quería decir «la comunidad propia de uno mismo».[34]

¿Cómo, de hecho, podían negarse las funciones económicas e incluso las ventajas del estado-nación? La existencia de estados con un monopolio de la moneda y con finanzas públicas y, por consiguiente, normas y actividades fiscales era un hecho. Estas actividades económicas no podían abolirse, ni siquiera podían abolirlas los que deseaban eliminar sus intervenciones perjudiciales en la economía. Asimismo, hasta los libertarios extremados podían aceptar, con Molinari, que «la división de la humanidad en naciones autónomas es esencialmente económica».[35] Porque el estado —el estado-nación en la era posrevolucionaria—, después de todo, garantizaba la seguridad de la propiedad y los contratos y, como dijo J. B. Say —que no era precisamente amigo de la empresa pública—, «ninguna nación ha alcanzado jamás un nivel de riqueza sin estar bajo un gobierno regular».[36] Los economistas liberales incluso podían racionalizar las funciones del gobierno en términos de la libre competencia. Así, Molinari arguyó que «la fragmentación de la humanidad en naciones es útil, por cuanto desarrolla un principio poderosísimo de emulación económica».[37] A modo de prueba, citó la gran exposición de 1851. Pero incluso sin semejantes justificaciones, la función del gobierno en el desarrollo económico se daba por sentada. J. B. Say, que no veía más diferencia entre una nación y sus vecinas que entre dos provincias vecinas, a pesar de ello acusó a Francia —es decir, al estado y al gobierno franceses— de olvidarse de desarrollar los recursos nacionales del país y, en vez de ello, dedicarse a las conquistas en el extranjero. En pocas palabras, ningún economista, ni siquiera el de convicciones liberales más extremas, podía pasar por alto o no tener en cuenta la economía nacional. Los economistas liberales tan sólo no gustaban de hablar de ella, o no sabían cómo hablar de ella.

Pero en los países que iban detrás del desarrollo económico nacional frente a la economía superior de Inglaterra, el libre cambio de Smith pa-

34. George Richardson Porter, *The progress of the nation, in its various social and economic relations, from the beginning of the nineteenth century to the present time*, 2 partes, Londres, 1836, prefacio.

35. Molinari en *Dictionnaire d'économie politique*, París, 1854, reimpr. en Lalor, *Cyclopedia of political science*, vol. II, p. 957: «Nations in political economy».

36. *Ibid.*, pp. 958-959.

37. *Ibid.*, p. 957.

recía menos atractivo. Allí no encontramos ninguna escasez de hombres que deseaban vivamente hablar de la economía nacional en conjunto. Ya hemos mencionado a Rae, el olvidado canadiense de origen escocés. Propuso teorías que parecen anticiparse a las doctrinas de sustitución de importaciones e importación de tecnología que la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas formularía en el decenio de 1950. De modo más obvio, el gran federalista Alexander Hamilton en los Estados Unidos vinculó la nación, el estado y la economía, utilizando este vínculo para justificar su preferencia por un gobierno nacional fuerte frente a políticos menos centralizadores. La lista de sus «grandes medidas nacionales» que redactó el autor del artículo «nación» en una posterior obra de consulta norteamericana es exclusivamente económica: la fundación de un banco nacional, responsabilidad pública de las deudas del estado, la creación de una deuda nacional, la protección de las manufacturas nacionales por medio de aranceles elevados y la obligatoriedad de la contribución indirecta.[38] Puede ser que, como el autor sugiere con admiración, todas estas medidas «fueran destinadas a desarrollar el germen de la nacionalidad», o cabe que, como en el caso de otros federalistas que hablaban poco de la nación y mucho en las discusiones económicas, creyera que la nación cuidaría de sí misma si el gobierno federal cuidaba del desarrollo económico: en todo caso, la nación significaba implícitamente economía nacional y su fomento sistemático por el estado, lo cual en el siglo XIX quería decir proteccionismo.

En la Norteamérica decimonónica, los economistas del desarrollo eran, en general, demasiado mediocres para formular teorías convincentes a favor del «hamiltonismo», como intentaron hacer el desdichado Carey y otros.[39] Sin embargo, esas teorías las formularon con lucidez y elocuencia unos economistas alemanes, encabezados por Friedrich List, que había adquirido sus ideas, inspiradas francamente en Hamilton, durante su estancia en los Estados Unidos en el decenio de 1820, lo que, de hecho, había permitido a éste participar en los debates nacionales en torno a la economía de aquel período.[40] A juicio de List, la tarea de la ciencia económica,

38. *Ibid.*, p. 933.

39. Cf. J. Schumpeter, *History of economic analysis*, Oxford, 1954, pp. 515-516 (hay trad. cast.: *Historia del análisis económico*, Ariel, Barcelona, 1971).

40. Escribió *Outline of American political economy*, Filadelfia, 1827, que anticipa sus puntos de vista posteriores. Para List en los Estados Unidos véase W. Notz, «Friedrich List in Amerika», *Weltwirtschaftliches Archiv*, 29, 1925, pp. 199-265, y vol. 22, 1925, pp. 154-182, y «Frederick List in America», *American Economic Review*, 16 (1926), pp. 249-265.

que en lo sucesivo los alemanes tenderían a llamar «economía nacional» (*Nationaloekonomie*) o «economía del pueblo» (*Volkswirtschaft*) con preferencia a «economía política», era «conseguir el desarrollo económico de la nación y preparar su entrada en la sociedad universal del futuro».[41] Apenas hace falta añadir que este desarrollo tomaría la forma de la industrialización capitalista impulsada por una burguesía vigorosa.

Con todo, lo que resulta interesante desde nuestro punto de vista relativo a List, y a la posterior «escuela histórica» de economistas alemanes que se inspiraron en él —igual que hicieron nacionalistas económicos de otros países, como, por ejemplo, Arthur Griffith de Irlanda—,[42] es que formuló claramente una característica del concepto «liberal» de la nación a la que normalmente no se prestaba la debida atención. Tenía que ser del tamaño suficiente para formar una unidad de desarrollo que fuese viable. Si quedaba muy por debajo de este umbral, no tenía ninguna justificación histórica. Esto parecía demasiado obvio para requerir argumentos y raramente se razonaba. El *Dictionnaire politique* de Garnier-Pagès en 1843 juzgaba «ridículo» que Bélgica y Portugal fuesen naciones independientes, porque eran evidentemente demasiado pequeñas.[43] John Stuart Mill justificó el nacionalismo de todo punto innegable de los irlandeses diciendo que, después de todo, teniendo en cuenta todas las circunstancias, eran «suficientemente numerosos para ser capaces de constituir una nacionalidad respetable».[44] Otros, entre ellos Mazzini y Cavour, aun siendo apóstoles del principio de nacionalidad, no estaban de acuerdo. De hecho, el propio *New English Dictionary* definía la palabra «nación», no sólo del modo habitual y divulgado en Gran Bretaña por J. S. Mill, sino como «un conjunto *extenso* de personas» con las características requeridas (la cursiva es mía).[45] Ahora bien, List afirmó claramente que

> una población numerosa y un territorio extenso dotado de múltiples recursos nacionales son requisitos esenciales de la nacionalidad normal ... Una nación restringida en el número de su población y en su territorio, especial-

41. Friedrich List, *The national system of political economy*, Londres, 1885, p. 174.

42. Para un buen resumen de sus opiniones, E. Strauss, *Irish nationalism and British democracy*, Londres, 1951, pp. 218-220.

43. «Nation» por Elias Regnault, *Dictionnaire politique*, con una introducción de Garnier-Pagès, París, 1842, pp. 623-625. «N'y-a-t-il pas quelque chose de dérisoire d'appeler la Belgique une nation?»

44. *Considerations on representative government in utilitarianism*, p. 365.

45. *Oxford English Dictionary*, VII, p. 30.

> mente si tiene una lengua propia, sólo puede poseer una literatura inválida, instituciones inválidas para la promoción del arte y la ciencia. Un estado pequeño nunca puede llevar a la perfección completa dentro de su territorio las diversas ramas de la producción.[46]

Las ventajas económicas de los estados en gran escala (*Grossstaaten*), a juicio del profesor Gustav Cohn, quedaban demostradas por la historia de Gran Bretaña y Francia. Sin duda eran menos que las de una sola economía mundial, pero la unidad mundial, por desgracia, todavía no era alcanzable. Mientras tanto «todo aquello a lo que la humanidad aspira para la totalidad de la raza humana ... en estos momentos ya se ha conseguido (*zunächst einmal*) para una fracción significativa de la humanidad, es decir, entre 30 y 60 millones». Y, por ello, «se desprende que el futuro del mundo civilizado, durante mucho tiempo venidero, tomará la forma de la creación de grandes estados (*Grossstaatenbildung*)».[47] Observamos, por cierto, la suposición constante de que las «naciones» van en segundo lugar detrás de la unidad mundial. Hablaremos de ello seguidamente.

Dos consecuencias se desprenden de esta tesis, que fue aceptada de modo casi universal por quienes pensaban seriamente en este asunto, incluso cuando no lo formulaban de forma tan explícita como los alemanes, que tenían algunas razones históricas para obrar así.

En primer lugar, se desprendía de ella que el «principio de nacionalidad» era aplicable en la práctica sólo a nacionalidades de cierta importancia. De ahí el hecho, por lo demás sorprendente, de que Mazzini, el apóstol de este principio, no previera la independencia para Irlanda. En cuanto a nacionalidades o nacionalidades potenciales más pequeñas todavía —sicilianos, bretones, galeses—, sus pretensiones hay que tomarlas todavía menos en serio. De hecho, la palabra *Kleinstaaterei* (el sistema de miniestados) era premeditadamente despectivo. Era aquello contra lo que estaban los nacionalistas alemanes. La palabra «balcanización», derivada de la división de los territorios que antes eran parte del imperio turco en varios estados pequeños e independientes, todavía conserva su connotación negativa. Ambos términos pertenecían al vocabulario de los insultos políticos. Este «principio del umbral» lo ilustra de forma excelente el mapa de la futura Europa de las naciones que el propio Mazzini trazó en 1857: comprendía una docena escasa de estados y federaciones, sólo uno

46. *Ibid.*, pp. 175-176.

47. Gustav Cohn, *Grundlegung der Nationaloekonomie*, vol. 1, Stuttgart, 1885, pp. 447-449.

de los cuales (Italia, huelga decirlo) no sería clasificado obviamente como multinacional de acuerdo con criterios posteriores.[48] El «principio de nacionalidad» en la formulación «wilsoniana» que dominó los tratados de paz al concluir la primera guerra mundial produjo una Europa de veintiséis estados—: veintisiete si añadimos el estado libre de Irlanda que se fundaría poco después. Me limito a añadir que en un solo estudio reciente de movimientos regionalistas en la Europa occidental se cuentan cuarenta y dos de ellos,[49] demostración de lo que puede suceder cuando se abandona el «principio del umbral».

Lo que debe tomarse en cuenta, sin embargo, es que en el período clásico del nacionalismo liberal nadie hubiera soñado con abandonarlo. La autodeterminación para las naciones sólo era aplicable a las naciones que se consideraban viables: cultural y, desde luego, económicamente (prescindiendo de cuál fuera el significado exacto de la viabilidad). Hasta este punto, la idea de la autodeterminación nacional que tenían Mazzini y Mill era fundamentalmente distinta de la del presidente Wilson. Más adelante consideramos las razones del cambio de la una a la otra. Con todo, tal vez valga la pena señalar de paso, aquí mismo, que el «principio del umbral» no fue abandonado por completo ni siquiera en la era «wilsoniana». En el período de entreguerras, la existencia de Luxemburgo y Liechtenstein continuó causando cierta turbación, por muy del agrado que ambos estados fuesen para los filatélicos. A nadie le hacía gracia la existencia de la ciudad libre de Danzig, no sólo en los dos estados vecinos, cada uno de los cuales quería tenerla dentro de su territorio, sino, de forma más general, entre los que creían que ninguna ciudad-estado podía ser viable en el siglo XX como lo había sido en el período hanseático. Los habitantes de la Austria residual deseaban de modo casi unánime integrarse en Alemania, porque sencillamente no podían creer que un estado pequeño como el suyo fuera viable como economía si permanecía independiente (*lebensfähig*). Hasta 1945, o aún más hasta la descolonización, no hemos dejado en la comunidad de naciones espacio para entidades como Dominica, las Maldivas o Andorra.

La segunda consecuencia es que la edificación de naciones era vista inevitablemente como un proceso de expansión. Este era otro motivo de la anomalía del caso irlandés o de cualquier otro nacionalismo puramente

48. Véase Denis Mack Smith, ed., *Il Risorgimento*, Bari, 1968, p. 422.

49. Jochen Blaschke, ed., *Handbuch der westeuropäischen Regionalbewegungen*, Frankfurt, 1980.

separatista. Como hemos visto, se aceptaba en teoría que la evolución social ensanchó la escala de las unidades sociales humanas de la familia y la tribu al condado y al cantón, de lo local a lo regional, lo nacional y, finalmente, lo mundial. Por lo tanto, las naciones, por así decirlo, armonizaban con la evolución histórica sólo en la medida en que extendiesen la escala de la sociedad humana, en igualdad de circunstancias.

> Si nuestra doctrina debiera resumirse en forma de proposición, quizá diríamos que, en general, el principio de nacionalidades es legítimo cuando tiende a unir, en un conjunto compacto, grupos de población dispersos, e ilegítimo cuando tiende a dividir un estado.[50]

En la práctica, esto quería decir que se esperaba que los movimientos nacionales fueran movimientos a favor de la *unificación* o expansión nacional. Así, todos los alemanes e italianos esperaban unirse en un solo estado, lo mismo que todos los griegos. Los serbios se fundirían con los croatas en una única Yugoslavia (para la cual no había ningún precedente histórico en absoluto), y, más allá de esto, el sueño de una federación balcánica obsesionaba a los que buscaban una unidad todavía más amplia. A ello siguieron comprometidos los movimientos comunistas hasta después de la segunda guerra mundial. Los checos se fundirían con los eslovacos, los polacos se combinarían con los lituanos y los rutenos —de hecho, ya habían formado un estado único y grande en la Polonia anterior a la partición—, los rumanos de Moldavia se unirían a los de Valaquia y Transilvania, y así sucesivamente. Esto, evidentemente, era incompatible con las definiciones de las naciones basadas en la etnicidad, la lengua o la historia común, pero, como hemos visto, estos no eran los criterios decisivos de la construcción liberal de naciones. En todo caso, nadie ha negado jamás la multinacionalidad, el multilingüismo o la multietnicidad real de los estados-nación más antiguos y más incontestables, por ejemplo, Gran Bretaña, Francia y España.

Que los «estados-nación» serían nacionalmente heterogéneos de esta manera fue aceptado tanto más rápidamente cuanto que, como había muchas partes de Europa, así como del resto del mundo, donde las nacionalidades estaban tan obviamente mezcladas, una separación puramente espacial de ellas parecía muy poco realista. Esta sería la base de interpretaciones de la nacionalidad tales como la austromarxista posterior, que no la adscribía a territorios, sino a personas. Tampoco fue casualidad que la

50. Maurice Block en Lalor, *Cyclopedia of political science*, vol. II, p. 941.

iniciativa en esta cuestión dentro del partido socialdemócrata austríaco la tomaran principalmente los eslovenos, que vivían en una región donde los asentamientos eslovenos y alemanes, que a menudo existían en forma de enclaves o zonas fronterizas de identificación incierta y variable, eran especialmente difíciles de desenmarañar.[51] Sin embargo, la heterogeneidad nacional de los estados-nación era aceptada, sobre todo, porque parecía claro que las nacionalidades pequeñas, y en especial las pequeñas y atrasadas, podían salir sumamente beneficiadas si se fundían para formar naciones mayores y, por medio de éstas, efectuar sus aportaciones a la humanidad. «La experiencia —según dijo Mill, expresando el consenso de los observadores sensatos— demuestra que es posible que una nacionalidad se funda y sea absorbida en otra.» Para las atrasadas e inferiores ello sería una gran ganancia:

> Nadie puede suponer que no es más beneficioso para un bretón o un vasco de la Navarra francesa ser ... miembro de la nacionalidad francesa, participando en igualdad de condiciones de todos los privilegios de la ciudadanía francesa ... que estar enfurruñado en sus propios peñascos, reliquia semisalvaje de tiempos pasados, dando vueltas en su propia y pequeña órbita mental, sin participación ni interés en el movimiento general del mundo. El mismo comentario es aplicable al galés o un escocés de las Highlands como miembros de la nación británica.[52]

Una vez se hubo aceptado que una nación independiente o «real» también tenía que ser una nación viable según los criterios vigentes en aquel tiempo, también se concluyó que algunas de las nacionalidades y lenguas menores estaban condenadas a desaparecer como tales. Friedrich Engels ha sido criticado amargamente como chauvinista de la gran Alemania por predecir la desaparición de los checos como pueblo y por hacer comentarios poco amables acerca del futuro de bastantes otros pueblos.[53] Es verdad que se enorgullecía de ser alemán y era dado a comparar favorablemente a su gente con otros pueblos excepto en lo que se refería a la tradición revolucionaria. También, no cabe la menor duda, estaba totalmente equivocado en relación con los checos y algunos otros pueblos. No

51. Para la aportación de Etbin Kristan al congreso del partido celebrado en Brünn (Brno), en el que se elaboró su programa nacional, véase Georges Haupt, Michel Lowy y Claudie Weill, *Les marxistes et la question nationale 1848-1914*, París, 1937, pp. 204-207.

52. Mill, *Utilitarianism, liberty and representative government*, pp. 363-364.

53. Cf. Roman Rosdolsky, «Friedrich Engels und das Problem der "geschichtslosen Völker"», *Archiv für Sozialgeschichte*, 4 (1964), pp. 87-282.

obstante, criticarle por su postura esencial, que era compartida por todos los observadores imparciales de mediados del siglo XIX, es puro anacronismo. *Algunas* nacionalidades y lenguas pequeñas no tenían ningún futuro independiente. Esto era aceptado de forma general, incluso por gentes que distaban mucho de ser hostiles a la liberación nacional en principio, o en la práctica.

Nada chauvinista había en semejante actitud general. No significaba implícitamente ninguna hostilidad para con las lenguas y la cultura de tales víctimas colectivas de las leyes del progreso (como es seguro que las habrían llamado entonces). Al contrario, allí donde la supremacía de la nacionalidad estatal y la lengua del estado no constituían un problema, la nación principal podía proteger y fomentar los dialectos y las lenguas menores que había dentro de ella, las tradiciones históricas y folclóricas de las comunidades menores que contenía, aunque fuese sólo como prueba de la gama de colores de su paleta macronacional. Asimismo, las pequeñas nacionalidades o incluso estados-nación que aceptaban su integración dentro de la nación mayor como algo positivo —o, si se prefiere, que aceptaban las leyes del progreso— no reconocían tampoco ninguna diferencia inconciliable entre microcultura y macrocultura, o incluso estaban resignadas a la pérdida de lo que no pudiera adaptarse a la era moderna. Fueron los escoceses y no los ingleses quienes inventaron el concepto del «británico del norte» después de la unión de 1707.[54] Fueron los hablantes y paladines del galés en el Gales decimonónico quienes dudaban que su propia lengua, tan poderosa como vehículo de la religión y la poesía, pudiese servir a modo de lengua universal de cultura en el mundo del siglo XIX, es decir, quienes daban por sentadas la necesidad y las ventajas del bilingüismo.[55] Sin duda no eran inconscientes de las posibilidades de seguir carreras esencialmente británicas que se ofrecían al galés que hablará inglés, pero esto no disminuía su lazo emotivo con la tradición antigua. Esto resulta evidente hasta entre los que se resignaban a que la lengua galesa acabara desapareciendo, cual es el caso del reverendo Griffiths del Dissenting College, en Brecknock, que se limitó a pedir que dejaran que la evolución natural siguiese su curso:

54. Véase Linda Colley, «Whose nation? Class and national consciousness in Britain 1750-1830», *Past and Present*, 113 (1986), pp. 96-117.

55. Ieuan Gwynedd Jones, «Language and community in nineteenth-century Wales», en David Smith, ed., *A people and a proletariat: essays in the history of Wales 1780-1980*, Londres, 1980, pp. 41-71, esp. 59-63.

> Dejad que [la lengua galesa] muera serenamente, apaciblemente, honrosamente. Aunque estemos apegados a ella, pocos desearían aplazar su eutanasia. Pero ningún sacrificio se consideraría demasiado grande para impedir que sea asesinada.[56]

Al cabo de cuarenta años, otro miembro de una nacionalidad pequeña, el teórico socialista Karl Kautsky —checo de nacimiento— habló en términos parecidamente resignados, pero no desapasionados:

> Las lenguas nacionales se verán cada vez más limitadas al uso doméstico, e incluso allí tenderán a ser tratadas como un mueble viejo heredado de la familia, algo que tratamos con veneración aun cuando no tiene mucha utilidad práctica.[57]

Pero estos eran problemas de las nacionalidades más pequeñas cuyo futuro independiente parecía problemático. Los ingleses apenas se paraban a pensar en las preocupaciones de los escoceses y galeses mientras se gloriaban de los exotismos de cosecha propia de las islas Británicas. A decir verdad, como pronto descubrirían los irlandeses del mundo escénico, daban la bienvenida a las nacionalidades menores que no lanzaran un desafío a las mayores, tanto más, cuanto menos inglesa fuera su forma de comportarse: cuanto más exagerasen su condición irlandesa o escocesa. De modo parecido, los nacionalistas pangermanistas estimulaban, de hecho, la producción de literatura en bajo alemán o en frisón, toda vez que estas lenguas no representaban ningún peligro porque estaban reducidas a la condición de apéndices del alto alemán en vez de competidoras del mismo; y los italianos nacionalistas se enorgullecían de Belli, Goldoni y las canciones en napolitano. Puestos a decir, la Bélgica francófona no ponía reparos a los belgas que hablaban y escribían en flamenco. Eran los *flamingants* quienes se resistían al francés. Ciertamente hubo casos en que la nación principal o *Staatsvolk* intentó activamente suprimir las lenguas y culturas menores, pero hasta finales del siglo XIX estos casos fueron raros salvo en Francia.

Así pues, algunos pueblos y algunas nacionalidades estaban destinadas a no ser nunca naciones del todo. Otros lo habían conseguido o lo conseguirían en el futuro. Pero, ¿cuáles tenían futuro y cuáles no lo te-

56. Investigación sobre la educación en Gales, *Parliamentary Papers*, 1847, XXVII, 2.ª parte (Informe sobre los condados de Brecknock, Cardigan y Radnor), p. 67.
57. Haupt, Lowy y Weill, *Les marxistes*, p. 122.

nían? Los debates en torno a lo que constituía las características de una nacionalidad —territoriales, lingüísticas, étnicas, etcétera— no ayudaron mucho. El «principio del umbral» era más útil, naturalmente, toda vez que eliminaba una serie de pueblos pequeños, pero, como hemos visto, tampoco fue decisivo, ya que existían «naciones» incontestables de tamaño muy modesto, por no hablar de movimientos nacionales como el irlandés, acerca de cuya capacidad de formar estados-nación viables las opiniones estaban divididas. La intención inmediata de la pregunta de Renan acerca de Hannover y el Gran Ducado de Parma era, después de todo, contrastarlos, no con *cualquier* nación, sino con otros estados-nación del mismo orden modesto de magnitud, con los Países Bajos o Suiza. Como veremos, la aparición de movimientos nacionales que contaban con el apoyo de las masas, que exigían que se les prestara atención, haría necesarias importantes revisiones de juicio, pero en la era clásica del liberalismo pocas de ellas, salvo las del imperio otomano, parecían exigir aún que se las reconociera como estados soberanos independientes, en contraposición a exigir diversas clases de autonomía. Como de costumbre, también en este sentido el caso irlandés era anómalo: al menos se volvió anómalo con la aparición de los fenianos, que exigían una República de Irlanda que por fuerza sería independiente de Gran Bretaña.

En la práctica había sólo tres criterios que permitían que un pueblo fuera clasificado firmemente como nación, siempre con la condición de que fuera suficientemente grande para cruzar el umbral. El primero era su asociación histórica con un estado que existiese en aquellos momentos o un estado con un pasado bastante largo y reciente. De ahí que hubiese pocas discusiones acerca de la existencia de una nación-pueblo inglesa o francesa, de un pueblo ruso (de la Gran Rusia) o de los polacos, así como que fuera de España se discutiera poco en torno a una nación española con características nacionales bien comprendidas.[58] Porque, dada la identificación de la nación con el estado, era natural que los extranjeros diesen por sentado que las únicas gentes que había en un país eran las que pertenecían al estado-pueblo, costumbre que todavía irrita a los escoceses.

El segundo criterio era la existencia de una antigua elite cultural, poseedora de una lengua vernácula literaria y administrativa nacional y escrita. Esta era la base de las pretensiones de nacionalidad italiana y ale-

58. Dentro de España las diferencias culturales, lingüísticas e institucionales entre los pueblos de los reinos de Aragón y Castilla eran evidentes. En el imperio español, del que Aragón estaba excluido, lo eran todavía más.

mana, aunque los «pueblos» respectivos no tenían un solo estado con el que pudieran identificarse. En ambos casos la identificación nacional era, por consiguiente, fuertemente lingüística, aun cuando en ninguno de ellos la lengua nacional era hablada para fines cotidianos por más que una pequeña minoría —se ha calculado que en Italia era el 2,5 por 100 en el momento de la unificación—,[59] mientras que el resto hablaba varios idiomas que solían ser mutuamente incomprensibles.[60]

El tercer criterio, y es lamentable tener que decirlo, era una probada capacidad de conquista. No hay como ser un pueblo imperial para hacer que una población sea consciente de su existencia colectiva como tal, como bien sabía Friedrich List. Además, para el siglo XIX la conquista proporcionaba la prueba darviniana del éxito evolucionista como especie social.

Es obvio que otros candidatos a la condición de nación no eran excluidos *a priori*, pero tampoco había ninguna suposición apriorística a su favor. El método más seguro era probablemente pertenecer a alguna entidad política que, comparada con las pautas del liberalismo decimonónico, fuese anómala, periclitada y condenada por la historia y el progreso. El imperio otomano era el fósil evolucionista más obvio de su género, pero, como se hacía cada vez más evidente, lo mismo le ocurría al imperio Habsburgo.

Estas eran, pues, las concepciones de la nación y el estado-nación tal como las veían los ideólogos de la era del liberalismo burgués triunfante: digamos que de 1830 a 1880. Formaban parte de la ideología liberal de dos maneras. En primer lugar, porque el desarrollo de las naciones era indiscutiblemente una fase de la evolución o el progreso humano desde el grupo pequeño hacia el grupo mayor, de la familia a la tribu y la región, a la nación y, finalmente, al mundo unificado del futuro, en el cual, citando al superficial y por ende típico G. Lowes Dickinson, «las barreras de la nacionalidad que pertenecen a la infancia de la raza se fundirán y disolverán bajo el sol de la ciencia y el arte».[61]

Ese mundo estaría unificado incluso lingüísticamente. Una sola lengua mundial, que sin duda coexistiría con lenguas nacionales reducidas al

59. Tullio de Mauro, *Storia linguistica dell'Italia unita*, Bari, 1963, p. 41.

60. «Obwohl sie alle in einem Reich "Deutscher Nation" nebeneinander lebten, darf nichts darüber hinwegtäuschen, das ihnen sogar die gemeinsame Umgangsprache fehlte», Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 1, Munich, 1987, p. 50.

61. B. Porter, *Critics of empire. British radical attitudes to colonialism in Africa, 1985-1914*, Londres, 1968, p. 331, citando a G. Lowes Dickinson, *A modern symposium*, 1908.

papel doméstico y sentimental de los dialectos, estaba en el pensamiento tanto del presidente Ulysses S. Grant como de Karl Kautsky.[62] Tales predicciones, como sabemos ahora, no eran totalmente desacertadas. Los intentos de construir lenguas mundiales artificiales que se hicieron a partir del decenio de 1880, a raíz de los códigos telegráficos y de señales del decenio de 1870, no tuvieron éxito, aunque uno de ellos, el esperanto, perdura todavía entre reducidos grupos de entusiastas y bajo la protección de algunos regímenes derivados del internacionalismo socialista del período. Por otro lado, el escepticismo sensato que tales esfuerzos inspiraban a Kautsky y su predicción de que una de las grandes lenguas estatales se transformaría en un lenguaje mundial *de facto* han resultado correctos. El inglés se ha convertido en esa lengua mundial, aun cuando complementa a las lenguas nacionales en lugar de sustituirlas.

Así pues, vista con la perspectiva de la ideología liberal, la nación (es decir, la nación grande y viable) fue la etapa de la evolución que se alcanzó a mediados del siglo XIX. Como hemos visto, la otra cara de la moneda, «la nación como progreso», era, por lo tanto, lógicamente, la asimilación de comunidades y pueblos más pequeños en otros mayores. Esto no significaba necesariamente el abandono de lealtades y sentimientos antiguos, aunque, por supuesto, podía significarlo. Las personas geográfica y socialmente móviles, en cuyo pasado no había nada muy deseable que contemplar, podían mostrarse muy dispuestas a ello. Un buen ejemplo de ello eran los judíos de clase media en los países que ofrecían igualdad total por medio de la asimilación —París bien valía una misa no sólo para el rey Enrique IV— hasta que descubrieron, a partir de finales de siglo, que la disposición ilimitada a asimilarse no era suficiente si la nación receptora no estaba dispuesta a aceptar plenamente al asimilado. Por otro lado, no hay que olvidar que los Estados Unidos en modo alguno eran el único estado que ofrecía libremente la pertenencia a una «nación» a cualquiera que quisiese ingresar en ella, y las «naciones» aceptaban la entrada libre más fácilmente que las clases. Las generaciones anteriores a 1914 están llenas de chauvinistas de la nación grande cuyos padres, y no digamos sus madres, no hablaban la lengua del pueblo elegido por sus hijos, y cuyos nombres eslavos o alemanes, o eslavos «magiarizados», daban testimonio de su elección. Las recompensas de la asimilación podían ser sustanciosas.

62. Para una cita pertinente del discurso inaugural del presidente Grant, véase E. J. Hobsbawm, *The age of capital 1848-1875*, Londres, 1975, epígrafes del cap. 3 (hay trad. cast.: *La era del capitalismo*, Labor, Barcelona, 1989).

Pero la nación moderna formaba parte de la ideología liberal de otra manera. Estaba vinculada al resto de las grandes consignas liberales por la larga asociación con ellas más que por necesidad lógica: del mismo modo que la libertad y la igualdad lo están a la fraternidad. Por decirlo de otro modo, debido a que la nación misma era una novedad desde el punto de vista histórico, era blanco de la oposición de los conservadores y los tradicionalistas y, por consiguiente, atraía a sus adversarios. La asociación entre las dos líneas de pensamiento quizá la ilustre el ejemplo de un típico pangermano de Austria, nacido en esa región de agudos conflictos nacionales que es Moravia. Arnold Pichler,[63] que sirvió en la policía de Viena con una devoción que las transformaciones políticas no rompieron de 1901 a 1938, era y, en cierta medida, siguió siendo durante toda su vida un apasionado nacionalista germano, anticheco y antisemita, aunque no era partidario de meter a todos los judíos en campos de concentración, como sugerían sus correligionarios antisemitas.[64] Al mismo tiempo era un anticlerical apasionado e incluso un liberal en política; en todo caso, colaboró con los diarios más liberales de Viena durante la primera república. En sus escritos el nacionalismo y los razonamientos eugenésicos aparecen unidos a un entusiasmo por la revolución industrial y, cosa más sorprendente, por la creación de un conjunto de «ciudadanos del mundo (*Weltbürger*) ... el cual ... alejado del provincianismo de las ciudades pequeñas y de los horizontes limitados por el campanario de la iglesia» abría el globo entero a los que antes estaban aprisionados en sus rincones regionales.[65]

Así era, pues, el concepto de «nación» y «nacionalismo» tal como lo veían los pensadores liberales en el apogeo del liberalismo burgués, que fue también la época en que el «principio de nacionalidad» pasó por primera vez a ser importante en la política internacional. Como veremos, difería en un aspecto fundamental del principio «wilsoniano» de la autodeterminación nacional, que es también, en teoría, el leninista, y que dominó el debate en torno a estas cuestiones a partir de finales del siglo XIX y continúa dominándolo. No era incondicional. En este sentido también difería del punto de vista radical-democrático, tal como se expresaba en la declaración de derechos de la Revolución francesa que citábamos anteriormente y que de forma específica rechazaba el «principio del um-

63. Franz Pichler, *Polizeihofrat P. Ein treuer Diener seienes ungetreuen Staates. Wiener Polizeidienst 1901-1938*, Viena, 1984. Agradezco esta referencia a Clemens Heller.

64. *Ibid.*, p. 19

65. *Ibid.*, p. 30.

bral». Sin embargo, en la práctica los minipueblos cuyo derecho a la soberanía y a la autodeterminación era garantizado así, generalmente no podían ejercerlo porque sus vecinos mayores y más rapaces no se lo permitían: y tampoco en la mayoría de ellos había muchas personas que simpatizaran con los principios de 1795. Uno piensa en los cantones libres (conservadores) de las montañas de Suiza, que difícilmente podían estar lejos del pensamiento de los lectores de Rousseau que redactaron la declaración de los derechos del hombre en aquella era. Aún no habían llegado los tiempos del autonomismo de izquierdas o de los movimientos pro independencia en tales comunidades.

Desde el punto de vista del liberalismo —y, como demuestra el ejemplo de Marx y Engels, no sólo del liberalismo—, los argumentos favorables a «la nación» decían que representaban una etapa en el devenir histórico de la sociedad humana, y los argumentos a favor de la fundación de un estado-nación determinado, prescindiendo de los sentimientos subjetivos de los miembros de la nacionalidad interesada, o de las simpatías personales del observador, dependían de que pudiera demostrarse que encajaba en la evolución y el progreso históricos o los fomentaba.[66] La admiración burguesa universal por los escoceses de las Highlands no empujó a un solo autor, que yo sepa, a pedir una nación para ellos, ni siquiera a los sentimentales que lloraron el fracaso de la restauración de los Estuardo bajo el príncipe Carlos, cuyos principales partidarios habían sido los clanes de la región citada.

Pero si el único nacionalismo históricamente justificable era el que encajaba en el progreso, es decir, ampliaba, en vez de restringirla, la escala en que funcionaban las economías, sociedades y cultura humanas, ¿cuál podría ser la defensa de los pueblos pequeños, las lenguas pequeñas y las tradiciones pequeñas, en la inmensa mayoría de los casos, sino una expresión de resistencia conservadora al avance inevitable de la historia? La gente, la lengua o la cultura pequeña encajaba en el progreso sólo en la medida en que aceptara la condición de subordinada de alguna unidad mayor o se retirase de la batalla para convertirse en depositaria de nostalgia y otros sentimientos: en pocas palabras, si aceptaba la condición de

66. Cf. Friedrich Engels, carta a Bernstein, 22-25 de febrero de 1882 (*Werke*, vol. 35, pp. 278 y ss.) sobre los eslavos de los Balcanes: «Y aunque estos tipos fueran tan admirables como los escoceses de las Highlands alabados por Walter Scott —otra pandilla de terribles ladrones de ganado—, lo máximo que podemos hacer es condenar las *maneras* en que la sociedad de hoy los trata. Si estuviéramos en el poder, *también nosotros* tendríamos que ocuparnos del bandidaje de estos individuos, que forma parte de su herencia».

viejo mueble de la familia que le asignó Kautsky. Y que, por supuesto, tantas de las pequeñas comunidades y culturas del mundo parecían dispuestas a aceptar. El observador liberal educado podía razonar preguntándose por qué la gente que hablaba en gaélico se comportaba de forma diferente de la que hablaba el dialecto de Northumberland. Nada les impedía ser bilingües. Los escritores ingleses que usaban un dialecto escogían su idioma no *contra* la lengua nacional estándar, sino con la conciencia de que ambos tenían su valor y su sitio. Y si, andando el tiempo, el idioma local se retiraba ante el nacional, o incluso se desvanecía, como ya les había ocurrido a algunas lenguas célticas marginales (la de Cornualles y la de la isla de Man dejaron de hablarse en el siglo XVIII), entonces, sin duda, era lamentable, pero quizá no podía evitarse. No morían sin que nadie las llorase, pero una generación que inventó el concepto y el término de «folclore» podía distinguir la diferencia entre lo presente y vivo y las reliquias del pasado.

Por lo tanto, para comprender la «nación» de la era liberal clásica es esencial tener presente que la «edificación de naciones», por central que fuese para la historia del siglo XIX, era aplicable a sólo algunas naciones. Y, a decir verdad, la exigencia de que se aplicara el «principio de nacionalidad» tampoco era universal. Como problema internacional y como problema político nacional afectaba únicamente a un número limitado de pueblos o regiones, incluso dentro de estados multilingües y multiétnicos tales como el imperio Habsburgo, donde ya dominaba claramente la política. No sería exagerado decir que, después de 1871 —siempre con la excepción del imperio otomano, que iba desintegrándose lentamente— pocas personas esperaban que se produjeran más cambios importantes en el mapa de Europa, y reconocían pocos problemas nacionales con probabilidades de causar tales cambios, dejando aparte la perenne cuestión polaca. Y, de hecho, fuera de los Balcanes, el único cambio que experimentó el mapa de Europa entre la creación del imperio alemán y la primera guerra mundial fue la separación de Noruega de Suecia. Lo que es más, después de los rebatos y las correrías nacionales de los años comprendidos entre 1848 y 1867, no era demasiado suponer que incluso en Austria-Hungría se enfriarían los ánimos. Eso, en todo caso, es lo que esperaban los funcionarios del imperio Habsburgo cuando (más bien a regañadientes) decidieron aceptar una resolución del Congreso Estadístico Internacional de San Petersburgo en 1873, en el sentido de incluir una pregunta sobre la lengua en los futuros censos, pero propusieron que se aplazara su aplicación hasta después de 1880, para dar a la opinión tiempo de cal-

marse.[67] No podían haber cometido un error más espectacular al hacer su pronóstico.

Sucede también que, por regla general, en este período las naciones y los nacionalismos no eran problemas interiores importantes para las entidades políticas que habían alcanzado la condición de «estados-nación», por heterogéneas que fuesen comparadas con las pautas modernas, aunque causaban grandes molestias a los imperios no nacionales que no fueran clasificables (anacrónicamente) como «multinacionales». Ninguno de los estados europeos situados al oeste del Rin se encontraba aún ante complicaciones serias en este sentido, exceptuando Gran Bretaña a causa de los irlandeses, esa anomalía permanente. Con esto no quiero decir que los políticos no se percataran de la existencia de los catalanes o los vascos, los bretones o los flamencos, los escoceses y los galeses, pero los veían principalmente como factores que añadían o restaban vigor a alguna fuerza política de alcance nacional. Los escoceses y los galeses funcionaban a modo de refuerzos del liberalismo; los bretones y los flamencos, del catolicismo tradicionalista. Por supuesto, los sistemas políticos de los estados-nación seguían beneficiándose de la falta de democracia electoral, que en el futuro perjudicaría la teoría y la práctica liberales de la nación, como perjudicaría tantas otras cosas del liberalismo decimonónico.

Quizá por esto la era liberal produjo poca literatura teórica que se ocupara en serio del nacionalismo y esa poca tiene un aire superficial. Observadores como Mill y Renan se mostraron bastante ecuánimes al tratar de los elementos que constituían el «sentimiento nacional» —la etnicidad—, a pesar de la preocupación apasionada de los victorianos por la «raza» —la lengua, la religión, el territorio, la historia, la cultura y el resto— porque, desde el punto de vista político, no importaba mucho, todavía, que a uno de estos elementos, el que fuera, se le considerase más importante que el resto. Pero a partir del decenio de 1880 el debate en torno a «la cuestión nacional» se vuelve serio e intenso, especialmente entre los socialistas, porque el atractivo político de las consignas nacionales para las masas de votantes reales o en potencia o los partidarios de movimientos políticos de masas era un asunto de verdadero interés práctico. Y el debate en torno a cuestiones tales como los criterios teóricos de la condición de nación se hizo apasionado, toda vez que ahora se creía que cualquier respuesta dada lle-

67. Emil Brix, *Die Umgangsprachen in Altösterreich zwischen Agitation und Assimilation. Die Sprachenstatistik in den zisleithanischen Volkszählungen 1880-1910*, Viena-Colonia-Graz, 1982.

vaba implícita una forma concreta de estrategia, lucha y programa políticos. La cuestión tenía importancia, no sólo para los gobiernos que hacían frente a varias clases de agitación o exigencia nacional, sino también para los partidos políticos que pretendían movilizar al electorado basándose en llamamientos nacionales, no nacionales o de alternativa nacional. Para los socialistas de la Europa central y la Europa oriental la base teórica sobre la cual se definían la nación y su futuro tenía mucha importancia. Marx y Engels, al igual que Mill y Renan, habían considerado que estas cuestiones eran marginales. En la segunda internacional estos debates ocuparon un lugar central, y una constelación de figuras eminentes, o figuras con un futuro eminente, aportaron a ellos escritos importantes: Kautsky, Luxemburg, Bauer, Lenin y Stalin. Pero aunque tales cuestiones interesaban a los teóricos marxistas, también revestía gran importancia práctica para, pongamos por caso, los croatas y los serbios, los macedonios y los búlgaros, la definición que se hiciera de los eslavos meridionales.[68]

El «principio de nacionalidad» que debatían los diplomáticos y que cambió el mapa de Europa en el período que va de 1830 a 1878 era, pues, diferente del fenómeno político del nacionalismo que fue haciéndose cada vez más central en la era de la democratización y la política de masas de Europa. En tiempos de Mazzini no importaba que para el grueso de los italianos el Risorgimento no existiera, tal como reconoció Massimo d'Azeglio en la famosa frase: «Hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer los italianos».[69] Ni siquiera importaba a los que consideraban «la cuestión polaca» que probablemente la mayoría de los campesinos de habla polaca (por no citar el tercio de la población de la antigua Rzecspopolita de antes de 1772 que hablaba otros idiomas) todavía no se sintieran nacionalistas polacos; como el futuro liberador de Polonia, el coronel Pilsudski, reconoció en *su* frase: «Es el estado el que hace la nación y no la nación el estado».[70] Pero después de 1880 fue cobrando importancia lo que los hombres y las mujeres normales y corrientes sentían en relación con la nacionalidad. Por lo tanto, es importante considerar los sentimientos y las actitudes entre personas preindustriales de esta clase, sobre las que podía edificarse el novedoso atractivo del nacionalismo político. A ello se dedicará el capítulo siguiente.

68. Cf. Ivo Banac, *The national question in Yugoslavia: origins, history, politics*, Ithaca y Londres, 1984, pp. 76-86.

69. Pronunciada en la primera reunión del parlamento del recién unido reino de Italia (E. Latham, *Famous sayings and their authors*, Detroit, 1970).

70. H. Roos, *A history of modern Poland*, Londres, 1966, p. 48.

2. PROTONACIONALISMO POPULAR

¿Por qué y cómo un concepto como el «patriotismo nacional», tan alejado de la experiencia real de la mayoría de los seres humanos, pudo convertirse en una fuerza política tan poderosa tan rápidamente? Es obvio que no basta con remitirse a la experiencia universal de seres humanos pertenecientes a grupos que se reconocen unos a otros como miembros de colectividades o comunidades y, por ende, reconocen a otros como extranjeros. El problema que tenemos delante se deriva del hecho de que la nación moderna, ya sea como estado o como conjunto de personas que aspiran a formar tal estado, difiere en tamaño, escala y naturaleza de las comunidades reales con las cuales se han identificado los seres humanos a lo largo de la mayor parte de la historia, y les exige cosas muy diferentes. Utilizando la útil expresión de Benedict Anderson, diremos que es una «comunidad imaginada» y sin duda puede hacerse que esto llene el vacío emocional que deja la retirada o desintegración, o la no disponibilidad, de comunidades y redes humanas *reales*, pero sigue en pie el interrogante de por qué la gente, después de perder las comunidades reales, desea imaginar este tipo concreto de sustituto. Puede que una de las razones sea que en muchas partes del mundo los estados y los movimientos nacionales podían movilizar ciertas variantes de sentimientos de pertenencia colectiva que ya existían y que podían funcionar, por así decirlo, potencialmente en la escala macropolítica capaz de armonizar con estados y naciones modernos. A estos lazos los llamaré «protonacionales».

Son de dos clases. Primeramente, hay formas supralocales de identificación popular que van más allá de las que circunscriben los espacios reales en que las personas pasaban la mayor parte de su vida: del mismo modo que la Virgen María vincula a los creyentes de Nápoles a un mundo más amplio, aun cuando, para la mayoría de los efectos concernientes a los habitantes de Nápoles colectivamente, san Jenaro, cuya sangre debe

licuarse, y (en virtud de un milagro garantizado eternamente) se licua todos los años para que ningún mal caiga sobre la ciudad, tiene una importancia mucho más directa. En segundo lugar, existen los lazos y vocabularios políticos de grupos selectos vinculados de forma más directa a estados e instituciones y que pueden acabar generalizándose, extendiéndose y popularizándose. Éstos tienen un poco más en común con la «nación» moderna. No obstante, ninguno puede identificarse legítimamente con el nacionalismo moderno que pasa por ser su extensión lineal, toda vez que no tenían o no tienen ninguna relación *necesaria* con la unidad de organización política territorial que constituye un criterio crucial de lo que hoy día entendemos como «nación».

Pongamos sólo dos ejemplos obvios. Hasta 1945, y de forma vestigial hasta nuestros días, los hablantes de dialectos germanos cuyas elites utilizaban la lengua alemana escrita, la lengua de cultura, estándar, han estado situados, no sólo en su principal región de la Europa central, sino, como clase de gobernantes, como ciudadanos en zonas de asentamiento campesino, en todo el este y el sureste de Europa, por no hablar de pequeñas colonias que forman una diáspora generalmente religiosa en las Américas. Se desparramaron en una serie de oleadas de conquista, migración y colonización del siglo XI al XVIII y llegaron hasta puntos tan orientales como el bajo Volga. (Omitimos el fenómeno de la migración del siglo XIX, que es bastante diferente.) Desde luego, todos ellos se consideraban a sí mismos «alemanes» en algún sentido, en contraposición a otros grupos entre los cuales vivían. Ahora bien, aunque a menudo se producían fricciones entre los alemanes y otros grupos étnicos, sobre todo allí donde los alemanes monopolizaban ciertas funciones cruciales, por ejemplo como clase gobernante hacendada en la región báltica, no sé de ningún caso, antes del siglo XIX, en que se planteara un importante problema político debido a que estos alemanes se encontraban viviendo bajo gobernantes no alemanes. Asimismo, aunque los judíos, dispersos por todo el mundo durante algunos milenios, nunca, dondequiera que estuviesen, dejaron de identificarse a sí mismos como miembros de un pueblo especial y totalmente distinto de las diversas variantes de no creyentes entre los que vivían, en ninguna etapa, al menos desde su vuelta del cautiverio en Babilonia, parece que esto entrañara un deseo serio de tener un estado político judío, y no hablemos de un estado territorial, hasta que se inventó el nacionalismo judío en las postrimerías del siglo XIX por analogía con el recién inventado nacionalismo occidental. Es totalmente ilegítimo identificar los vínculos judíos con la tierra ancestral de Israel, cuyo mérito se deriva de las peregrinaciones a

dicha tierra, o la esperanza de volver a ella cuando llegase el Mesías —pues, a ojos de los judíos, era obvio que *no* había llegado—, con el deseo de reunir a todos los judíos en un estado territorial moderno situado en Tierra Santa. Sería lo mismo que argüir que los buenos musulmanes, cuya mayor ambición es peregrinar a La Meca, lo que pretenden realmente al peregrinar allí es declararse ciudadanos de lo que ahora es la Arabia Saudí.

¿Qué es exactamente lo que constituye el protonacionalismo popular? La pregunta es dificilísima, toda vez que entraña descubrir los sentimientos de los analfabetos que formaban la mayoría abrumadora de la población mundial antes del siglo xx. Estamos informados de las ideas del sector de las personas alfabetizadas que escribía además de leer —o al menos de algunas de ellas—, pero es claramente ilegítimo extrapolar de la elite a las masas, de los alfabetizados a los analfabetos, aun cuando los dos mundos no sean completamente separables y la palabra escrita influyera en las ideas de los que sólo hablaban.[1] Lo que Herder pensaba del *Volk* no puede usarse como prueba de los pensamientos del campesinado westfaliano. Puede que un ejemplo ilustre la anchura potencial de este abismo entre alfabetizados y analfabetos. Los alemanes que formaban la clase de los señores feudales, además de los ciudadanos y los alfabetizados de la región báltica, naturalmente tenían la sensación de que la «venganza nacional continuaba cerniéndose sobre su cabeza como una espada de Damocles» porque, como señaló Christian Kelch en su historia de Livonia en 1695, los campesinos estonios y letones tenían abundantes razones para odiarlos («Selbige zu hassen wohl Ursache gehabt»). Con todo, no hay indicios de que los campesinos estonios pensaran en tales términos nacionales. En primer lugar, no parece que se considerasen a sí mismos como un grupo étnico-lingüístico. La palabra «estonio» no empezó a usarse hasta el decenio de 1860. Anteriormente los campesinos se llamaban a sí mismos sencillamente *maarahvas*, es decir, «gente del campo». En segundo lugar, la palabra *saks* (sajón) tenía el significado *dominante* de «señor» o «amo» y sólo el significado secundario de «germano». Un argumento verosímil (de un eminente historiador estonio) afirma que donde los alfabetizados (alemanes) leían referencias en documentos como «germanos», lo más probable es que los campesinos quisieran decir sencillamente «señor» o «amo»:

1. Véase Roger Chartier, *The cultural uses of print in Early Modern France*, Princeton, 1987, Introducción; también E. J. Hobsbawm, *Worlds of labour*, Londres, 1984, pp. 39-42, para las relaciones de la cultura popular y hegemónica (hay trad. cast.: *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987).

> Desde finales del siglo XVII los pastores y funcionarios locales podían leer las obras de los que ilustraban acerca de la conquista de Estonia (los campesinos no leían tales libros) y se inclinaban a interpretar las palabras de los campesinos de manera que armonizasen con su propia forma de pensar.[2]

Empecemos, pues, con uno de los poquísimos intentos de determinar el pensamiento de los que raras veces formulan sistemáticamente pensamientos sobre asuntos públicos y nunca los escriben: *Tsar and people*, del malogrado Michael Cherniavsky.[3] En este libro el autor comenta, entre otras cosas, el concepto de «santa Rusia» o «la santa tierra rusa», expresión para la que encuentra relativamente pocos paralelos, el más estrecho de los cuales es «santa Irlanda». Tal vez hubiera podido añadir «das heil'ge Land Tirol» (la santa tierra del Tirol) para hacer una comparación y un contraste interesantes.

Si seguimos a Cherniavsky, una tierra no podía volverse «santa» en tanto no pudiese presentar una reivindicación singular en la economía mundial de la salvación, es decir, en el caso de Rusia, hasta mediados del siglo XV, cuando el intento de reunión de las iglesias y la caída de Constantinopla que puso fin al imperio romano dejaron a Rusia convertida en la única tierra ortodoxa del mundo, y a Moscú, en la Tercera Roma, es decir, la única fuente de salvación para la humanidad. Al menos este sería el punto de vista del zar. Pero semejantes reflexiones no son estrictamente apropiadas, pues la expresión no comenzó a utilizarse de forma general hasta la época turbulenta de principios del siglo XVII, cuando el zar y el estado virtualmente desaparecieron. De hecho, aunque no hubiera ocurrido así, no hubiesen contribuido a que la expresión circulara, puesto que ni el zar, ni la burocracia, ni la Iglesia ni los ideólogos del poder moscovita parecen haberla usado *jamás* antes o después de aquella época.[4] En resumen, la «santa Rusia» era un mote popular que probablemente expresaba ideas también populares. Su utilización aparece ilustrada en las epopeyas de los cosacos del Don a mediados del siglo XVII, por ejemplo en el «Cuento poético del sitio de Azov» (por los turcos). En él los cosacos cantaban:

2. Datos y citas de Juhan Kahk, «"Peasants" movements and national movements in the history of Europe», *Acta Universitatis Stockholmensis. Studia Baltica Stockholmensia*, 2 (1985): «National movements in the Baltic countries during the 19th century», pp. 15-16.

3. Michael Cherniavsky, *Tsar and people. Studies in Russian myths*, New Haven y Londres, 1961. Véase también Jeffrey Brooks, *When Russia learned to read*, Princeton, 1985, cap. VI: «Nationalism and national identity», esp. pp. 213-232.

4. Cherniavsky, *Tsar and people*, pp. 107, 114.

> Nunca volveremos a estar en la santa Rusia. Nuestra muerte pecaminosa llega en los desiertos. Morimos por vuestros iconos milagrosos, por la fe cristiana, por el nombre del zar y por todo el estado moscovita.[5]

Así pues, la santa tierra rusa la definen los santos iconos, la fe, el zar, el estado. Es una combinación poderosa y no sólo porque los iconos, es decir, símbolos visibles como las banderas, son todavía los métodos que más se usan para imaginar lo que no puede imaginarse. Y la santa Rusia es indiscutiblemente una fuerza popular, extraoficial, no es una fuerza creada desde arriba. Considérese, como hace Cherniavsky, con qué capacidad de percepción y delicadeza aprendió de su maestro Ernst Kantorowicz[6] la palabra «Rusia». El imperio de los zares, la unidad política, era *Rossiya*, neologismo de los siglos XVI y XVII que pasó a ser oficial a partir de Pedro el Grande. La tierra santa de Rusia fue siempre la antigua *Rus*. Ser ruso es todavía, en nuestros días, ser *russky*. Ninguna palabra derivada de la oficial Rossiya —y en el siglo XVIII se ensayaron unas cuantas— logró hacerse aceptar como descripción del *pueblo* o la nación rusa, o sus miembros. Ser *russky*, como nos recuerda Cherniavsky, era intercambiable con ser miembro del curioso doblete *krestianin-christianin* (campesino-cristiano) y con ser un «verdadero creyente» u ortodoxo. Este sentido popular y populista esencial de la santa condición de ser ruso puede corresponderse con la nación moderna o no. En Rusia su identificación con el jefe tanto de la Iglesia como del estado obviamente facilitaba tal correspondencia. Naturalmente no ocurría lo mismo en la santa tierra del Tirol, toda vez que la combinación postridentina de tierra-iconos-fe-emperador-estado favorecía a la Iglesia católica y al emperador Habsburgo (ya fuera como tal o como conde del Tirol) contra el nuevo concepto de «nación» alemana, austríaca o lo que fuese. Conviene recordar que los campesinos tiroleses de 1809 se sublevaron tanto contra los franceses como contra los vecinos bávaros. Sin embargo, tanto si «el pueblo de la tierra santa» puede identificarse con la nación posterior como si no, está claro que el concepto lo precede.

Y, pese a ello, observamos la omisión, en los criterios de la santa Rusia, el santo Tirol y quizá la santa Irlanda, de dos elementos que hoy día asociamos estrechamente, si no de forma crucial, con definiciones de la nación: la lengua y la etnicidad.

5. *Ibid.*, p. 113.
6. Véase el precursor Ernst Kantorowicz, *The king's two bodies. A study in medieval political theology*, Princeton, 1957.

¿Qué cabe decir de la lengua? ¿Acaso no es la esencia misma de lo que distingue a un pueblo de otro, a «nosotros» de «ellos», a los seres humanos reales de los bárbaros que no saben hablar una lengua auténtica y se limitan a emitir ruidos incomprensibles? ¿Acaso todo lector de la Biblia no tiene noticia de la torre de Babel, y de cómo el amigo se distinguía del enemigo por la pronunciación correcta de la palabra *shibboleth*?* ¿Acaso los griegos no se definieron a sí mismos protonacionalmente de esta manera frente al resto de la humanidad, los «bárbaros»? ¿Acaso la ignorancia de la lengua de otro grupo no constituye la barrera más obvia que impide comunicarse y, por ende, la definidora más obvia de las líneas que separan a los grupos: de tal modo que crear o hablar una jerga especial continúa sirviendo para señalar a las personas como miembros de una subcultura que desea separarse de otras subculturas o de la comunidad en general?

Difícilmente puede negarse que las personas que hablan lenguas mutuamente incomprensibles y viven unas al lado de otras se identificarán a sí mismas como hablantes de una de ellas, y a los miembros de otras comunidades como hablantes de otras lenguas o, como mínimo, no hablantes de la suya (como *barbaroi*, o como *nemci* según la terminología de los eslavos). Sin embargo, el problema no es este. La cuestión es si se cree que tales barreras lingüísticas separan a entidades que pueden considerarse como nacionalidades o naciones en potencia y no sólo grupos que casualmente tienen dificultad para entenderse mutuamente. Este interrogante nos lleva al terreno de las investigaciones de la naturaleza de las lenguas vernáculas y su utilización como criterios de pertenencia a un grupo. Y al investigar ambas cosas, debemos, una vez más, poner cuidado en no confundir los debates de los alfabetizados, que casualmente son casi nuestra única fuente, con los debates de los analfabetos, así como no leer anacrónicamente el sentido del siglo XX en el pasado.

Las lenguas vernáculas no cultas son siempre un complejo de variantes o dialectos locales que se intercomunican con diversos grados de facilidad o dificultad, según la proximidad geográfica o la accesibilidad. Algunas, sobre todo en las regiones montañosas que facilitan la segregación, pueden resultar tan ininteligibles como si pertenecieran a una familia lingüística diferente. Circulan chistes, en los respectivos países, sobre las dificultades de los galeses del norte para entender a los galeses del sur, o las de los albaneses que hablan el dialecto guego para entender a los que

* Santo y seña. *(N. del t.)*

hablan el dialecto tosco. Para los filólogos el hecho de que el catalán esté más cerca del francés que el vasco puede ser crucial, pero para un marinero normando que se encontrara en Bayona o en Port Bou la lengua local le resultaría, al oírla por primera vez, igualmente impenetrable. Incluso en la actualidad a los alemanes cultos de Kiel, pongamos por caso, puede costarles muchísimo entender incluso a los suizos alemanes cultos que hablan el dialecto claramente germano que es su medio habitual de comunicación oral.

Así pues, en la época anterior a la enseñanza primaria general, no había ni podía haber ninguna lengua «nacional» hablada exceptuando los idiomas literarios o administrativos tal como se escribían, inventaban o adaptaban para su uso oral, ya fuera a modo de lengua franca que permitía que los hablantes de dialectos se comunicaran, o —lo que tal vez venía más al caso— para dirigirse a oyentes populares salvando las fronteras dialectales, por ejemplo los predicadores o los recitadores de canciones y poemas comunes a un campo cultural más amplio.[7] El tamaño de este campo de comunicabilidad potencial común podía variar considerablemente. Es casi seguro que sería mayor para las elites, cuyos campos de acción y horizontes estaban menos localizados, que, pongamos por caso, para los campesinos. Una «lengua nacional» genuinamente hablada que evolucionara sobre una base puramente oral, que no fuese una lengua franca (la cual, por supuesto, puede acabar convirtiéndose en una lengua para todo uso), es difícil de concebir para una región cuya extensión geográfica tenga cierta importancia. Dicho de otro modo, la «lengua materna» real o literal, esto es, el idioma que los niños aprendían de sus madres analfabetas y hablaban en la vida cotidiana ciertamente no era, en ningún sentido, una «lengua nacional».

Como ya he dado a entender, esto no excluye cierta identificación *cultural* popular con una lengua, o un complejo de dialectos patentemente relacionados, propios de un conjunto de comunidades, a las que distingue de sus vecinos, como en el caso de los hablantes de la lengua magiar. Y en la medida en que esto puede ser así, cabe que el nacionalismo de un perío-

7. La introducción más útil a este complejo de cuestiones es Einar Haugen, «Dialect, language, nation», *American Anthropologist*, 68 (1966), pp. 922-935. Para el campo relativamente reciente de la sociolingüística, cf. J. A. Fishman, ed., *Contributions to the sociology of language*, 2 vols., La Haya-París, 1972, esp. «The sociology of language: an interdisciplinary social science approach to language in society», en vol. 1. Para un estudio concreto del desarrollo/construcción de la lengua por un precursor, Heinz Kloss, *Die Entwicklung neuer germanischer Kultursprachen von 1800 bis 1950*, Munich, 1952.

do posterior tuviera raíces protonacionales lingüísticas auténticamente populares. Es muy posible que este fuera el caso entre los albaneses, que viven bajo influencias culturales rivales desde la antigüedad clásica y están divididos entre tres o (si incluimos el culto islámico de los bektasis, centrado localmente) incluso cuatro religiones rivales: la islámica, la ortodoxa y la católica. Era natural que los pioneros del nacionalismo albanés buscasen una identidad cultural albanesa en la lengua, dado que la religión y, de hecho, casi todo lo demás en Albania parecía dividir en vez de unificar.[8] Sin embargo, hasta en un caso que parece tan claro no debemos fiarnos demasiado de los alfabetizados. Dista mucho de estar claro en qué sentido, o incluso hasta qué punto, los albaneses normales y corrientes de finales del siglo XIX y principios del XX se consideraban a sí mismos como tales o reconocían una afinidad mutua. El guía de Edith Durham, un joven de las montañas del norte, al decirle que los albaneses del sur tenían iglesias ortodoxas, comentó: «No son cristianos, sino toscos», lo cual no induce a pensar en un arraigado sentido de identidad colectiva, y «no es posible saber el número exacto de albaneses que llegaron a los Estados Unidos porque los primeros inmigrantes no solían identificarse como albaneses».[9] Asimismo, incluso los pioneros de la condición de nación en esa tierra de clanes y señores enfrentados recurrían a argumentos más convincentes para pedir solidaridad antes que apelar a la lengua. Como dijo Naïm Frashëri (1846-1900): «Todos nosotros somos sólo una única tribu, una única familia; somos de una misma sangre y una misma lengua».[10] La lengua, aunque no estaba ausente, ocupaba el último lugar.

Las lenguas nacionales son, pues, casi siempre conceptos semiartificiales y de vez en cuando, como el hebreo moderno, virtualmente inventadas. Son lo contrario de lo que la mitología nacionalista supone que son, a saber, los cimientos primordiales de la cultura nacional y las matrices de la mente nacional. Suelen ser intentos de inventar un idioma estandariza-

8. «Les grands noms de cette littérature ... ne célèbrent jamais la réligion dans leurs oeuvres; bien au contraire ils ne manquent aucune occasion pour stigmatiser l'action hostile à l'unité nationale des différents clergés ... Il semble que [la recherche de l'identité culturelle] ... se soit faite essentiellement autour du problème de la langue». Christian Gut en *Groupe de travail sur l'Europe Centrale et Orientale. Bulletin d'Information*, Maison des Sciences de l'Homme, París, n.º 2 (junio de 1978), p. 40.

9. Edith Durham, *High Albania*, 1909, nueva edición, Londres, 1985, p. 17; S. Thernstrom y otros, *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*, Cambridge y Londres, 1980, p. 24.

10. Citado en *Groupe de travail*, p. 52.

do partiendo de una multiplicidad de idiomas que realmente se hablan, y que en lo sucesivo quedan degradados a la condición de dialectos, y el problema principal de su construcción acostumbra a ser cuál de los dialectos se escogerá para que sirva de base de la lengua estandarizada y homogeneizada. Los problemas subsiguientes de estandarizar y homogeneizar una gramática y una ortografía nacionales, así como de añadir nuevos elementos al vocabulario, son secundarios.[11] Las historias de prácticamente todas las lenguas europeas insisten en esta base regional: el búlgaro literario se basa en el idioma búlgaro occidental; el ucranio literario, en sus dialectos del sureste; el húngaro literario nace en el siglo XVI de la combinación de varios dialectos; el letón literario se basa en la intermedia de tres variantes; el lituano, en una de dos; y así sucesivamente. Cuando se conocen los nombres de los arquitectos de la lengua, como suele suceder en el caso de las lenguas que alcanzaron la categoría de literarias en el siglo XVIII o entre el XIX y el XX, puede que la elección sea arbitraria (aunque justificada mediante argumentos).

A veces esta elección es política o tiene obvias implicaciones políticas. Así, los croatas hablaban tres dialectos (*čakavio, kajkavio, štokavio*), uno de los cuales era también el dialecto principal de los serbios. Dos de ellos (el *kajkavio* y el *štokavio*) llegarían a tener versiones literarias. El gran apóstol croata del movimiento ilirio, Ljudevit Gaj (1809-1872), aunque hablaba y escribía el croata *kajkavio* como lengua natal, dejó este dialecto por el *štokavio*, para redactar sus propios escritos, en 1838, con lo cual pretendía subrayar la unidad básica de los eslavos del sur y garantizar (*a*) que el serbocroata se desarrollara más o menos como una lengua literaria (aunque escrito con caracteres romanos por los croatas, que eran católicos, y con caracteres cirílicos por los serbios, que eran ortodoxos), (*b*) privar al nacionalismo croata de la oportuna justificación lingüística, y (*c*) proporcionar tanto a los serbios como, más adelante, a los croatas una ex-

11. Para un estudio de este campo, muy consciente de la «artificialidad» de la mayoría de las lenguas de cultura, Marinella Lörinczi Angioni, «Appunti per una macrostoria delle lingue scritte de l'Europa moderna», *Quaderni Sardi di Storia*, 3 (julio de 1981-junio de 1983), pp. 133-156. Es especialmente útil en relación con las lenguas menores. Para la diferencia entre el flamenco tradicional y la lengua moderna, creada a partir de 1841, véanse los comentarios de E. Coornaert en *Bulletin de la Société d'Histoire Moderne*, año 67.º, 8 (1968), p. 5, en el debate en torno a R. Devleeshouwer, «Données historiques des problèmes linguistiques belges». Véase también Jonathan Steinberg, «The historian and the *Questione della lingua*», en P. Burke y Roy Porter, eds., *The social history of language*, Cambridge, 1987, pp. 198-209.

cusa para el expansionismo.[12] En cambio, a veces se equivocan al juzgar. Bernolák escogió un dialecto como base de lo que él quería que fuese el eslovaco literario hacia 1790, pero el citado dialecto no consiguió arraigar; al cabo de unos decenios, Ludovit Štur eligió una base que resultó más viable. En Noruega el nacionalista Wergeland (1808-1845) exigió un noruego que fuese más puramente noruego, en contraposición a la lengua escrita con su excesiva influencia del danés, y rápidamente se inventó tal lengua (la landsmål, conocida hoy día por el nombre de nynorsk). A pesar del apoyo oficial que recibe desde que Noruega es independiente, nunca ha logrado ser algo más que una lengua minoritaria del país, que desde 1947 es bilingüe *de facto* en lo que se refiere a la escritura. El nynorsk lo usan solamente un 20 por 100 de los noruegos, especialmente los que viven en la Noruega occidental y central.[13] Desde luego, en varias de las lenguas literarias más antiguas la historia hizo la elección requerida: por ejemplo, cuando los dialectos asociados con el campo de la administración real se convirtieron en el fundamento del idioma literario en Francia e Inglaterra, o cuando la combinación de usos comerciales-marítimos, prestigio cultural y apoyo macedonio contribuyó a que el ático pasara a ser el fundamento del *koiné* helenístico o idioma griego común.

Podemos dejar a un lado, de momento, el problema secundario, pero también apremiante, de cómo se modernizan incluso estos antiguos idiomas literarios «nacionales» con el fin de adaptarlos a una vida contemporánea que la Academia francesa o el doctor Johnson no tuvieron en cuenta. El problema es universal, aunque en muchos casos —sobre todo entre los holandeses, los alemanes, los checos, los islandeses y otros— se ve complicado por lo que podríamos denominar el «nacionalismo filológico», es decir, la insistencia en la pureza lingüística del vocabulario nacional, que obligó a los científicos alemanes a traducir «oxígeno» por *Sauerstoff*, y hoy día está inspirando una desesperada acción de retaguardia en Francia contra los estragos del *franglais*. Con todo, es inevitable que el problema sea más agudo en las lenguas que no hayan sido las portadoras principales de cultura, pero que desean convertirse en vehículos

12. Plantea bien el asunto Ivo Banac, *The national question in Yugoslavia: Origins, history, politics*, Ithaca y Londres, 1984 (de donde proceden estos datos): «La singular situación dialectal croata, esto es, el uso de tres dialectos ... no podría hacerse compatible con la creencia romántica de que la lengua era la expresión más profunda del espíritu nacional. Obviamente una nación no podría tener tres espíritus y tampoco podría un dialecto ser compartido por dos nacionalidades», p. 81.

13. Einar Haugen, *The Scandinavian languages: an introduction*, Londres, 1976.

apropiados para, pongamos por caso, la educación superior y la moderna comunicación tecnoeconómica. No subestimemos la gravedad de tales problemas. Así, el galés afirma, posiblemente con alguna justificación, ser la lengua literaria viva más antigua, pues data del siglo VI aproximadamente. No obstante, en 1847 se señaló que

> sería imposible expresar en galés muchas proposiciones normales y corrientes de la política y la ciencia de tal modo que transmitiese completamente el sentido incluso a un lector galés inteligente que no conociera el inglés.[14]

Así, excepto para los gobernantes y los alfabetizados, difícilmente podía ser la lengua un criterio de condición de nación, e incluso para éstos era necesario escoger una lengua vernácula nacional (en una forma literaria estandarizada) por encima de las lenguas más prestigiosas, santas o clásicas o ambas cosas, que eran, para la reducida elite, un medio perfectamente utilizable de comunicación administrativa o intelectual, debate público o incluso —uno piensa en el persa clásico en el imperio mogol, el chino clásico en el Japón de Heian— de composición literaria. Hay que reconocer que esa elección se hizo antes o después en todas partes, excepto quizás en China, donde la lengua franca de las personas de educación clásica se convirtió en el único medio de comunicación entre dialectos por lo demás mutuamente incomprensibles en el vasto imperio, y se encuentra en proceso de transformarse en algo parecido a una lengua hablada.

¿Por qué, de hecho, iba la lengua a ser tal criterio de pertenencia a un grupo, excepto, tal vez, donde la diferenciación lingüística coincidiera con alguna otra razón para distinguirse de alguna otra comunidad? El matrimonio mismo, como institución, no da por sentada una comunidad de lengua, de lo contrario difícilmente podría haber exogamia institucionalizada. Uno no ve ninguna razón para disentir del docto historiador de las opiniones relativas a la multiplicidad de lenguas y pueblos que afirma que «sólo la generalización tardía hace que los seres humanos de la misma lengua sean amigos y los de lenguas extranjeras, enemigos».[15] Donde no se oyen otras lenguas, el idioma propio no tienen tanto de criterio de grupo, sino que es algo que tienen todas las personas como las piernas. Donde coexisten varias lenguas, el multilingüismo puede ser normal hasta el

14. Informes de los encargados de investigar el estado de la educación en Gales, *Parliamentary Papers*, XXVII de 1847, 3.ª parte, p. 853, nota.

15. Arno Borst, *Der Turmbau von Babel: Geschichte der Meinungen über Ursprung und Vielfalt der Sprachen der Völker*, 4 vols., en 6, Stuttgart, 1957-1963, vol. IV, p. 1.913.

punto de hacer que la identificación exclusiva con un idioma determinado sea arbitraria. (Debido a esto, los censos que exigen semejante elección exclusiva son poco fiables como fuentes de información lingüística.)[16] En tales regiones cabe que las estadísticas lingüísticas presenten grandes oscilaciones de un censo a otro, toda vez que la identificación con un idioma no depende del conocimiento, sino de algún otro factor cambiante, como ocurría en algunas regiones de Eslovenia y Moravia bajo los Habsburgo; o puede que la gente hable tanto su propia lengua como una lengua franca oficialmente no reconocida, como ocurre en partes de Istria.[17] Por otro lado, estas lenguas no son intercambiables. Los habitantes de Mauricio no eligen arbitrariamente entre hablar criollo y la que sea su propia lengua nacional, porque las utilizan para fines diferentes, como hacen los suizos alemanes, que escriben alto alemán y hablan *Schwyzerdütsch*, o el padre esloveno en la conmovedora novela *La marcha de Radetzky*, de Josef Roth, que se dirige a su hijo, ascendido a oficial, no en la lengua natal de los dos, como espera el hijo, sino utilizando «el alemán áspero y corriente de los eslavos del ejército»,[18] empujado por el respeto que le merece la condición de oficial de los Habsburgo. De hecho, la identificación mística de la nacionalidad con una especie de idea platónica de la lengua, que existe detrás y por encima de todas sus versiones variantes e imperfectas, es mucho más característica de la construcción ideológica de los intelectuales nacionalistas, cuyo profeta es Herder, que de las masas que utilizan el idioma. Es un concepto literario y no un concepto existencial.

Esto no equivale a negar que las lenguas, o incluso las familias lingüísticas, no formen parte de la realidad popular. Para la mayoría de los pueblos de lenguas germánicas, la mayoría de los extranjeros que vivían al oeste y al sur de ellos —de lenguas romances, aunque también había celtas— son *galeses*, mientras que la mayoría de la gente de habla finlandesa y más tarde eslavona que vivían al este y al sureste de ellos eran *vendos*; y a la inversa, para la mayoría de los eslavos, todos los que hablaban alemán son *nemci*. Sin embargo, siempre fue evidente para todos que la lengua y el pueblo (fuera cual fuese la definición de una y otro) no coincidían. En el

16. Paul M. G. Lévy, «La statistique des langues en Belgique», *Revue de l'Institut de Sociologie*, Bruselas, 18 (1938), pp. 507-570.

17. Emil Brix, *Die Umgangsprachen in Altösterreich zwischen Agitation und Assimilation. Die Sprachstatistik in den zisleithanischen Volkszählungen 1880-1910*, Viena-Colonia-Graz, 1982, por ejemplo, pp. 182, 214, 332.

18. Josef Roth, *The Radetzkymarch*, Harmondsworth, 1974, p. 5 (hay trad. cast.: *La marcha de Radetzky*, Edhasa, Barcelona, 1989).

Sudán los fur asentados viven en simbiosis con los baggara nómadas, pero a un campamento vecino de nómadas fur que hablan fur lo trataban como si fuera baggara, toda vez que la distinción crucial entre los dos pueblos no está en la lengua, sino en la función. El hecho de que estos nómadas hablen el fur «sencillamente hace que las transacciones normales de comprar leche, asignar sitios para campamentos u obtener estiércol que se tengan con otros baggara resulten un poco más fluidas».[19]

En términos más «teóricos», cada una de las famosas setenta y dos lenguas en que se dividió la raza humana después de la torre de Babel (al menos así la dividieron los comentaristas medievales del libro del Génesis) abarcaba varias *nationes* o tribus, según Anselmo de Laon, discípulo del gran Anselmo de Canterbury. Guillermo de Alton, dominico inglés, siguió especulando en este sentido a mediados del siglo XIII y trazó distinciones entre grupos lingüísticos (según el idioma que hablaran), entre *generationes* (según el origen), entre los habitantes de territorios determinados, y entre *gentes* que eran definidas por diferencias en las costumbres y las conversaciones. Estas clasificaciones no coincidían necesariamente y no debían confundirse con un *populus* o pueblo, al que definía la voluntad de obedecer una ley común y, por consiguiente, era una comunidad histórico-política en vez de «natural».[20] En este análisis Guillermo de Alton demostró una perspicacia y un realismo admirables, que, sin embargo, no eran infrecuentes hasta finales del siglo XIX.

Pues la lengua no era más que un modo, y no necesariamente el principal, de distinguir entre comunidades culturales. Herodoto afirmaba que los griegos formaban un solo pueblo, a pesar de su fragmentación geográfica y política, porque tenían una descendencia común, una lengua común, dioses y lugares sagrados comunes, y también eran comunes sus fiestas con sacrificios y sus costumbres, tradiciones o formas de vida.[21] Sin duda la lengua sería importantísima para personas alfabetizadas como Herodoto. ¿Sería un criterio de la condición de griego igualmente importante para los beocios o los tesalienses normales y corrientes? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que a veces las luchas nacionalistas de los tiempos modernos se han visto complicadas por la negativa de fracciones de grupos lingüísticos

19. Frederik Barth, ed., *Ethnic groups and boundaries*, Boston, 1969, p. 30.

20. Borst, *Der Turmbau von Babel*, pp. 752-753.

21. Herodoto, *Historias*, VIII, 144. Borst, que comenta la cuestión señala que, si bien es seguro que los griegos pensaban que la «lengua» estaba ligada al «pueblo» y ambos podían contarse, Eurípides pensaba que la lengua no hacía al caso, y Zenón el Estoico era bilingüe en fenicio y griego (*ibid.*, 137, 160).

a aceptar la unidad política con sus hermanos de lengua. Tales casos (los llamados *Wasserpolacken* en Silesia durante su período alemán, los llamados *Windische* en la región fronteriza entre lo que sería Austria y la parte eslovena de Yugoslavia) empujaron a polacos y eslovenos a hacer amargas acusaciones en el sentido de que tales categorías las habían inventado los chauvinistas de la gran Alemania para justificar su expansionismo territorial, y no cabe duda de que había algo de verdad en tales acusaciones. A pesar de ello, no puede negarse por completo la existencia de grupos de polacos y eslovenos lingüísticos que, por la razón que fuera, preferían considerarse a sí mismos alemanes o austríacos desde el punto de vista político.

Así pues, es evidente que la lengua en el sentido «herderiano» de la lengua hablada por el *Volk* no era un elemento central en la formación del protonacionalismo directamente, aunque no era necesariamente ajena a ella. Sin embargo, indirectamente llegaría a ser central para la definición moderna de la nacionalidad y, por ende, también para su percepción popular. Porque donde existe una lengua literaria o administrativa de elite, por pequeño que sea el número de los que la usan, puede convertirse en un elemento importante de cohesión protonacional por tres razones que Benedict Anderson indica acertadamente.[22]

En primer lugar, crea una comunidad de esta elite intercomunicante que, si coincide o es posible hacerla coincidir con determinada zona de estado territorial o vernácula, puede ser una especie de modelo o proyecto piloto para la comunidad intercomunicante más amplia de «la nación», que todavía no existe. Hasta este punto los idiomas hablados no son ajenos a la nacionalidad futura. Las lenguas «clásicas» o rituales muertas, por prestigiosas que sean, no son apropiadas para convertirse en lenguas nacionales, como se descubrió en Grecia, donde había continuidad lingüística real entre el griego antiguo y el griego hablado moderno. Vuk Karadzić (1787-1864), el gran reformador y, de hecho, virtual fundador del serbocroata literario moderno, tuvo indudablemente razón al resistirse a los primeros intentos de crear tal lengua literaria partiendo del eslavón de la Iglesia, como hicieron los que se anticiparon a la creación del hebreo moderno a partir de un hebreo antiguo adaptado, y al edificarlo sobre los dialectos que hablaba el pueblo serbio.[23] Tanto el impulso que llevó a la

22. Benedict Anderson, *Imagined communities: reflections on the origins and spread of nationalism*, Londres, 1983, pp. 46-49; sobre la lengua de modo más general, cap. 5.

23. Para un debate parecido en relación con la lengua eslovaca, véase Hugh Seton-Watson, *Nations and states: an enquiry into the origins of nations and the politics of nationalism*, Londres, 1977, pp. 170-171.

creación del moderno hebreo hablado como las circunstancias que propiciaron su instauración se apartan demasiado de la norma para que puedan servir de ejemplo general.

Sin embargo, dado que el dialecto que forma la base de una lengua nacional se habla realmente, no importa que quienes lo hablan sean una minoría, siempre y cuando sea una minoría con suficiente peso político. En este sentido el francés fue esencial para el concepto de Francia, aun cuando en 1789 el 50 por 100 de los franceses no lo hablaran en absoluto y sólo entre el 12 y el 13 por 100 lo hablasen «correctamente»; y, de hecho, fuera de la región central no se hablaba de forma habitual ni siquiera en la región de la *langue d'oui*, excepto en las poblaciones, y no siempre en los barrios periféricos de éstas. En el norte y el sur de Francia virtualmente nadie hablaba francés.[24] Si el francés tenía al menos un estado cuya «lengua nacional» era él, la única base para la unificación italiana era la lengua italiana, que unía a la elite educada de la península como lectores y escritores, aun cuando se ha calculado que en el momento de la unificación (1860) sólo el 2,5 por 100 de la población usaba la lengua para fines cotidianos.[25] Porque este grupo minúsculo era, en un sentido real, *un* pueblo italiano y, por ende, *el* pueblo italiano en potencia. Nadie más lo era. Del mismo modo, la Alemania del siglo XVIII era un concepto puramente cultural y, pese a ello, el único en el cual «Alemania existía, en contraposición a múltiples principados y estados, grandes y pequeños, administrados y divididos por la religión y los horizontes políticos, que eran administrados por medio de la lengua alemana. Consistía, a lo sumo, en 300.000 o 500.000 lectores[26] de obras escritas en la lengua vernácula literaria y el número, es casi seguro que mucho más pequeño, de los que realmente hablaban el *Hochsprache* o lengua de cultura en la vida coti-

24. La fuente básica en estas cuestiones es Ferdinand Brunot, ed., *Histoire de la langue française*, 13 vols., París, 1927-1943, esp. vol. IX; y M. de Certeau, D. Julia, J. Revel, *Une politique de la langue: la revolution française et les patois: l'enquête de l'Abbé Gregoire*, París, 1975. Para el problema de convertir una lengua oficial minoritaria en una lengua nacional mayoritaria durante la Revolución francesa y después de ella, véase el excelente Renée Balibar, *L'Institution du français: essai sur le co-linguisme des Carolingiens à la république*, París, 1985; véase también R. Balibar y D. Laporte, *Le français national: politique et pratique de la langue nationale sous la révolution*, París, 1974.

25. Tullio de Mauro, *Storia linguistica dell'Italia unita*, Bari, 1963, p. 41.

26. Hasta «principios del siglo XIX» parece que de *todas* las obras de Goethe y Schiller, juntas y separadamente, se vendieron menos de 100.000 ejemplares, es decir, a lo largo de 30-40 años. H. U. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte 1700-1815*, Munich, 1987, p. 305.

diana,[27] en particular los actores que representaban las obras (nuevas) que se convirtieron en los clásicos vernáculos. Porque a falta de una pauta estatal de lo que era correcto (el «inglés del rey»), en Alemania la pauta de corrección se instauró en los teatros.

La segunda razón es que una lengua común, justamente porque no se forma de modo natural, sino que se construye, y en especial cuando se publica forzadamente, adquiría una fijeza nueva que la hacía parecer más permanente y, por ende (en virtud de una ilusión óptica), más «eterna» de lo que realmente era. De ahí la importancia, no sólo de la invención de la imprenta, sobre todo cuando una versión en lengua vernácula de un libro sagrado proporcionó la base de la lengua literaria, como ha ocurrido con frecuencia, sino también de los grandes correctores y normalizadores que aparecen en la historia literaria de toda lengua de cultura, en todo caso después de la aparición del libro impreso. En esencia esta era se sitúa entre las postrimerías del siglo XVIII y los comienzos del XX en el caso de todas las lenguas europeas exceptuando un puñado de ellas.

En tercer lugar, la lengua oficial o de cultura de los gobernantes y la elite generalmente llegó a ser la lengua real de los estados modernos mediante la educación pública y otros mecanismos administrativos.

No obstante, todos estos fenómenos son posteriores. Apenas afectan a la lengua del pueblo llano en la era prenacionalista y, desde luego, en la prealfabetizada. Sin duda el mandarín mantenía unido un vasto imperio chino muchos de cuyos pueblos no podían entender la lengua de los demás, pero no lo hacía directamente por medio de la lengua, sino mediante la administración de un imperio centralizado que casualmente funcionaba por medio de una serie de ideogramas comunes y un medio de comunicación de la elite. A la mayoría de los chinos no les hubiese importado que los mandarines se comunicaran en latín, del mismo modo que a la mayoría de los habitantes de la India no les importó que en el decenio de 1830 la

27. Exceptuando Suiza, probablemente es una leve exageración afirmar que «anche oggi il tedesco (*Hochdeutsch*), ancor piú che l'italiano è una vera e propria lingua artificiale di cultura, sovradialettale, "sotto" o insieme con la quale la maggior parte degli utenti si servono anche di una *Umgangsprache* locale» (Lörinczi Angioni, «Apunti», p. 139, nota), pero, desde luego, era verdad a comienzos del siglo XIX. Así, Manzoni, cuya obra *Los novios* hizo del italiano una lengua nacional de narrativa en prosa, no lo hablaba en la vida cotidiana, y para comunicarse con su esposa, que era francesa, utilizaba la lengua de ella (que tal vez hablaba mejor que el italiano) y con otras personas se comunicaba por medio de su milanés natal. De hecho, la primera edición de su gran novela todavía mostraba numerosas trazas de milanés, defecto que procuró eliminar sistemáticamente en la segunda edición. Debo esta información al profesor Conor Fahy.

Compañía de las Indias Orientales sustituyera la lengua persa, que había sido el idioma administrativo del imperio mogol, por el inglés. Ambas lenguas eran igualmente extranjeras para ellos y, como no escribían o siquiera leían, ajenas a ellos. Para desdicha de los posteriores historiadores nacionalistas, los habitantes flamencos de lo que más adelante sería Bélgica no se movilizaron contra los franceses a causa del despiadado afrancesamiento de la vida pública y oficial durante los años revolucionarios y napoleónicos, y tampoco Waterloo condujo a un «pronunciado movimiento en Flandes a favor de la lengua flamenca o la cultura flamenca».[28] ¿Por qué iban a movilizarse? Para los que no entendían el francés incluso un régimen de fanáticos lingüísticos tuvo que hacer concesiones administrativas de tipo práctico. Es mucho menos sorprendente que la afluencia de extranjeros francófonos a las comunas rurales de Flandes fuera vista con malos ojos más porque se negaban a asistir a misa los domingos que por motivos lingüísticos.[29] En pocas palabras, dejando aparte casos especiales, no hay razón alguna para suponer que la lengua fuese algo más que uno entre varios criterios por medio de los cuales se indicaba la pertenencia a una colectividad humana. Y es absolutamente cierto que la lengua aún no tenía ningún potencial político. Como dijo un comentarista francés en 1536, refiriéndose a la torre de Babel:

> Hay ahora más de LXXII lenguas, porque hay ahora más naciones diferentes en la tierra de las que había en aquellos tiempos.[30]

Las lenguas se multiplican con los estados y no éstos con aquéllas.

¿Qué decir de la etnicidad? En su uso corriente, casi siempre está relacionada de alguna forma no especificada con el origen y la descendencia comunes, de los que supuestamente se derivan las características comunes de los miembros de un grupo étnico. El «parentesco» y la «sangre» tienen ventajas obvias para unir a los miembros de un grupo y excluir a los que son ajenos a él y, por consiguiente, ocupan un lugar central en el nacionalismo étnico. «La cultura (*Kultur*) no puede adquirirse por medio de la educación.

28. Shepard B. Clough, *A history of the Flemish movement in Belgium: a study in nationalism*, Nueva York, 1930, reimpresión 1968, p. 25. Para la lentitud con que creció la conciencia lingüística, véase también Val R. Lorwin, «Belgium: religion, class and language in national politics», en Robert A. Dahl, *Political opposition in Western democracies*, New Haven, 1966, pp. 158 y ss.

29. S. B. Clough, *A history of the Flemish movement in Belgium*, pp. 21-22.

30. Borst, *Der Turmbau von Babel.*

La cultura está en la sangre. La mejor prueba actual de ello son los judíos, que no pueden hacer más que apropiarse de nuestra civilización (*Zivilisation*), pero nunca de nuestra cultura.» Así habló el jefe de distrito nacionalsocialista de Innsbruck en 1938, Hans Hanak —irónicamente, el nombre indica origen eslavón—, al felicitar a las mujeres nazis de Innsbruck porque el intento judío de destruir su «elevada y respetada condición» predicando la igualdad de los hombres y las mujeres, sólo había tenido un momento fugaz de éxito.[31] Sin embargo, está claro que el método genético de abordar la etnicidad no sirve, pues la base crucial de un grupo étnico como forma de organización social es cultural en lugar de biológica.[32]

Además, la población de los grandes estados-nación territoriales es casi invariablemente demasiado heterogénea para reivindicar una etnicidad común, aunque dejemos a un lado la inmigración moderna, y, en todo caso, la historia demográfica de grandes partes de Europa ha sido tal que *sabemos* lo variado que puede ser el origen de los grupos étnicos, especialmente cuando las regiones se han despoblado y repoblado a lo largo del tiempo, cual es el caso de inmensas zonas del centro, el este y el sureste de Europa, o incluso en partes de Francia.[33] La mezcla exacta de ilirios prerromanos, romanos, griegos, diversas clases de eslavos inmigrantes y varias oleadas de invasores del Asia central, desde los ávaros hasta los turcos otomanos, es decir, los componentes de la etnicidad de cualquier pueblo del sureste de Europa, es objeto de debate eterno (sobre todo en Rumania). Así, los montenegrinos, que al principio fueron considerados serbios pero ahora son una «nacionalidad» y tienen su propia república federada, parecen ser una combinación de campesinos serbios, reliquias del antiguo reino serbio y de pastores de Valaquia que penetraron en la zona despoblada por la conquista turca.[34] Desde luego, esto no representa negar que, pongamos por caso, los magiares del siglo XIII se considerasen a sí mismos como una comunidad étnica, ya que eran, o podían pretender que eran, descendientes de oleadas de invasores nómadas procedentes del

31. Citado en Leopold Spira, «Bemerkungen zu Jörg Haider», *Wiener Tagebuch* (octubre de 1988), p. 6.

32. Sigo el convincente argumento de Fredrik Barth, *Ethnic groups and boundaries*.

33. Theodore Zeldin, *France 1848-1945*, Oxford, 1977, vol. 1, pp. 46-47.

34. Ivo Banac, *The national question in Yugoslavia*, p. 44. Sin embargo, dado que estos hechos se toman de una amplia y erudita *Istorija Crne Gore*, publicada en 1970 en la capital de una república basada en la suposición de que los montenegrinos no son lo mismo que los serbios, el lector, como ocurre siempre con la historiografía balcánica, debe permanecer atento por si detecta señales de parcialidad.

Asia central, hablaban variantes de una lengua absolutamente distinta de cualquiera de las que les rodeaban, vivían, en general, en un entorno ecológico determinado, en su propio reino, y sin duda compartían varias costumbres ancestrales. Pero los casos de este tipo no son especialmente comunes.

No obstante, la etnicidad en el sentido que le da Herodoto era, es y puede ser algo que une a poblaciones que viven en grandes territorios o incluso dispersas, y que carecen de una organización política común, y forma con ellas algo que puede denominarse «protonaciones». Es muy posible que este sea el caso de los kurdos, los somalíes, los judíos, los vascos y otros. Esta etnicidad, empero, no tiene ninguna relación histórica con lo que constituye lo esencial de la nación moderna, a saber: la formación de un estado-nación, o, para el caso, cualquier estado, como demuestra el ejemplo de los griegos antiguos. Incluso podría argüirse que los pueblos con el sentido más poderoso y duradero de lo que puede llamarse etnicidad «tribal» no sólo se resistieron a la imposición del estado moderno, nacional o del tipo que fuera, sino comúnmente, de *cualquier* estado: como atestiguan los hablantes de pushtu en Afganistán y sus alrededores, los escoceses de las Highlands antes de 1745, los bereberes del Atlas y otros que no es difícil recordar.

A la inversa, en la medida en que «el pueblo» se identificaba con determinada organización política, incluso cuando era visto desde abajo, cruzaba las barreras étnicas (y lingüísticas) que había dentro de ella, aunque fueran obvias. Entre los hombres de la santa tierra del Tirol que se sublevaron contra los franceses en 1809 bajo Andreas Hofer estaban tanto los alemanes como los italianos, así como, sin duda, los que hablaban romanche.[35] El nacionalismo suizo, como sabemos, es pluriétnico. Para el caso, si fuéramos a suponer que los montañeses griegos que se sublevaron contra los turcos en tiempos de Byron eran nacionalistas, lo que hay que reconocer que es improbable, no podemos por menos de notar que algunos de sus luchadores más formidables no eran helenos, sino albaneses (los suliotas). Por otra parte, muy pocos movimientos nacionales modernos se basan realmente en una fuerte conciencia étnica, aunque a menudo inventan una sobre la marcha, bajo la forma de racismo. Resumiendo, no ha de extrañarnos, por lo tanto, que los cosacos del Don excluyeran la etnicidad o la estirpe común de su definición de lo que hacía de ellos hijos de la

35. John W. Cole y Eric R. Wolf, *The hidden frontier: ecology and ethnicity in an Alpine valley*, Nueva York y Londres, 1974, pp. 112-113.

santa tierra rusa. De hecho, fueron prudentes al obrar así, ya que —como tantos grupos de luchadores campesinos libres— sus orígenes eran mezcladísimos. Muchos de ellos eran ucranianos, tártaros, polacos, lituanos, además de rusos de la Gran Rusia. Lo que les unía no era la sangre, sino las creencias.

¿Es la etnicidad o la «raza», por lo tanto, ajena al nacionalismo moderno? Es obvio que no, ya que las diferencias visibles en el físico son demasiado evidentes para pasarlas por alto y con excesiva frecuencia se han utilizado para señalar o reforzar las distinciones entre «nosotros» y «ellos», incluyendo las distinciones nacionales. Sobre tales diferencias sólo es necesario decir tres cosas. La primera es que históricamente han funcionado como divisores horizontales además de verticales, y, antes de la era del nacionalismo moderno, es probable que sirvieran más comúnmente para separar estratos sociales que comunidades enteras. Parece ser que el empleo más común de la discriminación por el color en la historia fue, por desgracia, el que atribuía una posición social superior a los colores más claros dentro de la misma sociedad (como, por ejemplo, en la India), aunque tanto la migración de masas como la movilidad social han tendido a complicar las cosas, o incluso a invertir la relación, de tal modo que la clase «correcta» de clasificación racial va con la clase «correcta» de posición social, con independencia del aspecto físico; como en los países andinos donde los indios que pasan a formar parte de la baja clase media son reclasificados automáticamente como «mestizos» o «cholos», prescindiendo de su aspecto.[36]

En segundo lugar, la etnicidad «visible» tiende a ser negativa, por cuando es mucho más frecuente que se aplique para definir «al otro» que al grupo de uno mismo. De ahí el papel proverbial de los estereotipos raciales (la «nariz judía»), el relativo daltonismo de los colonizadores ante las diferencias de color entre los que clasifican con la etiqueta global de «negros», y la afirmación de que «todos me parecen iguales», que probablemente se base en una visión social selectiva de lo que se cree que «el otro» tiene en común, por ejemplo los ojos almendrados y la piel amarilla.

36. A la inversa, los que no conocen la posición social de la persona —quizá porque ha emigrado a una ciudad grande— juzgan puramente por el color y, por consiguiente, le quitan categoría social. Parece ser que el resentimiento que esto provocaba era una causa común de la radicalización política de los estudiantes de Lima en los decenios de 1960 y 1970, cuando masas de hijos de familias cholas de provincias entraron en las universidades, que se hallaban en proceso de rápida expansión. Estoy agradecido a Nicolás Lynch, cuyo estudio inédito de los líderes estudiantiles maoístas en la Universidad de San Marcos señala este extremo.

La homogeneidad étnico-racial de la «nacionalidad» propia se da por sentada, donde se afirma —que en modo alguno es en todos los casos— incluso cuando la más superficial inspección podría inducir a dudar de ella. Porque a «nosotros» se nos antoja obvio que los miembros de nuestra «nacionalidad» abarcan una gran variedad de tamaños, formas y aspectos, incluso cuando todos ellos comparten ciertas características físicas, tales como determinado tipo de pelo negro. Es sólo a «ellos» a quienes todos les parecemos iguales.

En tercer lugar, semejante etnicidad negativa es virtualmente siempre ajena al protonacionalismo, a no ser que pueda fundirse o se haya fundido con algo parecido a una tradición estatal, como quizá en China, Corea y Japón, que, a decir verdad, se cuentan entre los rarísimos ejemplos de estados históricos que se componen de una población que desde el punto de vista étnico es casi o totalmente homogénea.[37] En tales casos es muy posible que la etnicidad y la lealtad política estén vinculadas. Me comunican que el papel especial de la dinastía Ming en las rebeliones chinas desde su derrocamiento en 1644 —su restauración formaba y tal vez todavía forma parte del programa de importantes sociedades secretas— se debe al hecho de que, a diferencia de su predecesora, la mongola, y su sucesora, la manchú, era una dinastía puramente china o Han. Por esta razón las diferencias étnicas más obvias han interpretado un papel bastante pequeño en la génesis del nacionalismo moderno. Los indios de la América Latina desde la conquista española han tenido un profundo sentido de la diferencia étnica de los blancos y los mestizos, especialmente porque esta diferencia era reforzada e institucionalizada por el sistema colonial español consistente en dividir a la población en castas raciales.[38] Sin embargo, no sé de ningún caso hasta ahora en que esto haya dado origen a un movimiento nacionalista. Raramente ha inspirado siquiera sentimientos panindios entre los indios, en contraposición a los intelectuales indigenistas.[39] Del mismo

37. Así, de los estados asiáticos (no árabes) de hoy, el Japón y las dos Coreas son homogéneos en un 99 por 100, a la vez que el 94 por 100 de los habitantes de la República Popular de China son Han. Estos países existen dentro de sus fronteras históricas, más o menos.

38. La obra clásica es Magnus Mörner, *El mestizaje en la historia de Ibero-América*, Ciudad de México, 1961; véase también Alejandro Lipschutz, *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje*, Santiago de Chile, 1963, especialmente el cap. V. Según Sergio Bagú, *Estructura social de la colonia*, Buenos Aires, 1952, p. 122, aunque las Leyes de Indias frecuentemente hablan de *castas*, los conceptos y la terminología son cambiantes y contradictorios.

39. La principal excepción, que confirma el análisis del presente capítulo —véanse las pp. 171-172—, es el recuerdo del imperio inca en el Perú, que ha inspirado tanto mitos

modo, lo que los habitantes del África subsahariana tienen en común frente a sus conquistadores de piel clara es un color relativamente oscuro. La negritud es un sentimiento que existe realmente, no sólo entre los intelectuales y las elites negros, sino también dondequiera que un grupo de gentes de piel oscura se encuentre ante otras de piel más clara. Podrá ser un factor político, pero la simple conciencia del color no ha producido ni un solo estado africano, ni siquiera Ghana y Senegal, cuyos fundadores fueron inspirados por ideas panafricanas. Tampoco ha resistido la atracción de los estados africanos reales que se formaron a partir de antiguas colonias europeas cuya única cohesión interna era fruto de unos cuantos decenios de administración colonial.

Nos quedan, pues, los criterios de la santa Rusia tal como los veían los cosacos del siglo XVII: es decir, la religión y la realeza o el imperio.

Los vínculos entre la religión y la conciencia nacional pueden ser muy estrechos, como demuestran los ejemplos de Polonia e Irlanda. De hecho, la relación parece hacerse más estrecha allí donde el nacionalismo se convierte en una fuerza de masas que en su fase de ideología minoritaria y movimiento de activistas. Los militantes sionistas en los tiempos heroicos de la *Yishuv** de Palestina eran más dados a comer bocadillos de jamón de forma demostrativa que a tocarse con gorros rituales, como los fanáticos israelíes hacen hoy día. Actualmente, el nacionalismo de los países árabes se identifica tanto con el Islam, que a amigos y enemigos les cuesta incluir en ellos a las diversas minorías de árabes cristianos: coptos, maronitas y católicos griegos, que fueron los principales pioneros de dicho nacionalismo en Egipto y la Siria dominada por los turcos.[40] A decir verdad, esta identificación creciente del nacionalismo con la religión también es ca-

como movimientos (localizados) que pretenden su restauración. Véase la antología *Ideología mesiánica del mundo andino*, ed. de Juan M. Ossio, Lima, 1973, y Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, La Habana, 1986. Sin embargo, parece claro, a juzgar por el excelente tratamiento que hace Flores de los movimientos indios y sus partidarios, (*a*) que los movimientos indios contra los *mistis* eran esencialmente sociales, (*b*) que no tenían implicaciones «nacionales», aunque sólo fuera porque hasta después de la segunda guerra mundial los propios indios de los Andes no sabían que estaban viviendo en el Perú (p. 321), y (*c*) que los intelectuales indigenistas del período no sabían virtualmente nada acerca de los indios (por ejemplo, p. 292).

* Comunidad o colonización judía en Palestina durante el siglo XIX, hasta la formación del estado de Israel en 1948. *(N. del t.)*

40. George Antonius, *The Arab awakening*, Londres, 1938, se ve corroborado en general por Maxime Rodinson, «Développement et structure de l'arabisme» en su *Marxisme et monde musulman*, París, 1972, pp. 587-602.

racterística del movimiento irlandés. Y no tiene nada de raro que así ocurra. La religión es un método antiguo y probado de establecer comunión por medio de la práctica común y una especie de hermandad entre personas que, de no ser por ella, no tienen mucho en común.[41] Algunas de sus versiones, tales como el judaísmo, están pensadas específicamente como distintivos que indican la pertenencia a determinadas comunidades humanas.

Con todo, es paradójico que la religión se use para cimentar el protonacionalismo y, de hecho, el nacionalismo moderno, que normalmente (o al menos en sus fases más parecidas a una cruzada) la ha tratado con mucha reserva como fuerza que podría desafiar la pretensión monopolística de la «nación» a la lealtad de sus miembros. En todo caso, las religiones auténticamente tribales suelen funcionar en una escala demasiado pequeña para las nacionalidades modernas y se resisten a que las amplíen mucho. En cambio, las religiones mundiales que se inventaron en diversos momentos entre el siglo VI a.C. y el VII d.C. son universales por definición y, por consiguiente, fueron pensadas para ocultar las diferencias étnicas, lingüísticas, políticas y de otros tipos. Los españoles y los indios en el imperio, los paraguayos, los brasileños y los argentinos desde la independencia, todos ellos eran hijos igualmente fieles de Roma y no podían distinguirse como comunidades por su religión. Por suerte, es frecuente que las verdades universales se hagan la competencia, y a veces las personas situadas en las fronteras de una pueden elegir otra a modo de etiqueta étnica, del mismo modo que los rusos, los ucranianos y los polacos podían diferenciarse como creyentes ortodoxos, uniatas y católicos (el cristianismo había demostrado ser el más conveniente creador de verdades universales rivales). Quizás el hecho de que el gran imperio confuciano de China esté rodeado en el lado de tierra por un vasto semicírculo de pueblos pequeños que son leales a otras religiones (principalmente al budismo, pero también al Islam) forme parte del mismo fenómeno. A pesar de ello merece la pena señalar que el predominio de religiones transnacionales, en todo caso en las regiones del mundo en las cuales evolucionó el nacionalismo moderno, impuso límites a la identificación étnico-religiosa. Dista mucho de ser universal, e incluso donde se encuentra suele distinguir a las personas en cuestión, no de todos sus veci-

41. Fred R. van der Mehden, *Religion and nationalism in Southeast Asia: Burma, Indonesia, the Philippines*, Madison, 1963, es útil al considerar países de religiones muy diferentes.

nos, sino sólo de algunos, como, por ejemplo, los lituanos están separados de los alemanes y los letones luteranos, y de los rusos ortodoxos y los bielorrusos por su catolicismo, pero no de los polacos, que son católicos igualmente fervorosos. En Europa sólo los irlandeses nacionalistas, que no tienen más vecinos que protestantes, aparecen definidos exclusivamente por su religión.[42]

Pero, ¿qué significa exactamente la identificación étnico-religiosa, donde se presenta? Es claro que en algunos casos se elige una religión étnica porque un pueblo se siente diferente de los pueblos o estados vecinos, para empezar. Irán, al parecer, ha seguido su propio camino divino como país zoroástrico y también, desde su conversión al Islam o, en todo caso, desde los Safavíes, como país shií. Los irlandeses no se identificaron con el catolicismo hasta que, a diferencia de los ingleses, no aceptaron, o quizá rechazaron, la Reforma, y es poco probable que la colonización masiva de parte de su país por colonos protestantes que les quitaron sus mejores tierras contribuyese a su conversión.[43] Las iglesias de Inglaterra y Escocia están definidas políticamente, aun cuando la segunda representa el calvinismo ortodoxo. Tal vez el pueblo de Gales, que hasta entonces no era muy dado a seguir un camino religioso independiente, se convirtió en masa a la disidencia protestante en la primera mitad del siglo XIX como parte de aquella adquisición de una conciencia nacional que recientemente ha sido objeto de algunas investigaciones perceptivas.[44] Por otro lado, es igualmente claro que la conversión a religiones diferentes puede ayudar a crear dos nacionalidades diferentes, porque es el catolicismo (y su derivado, la escritura romana) y la religión ortodoxa (y su derivado, la escritura cirílica) lo que de forma más obvia ha dividido a los croatas de los serbios, con quienes comparten una sola lengua de cultura. Pero también es cierto que hay pueblos que poseían claramente alguna conciencia protonacional, tales como los albaneses, al mismo tiempo que se encontraban divididos por más diferencias religiosas de las que suelen encontrarse en un territorio con la extensión de Gales (varias formas de islamismo, ortodoxia, catolicismo). Y, finalmente, dista mucho de estar claro que la identidad religiosa inde-

42. Sin embargo, en el siglo XIX la distinción entre creyentes fervorosos y los tibios o ateos introdujo más posibilidades de llevar distintivos nacionales-religiosos. Esto hizo que la Iglesia católica simpatizara con movimientos tales como el bretón, el vasco y el flamenco.

43. En un condado como Antrim se dice que el tacto de un puñado de tierra te dice si procede de una región habitada por católicos o por protestantes.

44. Cf. Gwyn Alfred Williams, *The Welsh in their history*, Londres y Canberra, 1982; «When was Wales?», Londres, 1985.

pendiente, por poderosa que sea, se parezca, tomada por sí misma, al nacionalismo. La tendencia moderna es a asimilar los dos, toda vez que ya no estamos familiarizados con el modelo del estado multicorporativo, en el cual varias comunidades religiosas coexisten bajo una autoridad suprema como, en algunos sentidos, entidades autónomas que se administran a sí mismas; como ocurría bajo el imperio otomano.[45] No es en modo alguno evidente que el Pakistán fuese fruto de un movimiento nacional entre los musulmanes de lo que a la sazón era el imperio indio, aunque puede considerarse como una reacción contra un movimiento nacional exclusivamente indio que no reconoció de forma suficiente los sentimientos o requisitos especiales de los musulmanes, y, aunque en una era del estado-nación moderno, la partición territorial pareció ser la única fórmula disponible, dista mucho de estar claro que un estado territorial aparte sea lo que incluso la Liga Musulmana tenía pensado hasta muy avanzado el proceso, o en lo que hubiese insistido de no ser por la intransigencia de Jinnah (que era realmente una especie de nacionalista musulmán, porque no cabe duda de que no era un creyente religioso). Y es seguro que el grueso de los musulmanes normales y corrientes pensaban en términos comunales en vez de nacionales y no hubiesen comprendido el concepto de autodeterminación nacional como algo que pudiera aplicarse a la creencia en Alá y su profeta.

Sin duda los pakistaníes de ahora se ven a sí mismos como miembros de una nación (islámica) distinta, igual que los habitantes de Bangladesh, tras vivir bajo estados separados durante períodos de tiempo variables. Sin duda los musulmanes bosnios y los musulmanes chinos acabarán considerándose una nacionalidad, toda vez que sus gobiernos los tratan como si lo fueran. No obstante, como tantos fenómenos nacionales, este será o ha sido un acontecimiento *ex post facto*. De hecho, aunque la identificación religiosa de los musulmanes con el Islam sea poderosa, dentro de la inmensa región donde el Islam linda con otras religiones parece que hay pocos (si es que hay alguno) movimientos nacionales o protonacionales que se caractericen inequívocamente por la etiqueta islámica, excepto en Irán. Otra cosa es la posibilidad de que se estén formando hoy día contra Israel o quizá en las repúblicas soviéticas del Asia central. Resumiendo, las relaciones entre la religión y la identificación protonacional o nacional siguen siendo complejas y sumamente opacas. Desde luego, no permiten generalizaciones sencillas.

45. Sobre el sistema de los *millet* en el imperio otomano, véase H. A. R. Gibb y H. A. Bowen, *Islamic society in the West*, Oxford, 1957, vol. 1, 2.ª parte, pp. 219-226.

Con todo, como señala Gellner,[46] la confluencia de un pueblo con culturas más amplias, especialmente culturas alfabetizadas, que a menudo se ve mediada por la conversión a una variante de alguna religión mundial, permite a los grupos étnicos adquirir cualidades que más adelante pueden ayudarles a convertirse en naciones y estructurarse como tales. Gellner ha argüido de forma persuasiva que los grupos africanos vinculados de esta manera están en mejor situación que otros para la aparición del nacionalismo, como ocurre en el Cuerno de África, donde a los amhara, que son cristianos, y a los somalíes, que son musulmanes, les ha sido más fácil convertirse en «pueblos-estado» porque son «pueblos del libro», aunque, como dice Gellner, en ediciones diferentes y rivales. Esto parece bastante verosímil, aunque a uno le gustaría saber qué relación tiene la conversión a variantes del cristianismo con los otros únicos fenómenos políticos del África subsahariana que se parecen al moderno nacionalismo de masas, a saber: la secesión de Biafra en 1967 y el Congreso Nacional Africano.

Si la religión no es una señal necesaria de protonacionalidad (aunque no es difícil ver por qué lo era para los rusos del siglo XVII, empujados tanto por la católica Polonia como por los musulmanes turcos y tártaros), los iconos santos, en cambio, son un componente importantísimo de ella, como lo son del nacionalismo moderno. Representan los símbolos y los rituales o prácticas colectivas comunes que por sí solas dan una realidad palpable a una comunidad por lo demás imaginaria. Pueden ser imágenes compartidas (como lo eran los iconos) o prácticas como las cinco plegarias diarias de los musulmanes, o incluso palabras rituales como el «Allah Akbar» de los musulmanes o el «Shema Yisroel» de los judíos. Pueden ser imágenes nombradas que se identifican con territorios suficientemente extensos para constituir una nación, como los casos de la Virgen de Guadalupe en México y la Virgen de Montserrat en Cataluña. Pueden ser festividades o competiciones periódicas que reúnen a grupos dispersos, tales como las olimpiadas griegas y parecidos inventos nacionalistas más recientes como, por ejemplo, los Jocs Florals catalanes, los Eisteddfodau galeses y otros. La importancia de los iconos santos la demuestra el uso universal de sencillos retazos de tejido coloreado —a saber: banderas— como símbolo de las naciones modernas y su asociación con rituales y cultos a los que se concede gran importancia.

No obstante, como en el caso de la religión, los «iconos santos», sean

46. Gellner, *Nations and nationalism*, Oxford, 1983.

cuales fueren su forma y su naturaleza, pueden ser demasiado amplios o demasiado limitados para simbolizar una protonación. La Virgen María sola es difícil de restringir a un sector limitado del mundo católico, y por cada virgen localizada que se convierte en símbolo protonacional, hay docenas o cientos que no pasan de ser la patrona de una comunidad restringida o que por otros motivos no tienen importancia a nuestros efectos. Desde el punto de vista protonacional, los iconos más satisfactorios son obviamente los que se asocian de forma específica con un estado, es decir, en la fase prenacional, con un rey o emperador divino o imbuido divinamente cuyo reino coincida con una futura nación. Los gobernantes que son *ex officio* cabeza de su iglesia (como en Rusia) naturalmente se prestan a esta asociación, pero las realezas mágicas de Inglaterra y Francia demuestran su potencial incluso allí donde la Iglesia y el estado se encuentran separados.[47] Dado que hay relativamente pocas teocracias que tengan posibilidades de edificar una nación, es difícil juzgar hasta qué punto la autoridad puramente divina es suficiente. La cuestión debe dejarse en manos de los expertos en la historia de los mogoles y los tibetanos o, más cerca de Occidente, de los armenios medievales. Desde luego, no era suficiente en la Europa decimonónica, como los neogüelfos descubrieron en Italia cuando trataron de edificar un nacionalismo italiano alrededor del papado. Fracasaron, y ello a pesar de que el papado era *de facto* una institución italiana y, en realidad, antes de 1860 la *única* institución del todo italiana propiamente dicha. Sin embargo, no podía esperarse de la santa Iglesia que se convirtiera en una institución nacional localizada, y mucho menos nacionalista, especialmente bajo Pío IX. Ni siquiera vale la pena especular en torno a cómo habría sido Italia unificada bajo la bandera pontificia en el siglo XIX.

Esto nos lleva al último y casi seguramente el más decisivo criterio de protonacionalismo: la conciencia de pertenecer o de haber pertenecido a una entidad política duradera.[48] Es indudable que el aglutinante protonacional más fuerte en lo que en la jerga decimonónica se denominaba una «nación histórica», en especial si el estado que formaba el marco de la

47. El tratamiento clásico de este tema sigue siendo Marc Bloch, *Les rois thaumaturges*, París, 1924.

48. Sin embargo, no hay que suponer que esta conciencia afectaba a todos los grupos de la población de la misma manera, o que abarcaba algo que se pareciera al territorio de la moderna «nación», o entrañase nacionalidad moderna. La conciencia griega popular, que seguramente se basaba en la herencia bizantina, era la de formar parte del imperio romano (*romaiosyne*).

posterior «nación» se encontraba asociado con un *Staatsvolk* o pueblo-estado especial como los rusos de la Gran Rusia, los ingleses o los castellanos. Sin embargo, hay que hacer una distinción clara entre los efectos directos e indirectos de la historicidad nacional.

Porque en la mayoría de los casos no se considera que la «nación política» que formula originalmente el vocabulario de lo que más adelante pasa a ser el pueblo-nación incluya a más de una pequeña fracción de los habitantes de un estado, a saber: la elite privilegiada, o la nobleza y la pequeña nobleza. Cuando los nobles franceses calificaron las cruzadas de *gesta Dei per francos* no tenían ninguna intención de asociar el triunfo de la cruz con el grueso de los habitantes de Francia, o siquiera de la pequeña parte del hexágono que llevaba dicho nombre a finales del siglo XI, aunque sólo fuera porque la mayoría de los que se tenían a sí mismos por descendientes de los francos considerarían al populacho sobre el que gobernaban como los descendientes del pueblo conquistado por los francos. (Este punto de vista fue vuelto al revés, con fines democráticos, por la república al insistir, por medio de los libros de texto de sus escuelas, en que «nuestros antepasados» eran los galos y no los francos, y reafirmado, con fines reaccionarios y eugenésicos, por reaccionarios posrevolucionarios como el conde Gobineau.) Este «nacionalismo de la nobleza» sin duda puede considerarse protonacional, por cuanto «los tres elementos *natio, fidelitas* y *communitas* políticas, es decir, las categorías de "nacionalidad", "lealtad" política y "comunidad política" estaban ... ya unidas en la conciencia sociopolítica y las emociones de un grupo dentro de la sociedad (*einer gesellschaftlichen Gruppe*)».[49] Es el antepasado directo de ciertos nacionalismos posteriores en países como Polonia y Hungría, donde la idea de una nación de magiares y polacos podía dar cabida, sin la menor dificultad, al hecho de que gran parte de los habitantes de las tierras que estaban bajo la corona de san Esteban o de la república polaca no eran magiares ni polacos según ninguna de las modernas definiciones de nacionalidad. Porque estos plebeyos no contaban más que los plebeyos que casualmente eran magiares y polacos. Se encontraban por definición fuera del recinto de la «nación política». Y, en todo caso, esa «nación» no debe confundirse con la nacionalidad moderna.[50]

49. Jenö Szücs, *Nation und Geschichte*, Budapest, 1981, pp. 84-85.

50. «La nobleza mantenía comunicaciones sistemáticas —la única clase que las mantenía— por medio de sus distritos administrativos y la Dieta de los estados donde, como "la nación política croata", debatían problemas y tomaban decisiones. Era una nación sin "nacionalidad"... es decir, sin conciencia nacional ... porque la nobleza no podía identificar-

Obviamente, andando el tiempo fue posible ampliar el concepto y el vocabulario de «la nación política» para que abarcaran una nación entendida como la masa de los habitantes de un país, aunque es casi seguro que esto ocurrió mucho después de lo que dice el nacionalismo retrospectivo. Asimismo, es también casi seguro que los vínculos entre los dos eran indirectos, porque, si bien hay muchos indicios de que el pueblo llano de un reino podía identificarse con un país y un pueblo por medio del gobernante supremo, el rey o el zar —como se identificaba Juana de Arco—, no hay muchas probabilidades de que los campesinos se identificaran con un «país» que consistiera en la comunidad de los señores, que, inevitablemente, eran los principales blancos de su descontento. Si casualmente estaban apegados y eran leales a su señor, ello no entrañaría ni identificación con los intereses del resto de la pequeña nobleza rural, ni apego a ningún país mayor que el territorio donde vivían el señor y ellos.

A decir verdad, cuando en la era prenacional encontramos lo que hoy día se clasificaría como un movimiento popular autónomo de defensa nacional contra invasores extranjeros, como ocurría en la Europa central de los siglos XV y XVI, su ideología era, al parecer, social y religiosa, pero *no* nacional. Parece que los campesinos argüían que habían sido traicionados por los nobles cuya obligación de *bellatores* era defenderles contra los turcos. ¿Quizá tenían un acuerdo secreto con los invasores? Así pues, le tocó al pueblo llano defender la fe verdadera contra el paganismo por medio de una cruzada.[51] En determinadas circunstancias, los movimientos de esta clase podrían crear la base de un patriotismo nacional popular más amplio, como en la Bohemia husita —la ideología original de los husitas no era nacional-checa—, o en las fronteras militares de los estados cristianos entre un campesinado armado y puesto en relativa libertad para tal fin. Los cosacos, como hemos visto, son un ejemplo idóneo. Sin embargo, donde la tradición del estado no le proporcionaba una estructura firme y permanente, por regla general no se observa que este patriotismo popular, de base, crezca de forma continua hasta transformarse en el moderno pa-

se con otros miembros de la comunidad étnica croata, los campesinos y los ciudadanos. El "patriota" feudal amaba a su "patria", pero su patria abarcaba las fincas y posesiones de sus iguales y el "reino". Para él "la nación política" a la que pertenecía significaba el territorio y las tradiciones del antiguo estado.» Mirjana Gross, «On the integration of the Croatian nation: a case study in nation-building», *East European Quarterly*, XV, 2 (junio de 1981), p. 212.

51. Szücs, *Nation und Geschichte*, pp. 112-125

triotismo nacional.[52] Pero, desde luego, raramente esperaban que así ocurriera los gobiernos del antiguo régimen. El deber del súbdito en tales regímenes, aparte de los que estaban encargados específicamente de cumplir obligaciones militares, era mostrar obediencia y tranquilidad, en lugar de lealtad y entusiasmo. Lleno de indignación, Federico el Grande rechazó el ofrecimiento de sus leales berlineses de ayudarle a derrotar a los rusos que estaban a punto de ocupar su capital, alegando que las guerras eran asunto de los soldados y no de los civiles. Y todos recordamos la reacción del emperador Francisco II ante el levantamiento de sus fieles tiroleses: «Hoy son patriotas a mi favor, mañana puede que sean patriotas contra mí».

A pesar de todo, de una forma u otra la pertenencia a un estado histórico (o real), del presente o del pasado, puede actuar directamente sobre la conciencia del pueblo llano y producir protonacionalismo, o, tal vez, como en el caso de la Inglaterra de los Tudor, incluso algo próximo al patriotismo moderno. (Sería una muestra de pedantería negarles esta etiqueta a las obras propagandísticas de Shakespeare sobre historia de Inglaterra; pero, por supuesto, no tenemos derecho a suponer que el público popular de los teatros de entonces las habrá interpretado como nosotros.) No hay motivos para negarles sentimientos protonacionales a los serbios de antes del siglo XIX, no porque fueran ortodoxos en contraposición a los católicos y musulmanes vecinos —esto no los hubiera distinguido de los búlgaros—, sino porque el recuerdo del antiguo reino derrotado por los turcos se conserva en canciones y relatos heroicos, y, quizás esto viene más al caso, en la liturgia diaria de la Iglesia serbia, que había canonizado a la mayoría de sus reyes. Es indudable que el hecho de que hubiese un zar en Rusia ayudaba a los rusos a verse a sí mismos como una especie de nación. El atractivo popular en potencia de una tradición estatal para el nacionalismo moderno, cuyo objeto es instaurar la nación como estado territorial, es obvio. Ha empujado a algunos de estos movimientos a buscar mucho más allá de la memoria real de sus pueblos en un intento de encontrar un estado nacional apropiado (y apropiadamente impresionante) en el pasado, como hicieron los armenios, cuyo último reino suficientemente importante se encuentra no más tarde del siglo I a.C., o los croatas, cuyos nacionalistas se tenían a sí mismos (inverosímilmente) por herederos de la noble «nación política croata». Como siempre, el contenido de la propaganda nacional del siglo XIX es una guía poco fiable para saber lo que la masa del pueblo llano pen-

52. *Ibid.*, pp. 125-130.

saba realmente antes de que empezara a adherirse a la causa nacional.[53] Desde luego, esto no equivale a negar que la identificación protonacional, sobre la cual podría edificar el nacionalismo posterior, existiese entre los armenios, o, aunque es probable que en medida claramente menor, entre los campesinos croatas de antes del siglo XIX.

Con todo, donde hay o parece haber continuidades entre el protonacionalismo es muy posible que sean artificiales. No hay absolutamente ninguna continuidad histórica entre el protonacionalismo judío y el sionismo moderno. Los habitantes alemanes de la santa tierra del Tirol se convirtieron en una subvariedad de los nacionalistas alemanes en nuestro siglo y, de hecho, en partidarios entusiásticos de Adolf Hitler. Pero este proceso, que ha sido analizado de forma excelente en la literatura, no tiene ninguna relación intrínseca con el levantamiento popular tirolés de 1809 bajo el posadero Andreas Hofer (alemán étnico y lingüístico), aun cuando los nacionalistas pangermanos piensen lo contrario.[54] A veces, de hecho, podemos ver la incongruencia total del protonacionalismo y el nacionalismo incluso cuando los dos existen simultáneamente y se combinan. Los paladines y organizadores alfabetizados del nacionalismo griego a principios del siglo XIX indudablemente se inspiraban en las antiguas glorias helénicas, que también despertaban el entusiasmo de los helenófilos educados, es decir, poseedores de una educación clásica, del extranjero. Y la lengua literaria nacional, construida por y para ellos, el katharevsa, era y es un idioma neoclásico y campanudo que pretende devolver la lengua de los descendientes de Temístocles y Pericles a su verdadera herencia después de dos milenios de esclavitud que la habían corrompido. Sin embargo, los griegos auténticos que empuñaron las armas para lo que resultó ser la formación de un estado-nación independiente, nuevo, no hablaban griego antiguo, más de lo que los italianos hablaban latín. Hablaban y escribían demótico. Pericles, Esquilo, Eurípides y las glorias de las antiguas Esparta y Atenas significaban poco para ellos, suponiendo que significaran algo, y en la medida en que hubiesen oído hablar de ellas, no las consideraban importantes. Paradójicamente, representaban a Roma en lugar de a Grecia (*romaiosyne*), es decir, que se veían a sí mismos como herederos del imperio romano cristianizado (es decir, Bizancio). Combatían en calidad de cristianos contra no creyentes musulmanes, como romanos contra los perros turcos.

53. Al no tener esto en cuenta, el estudio de I. Banac, por lo demás excelente, es menos persuasivo al hablar del aspecto croata del problema.

54. Cole y Wolf, *The hidden frontier*, pp. 53, 112-113.

A pesar de todo, es evidente —aunque sólo sea basándose en el ejemplo griego que acabamos de citar— que el protonacionalismo, allí donde existía, facilitaba la tarea del nacionalismo, por grandes que fuesen las diferencias entre los dos, por cuanto los símbolos y sentimientos existentes de comunidad protonacional podían movilizarse detrás de una causa moderna o un estado también moderno. Pero esto dista mucho de decir que los dos fueran lo mismo, o incluso que uno tenía que conducir al otro, lógica e inevitablemente.

Porque es evidente que el protonacionalismo solo no basta para formar nacionalidades, naciones, y mucho menos estados. El número de movimientos nacionales, con o sin estados, es visiblemente mucho menor que el número de grupos humanos capaces de formar tales movimientos según criterios actuales de condición de nación potencial y, desde luego, menor que el número de comunidades con sentido de cohesión de una clase que es difícil distinguir de lo protonacional. Y esto a pesar del hecho de que (incluso si dejamos a un lado la cuestión de la autodeterminación para los 1.800 habitantes de las islas Malvinas) la condición de estado independiente la han reivindicado en serio poblaciones tan pequeñas como las 70.000 personas que luchan por una nación saharaui independiente, o las más de 120.000 que virtualmente han declarado la independencia para la parte turca de Chipre. Uno tiene que estar de acuerdo con Gellner en que la aparente dominación ideológica universal que ejerce el nacionalismo hoy día es una especie de ilusión óptica. Un mundo de naciones no puede existir, sólo un mundo donde algunos grupos potencialmente nacionales, al reivindicar esta condición, impiden que otros formulen reivindicaciones parecidas, cosa que da la casualidad de que no hacen muchas de ellas. Si el protonacionalismo fuera suficiente, a estas alturas ya habría aparecido un movimiento nacional serio de los mapuches o los aimaras. Si tales movimientos apareciesen mañana, sería debido a la intervención de otros factores.

En segundo lugar, si bien una base protonacional puede ser deseable, quizás hasta esencial, para la formación de movimientos nacionales serios que aspiren a un estado —aunque en sí misma no basta para crearlos—, *no* es esencial para la formación de patriotismo y lealtad nacionales después de la fundación de un estado. Como se ha observado a menudo, es más frecuente que las naciones sean la consecuencia de crear un estado que los cimientos de éste. Los Estados Unidos y Australia son ejemplos obvios de estados-nación en los que la *totalidad* de sus características nacionales y criterios de condición de nación se han instaurado desde finales del si-

glo XVIII y que, de hecho, no hubieran podido existir antes de la fundación del estado y el país respectivos. Sin embargo, apenas hace falta que nos recordemos a nosotros mismos que la mera instauración de un estado no es suficiente para crear una nación.

Finalmente, y como siempre, hay que hacer una advertencia. Sabemos demasiado poco sobre lo que ocurrió, o, para el caso, sobre lo que todavía ocurre en el cerebro de la mayoría de los hombres y las mujeres relativamente incapaces de expresarse, y por este motivo no podemos hablar con confianza de lo que piensan y sienten en relación con las nacionalidades y los estados-nación que reclaman su lealtad. Con frecuencia, las verdaderas relaciones entre identificación protonacional y el subsiguiente patriotismo nacional o estatal deben seguir siendo poco claras por este motivo. Sabemos lo que quiso decir Nelson cuando, en vísperas de la batalla de Trafalgar, dijo a su flota que Inglaterra esperaba que todos cumplieran con su deber, pero no sabemos los pensamientos que pasaron por la mente de los marineros de Nelson en aquel día, aunque fuera de todo punto irrazonable dudar que una parte de ellos pudiera calificarse de patrióticos. Sabemos cómo los partidos y movimientos nacionales interpretan el apoyo que reciben de determinados miembros de la nación, pero ignoramos lo que buscan estos clientes cuando compran la colección de artículos muy variados que les presentan en forma de conjunto los vendedores de la política nacional. A veces podemos hacernos una idea bastante clara de las partes del contenido que no quieren —por ejemplo, en el caso del pueblo irlandés, el uso universal de la lengua gaélica—, pero estos referéndums selectivos y callados raras veces son posibles. Constantemente nos arriesgamos a dar a las personas notas por unas asignaturas que no han estudiado y por un examen al que no se han presentado.

Supongamos, por ejemplo, que tomamos la disposición de morir por la patria como indicio de patriotismo, como parece bastante verosímil y como, naturalmente, se han inclinado a tomarla los nacionalistas y los gobiernos nacionales. En tal caso, esperaríamos comprobar que los soldados de Guillermo II y los de Hitler, que es de suponer que estaban más abiertos al llamamiento nacional, combatieron con más bravura que los mercenarios de Hesse en el siglo XVIII, que es de suponer que no estaban igualmente motivados. Pero, ¿era así? ¿Y combatían mejor que, pongamos por caso, los turcos en la primera guerra mundial, a los que difícilmente se les puede considerar todavía como patriotas nacionales? ¿O los gurjas, que es bastante obvio que no han sido motivados por patriotismo británico o nepalés? Uno formula estas preguntas absurdas, no para arrancar respuestas

o estimular tesis de investigación, sino para indicar la densidad de la niebla que envuelve las cuestiones relativas a la conciencia nacional de los hombres y las mujeres normales y corrientes, sobre todo en el período antes de que el nacionalismo moderno se convirtiera indiscutiblemente en una fuerza política de masas. En el caso de la mayoría de las naciones, incluso las de la Europa occidental, esta conversión no tuvo lugar hasta un momento bastante tardío del siglo XIX. Entonces, al menos, la elección se hizo clara aun cuando, como veremos, no lo estuviera su contenido.

3. LA PERSPECTIVA GUBERNAMENTAL

Dejemos ahora la base y pasemos a los elevados picos desde los cuales los gobernantes de estados y sociedades posteriores a la Revolución francesa estudiaban los problemas de la nación y la nacionalidad.

El estado moderno característico, que recibió su forma sistemática en la era de la Revolución francesa, aunque en muchos aspectos se anticiparon a él los principados europeos que evolucionaron en los siglos XVI y XVII, constituía una novedad por diversas razones. Era definido como un territorio (preferiblemente continuo e ininterrumpido) sobre la totalidad de cuyos habitantes gobernaba, y que fronteras o límites muy claros separaban de otros territorios parecidos. Políticamente gobernaba y administraba a estos habitantes de modo directo en lugar de mediante sistemas intermedios de gobernantes y corporaciones autónomas. Pretendía, si ello era posible, imponer los mismos sistemas administrativos e institucionales y las mismas leyes en todo su territorio, aunque después de la edad de las revoluciones, ya no intentó imponer los mismos sistemas religiosos o seculares e ideológicos. Y se encontró de forma creciente con que debía tomar nota de la opinión de sus súbditos o ciudadanos, porque sus sistemas políticos les daban voz —generalmente por medio de diversas clases de representantes elegidos— y porque el estado necesitaba su consentimiento práctico o su actividad en otros sentidos, por ejemplo en calidad de contribuyentes o de reclutas en potencia. En pocas palabras, el estado gobernaba a un «pueblo» definido territorialmente y lo hacía en calidad de suprema agencia «nacional» de gobierno sobre su territorio, y sus agentes llegaban cada vez más hasta el más humilde de los habitantes de sus pueblos más pequeños.

Durante el siglo XIX estas intervenciones se hicieron tan universales y tan normales en los estados «modernos», que una familia hubiera tenido que vivir en algún lugar muy inaccesible para librarse del contacto regular

con el estado nacional y sus agentes: por medio del cartero, el policía o gendarme, y, finalmente, el maestro de escuela; por medio de los empleados en los ferrocarriles, donde éstos fueran propiedad del estado; por no citar las guarniciones de soldados y las bandas militares, que eran todavía más audibles. De forma creciente, el estado recopilaba datos sobre sus súbditos y ciudadanos, mediante los censos periódicos (que no se generalizaron hasta mediados del siglo XIX), la asistencia teóricamente obligatoria a la escuela primaria y, según el país, el servicio militar obligatorio. En los estados burocráticos y dotados de un buen aparato policial, un sistema de documentación y registro personales hacía que los habitantes tuvieran un contacto todavía más directo con la maquinaria de gobierno y administración, especialmente si se desplazaban de un lugar a otro. En los estados que aportaban una alternativa civil a la celebración eclesiástica de los grandes ritos humanos, como hacía la mayoría, los habitantes podían encontrarse con los representantes del estado en estas ocasiones de gran carga emocional; y siempre eran apuntados por la maquinaria de registro de nacimientos, matrimonios y defunciones, que complementaba la maquinaria de los censos. El gobierno y el súbdito o ciudadano se veían vinculados inevitablemente por lazos cotidianos como nunca antes había ocurrido. Y las revoluciones decimonónicas en el campo del transporte y las comunicaciones tipificadas por el ferrocarril y el telégrafo reafirmaron y normalizaron los vínculos entre la autoridad central y sus puestos avanzados más remotos.

Desde el punto de vista de los estados y las clases gobernantes, esta transformación planteaba dos tipos principales de problemas políticos, si dejamos a un lado la relación cambiante entre el gobierno central y las elites locales, relación que —en Europa, donde el federalismo era muy poco típico y cada vez más raro— se desplazaba constantemente a favor del centro nacional.[1] En primer lugar, planteaba interrogantes técnico-administrativos acerca de la mejor manera de llevar a cabo la nueva forma de gobierno en la cual todos los habitantes (masculinos) adultos, y, de hecho, como súbditos de la administración, todos los habitantes, con in-

1. La abolición de un parlamento irlandés independiente, la revocación de la autonomía de la «Polonia del Congreso», la dominación de la antigua Alemania Federal por un miembro hegemónico (Prusia) y un solo parlamento nacional, la transformación de Italia en un estado centralizado y la formación de un solo cuerpo de policía nacional en España, independiente de los intereses locales, son otros tantos ejemplos de esta tendencia. El gobierno central podía dejar mucho espacio para que la iniciativa local actuase con su permiso, como en Gran Bretaña, pero el único gobierno federal que había en Europa antes de 1914 era el suizo.

dependencia de su sexo y su edad, se encontraban vinculados directamente al gobierno del estado. De momento esto nos interesa sólo en la medida en que entrañaba la construcción de una máquina de administración e intervención, integrada por un conjunto muy numeroso de agentes, y que suscitaba automáticamente la cuestión de la lengua o las lenguas escritas o incluso habladas para la comunicación dentro del estado, que la aspiración a la alfabetización universal podía convertir en un asunto políticamente delicado. Aunque el porcentaje de estos agentes del gobierno era bastante modesto comparado con las pautas actuales —hacia 1910 era, a lo sumo, del orden de 1 de cada 20 miembros de la población activa nacional—, iba en aumento, a veces con gran rapidez, y representaba un número importante de empleados: unos 700.000 en Austria Cisleitana (1910), más de medio millón en Francia (1906), cerca de 1,5 millones en Alemania (1907), 700.000 en Italia (1907), por poner sólo unos ejemplos.[2] Señalaremos de paso que en los países respectivos probablemente constituía el mayor conjunto de empleos para los que se exigía saber leer y escribir.

En segundo lugar, planteaba dos problemas que, desde el punto de vista político, eran mucho más delicados: el de la lealtad al estado y al sistema gobernante y el de la identificación con ellos. En los tiempos en que el ciudadano y los gobernantes nacionales secularizados todavía no se encontraban directamente cara a cara, la lealtad y la identificación con el estado o bien no se le exigían al hombre corriente —por no mencionar a la mujer corriente— o se obtenían por medio de todas aquellas instancias autónomas o intermedias que la edad de las revoluciones desmanteló o rebajó de categoría: por medio de la religión y la jerarquía social («Dios bendiga al hacendado y sus parientes / y nos mantenga a nosotros en el sitio que nos corresponde»), o incluso mediante las autoridades constituidas autónomas que eran inferiores al gobernante último o las comunidades y corporaciones que se gobernaban a sí mismas y formaban como una pantalla entre el súbdito y el emperador o rey, dejando a la monarquía libre para representar la virtud y la justicia. Del mismo modo que la lealtad de los niños iba dirigida a sus padres, la de las mujeres a sus hombres, que actuaban «en su nombre». El liberalismo clásico que halló expresión en los regímenes de las revoluciones francesa y belga de 1830, y en la era reformista de después de 1832 en Gran Bretaña, esquivó el problema de las

2. Peter Flora, *State, economy and society in Western Europe 1815-1975*, vol. 1, capítulo 5, Frankfurt, Londres y Chicago, 1983.

convicciones políticas del ciudadano limitando los derechos políticos a los hombres que poseían propiedades y educación.

Con todo, en el último tercio del siglo XIX se hizo cada vez más manifiesto que la democratización, o al menos la electoralización cada vez más ilimitada de la política eran inevitables. Empezó a ser igualmente obvio, al menos a partir del decenio de 1880, que dondequiera que al hombre corriente se le permitía participar en política, aunque fuese del modo más nominal, en calidad de ciudadano —con rarísimas excepciones la mujer corriente continuó excluida—, ya no podía contarse con que daría lealtad y apoyo automáticos a sus superiores o al estado. Especialmente no se los daría cuando las clases a las que pertenecía eran nuevas desde el punto de vista histórico y, por ende, carecían de un lugar tradicional en el esquema general. Por lo tanto, se agudizó la necesidad de que el estado y las clases gobernantes compitieran con rivales por la lealtad de las clases inferiores.

Y de forma simultánea, como ilustra la guerra moderna, los intereses del estado pasaron a depender de la participación del ciudadano corriente en una medida que nunca se había imaginado. Tanto si los ejércitos se componían de reclutas o de voluntarios, la disposición de los hombres a servir era ahora una variable esencial en los cálculos del gobierno; y, de hecho, también lo era su capacidad física y mental para luchar, lo cual empujó a los gobiernos a investigarla de modo sistemático, como en la famosa investigación del «deterioro físico» que se hizo en Gran Bretaña después de la guerra de los bóers. El grado de sacrificio que podía imponerse a los civiles tuvo que entrar en los planes de los estrategas: basándose en ello, los británicos, antes de 1914, eran reacios a debilitar la marina, guardiana de los alimentos que Gran Bretaña importaba, reforzando la participación del país en la guerra de masas que se hacía en tierra. Las actitudes políticas de los ciudadanos, y en particular de los trabajadores, eran factores de muchísimo interés, dado el auge de los movimientos obreros y socialistas. Obviamente, la democratización de la política, es decir, por un lado la creciente ampliación del derecho (masculino) al voto, por otro lado la creación del estado moderno, administrativo, que movilizaba a los ciudadanos e influía en ellos, colocaba tanto el asunto de la «nación» como los sentimientos del ciudadano para con lo que considerase su «nación», «nacionalidad» u otro centro de lealtad, en el primer lugar del orden del día político.

Por consiguiente, para los gobernantes el problema no consistía sencillamente en adquirir una nueva legitimidad, aunque los estados nuevos tenían que resolver este particular, y la identificación con un «pueblo» o

«nación», fuese cual fuere su definición, era una forma cómoda y elegante de resolverlo, y, por definición, la única forma en los estados que insistían en la soberanía popular. ¿Qué otra cosa podía legitimar a las monarquías de estados que nunca habían existido como tales, por ejemplo Grecia, Italia o Bélgica, o cuya existencia rompía todos los precedentes históricos, como el imperio alemán de 1871? La necesidad de adaptación surgió incluso en regímenes antiguos, por tres razones. Entre 1789 y 1815 pocos de ellos no habían sido transformados: hasta la Suiza posnapoleónica era, en algunos aspectos importantes, una nueva entidad política. Garantes tradicionales de la lealtad tales como la legitimidad dinástica, la ordenación divina, el derecho histórico y la continuidad de gobierno, o la cohesión religiosa, resultaron seriamente debilitados. Finalmente, pero no por ser menos importante, todas estas legitimaciones tradicionales de la autoridad del estado se encontraban bajo un desafío permanente desde 1789.

Esto es claro en el caso de la monarquía. La necesidad de proporcionar un fundamento «nacional» nuevo, o al menos complementario, para esta institución se hacía sentir en estados tan a salvo de revoluciones como la Gran Bretaña de Jorge III y la Rusia de Nicolás I.[3] Y no cabe duda de que las monarquías trataron de adaptarse.

Sin embargo, aunque los ajustes del monarca a «la nación» son un útil indicador de la medida en que las instituciones tradicionales tuvieron que adaptarse o morir después del siglo de las revoluciones, la institución del gobierno hereditario por los príncipes, tal como se creó en la Europa de los siglos XVI y XVII, no tenía necesariamente ninguna relación con ello. De hecho, la mayoría de los monarcas de Europa en 1914 —momento en que la monarquía seguía siendo casi universal en dicho continente— provenían de una serie de familias relacionadas entre sí cuya nacionalidad personal (si experimentaban la sensación de tener una) no tenía nada que ver con su función de jefes de estado. El príncipe Alberto, consorte de Victoria, escribía al rey de Prusia como alemán, consideraba a Alemania como su patria personal, y, pese a ello, la política que representaba con firmeza era, de modo todavía más inequívoco, la de Gran Bretaña.[4] Las

3. Linda Colley, «The apotheosis of George III: loyalty, royalty and the British nation», *Past & Present*, 102 (1984), pp. 94-129; para la propuesta (1832) del conde Uvarov en el sentido de que el gobierno del zar no se basara exclusivamente en los principios de autocracia y ortodoxia, sino también en el de «natsionalnost», cf. Hugh Seton-Watson, *Nations and states*, Londres, 1977, p. 84.

4. Cf. *Revolutionsbriefe 1848: Ungedrucktes aus dem Nachlass König Friedrich Wilhelms IV von Preussen*, Leipzig, 1930.

compañías transnacionales de finales del siglo XX se inclinaban mucho más a escoger a sus ejecutivos principales en la nación donde tuvieron su origen, o donde se encuentra su sede central, que los estados-nación del siglo XIX a elegir reyes con conexiones locales.

En cambio, el estado posrevolucionario, estuviera encabezado por un gobernante hereditario o no, tenía una relación orgánica necesaria con «la nación», es decir, con los habitantes de su territorio considerados, en algún sentido, como una colectividad, un «pueblo», tanto, según hemos visto, en virtud de su estructura como en virtud de las transformaciones políticas que lo estaban convirtiendo en un conjunto de ciudadanos que podían movilizarse de diversas maneras y tenían derechos o reivindicaciones de índole política. Incluso cuando el estado todavía no se enfrentaba a ningún desafío serio a su legitimidad o cohesión, ni a fuerzas de subversión realmente poderosas, el simple declive de los antiguos lazos sociopolíticos habría hecho imperativo formular e inculcar nuevas formas de lealtad cívica (una «religión cívica», según la expresión de Rousseau), ya que otras lealtades potenciales disponían ahora de la posibilidad de expresión política. Porque, ¿qué estado, en la edad de las revoluciones, del liberalismo, del nacionalismo, de la democratización y del auge de los movimientos obreros, podía sentirse absolutamente seguro?

La sociología que surgió en los últimos años del siglo era principalmente una sociología política, y en su núcleo estaba el problema de la cohesión sociopolítica en los estados. Pero los estados necesitaban una religión cívica (el «patriotismo») tanto más cuanto que cada vez requerían algo más que pasividad de sus ciudadanos. «Inglaterra —como decía Nelson a sus marineros en la canción patriótica mientras se preparaban para la batalla de Trafalgar— espera que en este día todos los hombres cumplirán con su deber.»

Y si, por casualidad, el estado no lograba convertir a sus ciudadanos a la nueva religión antes de que escucharan a evangelistas rivales, perdido estaba. Irlanda, como comprendió Gladstone, se perdió para el Reino Unido tan pronto como la democratización del voto en 1884-1885 demostró que la virtual totalidad de los escaños parlamentarios católicos de esa isla pertenecerían en lo sucesivo a un partido irlandés (es decir, nacionalista); sin embargo, siguió siendo un Reino Unido porque sus demás componentes nacionales aceptaban el nacionalismo centrado en el estado de «Gran Bretaña», que se había creado, en gran parte en beneficio de ellos, en el siglo XVIII y que todavía desconcierta a los teóricos que

representan un nacionalismo más ortodoxo.[5] El imperio Habsburgo, conjunto de Irlandas, no tuvo tanta suerte. Hay aquí una diferencia crucial entre lo que el novelista austríaco Robert Musil llamó Kakania (por las letras «k» y «k», abreviaturas de «imperial y real» en alemán), y lo que Tom Nairn, siguiendo su ejemplo, llama Ukania (de las iniciales de United Kingdom).

Un patriotismo que se basa puramente en el estado no es por fuerza ineficaz, ya que la existencia misma y las funciones del moderno estado territorial de ciudadanos hacen que sus habitantes participen de modo constante en sus asuntos, e inevitablemente proporcionan un «paisaje» institucional o de procedimiento que es diferente de cualquier otro paisaje de estos y constituye el marco de su vida, que determina en gran parte. El simple hecho de existir durante unos decenios, menos de la duración de una sola vida humana, puede ser suficiente para determinar al menos una identificación pasiva con un estado-nación nuevo de esta manera. Si no fuera así, deberíamos haber previsto que el auge del fundamentalismo shií en Irán hubiese tenido repercursiones tan significativas en Irak como entre los shiíes del Líbano dividido, pues la mayor parte de la población musulmana no kurda de ese estado, que, dicho sea de paso, contiene los principales lugares santos de la secta, pertenece a la misma fe que los iraníes.[6] Pese a ello, la idea misma de un estado-nación secular y soberano en Mesopotamia es todavía más reciente que la idea de un estado territorial judío. Un ejemplo extremo de la eficacia potencial del patriotismo estatal puro es la lealtad de los finlandeses al imperio zarista durante gran parte del siglo XIX, de hecho hasta que a partir del decenio de 1880 la política de rusificación provocó una reacción antirrusa. Así, mientras que en la Rusia propiamente dicha no es fácil encontrar monumentos a la memoria de la dinastía Romanov, una estatua del zar Alejandro II, el Libertador, se alza todavía orgullosamente en la plaza mayor de Helsinki.

Podríamos ir más lejos. La idea original, revolucionario-popular del patriotismo se basaba en el estado en lugar de ser nacionalista, toda vez

5. Para la evolución de la conciencia británica, véase en general Raphael Samuel, ed., *Patriotism: the making and unmaking of British national identity*, 3 vols., Londres, 1989, pero esp. Linda Colley, «Whose nation? Class and national consciousness in Britain 1750-1830», *Past & Present*, 113 (noviembre de 1986), pp. 97-117, e «Imperial South Wales», en Gwyn A. Williams, *The Welsh in their history*, Londres y Canberra, 1982. Para el desconcierto, Tom Nairn, *The enchanted glass: Britain and its monarchy*, Londres, 1988, 2.ª parte.

6. Sin duda la represión impedía que se expresaran tales simpatías en Irak; por otra parte, no parece que los grandes éxitos temporales de los ejércitos iraníes invasores consiguieran alentar a expresarlas.

que estaba relacionada con el pueblo soberano mismo, es decir, con el estado que ejercía el poder en su nombre. La etnicidad u otros elementos de continuidad histórica eran ajenos a «la nación» en este sentido, y la lengua tenía que ver con ella sólo o principalmente por motivos pragmáticos. Los «patriotas», en el sentido original de la palabra, eran lo contrario de quienes creían en «mi país, haga bien o haga mal», a saber —como dijo el doctor Johnson, citando el uso irónico de la palabra—: «facciosos perturbadores del gobierno».[7] De forma más seria, la Revolución francesa, que, al parecer, utilizaba el término del modo que habían usado por primera vez los norteamericanos y más especialmente la Revolución holandesa de 1783,[8] tenía por patriotas a quienes demostraban el amor a su país deseando renovarlo por medio de la reforma o la revolución. Y la *patrie* a la que iba dirigida su lealtad era lo contrario de una unidad preexistente, existencial, y en vez de ello era una nación creada por la elección política de sus miembros, los cuales, al crearla, rompieron con sus anteriores lealtades, o al menos rebajaron su categoría. Los 1.200 guardias nacionales del Languedoc, el Delfinado y Provenza que se reunieron cerca de Valence el 19 de noviembre de 1789 prestaron juramento de lealtad a la nación, la ley y el rey, y declararon que en lo sucesivo ya no serían delfineses, provenzales o languedocianos, sino únicamente franceses; como hicieron también, y ello es más significativo, los guardias nacionales de Alsacia, Lorena y el Franco Condado en una reunión parecida en 1790, con lo que transformaron en franceses auténticos a los habitantes de provincias que Francia se había anexionado hacía apenas un siglo.[9] Como dijo Lavisse:[10] «La Nation consentie, voulue par elle-même» fue la aportación de Francia a la historia. Por supuesto, el concepto revolucionario de la nación tal como era constituida por la opción política deliberada de sus ciudadanos potenciales todavía se conserva en forma pura en los Estados Unidos. Los norteamericanos son los que quieren serlo. Tampoco el concepto francés de la «nación» como análoga al plebiscito («un plébiscite de tous les jours», como lo expresó Renan) perdió su carácter esencialmente político. La nacionalidad francesa era la ciudadanía francesa: la etnicidad, la historia, la

7. Cf. Hugh Cunningham, «The language of patriotism, 1750-1914», *History Workshop Journal*, 12 (1981), pp. 8-33.

8. J. Godechot, *La grande nation: l'expansion révolutionnaire de la France dans le monde 1789-1799*, París, 1956, vol. 1, p. 254.

9. *Ibid.*, I, p. 73.

10. Citado en Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire* II*, *La Nation*, p. 363, París, 1986.

lengua o la jerga que se hablara en el hogar no tenían nada que ver con la definición de «la nación».

Por otra parte, la nación en este sentido —como el conjunto de ciudadanos cuyos derechos como tales les daban un interés en el país y con ello hacían que el estado hasta cierto punto fuese «nuestro»— no era sólo un fenómeno exclusivo de regímenes revolucionarios y democráticos, aunque los regímenes antirrevolucionarios y reacios a democratizarse tardaron muchísimo en reconocerlo. Por esto los gobiernos beligerantes en 1914 se llevaron una gran sorpresa al ver cómo sus pueblos se apresuraban a tomar las armas, aunque fuese brevemente, en un acceso de patriotismo.[11]

El acto mismo de democratizar la política, es decir, de convertir los súbditos en ciudadanos, tiende a producir una conciencia populista que, según como se mire, es difícil de distinguir de un patriotismo nacional, incluso chauvinista, porque si «el país» es de algún modo «mío», entonces es más fácil considerarlo preferible a los países de los extranjeros, especialmente si éstos carecen de los derechos y la libertad del verdadero ciudadano. El «inglés nacido libre» de E. P. Thompson, los ingleses del siglo XVIII que jamás serán esclavos, estaban prontos a compararse con los franceses. Esto no significaba necesariamente simpatía alguna con las clases gobernantes o sus gobiernos, y era muy posible que, a su vez, éstos sospecharan de la lealtad de los militantes de clase baja, para los cuales la gente rica y los aristócratas que explotaban al pueblo llano estaban presentes de modo más inmediato y constante que los extranjeros más odiados. La conciencia de clase que las clases trabajadoras de numerosos países estaban adquiriendo en los últimos decenios que precedieron a 1914 daba a entender, mejor dicho, afirmaba la pretensión a los derechos del hombre y del ciudadano y, por ende, un patriotismo potencial. La conciencia política de las masas o conciencia de clase entrañaba un concepto de la «patrie» o «patria», como demuestra la historia tanto del jacobinismo como de movimientos por el estilo del cartismo. Porque la mayoría de los cartistas eran tan contrarios a los ricos como a los franceses.

Lo que hacía que este patriotismo populista-democrático y jacobino fuese sumamente vulnerable era el carácter subalterno, tanto objetivo como —entre las clases trabajadoras— subjetivo, de estas masas-ciudadanas. Porque en los estados en los cuales se desarrolló, el orden del día

11. Marc Ferro, *La grande guerre 1914-1918*, París, 1969, p. 23 (hay trad. cast.: *La gran guerra*, Alianza, Madrid, 1970). A. Offner, «The working classes, British naval plans and the coming of the Great War», *Past & Present*, 107 (mayo de 1985), pp. 225-226.

político del patriotismo lo formularon los gobiernos y las clases gobernantes. El desarrollo de la conciencia política y de clase entre los trabajadores enseñó a éstos a exigir y ejercer derechos de ciudadano. Su trágica paradoja fue que, donde habían aprendido a hacerlos valer, ayudaron a hundirlos de buen grado en la matanza mutua de la primera guerra mundial. Pero es significativo que los gobiernos beligerantes hicieran llamamientos pidiendo apoyo a esa guerra basándose no sólo en el patriotismo ciego, y todavía menos en la gloria y el heroísmo machistas, sino en una propaganda que iba dirigida fundamentalmente a civiles y ciudadanos. Todos los beligerantes principales presentaron la contienda como una guerra defensiva. Todos la presentaron como una amenaza procedente del exterior, una amenaza que se cernía sobre ventajas cívicas propias de su propio país o bando; todos aprendieron a presentar sus objetivos bélicos (con cierta inconsecuencia), no sólo como la eliminación de tales amenazas, sino como, en cierto modo, la transformación social del país en beneficio de sus ciudadanos más pobres («hogares para héroes»).

Vemos, pues, que la democratización podía ayudar automáticamente a resolver los problemas de cómo los estados y los regímenes podían adquirir legitimidad a ojos de sus ciudadanos, aunque éstos fueran desafectos. Reforzaba el patriotismo de estado, incluso podía crearlo. A pesar de todo, tenía sus límites, en especial cuando se enfrentaba a fuerzas alternativas que ahora eran más fáciles de movilizar y atraían la lealtad cuyo único depositario legítimo era el estado, según él mismo. Los nacionalismos independientes del estado eran las más formidables de tales fuerzas. Como veremos, iban en aumento tanto en número como en la escala de su atractivo y, en el último tercio del siglo XIX, formulaban ambiciones que incrementaban su amenaza potencial a los estados. Se ha sugerido con frecuencia que la propia modernización de los estados estimuló estas fuerzas, si no las creó. De hecho, las teorías del nacionalismo como función de la modernización ocupan un lugar destacadísimo en la literatura reciente.[12] No obstante, sea cual sea la relación del nacionalismo con la modernización de los estados decimonónicos, el estado hacía frente al nacionalismo como fuerza política ajena a él, muy distinta del «patriotismo de estado», y con la cual tenía que llegar a un acuerdo. Sin embargo, podía convertirse en un recurso poderosísimo para el gobierno si se lo-

12. Desde Karl Deutsch, *Nationalism and social communication. An enquiry into the foundations of nationality*, Cambridge, Massachusetts, 1953; Ernest Gellner, *Nations and nationalism*, Oxford, 1983, es un buen ejemplo. Cf. John Breuilly, «Reflections on nationalism», *Philosophy and Social Sciences*, 15 (1 de marzo de 1985), pp. 65-75.

graba integrarlo en el patriotismo de estado, para que hiciera de componente emocional central del mismo.

Desde luego, a menudo esto era posible mediante la simple proyección de los sentimientos de identificación auténtica, existencial, con la patria «chica» de uno sobre la patria grande, proceso que registra la expansión filológica del alcance de palabras tales como *pays*, *paese*, *pueblo* o, de hecho, *patrie*, vocablo que en 1776 la Academia francesa todavía definía en términos locales. «El país de un francés era meramente la parte del mismo donde casualmente había nacido.»[13] Simplemente a fuerza de convertirse en un «pueblo», los ciudadanos de un país pasaban a ser una especie de comunidad, aunque era una comunidad imaginada, y, por lo tanto, sus miembros buscaban y, por ende, encontraban cosas en común, lugares, costumbres, personajes, recuerdos, señales y símbolos. O bien la herencia de secciones, regiones y localidades de lo que había pasado a ser «la nación» podía combinarse para formar una herencia completamente nacional, de tal modo que incluso los conflictos antiguos llegaran a simbolizar su reconciliación en un plano más elevado y comprensivo. De esta manera Walter Scott edificó una Escocia única en el territorio empapado en sangre por las guerras de los habitantes de las Highlands y las Lowlands, los reyes y los firmantes del pacto de los presbiterianos escoceses, y lo hizo poniendo de relieve sus antiguas divisiones. En un sentido más general, el problema teórico, tan bien resumido en el gran *Tableau de la géographie de la France* (1903), de Vidal de la Blache,[14] tuvo que resolverse para prácticamente todos los estados-nación, a saber: «cómo un fragmento de la superficie de la tierra que no es ni isla ni península, y que la geografía física no puede considerar apropiadamente como una sola unidad, se ha elevado a la condición de país político y finalmente se convirtió en una patria (*patrie*)». Porque todas las naciones, incluso las de extensión mediana, tuvieron que construir su unidad basándose en la disparidad evidente.

Los estados y los regímenes tenían todos los motivos para reforzar, si podían, el patriotismo de estado con los sentimientos y los símbolos de «comunidad imaginada», dondequiera y comoquiera que naciesen, y concentrarlos sobre sí mismos. Sucedió que el momento en que la demo-

13. J. M. Thompson, *The French revolution*, Oxford, 1944, p. 121.

14. Fue pensado como primer volumen de la famosa *Histoire de la France* en varios volúmenes con edición a cargo de Ernest Lavisse, monumento a la ciencia positivista y a la ideología republicana. Véase J. Y. Guiomar, «*Le tableau de la géographie de la France* de Vidal de la Blache», en Pierre Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, II*, pp. 569 y ss.

cratización de la política hizo que fuera esencial «educar a nuestros amos», «hacer italianos», convertir «campesinos en franceses» y unirlo todo a la nación y la bandera, fue también el momento en que los sentimientos nacionalistas populares o, en todo caso, de xenofobia, así como los de superioridad nacional que predicaba la nueva pseudociencia del racismo, empezaron a ser más fáciles de movilizar. Porque el período comprendido entre 1880 y 1914 fue también el de las mayores migraciones de masas conocidas hasta entonces, dentro de los estados y de unos estados a otros, del imperialismo y de crecientes rivalidades internacionales que culminarían con la guerra mundial. Todo esto subrayaba las diferencias entre «nosotros» y «ellos». Y para unir a secciones dispares de pueblos inquietos no hay forma más eficaz que unirlos contra los de fuera. No es necesario aceptar el absoluto *Primat der Innenpolitik* para reconocer que los gobiernos tenían mucho interés nacional en movilizar el nacionalismo entre sus ciudadanos. A la inversa, nada superaba el conflicto internacional en lo que se refiere a estimular el nacionalismo en ambos bandos. Es conocido el papel que la disputa en torno al Rin en 1840 desempeñó en la formación de estereotipos nacionalistas así franceses como alemanes.[15]

Naturalmente, los estados usarían la maquinaria, que era cada vez más poderosa, para comunicarse con sus habitantes, sobre todo las escuelas primarias, con el objeto de propagar la imagen y la herencia de la «nación» e inculcar apego a ella y unirlo todo al país y la bandera, a menudo «inventando tradiciones» o incluso naciones para tal fin.[16] Este autor recuerda que fue sometido a un ejemplo de tal invención política (infructuosamente) en una escuela primaria de Austria a mediados del decenio de 1920, bajo la forma de un nuevo himno nacional que trataba desesperadamente de convencer a los niños de que unas cuantas provincias que habían

15. El bando francés puso en circulación universal el tema de las «fronteras naturales» de la nación, expresión que, contrariamente al mito histórico, pertenece en esencia al siglo XIX. (Cf. D. Nordmann, «Des limites d'état aux frontières nationales», en P. Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, II**, pp. 35-62 *passim*, pero esp. p. 52.) En el bando alemán la campaña pública del otoño de 1840 produjo «el avance del moderno nacionalismo alemán como fenómeno de masas», que fue reconocido casi inmediatamente —y por primera vez— por príncipes y gobiernos. Cf. H.-U. Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte 1815-1845/49*, vol. II, Munich, 1987, p. 399. También produjo un himno casi nacional para el futuro.

16. E. J. Hobsbawm, «Mass-producing traditions: Europe 1870-1914», en E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The invention of tradition*, Cambridge, 1983, cap. 7 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo, Vic, 1989). Guy Vincent, *L'école primaire française: étude sociologique*, Lyon, 1980, cap. 8: «L'école et la nation», esp. pp. 188-193.

quedado cuando el resto de un extenso imperio Habsburgo se separó o les fue arrebatado formaban un conjunto coherente, merecedor de amor y devoción patriótica; no hacía más fácil la tarea el hecho de que la única cosa que tenían en común era lo que hacía que la mayoría abrumadora de sus habitantes quisieran unirse a Alemania. «Austria alemana», empezaba el curioso y efímero himno, «tú, tierra magnífica (*herrliches*), te amamos», y continuaba, como cabía esperar, con una especie de charla turística o lección de geografía que seguía los arroyos alpinos que bajaban de los glaciares al valle del Danubio y Viena y concluía con la afirmación de que esta nueva Austria residual era «mi patria» (*mein Heimatland*).[17]

Si bien es obvio que los gobiernos se encontraban ocupados en practicar una ingeniería ideológica consciente y deliberada, sería un error ver en estos ejercicios una pura manipulación desde arriba. A decir verdad, sus mejores resultados los daban cuando era posible edificar sobre sentimientos nacionalistas extraoficiales que ya existían, fuesen de xenofobia demótica o chauvinismo —la palabra-raíz, al igual que «jingoísmo» aparece por primera vez en el demagógico music-hall o vodevil—,[18] o, más probablemente, en el nacionalismo de la clase media y media baja. En la medida en que tales sentimientos no fueron creados, sino únicamente tomados en préstamo y fomentados por los gobiernos, los que así obraban se convirtieron en una especie de aprendiz de brujo. En el mejor de los casos no podían controlar por completo las fuerzas que habían dejado en libertad; en el peor, pasaban a ser prisioneros de las mismas. Así, no es concebible que el gobierno británico de 1914 o, a decir verdad, la clase gobernante británica, deseara organizar la orgía de xenofobia antialemana que barrió el país tras la declaración de guerra y que, dicho sea de paso, obligó a la familia real británica a cambiar el venerable nombre dinástico de Guelph, por el de Windsor, que suena menos alemán. Porque, como veremos, el tipo de nacionalismo que apareció en las postrimerías del siglo XIX no tenía ningún parecido fundamental con el patriotismo de estado, ni siquiera cuando se pegaba a él. Paradójicamente, su lealtad básica no iba dirigida «al país», sino sólo a su versión particular de ese país: a un concepto ideológico.

17. Este himno fue sustituido luego por otro, geográficamente en términos más generales, pero —como pocos austríacos creían en Austria— que recalcaba su condición alemana con más énfasis, además de introducir a Dios —con la melodía de Haydn que compartían el himno Habsburgo y el «Deutschland über alles», dicho sea de paso.

18. Cf. Gérard de Puymège, «Le soldat Chauvin», en P. Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, II***, esp. pp. 51 y ss. El Chauvin original parece que se enorgullecía de la conquista de Argel.

La fusión del patriotismo de estado con el nacionalismo no estatal fue arriesgada desde el punto de vista político, toda vez que los criterios de aquél eran comprensivos, por ejemplo todos los ciudadanos de la república francesa, mientras que los criterios de éste eran exclusivos, por ejemplo sólo los ciudadanos de la república francesa que hablaran la lengua francesa y, en casos extremos, que fueran rubios y dolicocéfalos.[19] Por consiguiente, el coste potencial de fundir uno con otro era elevado allí donde la identificación con una nacionalidad alineaba a quienes rehusaban asimilarse a ella y ser eliminados por ella. Había, en Europa, pocas naciones-estado auténticamente homogéneas como, pongamos por caso, Portugal, aunque a mediados e incluso en las postrimerías del siglo XIX, existían aún gran número de grupos potencialmente clasificables como «nacionalidades» que no competían con las pretensiones de la «nación» oficialmente dominante, así como un número inmenso de individuos que buscaban activamente la asimilación a alguna de las nacionalidades y lenguas de cultura dominantes.

Sin embargo, si la identificación del estado con una nación comportaba el riesgo de crear un contranacionalismo, el proceso mismo de su modernización hacía que esto fuese mucho más probable, toda vez que entrañaba una homogeneización y estandarización de sus habitantes, esencialmente por medio de una «lengua nacional» escrita. Tanto la administración directa de un número inmenso de ciudadanos por parte de los gobiernos modernos, como el desarrollo técnico y económico, requieren esto, porque hacen que la alfabetización universal sea deseable y el desarrollo masivo de la educación secundaria, casi obligatoria. La escala en que actúa el estado y la necesidad de contactos *directos* con sus ciudadanos son los que crean el problema. Por consiguiente, y para efectos prácticos, la educación de la masa debe llevarse a cabo en una lengua vernácula, mientras que la educación de una elite reducida puede efectuarse en una lengua que el grueso de la población no entienda ni hable o, en el caso de las lenguas «clásicas» como el latín, el persa clásico o el chino escrito clásico, que no las entienda ni hable nadie en absoluto. Las transacciones administrativas o políticas en el ápice pueden hacerse en una lengua que resulte incomprensible para la masa del pueblo, que es como la nobleza

19. Para el fuerte elemento racista en los debates en torno al nacionalismo francés, véase Pierre André Taguieff, *La force du préjugé: essai sur le racisme et ses doubles*, París, 1987, pp. 126-128. Para el carácter novedoso de este racismo-darvinista, véase Günter Nagel, *Georges Vacher de Lapouge (1854-1936). Ein Beitrag zur Geschichte des Sozialdarwinismus in Frankreich*, Friburgo de Brisgovia, 1975.

húngara llevaba a cabo sus asuntos parlamentarios antes de 1840, en latín, o —todavía— en inglés, en la India, pero una campaña electoral donde exista el sufragio universal debe efectuarse en la lengua vernácula. De hecho, la economía, la tecnología y la política hacen que cada vez sea más esencial una lengua de comunicación *hablada* para las masas —necesidad que se ha visto intensificada por el auge del cine, la radio y la televisión—, de tal modo que lenguas que en un principio fueron pensadas como lenguas francas para personas que hablaban lenguas vernáculas mutuamente incomprensibles o como idiomas culturales para las gentes educadas, o que funcionaban como tales, pasan a ser la lengua nacional: el chino mandarín, el bahasa en Indonesia, el tagalo.[20]

Si la elección de la lengua nacional «oficial» se hiciera sólo por comodidad pragmática, sería relativamente sencilla. Bastaría con escoger el idioma con más probabilidades de ser hablado y comprendido por el mayor número posible de ciudadanos, o el que más facilitara la comunicación entre ellos. La elección por José II del alemán como lengua administrativa de su imperio multinacional fue muy pragmática en este sentido, como lo fue la del hindi por Gandhi como lengua de la futura India independiente —la lengua natal de Gandhi era el gujarati— y, desde 1947, la elección del inglés como medio de comunicación nacional que fuese menos inaceptable para los indios. En los estados multinacionales el problema podía resolverse en teoría, como trataron de resolverlo los Habsburgo a partir de 1848, dando a la «lengua de uso común» (*Umgangsprache*) cierto reconocimiento oficial en un nivel administrativo apropiado. Cuando más localizado e inculto, es decir, más cerca de la vida rural tradicional, menos ocasiones de conflicto entre un nivel lingüístico, una entidad geográfica y otra. Incluso en los momentos culminantes del conflicto entre alemanes y checos en el imperio Habsburgo todavía era posible escribir:

> En un estado multinacional podemos dar por sentado que incluso los que no ocupan ningún puesto oficial se encuentran bajo el estímulo, mejor dicho, la obligación de aprender la segunda lengua: por ejemplo los comerciantes, los artesanos, los trabajadores. Los campesinos se ven menos afectados por

20. Cf. por ejemplo, sobre las Filipinas: «Land of 100 tongues but not a single language», *New York Times* (2 de diciembre de 1987). Para el problema en general, véase J. Fishman, «The sociology of language: an interdisciplinary social science approach to language in society», en T. Sebeok, ed., *Current trends in linguistics*, vol. 12***, La Haya-París, 1974.

> esta obligación *de facto*. Porque la autosegregación (*Abgeschlossenheit*) y la autosuficiencia de la vida de pueblo que persisten hoy día, significan que raramente se dan cuenta de la proximidad de un asentamiento donde se habla una lengua diferente, al menos en Bohemia y Moravia, donde la gente del campo de ambas naciones disfruta de la misma posición económica y social. En tales regiones la frontera lingüística puede permanecer invariable durante siglos, especialmente porque la endogamia pueblerina y lo que en la práctica es el derecho prioritario de compra [de propiedades] por miembros de la comunidad limitan la entrada de extraños en el pueblo. Los pocos extraños que entran en él son asimilados e incorporados pronto.[21]

Pese a todo, la «lengua nacional» raras veces es un asunto pragmático, y menos todavía desapasionado, como demuestra la poca disposición a reconocerla como conceptual, presentándola como histórica e inventando tradiciones para ella.[22] Ante todo no sería pragmático y desapasionado para los ideólogos del nacionalismo tal como evolucionó después de 1830 y se transformó hacia finales de siglo. Para ellos la lengua era el alma de una nación y, como veremos, de modo creciente, el criterio crucial de nacionalidad. La lengua o lenguas que debían usarse en las escuelas secundarias de Celje (Cilli), donde coexistían hablantes de alemán y de esloveno, distaba mucho de ser una cuestión de comodidad administrativa. (De hecho, este problema convulsionó la política austríaca en 1895.)[23] Exceptuando los más afortunados, todos los gobiernos de países multilingües eran conscientes del carácter explosivo del problema lingüístico.

Lo que contribuía a hacerlo todavía más explosivo era que, dadas las circunstancias, todo nacionalismo que todavía no se identificara con un estado se volvía necesariamente *político*. Porque el estado era la máquina que debía manipularse para que una «nacionalidad» se convirtiera en una «nación», o incluso para salvaguardar una situación existente contra la erosión histórica o la asimilación. Como veremos, el nacionalismo

21. Karl Renner, *Das Selbstbestimmungsrecht der Nationen in besonderer Anwendung auf Oesterreich*, Leipzig y Viena, 1918, p. 65. Esta es la segunda edición, reescrita, de *Der Kampf der österreichischen Nationen um den Staat*, 1902, por el autor austromarxista, que también era hijo de un campesino alemán de Moravia.

22. «Muchas comunidades de habla crean y cultivan mitos y genealogías relativas al origen y la evolución de las variedades estándar [de su lengua] con el fin de quitarles énfasis a los numerosos componentes de cosecha más reciente que contienen ... Una variedad alcanza historicidad cuando llega a ser asociada con algún gran movimiento o tradición ideológico o nacional.» J. Fishman, «The sociology of language», p. 164.

23. W. A. Macartney, *The Habsburg empire*, Londres, 1971, p. 661.

lingüístico se refería y se refiere esencialmente a la lengua de la educación pública y el uso oficial. Tiene que ver con «la oficina y la escuela», como los polacos, los checos y los eslovenos no se cansaban de repetir ya en 1848.[24] Tiene que ver con si las escuelas de Gales deben impartir la instrucción en galés además de en inglés, o incluso *sólo* en galés; con la necesidad de dar nombres galeses a lugares del principado que nunca los tuvieron porque no fueron poblados por gentes que hablasen galés; con la lengua de los indicadores de carretera y los nombres de las calles; con subvenciones públicas a un canal de televisión en galés; con la lengua en que se efectúan los debates en los consejos de distrito y que se usa para redactar sus actas; con la lengua en el impreso de solicitud del permiso de conducir o las facturas de la electricidad, o incluso si deben repartirse impresos bilingües, o impresos aparte para cada lengua, o, quizá, algún día, solamente un impreso en galés. Porque, como dice un autor nacionalista:

> En un tiempo en que el galés todavía se hallaba razonablemente fuera de peligro, Emrys ap Iwan vio la necesidad de hacerlo una vez más lengua oficial y lengua de educación si se quería que sobreviviese.[25]

Así pues, de una forma u otra, los estados se vieron obligados a llegar a un acuerdo con el nuevo «principio de nacionalidad» y sus síntomas, pudieran o no utilizarlo para sus propios fines. La mejor manera de concluir el presente capítulo es examinar brevemente la evolución de las actitudes de los estados ante el problema de la nación y la lengua a mediados del siglo XIX. La cuestión puede seguirse por medio de los debates de expertos técnicos, a saber: los estadísticos del gobierno que intentaron coordinar y estandarizar los censos nacionales periódicos que, a partir de mediados de siglo, pasaron a ser una parte normal de la maquinaria de documentación que necesitaban todos los estados «avanzados» o modernos. El problema que se planteó en el Primer Congreso Estadístico Internacional, celebrado en 1853, era si en tales censos debía incluirse una pregunta relativa a la «lengua hablada» y la relación que tuviera, si tenía alguna, con la nación y la nacionalidad.

No tiene nada de extraño que el primero en abordar el asunto fuese el

24. P. Burian, «The state language problem in Old Austria», *Austrian History Yearbook*, 6-7 (1970-1971), p. 87.
25. Ned Thomas, *The Welsh extremist: Welsh politics, literature and society today*, Talybont, 1973, p. 83.

belga Quetelet, que no sólo era el fundador de las estadísticas sociales, sino que procedía de un estado donde la relación entre el francés y el flamenco ya era un asunto de cierta importancia política. El Congreso Estadístico Internacional de 1860 decidió que la pregunta sobre la lengua fuese optativa en los censos, que cada estado decidiera si tenía importancia «nacional» o no la tenía. El congreso de 1873, sin embargo, recomendó que en lo sucesivo dicha pregunta se incluyera en todos los censos.

El punto de vista inicial de los expertos era que la «nacionalidad» de un individuo no la determinarían las preguntas de los censos, excepto en el sentido que los franceses daban a la palabra, a saber: la condición de ciudadano de tal o cual estado. En este sentido la lengua no tenía nada que ver con la «nacionalidad», aunque en la práctica esto significaba sencillamente que los franceses, y quienquiera que aceptase esta definición, cual era el caso de los magiares, reconocían oficialmente una sola lengua dentro de sus fronteras. Los franceses sencillamente descuidaban las demás reglas; los magiares, que difícilmente podían hacer lo mismo, ya que menos de la mitad de los habitantes de su reino hablaban esa lengua, se veían obligados a calificarlos jurídicamente de «magiares que no hablan magiar»,[26] del mismo modo que más adelante los griegos llamarían «griegos eslavófonos» a los habitantes de las partes de Macedonia que se anexionaron. En resumen, un monopolio lingüístico disfrazado de definición no lingüística de la nación.

Parecía evidente que la nacionalidad era demasiado compleja para que de ella se apoderase la lengua sola. Los estadísticos de los Habsburgo, que tenían más experiencia de ella que nadie, opinaban (*a*) que no era un atributo de individuos, sino de comunidades, y (*b*) que requería el estudio de «la situación, la demarcación y las condiciones climáticas, así como estudios antropológicos y etnológicos de las características físicas e intelectuales, externas e internas de un pueblo, de sus costumbres, moralidad, etcétera».[27] El doctor Glatter, ex director del Instituto Estadístico de Viena, fue todavía más lejos y, como era propio del espíritu decimonónico, decidió que lo que determinaba la nacionalidad no era la lengua, sino la *raza*.

Con todo, la nacionalidad era un asunto político demasiado importante para que los encargados de confeccionar los censos la pasaran por alto.

26. K. Renner, *Staat und Nation*, p. 13.

27. Emil Brix, *Die Umgangsprachen in Altösterreich zwischen Agitation und Assimilation. Die Sprachenstatistik in den zisleithanischen Volkszählungen, 1880-1910*, Viena-Colonia-Graz, 1982, p. 76. La crónica de los debates estadísticos que se da aquí se basa en esta obra.

Era claro que tenía *alguna* relación con la lengua hablada, aunque sólo fuese porque desde el decenio de 1840 la lengua había empezado a desempeñar un papel significativo en los conflictos territoriales internacionales, de forma muy destacada en el asunto Schleswig-Holstein, que se disputaban daneses y alemanes,[28] aun cuando antes del siglo XIX los estados no habían utilizado argumentos lingüísticos para respaldar sus pretensiones territoriales.[29] Pero en 1842 la *Revue des Deux Mondes* ya señalaba que «las verdaderas fronteras naturales no eran determinadas por montañas y ríos, sino más bien por la lengua, las costumbres, los recuerdos, todo lo que distingue una nación de otra», argumento que, forzoso es reconocerlo, se usaba para explicar por qué Francia *no* debía aspirar necesariamente a la frontera del Rin; del mismo modo que el argumento de que «el idioma que se habla en Niza sólo tiene un parecido lejano con el italiano» dio a Cavour una excusa oficial para ceder esa parte del reino de Saboya a Napoleón III.[30] El hecho innegable es que la lengua se había convertido en un factor de la diplomacia internacional. Obviamente, ya era un factor de la política interior de algunos estados. Asimismo, como señaló el Congreso de San Petersburgo, era el único aspecto de la nacionalidad que al menos podía contarse y disponerse objetivamente en forma de cuadro.[31]

Al aceptar la lengua como indicador de nacionalidad, el congreso no sólo adoptó un punto de vista administrativo, sino que también siguió los argumentos de un estadístico alemán que afirmó, en publicaciones influyentes de 1866 y 1869, que la lengua era el único indicador adecuado para la nacionalidad.[32] Este era el concepto de la nacionalidad que desde hacía tiempo predominaba entre los intelectuales y nacionalistas alemanes, dada la falta de un estado-nación alemán único y la dispersión a lo largo y ancho de Europa de comunidades que hablaban dialectos germanos y cuyos miembros educados escribían y leían el alemán estándar. Esto no significaba forzosamente la demanda de un solo estado-nación alemán que incluyera a todos estos alemanes —tal demanda era y siguió siendo total-

28. Cf. Sarah Wambaugh, *A monograph on plebiscites, with a collection of official documents*, Carnegie Endowment for Peace, Nueva York, 1920, esp. p. 138.

29. Nordmann, en P. Nora, ed., *Les lieux de mémoire*, II**, p. 52.

30. *Ibid.*, pp. 55-56.

31. Brix, *Die Umgangsprachen*, p. 90.

32. Richard Böckh, «Die statistische Bedeutung der Volkssprache als Kennezeichen der Nationalität», *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, 4 (1866), pp. 259-402; el mismo, *Der Deutschen Volkszahl und Sprachgebiet in den europäischen Staaten*, Berlín, 1869.

mente huérfana de realismo—,[33] y en la versión puramente filológica de Böckh no está nada claro qué grado de conciencia y cultura comunes entrañaba; porque, como hemos visto, por motivos lingüísticos lógicamente incluía entre los alemanes a los hablantes de yiddish, el dialecto germano medieval que había sido modificado hasta convertirse en la lengua universal de los judíos orientales. A pesar de ello, como también hemos visto, las reivindicaciones territoriales basadas en argumentos lingüísticos ahora eran posibles —la campaña alemana de 1840 había rechazado la demanda francesa de una frontera en el Rin precisamente por este motivo— y, fuesen cuales fuesen exactamente las implicaciones de la lengua, ya no podían pasarse por alto desde el punto de vista político.

Pero, ¿qué era exactamente lo que había que contar? Al llegar a este punto se disolvió la aparente analogía censal de la lengua con el lugar de nacimiento, la edad o el estado civil. La lengua suponía implícitamente una elección política. En calidad de erudito, Ficker, el estadístico austríaco, rechazaba la elección de la lengua de la vida pública, que el estado o el partido podía imponer a los individuos, aunque sus colegas franceses y húngaros lo juzgaban totalmente aceptable. Por la misma razón rechazaba la lengua de la iglesia y la escuela. Sin embargo, los estadísticos de los Habsburgo, guiándose por el espíritu del liberalismo del siglo XIX, trataron de dejar espacio para el flujo y los cambios de la lengua, y, sobre todo, para la asimilación lingüística, preguntando a los ciudadanos cuál era, no su *Muttersprache* o (en sentido literal) la primera lengua aprendida de su madre, sino la «lengua familiar», es decir, la lengua que se hablaba habitualmente en el hogar, que podía ser diferente.[34]

Esta ecuación de la lengua y la nacionalidad no satisfacía a nadie: a los nacionalistas, porque impedía a los individuos que hablaban una lengua en casa optar por otra nacionalidad; a los gobiernos —ciertamente al gobierno Habsburgo— porque sabían reconocer un asunto espinoso sin necesidad de tocarlo. De todos modos, subvaloraron su capacidad de resultar espinoso. Los Habsburgo aplazaron la cuestión de la lengua hasta después de que se enfriaran los ánimos nacionales, que tan visiblemente se habían calentado en el decenio de 1860. Empezarían a contar en 1880. En lo que nadie reparó fue que hacer semejante pregunta bastaría en sí mismo para

33. Hasta Hitler hacía una distinción entre los alemanes del Reich y los «alemanes nacionales» (*Volksdeutsche*) que vivían allende sus fronteras pero a los que podía ofrecerse la opción de volver «a casa», es decir, al Reich.

34. Brix, *Die Umgangsprachen*, p. 94.

generar nacionalismo lingüístico. Cada censo sería un campo de batalla entre nacionalidades y los intentos cada vez más complicados de satisfacer a las partes enfrentadas que hacían las autoridades no lograron su objetivo. Lo único que produjeron fueron monumentos de erudición desinteresada, como los censos austríacos y belgas de 1910, que satisfacen a los historiadores. En verdad, al hacer la pregunta sobre la lengua, los censos *obligaron* por primera vez a todo el mundo a elegir, no sólo una nacionalidad, sino una nacionalidad lingüística.[35] Los requisitos técnicos del moderno estado administrativo una vez más ayudaron a fomentar la aparición del nacionalismo, cuyas transformaciones estudiaremos a continuación.

35. *Ibid.*, p. 114.

4. LA TRANSFORMACIÓN DEL NACIONALISMO, 1870-1918

> Una vez se ha alcanzado cierto grado de desarrollo europeo, las comunidades lingüísticas y culturales de los pueblos, tras madurar silenciosamente durante los siglos, surgen del mundo de la existencia pasiva como pueblos (*passiver Volkheit*). Adquieren conciencia de sí mismos como fuerza con un destino histórico. Exigen controlar el estado, como el instrumento de poder más elevado de que se dispone, y luchan por su autodeterminación política. El cumpleaños de la idea política de la nación y el año del nacimiento de esta nueva conciencia es 1789, el año de la Revolución francesa.[1]

Doscientos años después de la Revolución francesa ningún historiador serio (y espero que nadie que haya leído el presente libro hasta llegar aquí) considerará que afirmaciones como la citada al principio de este capítulo son algo más que ejemplos de mitología programática. A pesar de ello, la cita parece una afirmación representativa de aquel «principio de nacionalidad» que convulsionó la política internacional de Europa después de 1830, creando varios estados nuevos que correspondían, en la medida de lo posible, a una mitad del llamamiento de Mazzini «Cada nación un estado», aunque menos con la otra mitad, «sólo un estado para la nación entera».[2] Es representativa, en particular, en cinco aspectos: por hacer hincapié en la comunidad lingüística y cultural, que fue una innovación del siglo XIX,[3] por recalcar el nacionalismo que aspiraba a formar o captar estados en lugar de las «naciones» de estados que ya existían, por su historicismo y sentido de la misión histórica, por reclamar la paternidad de 1789 y no en menor medida por su ambigüedad terminológica y su retórica.

1. K. Renner, *Staat und Nation*, p. 89.
2. *Ibid.*, p. 9.
3. Cf. Th. Schieder, «Typologie und Erscheinungsformen des Nationalstaats», en H. A. Winkler, ed., *Nationalismus*, Königstein im Taunus, 1985, p. 128.

Con todo, si bien a primera vista la cita parece algo que el propio Mazzini podría haber escrito, de hecho fue escrita setenta años después de las revoluciones, por un socialista marxista de origen moravo, en un libro que trataba de los problemas específicos del imperio Habsburgo. En pocas palabras, aunque podría confundirse con el «principio de nacionalidad» que transformó el mapa político de Europa entre 1830 y el decenio de 1870, en realidad pertenece a una fase posterior y diferente de desarrollo nacionalista en la historia europea.

El nacionalismo de 1880-1914 difería en tres aspectos importantes de la fase de nacionalismo de Mazzini. En primer lugar, abandonó el «principio del umbral» que, como hemos visto, ocupaba un lugar central en el nacionalismo de la era liberal. En lo sucesivo *cualquier* conjunto de personas que se consideraran como «nación» reivindicó el derecho a la autodeterminación, que, en último término, significaba el derecho a un estado aparte, soberano e independiente para su territorio. En segundo lugar, y a consecuencia de esta multiplicación de naciones «no históricas» en potencia, la etnicidad y la lengua se convirtieron en los criterios centrales, cada vez más decisivos o incluso únicos de la condición de nación en potencia. Sin embargo, hubo un tercer cambio que afectó no tanto a los movimientos nacionales no estatales, que ahora se volvieron cada vez más numerosos y ambiciosos, sino a los sentimientos nacionales dentro de los estados-nación establecidos: un marcado desplazamiento hacia la derecha política de la nación y la bandera, para el cual se inventó realmente el término «nacionalismo» en el último decenio (o los últimos decenios) del siglo XIX. La cita de Renner representa los dos primeros de estos cambios, pero (procediendo de la izquierda) es muy claro que no representa el tercero.

Hay tres razones por las cuales no se ha reconocido a menudo la tardanza con que el criterio étnico-lingüístico para definir una nación realmente se volvió dominante. La primera es que los dos movimientos nacionales no estatales más prominentes de la primera mitad del siglo XIX se basaban esencialmente en comunidades de gentes cultas, unidas por encima de las fronteras políticas y geográficas por el uso de una lengua acreditada de alta cultura y su literatura. En el caso de los alemanes y los italianos, su lengua nacional no era meramente un cómodo recurso administrativo o un medio de unificar la comunicación a escala estatal, como el francés lo había sido en Francia desde la ordenanza de Villers-Cotterets en 1539, o incluso un recurso revolucionario para poner las verdades de la libertad, la ciencia y el progreso al alcance de todos, asegurar la permanencia de la igualdad de los ciudadanos e impedir que resucitara la jerar-

quía del antiguo régimen, como lo era para los jacobinos.[4] Era más incluso que el vehículo de una literatura distinguida y de expresión intelectual universal. Era la única cosa que los hacía alemanes o italianos, y, por consiguiente, llevaba una carga de identidad nacional mucho más pesada que, pongamos por caso, la que llevaba el inglés para quienes lo escribían y leían. Sin embargo, aunque la lengua proporcionaba así un argumento central para la creación de un estado nacional unificado a las clases medias liberales de Italia y Alemania, en la primera mitad del siglo XIX este hecho todavía no se daba en ninguna otra parte. Las reivindicaciones políticas de independencia de Polonia o Bélgica no se basaban en la lengua, como tampoco se basaban en ella las rebeliones de diversos pueblos balcánicos contra el imperio otomano, que produjeron algunos estados independientes. Y tampoco el movimiento irlandés en Gran Bretaña. En cambio, allí donde movimientos lingüísticos ya tenían una base política significativa, como en las tierras checas, la autodeterminación nacional (en contraposición al reconocimiento cultural) todavía no era motivo de disputa y nadie pensaba seriamente en la instauración de un estado aparte.

No obstante, desde las postrimerías del siglo XVIII (y en gran parte bajo la influencia intelectual alemana) Europa era presa de la pasión romántica por el campesinado puro, sencillo y no corrompido, y para este redescubrimiento folclórico de «el pueblo» las lenguas vernáculas que éste hablaba eran importantísimas. Con todo, si bien este renacimiento cultural de signo populista proporcionó los cimientos para muchos movimientos nacionalistas subsiguientes y, por lo tanto, se ha contado justificadamente como la primera fase (la «fase A») de su desarrollo, el propio Hroch deja

4. «Todos los miembros del soberano (pueblo) pueden ocupar todos los puestos (públicos); es deseable que todos los ocupen por rotación, antes de volver a sus ocupaciones agrícolas o mecánicas. Este estado de cosas nos plantea la siguiente alternativa. Si estos puestos los ocupan hombres incapaces de expresarse en la lengua nacional o de escribirla, ¿cómo pueden salvaguardarse los derechos de los ciudadanos mediante documentos cuyos textos contienen errores de terminología, ideas carentes de precisión ... en una palabra, todos los síntomas de la ignorancia? Si, en cambio, esta ignorancia tuviera que excluir a hombres de los puestos públicos, pronto veríamos el renacimiento de aquella aristocracia que en otro tiempo usaba el *patois* como signo de afabilidad protectora al hablar con aquellos a quienes insolentemente llamaba "las clases inferiores" (*les petits gens*). Pronto volvería la sociedad a contagiarse una vez más de "la gente como Dios manda" (*de gens comme il faut*) ... Entre dos clases separadas se establecerá una especie de jerarquía. Así, la ignorancia de la lengua haría que el bienestar social corriese peligro, o destruiría la igualdad.» (Del *Rapport* del Abbé Grégoire, citado en Fernand Brunot, *Histoire de la langue française*, París, 1930-1948, vol. IX, I, pp. 207-208.)

bien claro que en ningún sentido era todavía un movimiento político del pueblo en cuestión, ni entrañaba ninguna aspiración o programa de carácter político. A decir verdad, la mayoría de las veces el descubrimiento de la tradición popular y su transformación en la «tradición nacional» de algún pueblo campesino olvidado por la historia fueron obra de entusiastas de la clase gobernante o elite (extranjera), tales como los alemanes bálticos o los suecos finlandeses. La Sociedad de Literatura Finlandesa (fundada en 1831) fue creada por suecos, sus anales se llevaban en lengua sueca y, al parecer, todos los escritos de Snellman, el principal ideólogo del nacionalismo cultural finlandés, estaban redactados en sueco.[5] Aunque nadie podría negar la proliferación de movimientos culturales y lingüísticos en toda Europa durante el período comprendido entre los decenios de 1780 y 1840, es un error confundir la fase A de Hroch con su fase B, en que ha nacido un conjunto de activistas dedicados a la agitación política a favor de la «idea nacional», y todavía menos con su «fase C», en que puede contarse con el apoyo de las masas a la «idea nacional». Como demuestra el caso de las islas Británicas, no hay, dicho sea de paso, ninguna relación necesaria entre los movimientos del renacer cultural de este tipo y las agitaciones nacionales o los movimientos de nacionalismo político subsiguientes, y, a la inversa, puede que al principio tales movimientos nacionalistas tuvieran poco o nada que ver con el resurgimiento cultural. La Folklore Society (1878) y el renacer de la canción folclórica en Inglaterra no eran más nacionalistas que la Gypsy Lore Society.

La tercera razón se refiere a la identificación étnica en lugar de lingüística. Radica en la falta —hasta muy entrado el siglo— de teorías o pseudoteorías influyentes que identifiquen las naciones con la descendencia genética. Volveremos a ocuparnos de ello más adelante.

La creciente importancia de «la cuestión nacional» en los cuarenta años anteriores a 1914 no se mide sencillamente por su intensificación dentro de los antiguos imperios multinacionales de Austria-Hungría y Turquía. Ahora era un asunto significativo en la política interior de virtualmente todos los estados europeos. Así, incluso en el Reino Unido ya no se limitaba al problema irlandés, aun cuando también creció el nacionalismo irlandés ostentando este nombre —el número de periódicos que se autodenominaban «nacionales» o «nacionalistas» aumentó de 1 en 1871 a 33 en 1891[6] pasando por 13 en 1881— y se convirtió en un factor política-

5. E. Juttikala y K. Pirinen, *A history of Finland*, Helsinki, 1975, p. 176.
6. Debo estos datos, extraídos del *Newspaper Press Directory* de aquel tiempo, a las

mente explosivo en la política británica. Con todo, a menudo se olvida que este fue también el período en que por primera vez se reconocieron oficialmente los intereses nacionales galeses como tales (la ley de 1881 que reglamentaba el cierre dominical de establecimientos se ha calificado de «primera ley del parlamento claramente galesa»)[7] y en que Escocia adquirió tanto un modesto movimiento que propugnaba el autogobierno como, por medio de la denominada «fórmula Goschen», una parte nacional garantizada del gasto público del Reino Unido. El nacionalismo interior también podía aparecer —como ocurrió en Francia, Italia y Alemania— bajo la forma del auge de los movimientos derechistas para los cuales se acuñó el término «nacionalismo» en este período, o, de modo más general, bajo la forma de xenofobia política que halló su expresión más deplorable, aunque no única, en el antisemitismo. Que un estado tan relativamente tranquilo como Suecia sufriera en esta época una sacudida a causa de la secesión de Noruega (1907) (secesión que nadie propuso hasta el decenio de 1890) es, como mínimo, tan significativo como la parálisis de la política de los Habsburgo a causa de agitaciones nacionalistas rivales.

Asimismo, es durante este período cuando vemos cómo los movimientos nacionalistas se multiplican en regiones donde antes eran desconocidos, o entre pueblos que hasta entonces sólo tenían interés para los folcloristas, e incluso por primera vez, teóricamente, en el mundo no occidental. Hasta qué punto los nuevos movimientos antiimperialistas pueden considerarse nacionalistas dista mucho de estar claro, aunque es innegable que la ideología nacionalista occidental influía en sus portavoces y activistas, como en el caso de la influencia irlandesa en el nacionalismo indio. Sin embargo, aunque nos limitemos a Europa y sus alrededores, en 1914 encontramos muchos movimientos que apenas existían, o no existían en absoluto, en 1870: entre los armenios, los georgianos, los lituanos y otros pueblos bálticos y los judíos (tanto en su versión sionista como en la no sionista), entre los macedonios y los albaneses en los Balcanes, los rutenos y los croatas en el imperio Habsburgo —el nacionalismo croata no debe confundirse con el anterior apoyo de los croatas al nacionalismo yugoslavo o «ilirio»—, entre los vascos y los catalanes, los galeses, y, en

investigaciones inéditas de la prensa provincial irlandesa, 1852-1892, de Mary Lou Legg del Birbeck College.

7. Véase «Report of the Commissioners appointed to inquire into the operation of the Sunday closing (Wales) Act, 1881», *Parliamentary Papers*, H. o. C., vol. XI, de 1890; K. O. Morgan, *Wales, rebirth of a nation 1880-1980*, Oxford, 1982, p. 36.

Bélgica, un movimiento flamenco claramente radicalizado, así como inesperados toques de nacionalismo local en lugares como Cerdeña. Hasta podemos detectar los primeros síntomas de nacionalismo árabe en el imperio otomano.

Como ya hemos sugerido, la mayoría de estos movimientos recalcaba ahora el elemento lingüístico o étnico (o ambos a la vez). Que con frecuencia esto era novedad puede demostrarse fácilmente. Antes de la fundación de la Liga Gaélica (1893), que al principio no tenía objetivos políticos, la lengua irlandesa no era uno de los elementos del movimiento nacional irlandés. No figuraba ni en la agitación de O'Connell —aunque el Libertador era natural de Kerry y hablaba gaélico— ni en el programa de los fenianos. Ni siquiera se hicieron intentos de crear una lengua irlandesa uniforme, partiendo del habitual complejo de dialectos, hasta después de 1900. El nacionalismo finlandés tenía por objeto defender la autonomía del gran ducado bajo los zares, y los liberales finlandeses que surgieron después de 1848 se tenían a sí mismos por los representantes de una sola nación bilingüe. El nacionalismo finlandés no pasó a ser esencialmente lingüístico hasta, aproximadamente, el decenio de 1860 (en que un edicto imperial mejoró la posición pública de la lengua finlandesa frente a la sueca), pero hasta el decenio de 1880 la lucha lingüística siguió siendo en gran parte una lucha de clases interna entre los finlandeses de clase baja (representados por los *Fennomen*, partidarios de una sola nación con el finlandés por lengua) y la minoría sueca de clase alta, representada por los *Svecomen* (que argüían que el país contenía dos naciones y, por ende, dos lenguas). Hasta después de 1880, momento en que el zarismo adoptó su propia postura nacionalista y rusificadora, no coincidió la lucha por la autonomía con la lucha por la lengua y la cultura.[8]

Tampoco el catalanismo como movimiento (conservador) cultural y lingüístico se remonta más allá del decenio de 1850 y la fiesta de los Jocs Florals (análogos a los Eisteddfodau galeses) no se resucitó antes de 1859. La lengua misma no se estandarizó eficazmente hasta el siglo XX,[9] y el regionalismo catalán no se interesó por la cuestión lingüística hasta mediados del decenio de 1880 o más tarde.[10] Se ha sugerido que el desarrollo del

8. Juttikala y Pirinen, *A history of Finland*, pp. 176-186.

9. Carles Riba, «Cent anys de defensa i il·lustració de l'idioma a Catalunya», *L'Avenç*, 71 (mayo de 1984), pp. 54-62. Se trata del texto de una conferencia pronunciada originalmente en 1939.

10. Francesc Vallverdú, «El català al segle XIX», *L'Avenç*, 27 (mayo de 1980), pp. 30-36.

nacionalismo vasco llevaba unos treinta años de retraso respecto del movimiento catalán, aunque el desplazamiento ideológico del autonomismo vasco de la defensa o la restauración de antiguos fueros feudales a un argumento lingüístico-racial fue repentino: en 1894, menos de veinte años después del fin de la segunda guerra carlista, Sabino Arana fundó su Partido Nacionalista Vasco (PNV), inventando de paso el nombre vasco del país («Euskadi»), que hasta aquel momento no existía.[11]

En el otro extremo de Europa, los movimientos nacionales de los pueblos bálticos apenas habían salido de sus primeras fases (culturales) en el último tercio de siglo, y en los remotos Balcanes, donde la cuestión macedonia alzó su ensangrentada cabeza después de 1870, la idea de que las diversas nacionalidades que vivían en el territorio deberían distinguirse por su *lengua* fue la última de las muchas que asaltaron a los estados de Serbia, Grecia, Bulgaria y la Sublime Puerta, que luchaban por él.[12] Los habitantes de Macedonia se habían distinguido por su religión, o, de no ser así, las reivindicaciones de esta u otra parte de ella se basaban en la historia comprendida entre la Edad Media y la Antigüedad o, en otros casos, en argumentos etnográficos acerca de costumbres y prácticas rituales comunes. Macedonia no se transformó en un campo de batalla para los filólogos eslavos hasta el siglo XX, momento en que los griegos, que no podían competir en este terreno, buscaron la compensación recalcando una etnicidad imaginaria.

Al mismo tiempo —aproximadamente en la segunda mitad de siglo— el nacionalismo étnico recibió enormes refuerzos: en la práctica, de las migraciones geográficas de pueblos, cada vez más masivas; y en teoría, de la transformación de ese concepto central de la ciencia social del siglo XIX que es la «raza». Por un lado, la antigua división de la humanidad en unas cuantas «razas» que se distinguían por el color de la piel se amplió ahora hasta convertirla en una serie de distinciones «raciales» que separaban a pueblos cuya piel clara era aproximadamente la misma, tales como los «arios» y los «semitas», o, entre los «arios», a los nórdicos, los alpinos y los mediterráneos. Por otro lado, el evolucionismo darviniano, complementado más adelante por lo que daría en llamarse «genética», proporcionó al racismo algo que parecía un poderoso grupo de razones «cientí-

11. H.-J. Puhle, «Baskischer Nationalismus im spanischen Kontext», en H. A. Winkler, ed., *Nationalismus in der Welt von Heute*, Gotinga, 1982, p. 61.

12. Carnegie Endowment for International Peace, *Report of the International Commission to Enquire into the Cause and Conduct of the Balkans Wars*, Washington, 1914, p. 27.

ficas» para impedir la entrada a los forasteros e incluso, como ocurriría más adelante, expulsarlos y asesinarlos. Todo esto ocurrió relativamente tarde. El antisemitismo no adquirió su carácter «racial» (en contraposición a su carácter religioso-cultural) hasta alrededor de 1880; los principales profetas del racismo alemán y francés (Vacher de Lapouge, Houston Stewart Chamberlain) pertenecen al decenio de 1890, y los «nórdicos» no entran en el discurso racista, o en cualquier otro discurso, hasta 1900 aproximadamente.[13]

Los vínculos entre el racismo y el nacionalismo son obvios. La «raza» y la lengua se confundían fácilmente como en el caso de los «arios» y los «semitas», lo cual causaba mucha indignación a estudiosos con escrúpulos como Max Muller, que señalaban que la «raza», concepto genético, no podía inferirse de la lengua, que no era heredada. Además, hay una analogía evidente entre la insistencia de los racistas en la importancia de la pureza social y los horrores de la mezcla de razas y la insistencia de tantas —tentado estoy de decir la mayoría— formas de nacionalismo lingüístico en la necesidad de purificar la lengua nacional de elementos extranjeros. En el siglo XIX los ingleses eran excepcionales porque se jactaban de sus orígenes mezclados (britanos, anglosajones, escandinavos, normandos, escoceses, irlandeses, etcétera) y se gloriaban de la mezcla filológica de su lengua. Con todo, lo que acercaba la «raza» y la «nación» aún más era la costumbre de utilizar ambas como sinónimos virtuales, generalizando de la misma forma descabellada acerca del carácter «racial»/«nacional», como a la sazón estaba de moda. Así, antes de la Entente Cordiale anglo-francesa de 1904, un escritor francés comentó que el acuerdo entre los dos países quedaba descartado por imposible debido a la «enemistad hereditaria» entre las dos razas.[14] El nacionalismo lingüístico y el étnico se reforzaban mutuamente de esta manera.

No ha de sorprendernos que el nacionalismo ganara terreno tan rápidamente entre el decenio de 1870 y 1914. Estaba en función de cambios tanto sociales como políticos, por no hablar de una situación internacional que proporcionaba muchas oportunidades de expresar hostilidad para con

13. J. Romein, *The watershed of two eras: Europe in 1900*, Middletown, 1978, p. 108. Una raza «nórdica» bajo ese nombre aparece por primera vez en la literatura clasificadora de la antropología en 1898, *OED Supplement*: «nordic». El término parece pertenecer a J. Deniker, *Races et peuples de la terre*, París, 1900, pero lo adoptaron los racistas porque lo encontraron apropiado para describir a la raza rubia y dolicocéfala que asociaban con la superioridad.

14. Jean Finot, *Race prejudice*, Londres, 1906, pp. V-VI.

los extranjeros. Desde el punto de vista social, tres fenómenos aumentaron considerablemente las posibilidades de crear nuevas formas de inventar comunidades «imaginadas» o incluso reales como nacionalidades: la resistencia de los grupos tradicionales que se veían amenazados por la embestida de la modernidad; las clases y estratos nuevos y no tradicionales que crecían rápidamente en las sociedades en vía de urbanización de los países desarrollados; y las migraciones sin precedentes que distribuían una diáspora múltiple de pueblos por todo el globo, cada uno de ellos forastero para los nativos y otros grupos migrantes, y ninguno de ellos, todavía, con los hábitos y convenciones de la coexistencia. El peso y el ritmo del cambio en este período bastarían por sí solos para explicar por qué en tales circunstancias se multiplicaban las ocasiones de que se produjeran fricciones entre los grupos, aunque nos olvidáramos de los temblores provocados por la «gran depresión» que tan a menudo, en estos años, sacudió la vida de las personas pobres y de posición económica modesta o insegura. Lo único que se necesitaba para que el nacionalismo entrase en la política era que grupos de hombres y mujeres que se veían a sí mismos o eran vistos por otros como ruritanos estuviesen dispuestos a escuchar el argumento de que sus motivos de descontento eran causados de algún modo por el tratamiento inferior (con frecuencia innegable) de que eran objeto por parte de otras nacionalidades, o comparado con el que éstas recibían, o por parte de un estado o clase dirigente no ruritano. En todo caso, en 1914 los observadores ya eran propensos a sorprenderse al ver unas poblaciones europeas que todavía parecían completamente insensibles a cualquier llamamiento basado en la nacionalidad, aunque ello no significaba forzosamente adhesión a un programa nacionalista. Los ciudadanos norteamericanos que descendían de inmigrantes no exigían que el gobierno federal hiciera concesiones lingüísticas o de otro tipo a su nacionalidad, pero, a pesar de ello, todo político demócrata sabía perfectamente que se obtenían buenos resultados apelando a los irlandeses como irlandeses y a los polacos como polacos.

Como hemos visto, los principales cambios políticos que convirtieron una receptividad potencial a los llamamientos nacionales en recepción real fueron la democratización de la política en un número creciente de estados y la creación del moderno estado administrativo, movilizador de ciudadanos y capaz de influir en ellos. Y, pese a todo, el auge de la política de masas nos ayuda a reformular la cuestión del apoyo popular al nacionalismo en vez de responder a ella. Lo que necesitamos descubrir es exactamente qué significaban las consignas nacionales en política, y si

tenían el mismo significado para grupos sociales diferentes, cómo cambiaban, y en qué circunstancias se combinaban o eran incompatibles con otras consignas que podían movilizar a la ciudadanía, cómo predominaban sobre ellas o no.

Identificar la nación con la lengua nos ayuda a responder a tales interrogantes, ya que el nacionalismo lingüístico requiere esencialmente el control de un estado o, como mínimo, la obtención de reconocimiento oficial para la lengua. Es obvio que esto no tiene la misma importancia para todos los estratos o grupos de un estado o nacionalidad, o para todos los estados o nacionalidades. En todo caso, en el fondo del nacionalismo de la lengua hay problemas de poder, categoría, política e ideología y no de comunicación o siquiera de cultura. Si la comunicación o la cultura hubiese sido el problema más importante, el movimiento nacionalista (sionista) judío no hubiera optado por un hebreo moderno que nadie hablaba todavía, y cuya pronunciación era distinta de la que se usaba en las sinagogas europeas. Rechazó el yiddish, que era la lengua del 95 por 100 de los judíos askenazis del este de Europa y de sus emigrantes al oeste: es decir, la lengua de una mayoría considerable de todos los judíos del mundo. Se ha dicho que, para 1935, dada la abundante, variada y distinguida literatura creada para sus diez millones de hablantes, el yiddish era una de las «principales lenguas "alfabetizadas" de la época».[15] Y tampoco el movimiento nacional irlandés hubiese emprendido, después de 1900, la inútil campaña que tenía por objeto reconvertir a los irlandeses a una lengua que la mayoría de ellos ya no comprendía y que los que se disponían a enseñársela a sus compatriotas hacía poco que habían comenzado a aprenderla de forma muy incompleta.[16]

A la inversa, como demuestra el ejemplo del yiddish, y como confirma aquella edad de oro de las literaturas dialectales que fue el siglo XIX, la existencia de un idioma muy hablado o incluso muy escrito no generaba necesariamente nacionalismo basado en la lengua. Tales lenguas o literaturas podían verse a sí mismas y ser vistas de modo muy consciente como complementos, en lugar de competidoras, de alguna lengua hegemónica de cultura y comunicación en general.

El elemento político-ideológico es evidente en el proceso de construcción de la lengua que puede oscilar entre la simple «corrección» y es-

15. Lewis Glinert, «Viewpoint: the recovery of Hebrew», *Times Literary Supplement*, 17 (junio de 1983), p. 634.

16. Cf. Declan Kiberd, *Synge and the Irish language*, Londres, 1979, p. ej., p. 223.

tandarización de lenguas literarias y de cultura que ya existen y la resurrección de lenguas muertas o casi extinguidas, lo que equivale virtualmente a inventar una lengua nueva, pasando por la formación de lenguas utilizando el habitual complejo de dialectos que coinciden en parte. Porque, contrariamente a lo que afirma el mito nacionalista, la lengua de un pueblo no es la base de la conciencia nacional, sino, citando a Einar Haugen, un «artefacto cultural».[17] Un ejemplo claro de ello es la evolución de las modernas lenguas vernáculas indias.

La «sanscritización» deliberada del bengalí literario que surgió en el siglo XIX como lengua de cultura no sólo separó las clases altas alfabetizadas de las masas populares, sino que, además, «hinduizó» la alta cultura bengalí, rebajando así la categoría de las masas musulmanas bengalíes; a cambio de ello se ha notado cierta «de-sanscritización» en la lengua de Bangladesh (Bengala Oriental) desde la partición. Todavía más instructivo es el intento que hizo Gandhi de crear y mantener una sola lengua hindi basada en la unidad del movimiento nacional, es decir, de evitar que las variantes hindú y musulmana de la lengua franca común del norte de la India se separasen demasiado, al mismo tiempo que proporcionaba una alternativa nacional del inglés. Sin embargo, los paladines con mentalidad ecuménica del hindi chocaron con la oposición de un grupo acérrimamente pro hindú y antimusulmán (y, por ende, contrario al urdu) que en el decenio de 1930 se hizo con el control de la organización formada por el Congreso Nacional para propagar la lengua, lo cual empujó a Gandhi, Nehru y otros líderes del Congreso a dimitir de esta organización (la Hindi Sahitya Samuelan o HSS). En 1942 Gandhi volvió a ocuparse del proyecto de crear un «hindi amplio», pero no tuvo éxito. Mientras tanto, la HSS creó un hindi estandarizado a su propia imagen y finalmente construyó centros de examen para diplomas secundarios y universitarios en la citada lengua, que, por consiguiente, fue estandarizada para la enseñanza, dotada de una «junta de terminología científica» para la ampliación de su vocabulario en 1950 y coronada por una enciclopedia hindi que se inició en 1956.[18]

17. Einar Haugen, *Language conflicts and language planning: the case of modern Norwegian*, La Haya, 1966; del mismo autor, «The Scandinavian languages as cultural artifacts», en Joshua A. Fishman, Charles A. Ferguson, Jyotindra Das Gupta, eds., *Language problems of developing nations*, Nueva York-Londres-Sydney-Toronto, 1968, pp. 267-284.

18. J. Bhattacharyya, «Language, class and community in Bengal», *South Asia Bulletin*, VII, 1 y 2 (otoño de 1987), pp. 56-63; S. N. Mukherjee, «Bhadralok in Bengali Language and literature: an essay on the language of class and status», *Bengal Past & Present*,

De hecho, las lenguas se vuelven ejercicios más conscientes de ingeniería social de forma proporcionada en la medida en que su importancia simbólica predomina sobre su uso real, como atestiguan los diversos movimientos que pretenden «indigenizar» su vocabulario o hacerlo más auténticamente «nacional». El ejemplo reciente más conocido de ello es la lucha de los gobiernos franceses contra el *franglais*. Las pasiones que hay detrás de ellos son fáciles de comprender, pero no tienen nada que ver con el habla, la escritura, la comprensión o siquiera el espíritu de la literatura. El noruego con influencias del danés era y sigue siendo el medio principal de la literatura noruega. La reacción que hubo contra él en el siglo XIX fue nacionalista. Como indica su tono, el Casino Alemán de Praga, que, en el decenio de 1890, declaró que aprender el checo —a la sazón la lengua del 93 por 100 de la población de la ciudad— era *traición*,[19] no hacía una afirmación relativa a las comunicaciones. Los entusiastas de la lengua galesa que en este mismo momento están ideando topónimos címricos para lugares que nunca tuvieron ninguno hasta hoy saben muy bien que los hablantes de galés no necesitan «cimrizar» el nombre de Birmingham más de lo que necesitan hacer lo propio con el de Bamako o de cualquier otra ciudad extranjera. Sin embargo, sea cual fuera la causa de la construcción y la manipulación planificadas de la lengua, y con independencia del grado de transformación que se prevea, el poder del estado es esencial para ello.

Excepto por medio del poder del estado, ¿cómo podía el nacionalismo rumano insistir (en 1863) en sus orígenes latinos (en contraposición a los eslavos y magiares que lo rodeaban) escribiendo e imprimiendo la lengua en caracteres romanos en vez de los cirílicos habituales hasta entonces? (El conde de Sedlnitzky, jefe de policía de los Habsburgo bajo Metternich, había practicado una forma parecida de política cultural-lingüística subvencionando la impresión de obras religiosas ortodoxas en caracteres romanos en lugar de cirílicos, con el fin de combatir las tendencias paneslavas entre los eslavos del imperio Habsburgo.)[20] Excepto con el apoyo de las autoridades públicas y el reconocimiento en la educación y la

95, 2.ª parte (julio-diciembre de 1976), pp. 225-237; J. Das Gupta y John Gumperz, «Language, communication and control in North India», en Fishman, Ferguson, Da Gupta, eds., *Language problems*, pp. 151-166.

19. B. Suttner, *Die Badenischen Sprachenverordnungen von 1897*, 2 vols., Graz-Colonia, 1960, 1965, vol. II, pp. 86-88.

20. J. Fishman, «The sociology of language: an interdisciplinary approach», en T. E. Sebeok, ed., *Current trends in linguistics*, vol. 12***, La Haya-París, 1974, p. 1.755.

administración, ¿cómo iban los idiomas regionales o rurales a transformarse en lenguas capaces de competir con las lenguas de cultura nacional o mundial predominantes, y mucho menos dar realidad a lenguas que virtualmente no existían? ¿Cuál hubiera sido el futuro del hebreo si el mandato británico de 1919 no lo hubiera aceptado como una de las tres lenguas oficiales de Palestina, en unos momentos en que el número de personas que lo hablaban como lengua cotidiana era inferior a las 20.000? Aparte de un sistema de educación secundaria o incluso terciaria en finlandés, ¿qué podía remediar el hecho observado de que, al solidificarse las líneas lingüísticas en Finlandia en las postrimerías del siglo XIX, «la proporción de intelectuales que hablaban sueco era muchas veces mayor que la de personas normales y corrientes que hablaban dicha lengua», es decir, que los finlandeses cultos seguían encontrando el sueco más útil que su lengua materna?[21]

Con todo, por mucho que simbolicen las aspiraciones nacionales, las lenguas tienen un número considerable de aplicaciones prácticas y socialmente diferenciadas, y las actitudes ante la lengua (o las lenguas) que se elijan como la oficial (u oficiales) a efectos administrativos, educativos o de otro tipo, difieren en consecuencia. Recordemos, una vez más, que el elemento controvertible es la lengua *escrita*, o la lengua hablada para *fines públicos*. La lengua o lenguas que se hablen dentro de la esfera de comunicación privada no plantean problemas serios ni siquiera cuando coexisten con lenguas públicas, toda vez que cada una de ellas ocupa su propio espacio, como saben todos los niños cuando dejan el idioma apropiado para hablar con los padres por el que usan para hablar con los maestros o los amigos.

Por otra parte, si bien la extraordinaria movilidad social y geográfica del período obligó o alentó a un número sin precedentes de hombres —e incluso, a pesar de su confinamiento en la esfera privada, de mujeres— a aprender nuevas lenguas, este proceso en sí mismo no planteaba necesariamente problemas ideológicos, a menos que una lengua fuese *rechazada* de modo deliberado y *sustituida* por otra, generalmente —mejor dicho, casi universalmente— como medio de entrar en una cultura más amplia o en una clase social superior identificada con una lengua diferente. No hay duda de que esto ocurría con frecuencia, por ejemplo en el caso de los judíos askenazis de clase media asimilados en la Europa central y occidental que se enorgullecían de no hablar o siquiera entender el

21. Juttikala y Pirinen, *A history of Finland*, p. 176.

yiddish, o, probablemente, en algún momento de la historia familiar del gran número de apasionados nacionalistas o nacionalsocialistas alemanes de la Europa central cuyo apellido indica el origen obviamente eslavón. Sin embargo, la mayoría de las veces las lenguas viejas y las nuevas vivían en simbiosis, cada una de ellas en su esfera propia. Para la clase media culta de Venecia hablar italiano no suponía dejar de lado el dialecto veneciano en casa o en el mercado, no más de lo que el bilingüismo de Lloyd George representaba traicionar su lengua natal, el galés.

Así pues, la lengua hablada no planteaba problemas políticos de importancia a los estratos superiores de la sociedad ni a las masas trabajadoras. La gente de arriba hablaba una de las lenguas de cultura más amplia, y si su propia lengua vernácula nacional o familiar no era una de ellas, sus hombres —y a principios del decenio de 1900 a veces incluso sus mujeres— aprendían una o más de ellas. Naturalmente, hablaban la lengua nacional estándar en su versión «culta», con o sin acento regional o un toque de vocabulario igualmente regional, pero generalmente de una manera que los identificaba como miembros de su estrato social.[22] Podían o no hablar la jerga, el dialecto o la lengua vernácula de las clases bajas con las que tenían relación, según sus propios orígenes familiares, lugar de residencia, crianza, las convenciones de su clase y, por supuesto, la medida en que la comunicación con dichas clases bajas exigiera conocer su lengua o algo de su dialecto criollo o de su lengua franca. La categoría oficial de estas lenguas carecía de importancia, toda vez que estaba a su disposición prescindiendo de cuál fuera la lengua de uso oficial y de cultura.

Para los analfabetos que había entre el pueblo llano el mundo de las palabras era totalmente oral y, por consiguiente, la lengua de los escritos oficiales o de cualquier otro tipo no tenía importancia excepto, cada vez más, como recordatorio de su carencia de conocimiento y poder. La exigencia de los nacionalistas albaneses de que su lengua no se escribiera en caracteres arábigos ni griegos, sino utilizando el alfabeto latino, lo que significaba que no eran inferiores a los griegos ni a los turcos, obviamente era ajena a las personas que no sabían leer. A medida que aumentaban los contactos entre gentes de procedencia diversa y que la autosuficiencia del poblado se veía mermada, el problema de encontrar una lengua común se volvió serio —no tanto para las mujeres, confinadas en un medio restringido, y menos todavía para quienes se dedicaban a la agricultura o la cría

22. Ningún cochero vienés, al oír el dialecto de Ochs von Lerchenau, incluso sin ver al hablante, tendría la menor duda de cuál era su condición social.

de ganado— y la forma más fácil de resolverlo consistía en aprender lo suficiente de la lengua nacional (o de una lengua nacional) para ir tirando. Tanto más cuanto que las dos grandes instituciones de educación de las masas, la escuela primaria y el ejército, introdujeron algunos conocimientos de la lengua oficial en todos los hogares.[23] No es extraño que las lenguas de uso puramente local o socialmente restringido perdieran terreno ante las de uso más amplio. Tampoco hay indicios de que este cambio y esta adaptación lingüísticos encontraran resistencia desde abajo. Entre dos lenguas, la que era más usada gozaba de grandes y evidentes ventajas, sin adolecer de ninguna desventaja visible, por cuanto no había nada en absoluto que impidiera el uso de la lengua materna entre personas monolingües. Sin embargo, el bretón monolingüe estaba perdido fuera de su región natal y sus ocupaciones tradicionales. En otras partes él o ella eran poco más que un animal: un manojo de músculos mudos. Desde el punto de vista de los pobres que buscaban trabajo y querían mejorar de posición en un mundo moderno, nada malo había en que los campesinos se volvieran franceses, polacos e italianos que aprendían inglés en Chicago y deseaban ser norteamericanos.

Si las ventajas de conocer una lengua no local eran obvias, todavía más innegables eran las de saber leer y escribir una lengua de circulación más amplia, y especialmente una lengua mundial. En América Latina, los que presionan para que en la escuela se enseñe en alguna lengua vernácula de los indios, una lengua que no se escriba, no son los propios indios, sino los intelectuales indigenistas. Ser monolingüe es estar encadenado, a menos que tu lengua local sea casualmente una lengua mundial *de facto*. Las ventajas de saber francés eran tales que en Bélgica, entre 1846 y 1910, los ciudadanos flamencos que se hacían bilingües eran muchos más que los de habla francesa que se tomaban la molestia de aprender flamenco.[24] El declive de lenguas localizadas o de poca circulación que existen junto a las lenguas principales no necesita explicarse recurriendo a la hipótesis de la opresión lingüística nacional. Al contrario, los esfuerzos admirables y sistemáticos por mantenerlas, a menudo gastando muchísimo dinero, no han hecho más que demorar la retirada del vendo, el retorromano (romanche/ladino) o el gaélico escocés. A pesar de los recuerdos amargos de

23. Ya en 1794 el Abbé Grégoire señaló con satisfacción que «en general, el francés se habla en nuestros batallones», es de suponer que porque a menudo se mezclaban hombres de orígenes regionales diferentes.

24. A. Zolberg, «The making of Flemings and Walloons: Belgium 1830-1914», *Journal of Interdisciplinary History*, V/2 (1974), pp. 210-215.

intelectuales vernáculos a quienes pedagogos poco imaginativos prohibían usar su dialecto local o lengua en las aulas donde las clases se impartían en inglés o en francés, no hay pruebas de que el grueso de los padres de los alumnos hubiera preferido una educación exclusiva en su propia lengua. Por supuesto, la obligación de ser educado exclusivamente en otra lengua de circulación *limitada* —por ejemplo, en rumano en vez de búlgaro— tal vez hubiese encontrado más resistencia.

De ahí que ni la aristocracia y la gran burguesía por un lado, ni los trabajadores y los campesinos por otro mostraran mucho entusiasmo por el nacionalismo lingüístico. La «gran burguesía» como tal no estaba forzosamente comprometida con una de las dos variantes de nacionalismo que empezaron a destacar en las postrimerías del siglo XIX, el chauvinismo imperialista o el nacionalismo de pueblo pequeño, y menos todavía con el entusiasmo lingüístico de la pequeña nación. La burguesía flamenca de Gante y Amberes era, y puede que en parte siga siéndolo, deliberadamente francófona y anti-*flamingant*. Los industriales polacos, la mayoría de los cuales se consideraban a sí mismo alemanes o judíos antes que polacos,[25] veían claramente que a sus intereses económicos lo que más les convenía era abastecer el mercado ruso, o algún otro mercado supranacional, en una medida que engañó a Rosa Luxemburg y la empujó a subestimar la fuerza del nacionalismo polaco. Por orgullosos que estuvieran de su condición escocesa, los empresarios escoceses hubieran tachado de idiotez sentimental cualquier sugerencia de que se abrogara la unión de 1707.

Las clases trabajadoras, como hemos visto, raramente eran propensas a apasionarse por la lengua como tal, aunque podía ser un símbolo para otros tipos de fricción entre grupos. Que la mayoría de los trabajadores de Gante y Amberes ni siquiera pudieran comunicarse sin traducción con sus camaradas de Lieja y Charleroi no impidió que ambos grupos formaran un solo movimiento obrero, en el cual la lengua causó tan pocos problemas, que una obra clásica sobre el socialismo en Bélgica en 1903 ni tan sólo hizo referencia a la cuestión flamenca: situación inconcebible hoy día.[26] De hecho, en el sur de Gales tanto los intereses liberales de la burguesía

25. Waclaw Dlugoborski, «Das polnische Bürgertum vor 1918 in vergleichender Perspektive», en J. Kocka, ed., *Bürgertum im 19. Jahrhundert: Deuschland im europäischen Vergleich*, Munich, 1988, vol. 1, pp. 266-289.

26. Jules Destrée y Émile Vandervelde, *Le socialisme en Belgique*, París, 1903, originalmente 1898. Para ser exactos, la bibliografía de 48 páginas contiene un *solo* título sobre el problema flamenco: un panfleto electoral.

como los de la clase trabajadora se unieron para ofrecer resistencia al joven Lloyd George y su liberalismo nacionalista del norte de Gales, que trataban de identificar la condición de galés con la de galés lingüístico y el partido liberal —el sector nacional del principado— con su defensa. Lo consiguieron en el decenio de 1890.

Las clases cuya suerte dependía del uso oficial de la lengua vernácula escrita eran los estratos intermedios socialmente modestos pero cultos, que incluían a quienes adquirían la condición de personas de clase media baja precisamente por ejercer oficios no manuales que requerían instrucción. Los socialistas de la época, que raras veces usaban la palabra «nacionalismo» sin añadirle la expresión «pequeñoburgués», sabían de lo que hablaban. Las batallas del nacionalismo lingüístico las libraban periodistas provinciales, maestros de escuela y funcionarios subalternos con aspiraciones. Las batallas de la política de los Habsburgo, cuando la lucha nacional hizo que la mitad austríaca del imperio fuese virtualmente ingobernable, se libraron en torno a la lengua en que debía impartirse la instrucción en las escuelas secundarias o la nacionalidad de los empleos de jefe de estación. Del mismo modo, los activistas pangermanos ultranacionalistas en el imperio de Guillermo II procedían en gran parte de las filas de los educados —pero los *Oberlehrer* más que los profesores— y de los semieducados de una sociedad en expansión y socialmente móvil.

No deseo reducir el nacionalismo lingüístico a una cuestión de empleos, del mismo modo que un cierto materialismo vulgar de la tradición liberal reducía las guerras a una cuestión de beneficios de los fabricantes de armamento. A pesar de ello, no puede comprenderse por completo, y menos aún la oposición a él, a no ser que veamos la lengua vernácula como, entre otras cosas, un interés creado de las clases menores con instrucción escolar. Además, cada medida que daba a la lengua vernácula mayor categoría oficial, especialmente como lengua de enseñanza, multiplicaba el número de hombres y mujeres que podían participar en dicho interés creado. La formación de provincias esencialmente lingüísticas en la India después de la independencia y la resistencia a la imposición de una lengua vernácula (el hindi) como lengua nacional son reflejo de esta situación: en Tamil Nadu el conocimiento del tamil permite seguir una carrera pública en todo el estado, a la vez que el mantenimiento del inglés no hace que la persona educada en tamil se encuentre en desventaja, a escala nacional, ante las que hayan sido educadas en otra lengua vernácula. De ahí que el momento crucial en la creación de la lengua como ventaja potencial no sea su admisión como medio de educación primaria (aunque

esto crea automáticamente un nutrido grupo de maestros primarios y adoctrinadores lingüísticos), sino su admisión como medio de educación secundaria, tal como se consiguió en Flandes y Finlandia en el decenio de 1880. Porque, como sabían muy bien los nacionalistas finlandeses, es esto lo que vincula la movilidad social a la lengua vernácula, y a su vez al nacionalismo lingüístico. «Fue en gran medida en Amberes y Gante donde una nueva generación de mentalidad secular, educada en flamenco en escuelas secundarias públicas ... produjo muchos de los individuos y grupos que formaron y sostuvieron una nueva ideología *flamingant.*»[27]

Con todo, al crear los estratos vernáculos intermedios, el progreso lingüístico subrayó la inferioridad, la inseguridad de la categoría y el resentimiento que eran tan característicos de los estratos intermedios inferiores y que hacían que el nuevo nacionalismo resultara tan atractivo para ellos. De esta manera la nueva clase educada en flamenco se encontró entre las masas flamencas, cuyos elementos más dinámicos se sentían atraídos hacia el francés debido a las ventajas prácticas que suponía el conocimiento de dicha lengua, y los niveles superiores de la administración, la cultura y los asuntos belgas, que seguían siendo inamoviblemente francófonos.[28] El hecho mismo de que, para ocupar el mismo puesto, un flamenco tuviera que ser bilingüe mientras que un belga cuya lengua materna fuese el francés apenas necesitara darse por enterado de la existencia del flamenco venía a subrayar la inferioridad de la lengua menor, como más adelante ocurriría en Quebec. (Porque los empleos en los cuales el bilingüismo era un auténtico valor positivo, y, por ende, las personas bilingües de la lengua vernácula inferior se encontraban en situación de ventaja, normalmente eran subalternos.)

Hubiera cabido esperar que los flamencos, como los habitantes de Quebec, con la demografía a su favor, contemplasen el futuro con confianza. Al fin y al cabo, en este sentido eran más afortunados que los hablantes de idiomas rurales antiguos y en decadencia como el irlandés, el bretón, el vasco, el frisón, el romanche o incluso el galés que, abandonados a su suerte, obviamente no podían competir en una lucha por la existencia, una lucha puramente darviniana entre lenguas. El flamenco y el francés canadiense en modo alguno se veían amenazados como lenguas, pero quienes los hablaban no requerían una elite sociolingüística y, a la inversa, tampoco los hablantes de la lengua dominante necesitaban reco-

27. Zolberg, «The making of Flemings and Walloons», p. 227.
28. *Ibid.*, pp. 209 y ss.

nocer a los usuarios educados de la lengua vernácula como elite. Lo que se encontraba amenazado no era su lengua, sino la categoría y la posición social de los estratos intermedios flamencos o de Quebec. Sólo la protección política podía elevarlos.

En esencia, la situación no era diferente allí donde el problema lingüístico era la defensa de un idioma en declive, a menudo un idioma que, como el vasco y el galés, se hallaba virtualmente al borde de la extinción en los nuevos centros industriales-urbanos del país. Desde luego, la defensa de la lengua antigua significaba la defensa de las costumbres y tradiciones antiguas de toda una sociedad contra las subversiones de la modernidad: de ahí el apoyo que movimientos tales como el bretón, el flamenco, el vasco y otros recibían del clero católico. Hasta este punto no eran sencillamente movimientos de clase media. Sin embargo, el nacionalismo lingüístico vasco no era un movimiento del campo tradicional, donde la gente seguía hablando la lengua que el hispanófono fundador del Partido Nacionalista Vasco (PNV) tuvo que aprender de adulto, como tantos militantes lingüísticos posteriores. El campesinado vasco mostró poco interés por el nuevo nacionalismo. Sus raíces estaban en el «medio conservador, católico y pequeñoburgués»[29] (urbano y costero) que reaccionaba contra la amenaza de industrialización y del socialismo proletario y ateo de los inmigrantes que la acompañaba, al mismo tiempo que rechazaba a la gran burguesía vasca cuyos intereses la ligaban a la monarquía española. A diferencia del autonomismo catalán, el PNV recibió sólo apoyo fugaz de la burguesía. Y la pretensión de singularidad lingüística y racial en que se basaba el nacionalismo vasco le resultará familiar a todo conocedor de la derecha radical pequeñoburguesa: los vascos eran superiores a otros pueblos debido a su *pureza* racial, demostrada por la singularidad de la lengua, que reflejaba la negativa a mezclarse con otros pueblos, sobre todo con árabes y judíos. Más o menos cabe decir lo mismo de los movimientos de un nacionalismo exclusivamente croata que apareció por primera vez en pequeña escala en el decenio de 1860 («apoyado por la pequeña burguesía, principalmente por los detallistas y los comerciantes modestos») y logró establecerse hasta cierto punto —también entre el mismo tipo de clase media baja con apuros económicos— durante la gran depresión de finales del siglo XIX. «Reflejaba la oposición de la pequeña burguesía al yugoslavismo como ideología de la burguesía rica.» En este caso, como no se disponía de la lengua ni de la raza para distinguir al pue-

29. Puhle, «Baskischer Nationalismus», pp. 62-65.

blo elegido de los demás, una misión histórica de la nación croata, la misión de defender el cristianismo contra la invasión procedente del este, sirvió para dar el necesario sentido de superioridad a los estratos que no tenían confianza en sí mismos.[30]

Los mismos estratos sociales formaban el núcleo de esa subvariedad del nacionalismo que son los movimientos de antisemitismo político que surgen en los últimos dos decenios del siglo, especialmente en Alemania (Stöcker), Austria (Schönerer, Lueger) y Francia (Drumont, el caso Dreyfus). La incertidumbre acerca de su categoría y su definición, la inseguridad de grandes estratos situados entre los hijos e hijas indiscutibles del trabajo manual y los miembros no discutidos de las clases alta y media alta, la compensación excesiva de las pretensiones de singularidad y superioridad amenazadas por alguien: todas estas cosas proporcionaban vínculos entre los modestos estratos intermedios y un nacionalismo militante que casi puede definirse como respuesta a tales amenazas: de los trabajadores, de estados e individuos extranjeros, de los inmigrantes, de los capitalistas y los financieros tan fáciles de identificar con los judíos, a los que también se consideraba como los agitadores revolucionarios. Porque estos estratos intermedios se veían a sí mismos acosados y en peligro. La palabra clave del vocabulario político de la derecha francesa en el decenio de 1880 no era «familia», «orden», «tradición», «religión», «moralidad» ni nada parecido. Según los analistas, era «amenaza».[31]

Entre los estratos intermedios menores el nacionalismo sufrió así una mutación y dejó de ser un concepto asociado con el liberalismo y la izquierda para transformarse en un movimiento chauvinista, imperialista y xenófobo de la derecha, o, para ser más exactos, de la derecha radical, fenómeno que ya podía observarse en la utilización ambigua de términos tales como «patria» y «patriotismo» hacia 1870 en Francia.[32] El propio término «nacionalismo» se acuñó para reflejar la aparición de esta tendencia, sobre todo en Francia y, algo más tarde, en Italia, donde la propia

30. Mirjana Gross, «Croatian national-integrational ideologies from the end of Illyrism to the creation of Yugoslavia», *Austrian History Yearbook*, 15-16 (1979-1980), pp. 3-44, esp. 18, 20-21, 34 (comentarios de A. Suppan).

31. Antoine Prost, *Vocabulaire des proclamations électorales de 1881, 1885 et 1889*, París, 1974, p. 37.

32. Jean Dubois, *Le vocabulaire politique et sociale en France de 1869 à 1872*, París, sin fecha, 1962, p. 65, artículo 3.665. El término «nationalisme» todavía no consta y sigue sin constar en A. Prost, *Vocabulaire des proclamations electorales*, que comenta el desplazamiento hacia la derecha del vocabulario «nacional» en este período, esp. pp. 52-53, 64-65.

lengua romance se prestaba a esta formación.[33] A finales de siglo parecía toda una novedad. Sin embargo, incluso allí donde había continuidad, como en el «Turner», las organizaciones gimnásticas de masas del nacionalismo alemán, el desplazamiento hacia la derecha en el decenio de 1890 puede medirse examinando la propagación del antisemitismo desde Austria hacia las ramas alemanas, y la sustitución de la tricolor (negro-rojo-oro) liberal-nacional de 1848 por la tricolor (negro-blanco-rojo) imperial, así como el nuevo entusiasmo por el expansionismo liberal.[34] En qué altura de la escala de la clase media encontramos el centro de gravedad de tales movimientos —por ejemplo, el de «aquella rebelión de grupos de la burguesía urbana baja y media contra lo que para ellos era un proletariado hostil y en alza»,[35] que empujó a Italia a la primera guerra mundial— puede ser objeto de debate. Pero el estudio de la composición social de los fascismos italiano y alemán no deja duda de que estos movimientos se nutrían esencialmente de los estratos intermedios.[36]

Por otra parte, aunque en los estados-nación y las potencias consolidadas el entusiasmo patriótico de estos estratos intermedios fue muy bien acogido por los gobiernos que se hallaban entregados a la expansión imperial y la rivalidad nacional contra otros estados parecidos, hemos visto que tales sentimientos eran autóctonos y, por consiguiente, no del todo manipulables desde arriba. Pocos gobiernos, incluso antes de 1914, eran tan chauvinistas como los ultras nacionalistas que los apremiaban. Y todavía no existía ningún gobierno que hubiera sido creado por los ultras.

Sin embargo, si los gobiernos no podían controlar por completo el nuevo nacionalismo y éste aún no podía controlar los gobiernos, la identificación con el estado era esencial para la pequeña burguesía nacionalista y las clases medias menores igualmente nacionalistas. Si todavía no tenían estado, la independencia nacional les daría la posición que creían merecer.

33. Para Francia, Zeev Sternhell, *Maurice Barrès et le nationalisme français*, París, 1972; para Italia, los capítulos de S. Valtutti y F. Perfetti en R. Lill y F. Valsecchi, eds., *Il nazionalismo in Italia e in Germania fino alla Prima Guerra Mondiale*, Bolonia, 1983.

34. Hans-Georg John, *Politik und Turnen: die deutsche Turnerschaft als nationale Bewegung im deutschen Kaiserreich von 1871 bis 1914*, Ahrensberg bei Hamburg, 1976, pp. 41 y ss.

35. Jens Petersen en W. Schieder, ed., *Faschismus als soziale Bewegung*, Gotinga, 1983. p. 122, que cita una fuente de 1923.

36. Michael Kater, *The nazi party: a social profile of members and leaders 1919-1945*, Cambridge, Massachusetts, 1983, esp. p. 236; Jens Petersen, «Elettorato e base sociale del fascismo negli anni venti», *Studi Storici*, XVI/3 (1975), pp. 627-669.

Predicar la vuelta de Irlanda a su antigua lengua ya no sería una consigna propagandística para los hombres y las mujeres que estudiaban gaélico elemental en clases nocturnas en Dublín y enseñaban a otros militantes lo que acababan de aprender. Como demostraría la historia del estado libre de Irlanda, pasaría a ser requisito indispensable para ocupar un puesto de funcionario, excepto los más subalternos, y, por consiguiente, aprobar los exámenes de irlandés sería el criterio para pertenecer a las clases profesionales e intelectuales. Si ya vivían en un estado-nación, el nacionalismo les daba la identidad social que los proletarios recibían de su movimiento de clase. Cabría sugerir que la autodefinición de la clase media baja —tanto el sector impotente formado por artesanos y pequeños tenderos como los estratos sociales que en gran parte eran tan recientes como los trabajadores, dada la expansión sin precedentes de las ocupaciones profesionales y administrativas para las que se requería una educación superior— no era tanto como clase, sino como el conjunto de los hijos y las hijas de la patria más celosos y leales, así como los más «respetables».

Fuese cual fuere la naturaleza del nacionalismo que empezó a destacar en los cincuenta años que precedieron a 1914, parece que todas sus versiones tenían algo en común: el rechazo de los nuevos movimientos socialistas proletarios, no sólo porque eran proletarios, sino también por ser consciente y militantemente *internacionalistas* o, como mínimo, no nacionalistas.[37] Nada parece más lógico, pues, que ver la atracción del nacionalismo y la del socialismo como mutuamente exclusivas, y el avance de una de ellas como equivalente al retroceso de la otra. Y el punto de vista aceptado entre los historiadores es, de hecho, que en este período el nacionalismo de masas triunfó frente a las ideologías rivales, en especial el socialismo de base clasista, como demostró el estallido de la guerra en 1914, que reveló la falta de contenido del internacionalismo socialista, y como demostró también el aplastante triunfo del «principio de nacionalidad» en los acuerdos de paz que se firmaron después de 1918.

Sin embargo, al contrario de lo que suele suponerse, los diversos principios en que se basaba la atracción de la política para las masas, en especial la atracción de clase de los socialistas, la confesional de las denominaciones religiosas y la de la nacionalidad no se excluían mutuamente. No

37. Esto se considera en el capítulo 4 de E. J. Hobsbawm, *Worlds of labour*, Londres, 1984 (hay trad. cast.: *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987), y del mismo autor, «Working-class internationalism», en F. van Holthoon y Marcel van der Linden, eds., *Internationalism in the labour movement*, Leiden-Nueva York-Copenhague-Colonia, 1988, pp. 3-16.

había siquiera una línea clara que distinguiese una de otra, ni tan sólo en el único caso en que ambos bandos tendían a insistir en, por así decirlo, una incompatibilidad *ex oficio*: la religión y el socialismo ateo. Los hombres y las mujeres no escogían la identificación colectiva del mismo modo que escogían zapatos, a sabiendas de que sólo podían ponerse un par al mismo tiempo. Tenían y todavía tienen diversos apegos y lealtades simultáneos, incluyendo la nacionalidad, y se ocupan simultáneamente de varios aspectos de la vida, cualquiera de los cuales, según la ocasión, puede ocupar el lugar más destacado en su pensamiento. Durante largos períodos estos apegos diferentes no exigían cosas incompatibles a una persona, por lo que ésta podía sentirse al mismo tiempo, sin problema alguno, hijo de irlandés, esposo de una alemana, miembro de la comunidad minera, trabajador, hincha del Barnsley Football Club, liberal, metodista primitivo, inglés patriótico, posiblemente republicano, y partidario del imperio británico.

Sólo cuando una de estas lealtades chocaba directamente con otra u otras se planteaba el problema de elegir entre ellas. Naturalmente, la minoría de militantes políticos comprometidos era mucho más sensible a tales incompatibilidades, por lo que puede decirse con confianza que agosto de 1914 fue una experiencia mucho menos traumática para la mayoría de los ingleses, franceses y alemanes que para los líderes de sus partidos socialistas, sencillamente porque —por razones que hemos comentado en parte (véase el capítulo 3, pp. 97-98)— apoyar a su gobierno en la guerra les parecía a los trabajadores normales y corrientes totalmente compatible con demostrar conciencia de clase y hostilidad a los patronos. Los mineros del sur de Gales, que escandalizaron a sus líderes sindicalistas revolucionarios e internacionalistas apresurándose a alistarse en el ejército, con la misma prontitud paralizaron las minas de carbón en una huelga general cuando aún no había transcurrido un año, haciendo oídos sordos a la acusación de que eran antipatrióticos. Con todo, incluso los militantes podían compaginar lo que los teóricos consideraban incompatible: por ejemplo, el nacionalismo francés con una lealtad total a la URSS, como han demostrado muchos militantes del partido comunista francés.

A decir verdad, el hecho mismo de que los nuevos movimientos políticos de masas, nacionalistas, socialistas, confesionales o del tipo que fuera a menudo compitiesen por las mismas masas sugiere que su clientela potencial estaba dispuesta a considerar todas las opciones. La alianza del nacionalismo y la religión es suficientemente obvia, sobre todo en Irlanda y Polonia. ¿Cuál de los dos ocupa el puesto principal? La respuesta está muy lejos de ser clara. Mucho más sorprendente e inadvertida es la

inmensa coincidencia entre la atracción del descontento nacional y la del descontento social, que Lenin, con su habitual perspicacia para las realidades políticas, convertiría en uno de los cimientos de la política comunista en el mundo colonial. Los conocidos debates marxistas en torno a «la cuestión nacional» no se refieren meramente a la atracción de las consignas nacionalistas para trabajadores que deberían escuchar sólo el llamamiento del internacionalismo y la clase. También se referían, y quizá de forma más inmediata, a cómo había que tratar a los partidos obreros que apoyaban simultáneamente al nacionalismo y al socialismo.[38] Lo que es más —si bien ello no figuraba mucho en los debates de entonces—, ahora resulta evidente que al principio había partidos socialistas que eran o serían *los vehículos principales del movimiento nacional de su gente*, del mismo modo que había esencialmente partidos campesinos de mentalidad social que (como en Croacia) adquirieron de forma natural una dimensión nacionalista. En pocas palabras, la unidad de la liberación socialista y la nacional con que Connolly soñaba en Irlanda —y que no llegó a encabezar— se alcanzó, de hecho, en otras partes.

Podríamos ir más lejos. La combinación de exigencias sociales y nacionales, en general, resultó mucho más eficaz para movilizar la independencia que la simple atracción del nacionalismo, que se limitaba a la clase media baja descontenta, única para la que *sustituía* —o parecía sustituir— un programa tanto social como político.

Polonia es un ejemplo instructivo de ello. La restauración del país después de un siglo y medio de partición no se llevó a cabo bajo la bandera de ninguno de los movimientos políticos dedicados exclusivamente a este objetivo, sino que se hizo bajo la bandera del partido socialista polaco, cuyo líder, el coronel Pilsudski, fue el libertador de su país. En Finlandia fue el partido socialista el que se convirtió *de facto* en el partido nacional de los finlandeses, obteniendo el 47 por 100 de los votos en las últimas elecciones (libres) antes de la revolución rusa de 1917. En Georgia fue otro partido socialista el que adquirió esta función: los mencheviques; en Armenia, los dashnacs, que estaban afiliados a la internacional socialista.[39] Entre los judíos de la Europa oriental la ideología socialista dominaba

38. Para un breve resumen, G. Haupt en Haupt, Lowy y Weill, *Les marxistes et la question nationale*, París, 1974, pp. 39-43. La cuestión polaca era la principal, pero no la única de su clase.

39. Sobre el hecho de que el nacionalismo finlandés no compitiera con el partido socialista, véase David Kirby, «Rank-and-file attitudes in the Finnish social democratic party (1905-1918)», *Past & Present*, 111 (mayo de 1986), esp. p. 164. Sobre los georgianos y los

la organización nacional tanto en la versión no sionista (bundista) como en la sionista. Tampoco se limitó este fenómeno al imperio zarista, donde, de hecho, casi todas las organizaciones e ideologías partidarias de cambiar las cosas tenían que considerarse a sí mismas, en primer lugar, como representantes de la revolución social y política. Los sentimientos nacionales de los galeses y los escoceses en el Reino Unido no hallaron expresión por medio de partidos nacionalistas especiales, sino por medio de los principales partidos de oposición de alcance nacional: primero los liberales, luego los laboristas. En los Países Bajos (pero no en Alemania) los sentimientos nacionales modestos pero reales de un pueblo reducido se tradujeron principalmente en radicalismo de izquierda. Debido a ello, los frisones tienen una representación excesiva en la historia de la izquierda neerlandesa, como a los escoceses y los galeses les ocurre en la británica. El líder más eminente del primitivo partido socialista holandés, Troelstra (1860-1930), había empezado su carrera como poeta en lengua frisona y líder de la «Joven Frisia», grupo que fomentaba el resurgimiento de Frisia.[40] En decenios recientes el fenómeno también se ha observado, aunque hasta cierto punto a quedado oculto por la tendencia de los movimientos y partidos nacionalistas de la antigua pequeña burguesía, asociados al principio con ideologías derechistas de antes de 1914 (como en Gales, Euskadi, Flandes y otras partes), a ponerse el traje de moda de la revolución social y el marxismo. Sin embargo, el DMK, que se ha convertido en el principal vehículo de las exigencias nacionalistas de los tamiles en la India, nació como partido socialista regional en Madrás, y por desgracia, cabe detectar desplazamientos parecidos hacia el chauvinismo cingalés en la izquierda de Sri Lanka.[41]

El objeto de estos ejemplos no es calibrar la relación de los elementos nacionalistas y socialistas dentro de tales movimientos que, justificadamente, preocupaba y turbaba a la Internacional Socialista. Es demostrar que los movimientos de masas podían expresar de modo simultáneo aspi-

---

armenios, véase Ronald G. Suny, ed., *Transcaucasia: nationalism and social change*, Ann Arbor 1983, esp. 2.ª parte, los ensayos de R. G. Suny, Anahide Ter Minassian y Gerard J. Libaradian.

40. A. Fejtsma, «Histoire et situation actuelle de la langue frisonne», *Pluriel*, 29 (1982), pp. 21-34.

41. Para una crónica breve del desplazamiento del ultraizquierdismo al chauvinismo cingalés en el movimiento JVP (Janatha Vimukti Peramuna) que encabezó el levantamiento «juvenil» de la izquierda rural en 1971, véase Kumari Jayawardene, *Ethnic and class conflicts in Sri Lanka*, Dehiwala, 1985, pp. 84-90.

raciones que consideramos mutuamente excluyentes, y, de hecho, que los movimientos cuya atracción era principalmente social-revolucionaria podían formar la matriz de lo que acabarían siendo los movimientos nacionales de masas de sus pueblos.

A decir verdad, el mismo caso que tan a menudo se ha citado como prueba decisiva de la supremacía de la atracción nacional sobre la de clase ilustra de hecho, la complejidad de las relaciones entre las dos. Gracias a excelentes trabajos de investigación, hoy día estamos muy bien informados de un caso crucial para juzgar tal conflicto de ideas: a saber, el imperio multinacional de los Habsburgo.[42] Seguidamente resumiré un interesante estudio de la opinión efectuado por Peter Hanák basándose en el análisis de numerosas cartas entre soldados y sus familiares que fueron censuradas o confiscadas durante la primera guerra mundial en Viena y Budapest.[43] En los primeros años no había mucho nacionalismo ni antimonarquismo en los corresponsales, exceptuando en los pertenecientes a una patria *irredenta*, por ejemplo los serbios (sobre todo los de Bosnia y Vojvodina) que, como serbios, simpatizan abrumadoramente con el reino serbio y, como eslavos y ortodoxos, con la santa Rusia; entre los *italianos*, y —después de la entrada de Rumania en la guerra— entre los rumanos. La base social de la hostilidad serbia contra Austria era claramente popular, pero el grueso de las cartas nacionalistas escritas por italianos y rumanos procedía de la clase media o la intelectualidad. Entre las demás disidencias nacionales, la única importante se encontraba entre los checos (a juzgar por las cartas de prisioneros de guerra, que, hay que reconocerlo, incluían a gran número de desertores patrióticos). No obstante, más de la mitad de los enemigos activos de los Habsburgo y voluntarios para las fuerzas checas en Rusia procedían de la clase media y la intelectualidad. (Las cartas enviadas a prisioneros desde Bohemia eran mucho más cautas y, por ende, menos instructivas.)

Los años de la guerra, pero en especial la primera Revolución rusa, elevaron de forma espectacular el contenido político de la correspondencia interceptada. De hecho, los informes de los censores acerca de la opinión pública señalaban unánimemente que la Revolución rusa era el pri-

42. Véase Z. A. Zeman, *The break-up of the Habsburg empire, 1914-1918*, Londres, 1961; y la colección de estudios *Die Auflösung des Habsburgerreiches. Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Schriftenreihe des österreichischen Ost-und Südosteuropainstituts, vol. III, Viena, 1970.

43. Peter Hanák, «Die Volksmeinung während des letzten Kriegsjahres in Osterreich-Ungarn», en *Die Auflösung*, pp. 58-66.

mer acontecimiento político desde que estallara la guerra cuyas sacudidas llegaban hasta los niveles más bajos del pueblo. Entre los activistas de algunas de las nacionalidades oprimidas, tales como los polacos y los ucranianos, el acontecimiento hizo nacer esperanzas de reforma, quizás incluso de independencia. Sin embargo, lo que dominaba era el deseo de paz y de transformación *social.*

Las opiniones políticas que ahora empiezan a aparecer incluso en las cartas de peones, campesinos y mujeres de clase trabajadora es mejor analizarlas en términos de tres opuestos binarios entrelazados: rico-pobre (o señor-campesino, patrón-trabajador), guerra-paz, y orden-desorden. Los vínculos son obvios, al menos en las cartas: los ricos viven bien y no sirven en el ejército, la gente pobre está a merced de los ricos y poderosos, las autoridades del estado y el ejército y así sucesivamente. La novedad no radica solamente en la mayor frecuencia de las quejas, la sensación de que, de diferentes maneras, los pobres de uniforme y los de retaguardia eran igualmente maltratados, sino en la sensación de que ahora existía la expectativa de cambios fundamentales a modo de alternativa de la pasiva aceptación del destino.

El tema fundamental en la correspondencia de los pobres era la guerra como perturbación y destrucción del *orden de la vida y el trabajo.* En consecuencia, el deseo de volver a una vida ordenada y decente entrañaba una hostilidad creciente contra la guerra, el servicio militar, la economía de guerra, etcétera, así como el deseo de paz. Pero una vez más encontramos las quejas transformadas en resistencia. La frase «con sólo que el Señor quisiera traernos la paz de nuevo» retrocede ahora ante «ya estamos hartos», o «dicen que los socialistas van a firmar la paz».

El sentimiento nacional entra en estos argumentos sólo de forma indirecta, principalmente porque, como dice Hanák, «antes de 1918 el sentimiento nacional aún no había cristalizado, entre amplias masas de gente, en un componente estable de la conciencia, porque la gente todavía no era consciente de la discrepancia entre la lealtad al estado y a la nación, o aún no había elegido claramente entre las dos».[44] La nacionalidad aparece con mayor frecuencia como un aspecto del conflicto entre ricos y pobres, especialmente donde los dos pertenecen a nacionalidades diferentes. Pero incluso donde encontramos el tono nacional más fuerte —por ejemplo en las cartas checas, serbias e italianas— encontramos también un deseo abrumador de transformación social.

44. *Ibid.*, p. 62.

No seguiré la vigilancia detallada que los censores ejercieron sobre los cambios de estado anímico en el año 1917. Pero el análisis que hace Hanák de una muestra de alrededor de 1.500 cartas escritas entre mediados de noviembre de 1917 y mediados de marzo de 1918 —es decir, después de la Revolución rusa— es instructivo. Dos tercios las escribieron trabajadores y campesinos, un tercio fue obra de intelectuales, aproximadamente en las proporciones nacionales correspondientes a la composición nacional de la monarquía. El 18 por 100 de estas cartas hablan principalmente del tema social; el 10 por 100, del deseo de paz; el 16 por 100, de la cuestión nacional y la actitud ante la monarquía; y el 56 por 100, de una combinación de estas cosas, a saber: del pan y la paz —si se me permite simplificar las cosas—, el 29 por 100; del pan y la nación, el 9 por 100; de la paz y la nación, el 18 por 100. El tema social, pues, aparece en el 56 por 100 de las cartas, el de la paz en el 57 por 100 y el nacional en el 43 por 100. La nota social y, de hecho, revolucionaria se advierte sobre todo en cartas escritas por checos, húngaros, eslovacos, alemanes y croatas. La paz, que un tercio de las cartas espera recibir de Rusia, otro tercio de la revolución y un 20 por 100 de una combinación de ambas, atraía, como es natural, a corresponsales de todas las nacionalidades, con una reserva que señalaré. De las cartas que hablan del tema nacional, el 60 por 100 expresan hostilidad al imperio y el deseo más o menos manifiesto de independencia; el 40 por 100 son leales, o, mejor dicho, si omitimos a los alemanes y los húngaros, el 28 por 100 son leales. El 35 por 100 de las cartas «nacionales» esperan la independencia como resultado de una victoria aliada, pero el 12 por 100 todavía creen que lo que quieren puede conseguirse dentro del marco de la monarquía.

Como era de esperar, el deseo de paz y el de revolución social iban juntos, en especial entre los alemanes, los checos y los húngaros. Pero la paz y las aspiraciones nacionales no eran tan compatibles, justamente porque la independencia nacional parecía depender tanto de una victoria aliada. De hecho, durante las negociaciones del tratado de Brest-Litovsk, muchas cartas nacionalistas desaprobaron la firma inmediata de la paz por esta misma razón, sobre todo las de checos, polacos, italianos y serbios pertenecientes a la elite. El período en que la Revolución de Octubre surtió sus primeros efectos fue un período en que el elemento social en el ánimo público alcanzó su mayor fuerza, pero fue también un momento en que —como afirman tanto Zeman como Hanák— los elementos nacionales y sociales en el deseo de revolución empezaron a divergir y chocar.

Las grandes huelgas de enero de 1918 señalaron un punto decisivo. En cierto sentido, como señala Zeman, cuando las autoridades de la monarquía Habsburgo decidieron poner fin a la agitación revolucionaria y continuar una guerra perdida fue seguro que habría una Europa «wilsoniana» en lugar de soviética. Pero incluso cuando, en el transcurso de 1918, el tema nacional finalmente pasó a ser dominante en la conciencia popular, no estuvo separado del tema social ni se opuso a él. Para la mayoría de los pobres los dos iban juntos al caer la monarquía.

¿Qué conclusión podemos sacar de este breve estudio? *En primer lugar*, que todavía sabemos muy poco acerca de lo que la conciencia nacional significaba para la masa de nacionalistas interesados. Para averiguarlo no necesitamos sólo muchas investigaciones parecidas a la que hizo Hanák con las cartas, sino también, para que sean útiles, debemos examinar con mente fría y desmitificadora la terminología y la ideología que rodean «la cuestión nacional» en este período, especialmente su variante nacionalista. *En segundo lugar*, que la adquisición de conciencia nacional no puede separarse de la adquisición de otras formas de conciencia social y política durante este período: todas van juntas. *En tercer lugar*, que el progreso de la conciencia nacional (fuera de las clases y casos identificados con el nacionalismo de derechas integrista o extremista) no es ni lineal ni necesariamente tiene lugar a expensas de otros elementos de la conciencia social. Desde la perspectiva de agosto de 1914, hubiéramos podido sacar la conclusión de que la nación y el estado-nación habían triunfado sobre todas las lealtades sociales y políticas rivales. ¿Hubiéramos podido decir lo mismo desde la perspectiva de 1917? El nacionalismo salió victorioso en las nacionalidades de la Europa beligerante que antes eran independientes, hasta el punto de que los movimientos que reflejaban las verdaderas preocupaciones de los pobres de Europa fracasaron en 1918. Al ocurrir esto, los estratos medio y medio bajo de las nacionalidades oprimidas se encontraban en una posición que les permitió convertirse en las elites gobernantes de los pequeños estados «wilsonianos» nuevos e independientes. La independencia nacional sin revolución social era, al amparo de la victoria aliada, una posición hacia la que podían replegarse los que habían soñado con una combinación de ambas cosas. En los principales estados beligerantes que fueron derrotados o semiderrotados no existía tal posición de repliegue. En ellos, el derrumbamiento llevó a la revolución social. Los soviets, incluso las efímeras repúblicas soviéticas, no surgieron entre los checos y los croatas, sino en Alemania, la Austria alemana, Hungría, a

la vez que su sombra caía sobre Italia. En estos países el nacionalismo reapareció no como un sustituto moderado de la revolución social, sino como la movilización de ex oficiales, civiles de clase media y clase media baja para la contrarrevolución. Apareció como la matriz del fascismo.

5. EL APOGEO DEL NACIONALISMO, 1918-1950

Si hubo un momento en que el decimonónico «principio de nacionalidad» triunfó fue al finalizar la primera guerra mundial, aunque ello no fue predecible ni era la intención de los futuros vencedores. De hecho, fue el resultado de dos fenómenos no intencionados: el derrumbamiento de los grandes imperios multinacionales del centro y el este de Europa y la revolución rusa, que hizo deseable que los aliados jugaran la carta «wilsoniana» contra la carta bolchevique. Porque, como hemos visto, lo que parecía capaz de movilizar a las masas en 1917-1918 era la revolución social y no la autodeterminación nacional. Podríamos especular sobre el efecto que una revolución victoriosa en toda Europa tal vez habría surtido en las nacionalidades del continente, pero de nada serviría. Exceptuando la Rusia soviética, Europa no se reconstruyó basándose en la política bolchevique relativa a la «cuestión nacional». En esencia el continente, por primera y última vez en la historia, se convirtió en un rompecabezas de estados que, con raras excepciones, se definían como naciones-estado y también como algún tipo de democracias parlamentarias burguesas. Este conjunto de circunstancias duró poquísimo.

Ocurrió también que la Europa de entreguerras presenció el triunfo de ese otro aspecto de la nación «burguesa» que comentamos en un capítulo anterior: la nación como «economía nacional». Aunque la mayoría de los economistas, hombres de negocios y gobiernos occidentales soñaban con ello, el regreso a la economía mundial de 1913 resultó imposible. De hecho, aunque hubiera sido posible, no se hubiese podido volver a la economía de la empresa privada libremente competitiva y del libre cambio que era el ideal e incluso parte de la realidad de la economía mundial en el apogeo de la supremacía británica en el mundo.

En 1913 las economías capitalistas ya se movían rápidamente hacia la formación de grandes bloques de empresa concentrada, apoyados, prote-

gidos e incluso, hasta cierto punto, guiados por los gobiernos. La propia guerra había acelerado mucho este desplazamiento hacia un capitalismo administrado e incluso planificado por el estado. Cuando Lenin previó la economía socialista planificada del futuro, en la que prácticamente no habían pensado los socialistas de antes de 1914, su modelo fue la economía de guerra planificada de Alemania en 1914-1917. Desde luego, ni siquiera la vuelta a semejante economía de grandes empresas colaborando con el estado hubiese podido restaurar la pauta internacional de 1913, dada la espectacular redistribución del poder económico y político que la guerra provocó en el mundo occidental. Sin embargo, cualquier tipo de vuelta a 1913 resultaba una esperanza utópica. Las crisis económicas del período de entreguerras reforzaron de modo muy espectacular la «economía nacional» autárquica. Durante unos cuantos años la propia economía mundial pareció estar al borde del derrumbamiento debido a que los grandes ríos de la migración internacional se secaron hasta quedar reducidos a riachuelos, los altos muros de los controles de cambio obstaculizaron los pagos internacionales, el comercio internacional se contrajo e incluso las inversiones internacionales mostraron durante un tiempo síntomas de derrumbamiento. Dado que hasta los británicos abandonaron el libre cambio en 1931, pareció claro que los estados se retiraban tanto como podían hacia un proteccionismo tan defensivo, que rozaba la autarquía, mitigada por acuerdos bilaterales. En resumen, cuando la ventisca económica barrió la economía mundial, el capitalismo internacional se retiró al interior de los iglúes de sus economías de estado-nación y sus imperios asociados. ¿Tenía que hacerlo? En teoría, no. Después de todo, no ha habido —hasta el momento— ninguna retirada comparable para responder a las tempestades económicas mundiales de los decenios de 1970 y 1980. Sin embargo, es indudable que entre las dos guerras mundiales ocurrió de este modo.

Así pues, la situación de entreguerras nos brinda una oportunidad excelente de juzgar las limitaciones y el potencial del nacionalismo y los estados-nación. Sin embargo, antes de emprender esa tarea, examinemos brevemente la pauta real de estados-nación que le fue impuesta a Europa por el acuerdo de paz de Versalles y los tratados asociados con él, incluyendo, para atender tanto a la razón como a la conveniencia, el tratado anglo-irlandés de 1921. En seguida nos percatamos de la absoluta imposibilidad de poner en práctica el principio «wilsoniano» que pretendía hacer que las fronteras de los estados-nación coincidieran con las fronteras de la nacionalidad y la lengua. Porque el acuerdo de paz de 1919 realmente tra-

dujo este principio a la práctica en la medida de lo posible, exceptuando algunas decisiones político-estratégicas acerca de las fronteras de Alemania, y unas cuantas concesiones de mala gana al expansionismo de Italia y Polonia. En todo caso, ni antes ni después, en Europa o en otra parte, ha vuelto a hacerse otro intento sistemático de trazar nuevamente el mapa político siguiendo líneas nacionales.

Sencillamente no dio buen resultado. Dada la distribución real de los pueblos, era inevitable que la mayoría de los nuevos estados construidos sobre las ruinas de los viejos imperios fuesen tan multinacionales como las antiguas «prisiones de naciones» a las que sustituyeron. Checoslovaquia, Polonia, Rumania y Yugoslavia son ejemplos que hacen al caso. Minorías alemanas, eslovenas y croatas en Italia ocuparon el lugar de las minorías italianas en el imperio Habsburgo. El principal cambio radicaba en que los estados eran ahora, por término medio, bastante más pequeños, a la vez que a los «pueblos oprimidos» que había en ellos ahora se les llamaba «minorías oprimidas». La consecuencia lógica del intento de crear un continente pulcramente dividido en estados territoriales coherentes, cada uno de ellos habitado por una población homogénea, tanto étnica como lingüísticamente, fue la expulsión en masa o el exterminio de las minorías. Esta era y es la fatal reducción al absurdo del nacionalismo en su versión territorial, aunque no quedó plenamente demostrado hasta el decenio de 1940. Con todo, la expulsión en masa e incluso el genocidio hicieron sus primeras apariciones en los márgenes meridionales de Europa durante la primera guerra mundial y después de ella, cuando los turcos emprendieron la extirpación en masa de los armenios en 1915 y, después de la guerra entre Grecia y Turquía en 1922, expulsaron entre 1,3 y 1,5 millones de griegos del Asia Menor, donde habían vivido desde los tiempos de Homero.[1] Después, Adolf Hitler, que en este sentido era un nacionalista «wilsoniano» lógico, dispuso el traslado de alemanes que no vivieran en territorio de la patria, tales como los del Tirol del sur italiano, a la Alemania propiamente dicha, al mismo tiempo que disponía la eliminación permanente de los judíos. Concluida la segunda guerra mundial, desaparecidos virtualmente los judíos de la gran franja de Europa que va de Francia al interior de la Unión Soviética, les tocó a los alemanes el turno de ser expulsados en masa, sobre todo de Polonia y Checoslovaquia.

1. Véanse C. A. Macartney, «Refugees», en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Nueva York, 1934, vol. 13, pp. 200-205; Charles B. Eddy, *Greece and the Greek refugees*, Londres, 1931. Para ser justos, habría que añadir que Grecia expulsó a 400.000 turcos.

Ahora era posible ver la nación territorial homogénea como un programa que sólo podían llevar a cabo unos bárbaros, o, como mínimo, gente que usara medios propios de bárbaros.

Un resultado paradójico del descubrimiento de que no se podía hacer que las nacionalidades y los estados coincidiesen fue que las fronteras del tratado de Versalles, por absurdas que fuesen según las pautas «wilsonianas», resultaron permanentes, excepto allí donde los intereses de las grandes potencias requerían su modificación, es decir, en beneficio de Alemania antes de 1945 y en beneficio de la URSS a partir de 1940. A pesar de varios intentos efímeros de trazar de nuevo las fronteras de los estados sucesores de los imperios austríaco y turco, dichas fronteras siguen estando más o menos donde se encontraban al terminar la primera guerra mundial, cuando menos al sur y al oeste de las fronteras soviéticas, exceptuando la transferencia a Yugoslavia de las zonas situadas a orillas del Adriático ocupadas por Italia después de 1918.

Con todo, el sistema «wilsoniano» también produjo algunos otros resultados significativos y no del todo esperados. Primeramente demostró, sin que ello causara gran sorpresa, que el nacionalismo de las naciones pequeñas era tan impaciente con las minorías como lo que Lenin llamó «el chauvinismo de las grandes naciones». Eso, huelga decirlo, no fue ninguna novedad para los observadores de la Hungría de los Habsburgo. Más novedoso, y más significativo, fue el descubrimiento de que la «idea nacional» tal como la formulaban sus paladines oficiales no coincidía por fuerza con la autoidentificación real del pueblo interesado. En los plebiscitos que después de 1918 se organizaron en varias regiones cuya composición nacional era mixta, con el fin de decidir la pertenencia de sus habitantes a tal o cual estado-nación, se vio que existían grupos significativos de gentes que hablaban una lengua pero optaban por formar parte de un estado donde se hablaba otra. A veces esto podía explicarse diciendo que era fruto de presiones políticas o fraudes electorales, o descartarse como ejemplos de ignorancia e inmadurez políticas. Ninguna de las hipótesis era totalmente inverosímil. Pese a ello, era innegable que había polacos que preferían vivir en Alemania a vivir en la renacida Polonia, o eslovenos que eligieron Austria con preferencia a la nueva Yugoslavia, aunque ello resultaba inexplicable *a priori* para los que creían que los miembros de una nacionalidad se identificaban necesariamente con el estado territorial que afirmaba encarnarla. Es verdad que esta era una teoría que iba ganando terreno rápidamente. Veinte años más tarde empujaría al gobierno británico a encerrar en bloque a la mayoría de los alemanes que residían en el

Reino Unido, judíos e inmigrantes antifascistas incluidos, alegando que era de suponer que toda persona nacida en Alemania sería leal a dicho país sobre todas las demás consideraciones.

Una divergencia más seria entre definición y realidad apareció en Irlanda. A pesar de Emmet y Wolfe Tone, la comunidad mayoritaria en los seis condados del Ulster se negaba a considerarse a sí misma «irlandesa» como hacía el grueso de los habitantes de los veintiséis condados, incluida la pequeña minoría protestante que vivía al sur de la frontera. La suposición de que existía una sola nación irlandesa dentro de una sola Irlanda, o, mejor dicho, que todos los habitantes de la isla aspiraban a una sola Irlanda feniana, unida e independiente, resultó errónea, y mientras que, durante cincuenta años después de la creación del estado libre de Irlanda (que luego se hizo república), los fenianos y sus simpatizantes podían rechazar la división del país diciendo que era un ardid imperial británico, y acusar a los unionistas del Ulster de tontos dirigidos por agentes británicos, los últimos veinte años han dejado claro que las raíces de una Irlanda dividida no se encuentran en Londres.

Asimismo, la instauración de un reino eslavo meridional reveló que sus habitantes no poseían la conciencia yugoslava única que postulaban los pioneros (croatas) de la idea ilírica a principios del siglo XIX, y podían movilizarse más fácilmente, al amparo de consignas lo bastante fuertes como para producir una matanza, como croatas, serbios o eslovenos. A decir verdad, parece que la conciencia nacional de las masas croatas no se desarrolló hasta después de la creación de Yugoslavia y contra el nuevo reino, o, para ser más exactos, contra el supuesto predominio de los serbios en él.[2] Dentro de la nueva Checoslovaquia los eslovacos esquivaron persistentemente el abrazo fraternal de los checos. Hechos parecidos se harían todavía más obvios en muchos de los estados producidos por la liberación nacional o colonial, y por razones semejantes. Los pueblos no se identificaban con su «nación» del modo que sus líderes y portavoces les recetaban. El Congreso Nacional Indio, que se había comprometido con un subcontinente único y unido, tuvo que aceptar la partición de la India en 1947, del mismo modo que el Pakistán, que estaba comprometido con un solo estado para los musulmanes de dicho subcontinente, tuvo que aceptar su partición en 1971. Cuando la política india dejó de estar monopolizada por una reducida elite muy britanizada o europeizada, fue ne-

2. Mirjana Gross, «On the integration of the Croatian nation: a case study in nation building», *East European Quarterly*, 15 (2 de junio de 1981), p. 224.

cesario hacer frente a la exigencia de estados lingüísticos, en los que el primitivo movimiento nacional no había pensado, si bien algunos comunistas indios empezaron a llamar la atención sobre ello justo antes de la segunda guerra mundial.[3] Las rivalidades lingüísticas mantendrían el inglés como lengua oficial de la India hasta hoy, aunque lo habla una fracción insignificante de los 700 millones de habitantes del país, porque otros indios no están dispuestos a aceptar la dominación del hindi, lengua que habla el 40 por 100 de la población.

La paz de Versalles reveló otro fenómeno nuevo: la propagación geográfica de los movimientos nacionalistas, y la divergencia de los nuevos respecto de la pauta europea. Dado que las potencias victoriosas se habían comprometido oficialmente con el nacionalismo «wilsoniano», era natural que cualquiera que se presentara como portavoz de algún pueblo oprimido o no reconocido —y fueron muchos los que en este sentido acosaron a los negociadores supremos del tratado— hablase en términos del principio nacional y, especialmente, del derecho a la autodeterminación. Sin embargo, esto era algo más que un eficaz argumento para el debate. Los líderes e ideólogos de los movimientos de liberación colonial y semicolonial hablaban sinceramente la lengua del nacionalismo europeo, que tan a menudo habían aprendido en Occidente o desde allí, incluso cuando no era apropiado a su situación. Y cuando el radicalismo de la Revolución rusa sustituyó al de la francesa como ideología principal de la emancipación mundial, el derecho a la autodeterminación, incorporado ahora en los textos de Stalin, en lo sucesivo llegó a quienes habían estado fuera del alcance de Mazzini. La liberación en lo que todavía no se llamaba el Tercer Mundo se consideraba ahora en todas partes como «liberación nacional» o, entre los marxistas, «liberación nacional y social».

Sin embargo, una vez más la práctica no se ajustó a la teoría. La fuerza real y creciente de la liberación consistía en el resentimiento contra los conquistadores, gobernantes y explotadores, a los que casualmente cabía reconocer como extranjeros por su color, indumentaria y hábitos, o contra los que visiblemente actuaban en su nombre. Era antiimperial. En la medida en que hubiese identificaciones protonacionales, étnicas, religiosas o de otro tipo entre el pueblo llano, seguían siendo obstáculos a la conciencia

3. Véase G. Adhikari, *Pakistan and Indian national unity*, Londres, 1942, *passim*, pero esp. pp. 16-20. En esta obra se abandonaba la anterior postura del partido comunista, que, al igual que el Congreso, estaba a favor del indostaní como única lengua nacional (R. Palme Dutt, *India To-day*, Londres, 1940, pp. 265-266).

nacional, en vez de contribuir a ella, y los amos imperiales las movilizaban prontamente contra los nacionalistas; de ahí los ataques constantes contra la política imperialista de «divide y vencerás», contra el estímulo imperial del tribalismo, el comunalismo u otra cosa que dividiese a pueblos que deberían estar unidos como una sola nación pero no lo estaban.

Además, aparte de unas cuantas entidades políticas relativamente permanentes como China, Corea, Vietnam y quizá Irán y Egipto, que, de haber estado en Europa, hubiesen sido reconocidas como «naciones históricas», las unidades territoriales cuya independencia buscaban los movimientos llamados nacionales eran, de hecho, en su abrumadora mayoría, creaciones de la conquista imperial, a menudo con sólo unos pocos decenios de antigüedad, o, en caso contrario, representaban zonas religioso-culturales en lugar de algo que en Europa tal vez habrían denominado «naciones». Los que luchaban por la liberación eran «nacionalistas» sólo porque adoptaban una ideología occidental que era excelente para el derrocamiento de gobiernos extranjeros, y aun así, normalmente consistían en una exigua minoría de *évolués* indígenas. Movimientos culturales o geopolíticos como el panarabismo, el panlatinoamericanismo o el panafricanismo no eran nacionalistas ni tan sólo en este sentido limitado, sino supranacionalistas, aunque no hay duda de que ideologías de expansión imperial nacidas en los núcleos de la Europa nacional, tales como el pangermanismo, sugerían una afinidad con el nacionalismo. Eran enteramente conceptos de intelectuales que no podían concentrar la atención en nada que estuviera más cerca de un estado o nación real. Los primeros nacionalistas árabes se encontraban en la Siria otomana, cuya realidad como país era sumamente vaga, en vez de en Egipto, donde los movimientos tenían una orientación mucho más egipcia. En todo caso, tales movimientos expresaban poco más que el hecho indudable de que hombres educados en una lengua de cultura especialmente extendida están calificados, desde el punto de vista lingüístico, para ocupar puestos intelectuales en cualquier parte situada dentro de esa zona cultural, lo que sigue siendo una suerte para los intelectuales latinoamericanos, la mayoría de los cuales pueden dar por sentado que tendrán que exiliarse por motivos políticos en algún momento de su vida, y para los universitarios palestinos, a los que se puede emplear fácilmente en cualquier parte situada entre el Golfo y Marruecos.

En cambio, los movimientos de liberación orientados al territorio edificaban inevitablemente sobre los cimientos de los elementos comunes que su territorio había recibido de la potencia o potencias coloniales, ya

que a menudo era la única unidad y el único carácter nacional que tenía el futuro país. A veces la unidad impuesta por la conquista y la administración podía producir a largo plazo un pueblo que se veía a sí mismo como «nación», del mismo modo que otras veces la existencia de estados independientes ha creado un sentido de patriotismo ciudadano. Argelia no tiene nada en común como país excepto la experiencia francesa desde 1830 y, lo que es más importante, la lucha contra ella, pero me atrevería a decir que su carácter como nación está, como mínimo, tan consolidado como el de las unidades políticas «históricas» del Magreb, Tunicia y Marruecos. Es todavía más patente que la experiencia común de colonización y conquista sionistas es lo que ha creado un nacionalismo palestino asociado con un territorio que, hasta 1918, ni siquiera tenía una identidad regional significativa dentro del sur de Siria, a la que pertenecía. Sin embargo, esto no es suficiente para llamar «naciones» a los estados que han surgido de la descolonización, principalmente desde 1945, ni para denominar «nacionalistas» a los movimientos que condujeron a dicha descolonización, suponiendo que ésta fuera una respuesta a presiones reales o previsibles en tal sentido. Luego estudiaremos fenómenos más recientes en el mundo dependiente.

Mientras tanto, volvamos a la cuna del nacionalismo: Europa.

En Europa la reconstrucción del mapa siguiendo pautas nacionales privó al nacionalismo de su contenido liberador y unificador, toda vez que en gran parte ya se habían alcanzado estos objetivos en la mayoría de las naciones que habían luchado por ellos. En cierto sentido, la situación europea era ahora un anticipo de la situación del «Tercer Mundo» políticamente descolonizado después de la segunda guerra mundial, y hacía pensar en aquel laboratorio de neocolonialismo prematuro que es la América Latina. La independencia política para los estados territoriales se había conseguido en gran parte. Por consiguiente, dejó de ser tan fácil como antes simplificar u ocultar los problemas del futuro aplazando la consideración de los mismos hasta después de que se obtuviera la independencia o la autodeterminación, la cual, como ahora resultaba evidente, no los resolvía todos automáticamente.

¿Qué quedaba del antiguo nacionalismo liberador y unificador? Por un lado, y para la mayoría de las nacionalidades, quedaban minorías irredentas fuera de las fronteras del estado nacional, tales como los húngaros de Rumania y los eslovenos de Austria; por el otro lado, quedaba la expansión nacional por parte de tales estados nacionales a expensas de extranjeros o de minorías del país. Naturalmente, aún había algunas nacio-

nalidades sin estado tanto en la Europa oriental como en la occidental, por ejemplo los macedonios y los catalanes. Sin embargo, mientras que antes de 1914 el movimiento nacional característico había ido dirigido contra estados o aglomeraciones políticas a las que se veía como multinacionales o supranacionales, por ejemplo los imperios Habsburgo y otomano, a partir de 1919, fue dirigido, en general y en Europa, contra estados nacionales. Era, pues, casi por definición separatista en vez de unificador, si bien las aspiraciones separatistas podían verse mitigadas por el realismo político o, como en el caso de los unionistas del Ulster, esconderse detrás del apego a algún otro país. Pero esto ocurría desde hacía tiempo. Lo nuevo era la aparición de tales aspiraciones en estados nominalmente nacionales pero en realidad plurinacionales de la Europa occidental bajo una forma política en vez de cultural, aunque uno o dos de estos nuevos grupos nacionalistas, como, por ejemplo, los partidos nacionalistas galés y escocés que nacieron entre las dos guerras, todavía carecían del apoyo de las masas, pues acababan de entrar en la «fase B» de su evolución.

De hecho, dejando aparte a los irlandeses, los nacionalismos menores de la Europa occidental habían tenido una actuación más bien discreta antes de 1914. El Partido Nacionalista Vasco, que se granjeó cierto apoyo de las masas después de 1905 y virtualmente barrió a los demás en las elecciones locales del período 1917-1919 (exceptuando los votantes obreros de Bilbao), fue un poco excepcional. Sus militantes jóvenes se inspiraban directamente en el nacionalismo revolucionario de los irlandeses en el período 1916-1922, y su base popular se vio reforzada por y bajo la dictadura centralizadora de Primo de Rivera y, más adelante, por la represión más despiadada y centralizadora del general Franco. El catalanismo seguía perteneciendo principalmente a las clases medias locales, a próceres de provincias y a intelectuales, pues la clase trabajadora militante y predominantemente anarquista, tanto la catalana como la formada por inmigrantes, seguía mirando el nacionalismo con suspicacia por motivos clasistas. La literatura del movimiento anarquista se publicaba consciente y deliberadamente en castellano. Una vez más, la izquierda y la derecha regionales sólo se juntaron bajo Primo de Rivera, mediante una especie de frente popular contra la monarquía de Madrid que se basaba en la autonomía para Cataluña. La república y la dictadura de Franco reforzarían el catalanismo de masas, que, en los últimos años de dictadura y desde la muerte de Franco, puede que realmente condujera a un desplazamiento lingüístico de las masas hacia lo que ahora es no sólo un idioma hablado, sino la lengua de cultura establecida e institucionalizada, aun cuando en

1980 las publicaciones catalanas de mayor circulación eran revistas intelectuales y de clase media, género que registraba un notable florecimiento. En aquel año sólo el 6,5 por 100 de los diarios que circulaban por Barcelona estaban escritos en catalán.[4] No obstante, si bien el 80 por 100 de todos los habitantes de Cataluña hablaban la lengua y el 91 por 100 de los habitantes de Galicia (que tiene un movimiento regional mucho menos activo) hablan gallego, sólo el 30 por 100 de los habitantes del País Vasco hablaban la lengua en 1977 —las cifras más recientes no parecen haber cambiado—,[5] hecho que quizá esté relacionado con el mayor entusiasmo de los nacionalistas vascos por la independencia total en contraposición a la autonomía. La divergencia entre el nacionalismo vasco y el catalán, uno de cuyos indicios es lo que acabamos de señalar, probablemente ha aumentado con el tiempo, en gran parte porque el catalanismo se convirtió y podía convertirse en una fuerza de masas únicamente desplazándose hacia la izquierda con el fin de que se integrara en él un movimiento obrero poderoso e independiente, mientras que el nacionalismo vasco conseguía aislar y, andando el tiempo, prácticamente eliminar los tradicionales movimientos socialistas de la clase trabajadora, hecho que no puede ocultar la fraseología marxista revolucionaria de la separatista ETA. Quizá no sea extraño que el catalanismo se haya apuntado un éxito más espectacular en lo que se refiere a asimilar a los inmigrantes (principalmente de clase trabajadora) que viven en Cataluña en comparación con el movimiento vasco, que en gran parte se mantiene unido gracias a la xenofobia. Mientras que en 1977 el 54 por 100 de los habitantes de Cataluña nacidos fuera de ella hablaban el catalán, sólo el 8 por 100 de los que vivían en el País Vasco pero habían nacido fuera de él hablaban el vascuence, aunque hay que tener en cuenta que esta segunda lengua es mucho más difícil.[6]

En cuanto al otro nacionalismo de la Europa occidental que se estaba transformando en una fuerza política seria, el movimiento flamenco, entró en una fase nueva y más peligrosa en 1914, cuando parte de él colaboró con los alemanes, que habían conquistado y ocupado casi toda Bélgica. Colaboró de forma todavía más sorprendente en la segunda guerra mundial. Sin

4. *Le Monde*, 11 de enero de 1981.

5. H.-J. Puhle, «Baskischer Nationalismus im spanischen Kontext», en H. A. Winkler, ed., *Nationalismus in der Welt von Heute*, Gotinga, 1982, pp. 53-54.

6. Para un contraste pleno entre las opiniones y prácticas lingüísticas catalanas y vascas, basado en encuestas por muestreo, véase M. García Ferrando, *Regionalismo y autonomías en España*, Madrid, 1982, y E. López Aranguren, *La conciencia regional en el proceso autonómico español*, Madrid, 1983.

embargo, hasta cierto tiempo después de 1945 no pareció que el nacionalismo flamenco ponía la unidad belga en grave peligro. Los demás nacionalismos pequeños de la Europa occidental siguieron siendo insignificantes. Partidos nacionalistas escoceses y galeses asomaron apenas a la superficie durante los años de depresión de entreguerras, pero permanecieron en los márgenes exteriores de la política de sus países, como atestigua el hecho de que el fundador del Plaid Cymru era por afinidad un reaccionario continental del tipo de Charles Maurras, y católico por añadidura.[7] Ninguno de los dos partidos obtuvo apoyo electoral hasta la segunda posguerra. La mayoría de los otros movimientos de esta índole apenas fueron más allá del tradicionalismo folclórico y el resentimiento provincial.

Con todo, hay que hacer una observación más acerca del nacionalismo de después de 1918, lo cual nos lleva — y lo lleva— fuera de los campos tradicionales de las disputas fronterizas, las elecciones y plebiscitos y las exigencias lingüísticas. La identificación nacional en esta era adquirió nuevos medios de expresarse en las sociedades modernas urbanizadas, de alta tecnología. Deben mencionarse dos que son importantísimos. El primero, que requiere pocos comentarios, fue el auge de los modernos medios de comunicación de masas: prensa, cine y radio. Estos medios permitieron estandarizar, homogeneizar y transformar las ideologías populares, así como, obviamente, que intereses privados y estados las explotaran para hacer propaganda deliberada. (El primer ministerio calificado específicamente de propaganda e «ilustración pública» lo creó en Alemania, en 1933, el nuevo gobierno de Adolf Hitler.) Con todo, es casi seguro que la propaganda deliberada era menos significativa que la capacidad que tienen los medios de masas de hacer que los símbolos nacionales pasen a formar parte de la vida de todos los individuos, rompiendo así las divisiones entre las esferas privada y local, en las cuales vivía normalmente la mayoría de los ciudadanos, y la esfera pública y nacional. La evolución de la familia real británica hasta convertirse en un icono doméstico, además de público, de identificación nacional, hubiera sido imposible sin los modernos medios de masas, y su expresión ritual más deliberada se creó, de hecho, especialmente para la radio y luego fue adaptada para la televisión: el mensaje navideño de la corona, instituido en 1932.

También el *deporte* tendió un puente sobre el abismo que separaba el

7. Véase E. Sherrington, «Welsh nationalism, the French revolution and the influence of the French right», en D. Smith, ed., *A people and a proletariat: essays in the history of Wales 1780-1980*, Londres, 1980, pp. 127-147.

mundo privado del público. Entre las dos guerras mundiales el deporte como espectáculo de masas se transformó en una inacabable sucesión de encuentros de gladiadores protagonizados por personas y equipos que simbolizaban estados-nación, lo cual forma hoy día parte de la vida mundial. Hasta entonces acontecimientos como los Juegos Olímpicos y los partidos internacionales de fútbol habían interesado principalmente a un público de clase media (aunque los Juegos Olímpicos empezaron a adquirir aire de competición nacional incluso antes de 1914), y, de hecho, los partidos internacionales se habían instituido con el objeto de integrar los componentes nacionales de los estados multinacionales. Simbolizaban la unidad de tales estados, ya que la rivalidad amistosa entre sus naciones reforzaba la sensación de que todos formaban parte de una sola unidad por medio de la institucionalización de encuentros regulares que proporcionaban una válvula de escape para las tensiones de grupo, que se disiparían inofensivamente en pseudoluchas simbólicas. Es difícil no reconocer este elemento de disipación ritual en los primeros partidos de fútbol internacionales regulares que se organizaron en el continente europeo, a saber, los partidos entre Austria y Hungría.[8] Naturalmente, tentados estamos de ver la ampliación de los partidos internacionales de rugby de Inglaterra y Escocia a Gales e Irlanda en el decenio de 1880 como reacción a la intensificación del sentimiento nacional en Gran Bretaña durante este período.

Entre las dos guerras, no obstante, el deporte internacional, como pronto reconoció George Orwell, se convirtió en una expresión de lucha nacional, y los deportistas que representaban a su nación o estado, en expresiones primarias de sus comunidades imaginadas. Fue el período en que el Tour de Francia pasó a ser dominado por equipos nacionales, en que la Copa Mitropa enfrentaba a los principales equipos de los estados centroeuropeos unos contra otros, en que la Copa del Mundo fue introducida en el mundo del fútbol, y, como demostró el año 1936, en que los Juegos Olímpicos se convirtieron de forma inconfundible en excusa para la autoafirmación nacional competitiva. Lo que ha hecho del deporte un medio tan singularmente eficaz para inculcar sentimientos nacionales, en todo caso para los varones, es la facilidad con que hasta los individuos menos políticos o públicos pueden identificarse con la nación tal como la simbolizan unas personas jóvenes que hacen de modo estupendo lo que

8. E. J. Hobsbawm, «Mass-producing traditions», en E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The invention of tradition*, Cambridge, 1983, pp. 300-301 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo, Vic, 1989).

prácticamente todo hombre quiere o ha querido hacer bien alguna vez en la vida. La comunidad imaginada de millones de seres parece más real bajo la forma de un equipo de once personas cuyo nombre conocemos. El individuo, incluso el que se limita a animar a su equipo, pasa a ser un símbolo de su nación. Este autor recuerda que escuchó nerviosamente la retransmisión por radio del primer partido internacional de fútbol entre Inglaterra y Austria, jugado en Viena en 1929, en casa de unos amigos que le prometieron que se vengarían de él si Inglaterra vencía a Austria, cosa que parecía muy probable. Como único chico inglés presente, yo era Inglaterra, del mismo modo que ellos eran Austria. (Por suerte el partido terminó en empate.) De esta forma unos chicos de doce años hicieron extensivo a la nación el concepto de lealtad al equipo.

Por lo tanto, lo que dominaba el nacionalismo de entreguerras en Europa era el nacionalismo de los estados-nación consolidados y sus nacionalidades *irredentas*. Entre los ex beligerantes el nacionalismo, por supuesto, se había visto reforzado por la guerra, especialmente después de que menguara la marea de esperanza revolucionaria a comienzos de los años veinte. Los fascistas y otros movimientos de derechas se apresuraron a explotarlo. En primer lugar, para movilizar a los estratos intermedios y otros sectores temerosos de una revolución social contra la amenaza roja que, especialmente bajo su forma bolchevique, era fácil identificar con el internacionalismo militante y algo que parecía ser lo mismo: un antimilitarismo fortalecido por las experiencias de la guerra de 1914 a 1918. La atracción de esta propaganda nacionalista era tanto más efectiva, incluso entre los trabajadores, cuanto que echaba la culpa del fracaso y la debilidad a los enemigos de fuera y los traidores de dentro. Y había abundancia de fracasos y debilidad que necesitaban explicarse.

Es una exageración afirmar que ese nacionalismo militante no era más que un reflejo de desesperación, aun cuando era obvio que el fracaso, la frustración y el resentimiento fueron los factores que empujaron a muchos a afiliarse al partido nazi y a otros movimientos ultraderechistas de otras partes de Europa durante la gran depresión. No obstante, la diferencia entre las reacciones alemanas a la derrota después de 1918 y las de los alemanes occidentales después de 1945 es significativa. Bajo la república de Weimar virtualmente todos los alemanes, incluidos los comunistas, estaban profundamente convencidos de la injusticia intolerable del tratado de Versalles y la lucha contra ese tratado era una de las grandes fuerzas movilizadoras de masas en todos los partidos, fuesen de derechas o de izquierdas. Sin embargo, las condiciones que se impusieron a Alemania des-

pués de 1945 eran inconmensurablemente más severas y más arbitrarias que las de 1919. Por otra parte, en la Alemania Federal vivían millones de alemanes nacionalistas y resentidos que habían sido expulsados brutalmente del centro y el este de Europa y no estaban convencidos de que ello fuera el justo castigo por los horrores mucho mayores que la Alemania nazi había perpretado contra otros pueblos. Pese a todo, el revisionismo político militante nunca pasaría de desempeñar un papel modesto y cada vez menos importante en la política de la Alemania Federal y, desde luego, no es un factor digno de consideración hoy día. La razón de la diferencia entre Weimar y Bonn no es difícil de encontrar. En la República Federal las cosas les han ido notablemente bien a la mayoría de los ciudadanos desde finales del decenio de 1940, mientras que Weimar se hundió en una atroz depresión cuando apenas había hecho más que salir, durante medio decenio, de la derrota, la revolución, la depresión y una inflación galopante.

De todos modos, aunque no veamos el resurgir del nacionalismo militante como simple reflejo de la desesperación, es evidente que era algo que llenaba el vacío que dejaran el fracaso, la impotencia y la aparente incapacidad de otras ideologías, otros proyectos y programas políticos, en lo que se refiere al cumplimiento de las esperanzas de los hombres. Era la utopía de los que habían perdido las viejas utopías de la Ilustración, el programa de los que habían perdido la fe en otros programas, el sostén de los que habían perdido el apoyo de certidumbres políticas y sociales más antiguas. Volveremos a hablar de ello más adelante.

Con todo, como hemos tratado de argüir en el último capítulo, el nacionalismo no puede, ni podía en este período, ser identificado con las gentes para las cuales era un imperativo exclusivo, apasionado y globalizador. Como hemos visto, no era la única forma en que se manifestaba el sentido de identificación nacional o, expresándolo en términos de los derechos y las obligaciones del ciudadano, el patriotismo. Es importante distinguir entre el nacionalismo exclusivo de los estados o de los movimientos políticos de derechas, el cual sustituye a todas las demás formas de identificación política y social, y el conglomerado nacional/ciudadano, conciencia social que, en los estados modernos, forma el suelo en el cual crecen todos los demás sentimientos políticos. En este sentido «nación» y «clase» no eran fáciles de separar. Si aceptamos que la conciencia de clase en la práctica tenía una dimensión cívico-nacional, y la conciencia cívico-nacional o étnica tenía dimensiones sociales, entonces es probable que la radicalización de las clases trabajadoras en la Europa de la primera posguerra reforzase su conciencia nacional potencial.

¿De qué otra manera hemos de explicar el éxito extraordinario de la izquierda en los países no fascistas, en lo que se refiere a volver a captar el sentimiento nacional y patriótico durante el período antifascista? Porque difícilmente puede negarse que la resistencia a la Alemania nazi, sobre todo durante la segunda guerra mundial, tendía a estimular tanto los sentimientos nacionales como las esperanzas de renovación y liberación sociales. Desde luego, a mediados del decenio de 1930 el movimiento comunista rompió deliberadamente con las tradiciones, tanto de la segunda como de la tercera internacional, que habían abandonado los símbolos del patriotismo —incluso los que estaban tan íntimamente asociados con el pasado revolucionario y, de hecho, socialista como la *Marsellesa*—[9] a los estados burgueses y los políticos pequeñoburgueses. Los subsiguientes intentos de captar de nuevo estos símbolos y, por así decirlo, negarles a los ejércitos del diablo el monopolio de las mejores marchas tuvieron sus aspectos extravagantes, al menos cuando se ven desde fuera y en retrospectiva, como, por ejemplo, cuando el partido comunista norteamericano declaró —sin éxito, cosa que sorprendió a pocos observadores— que el comunismo era el americanismo del siglo XX. No obstante, el papel de los comunistas en la resistencia antifascista dio mucha verosimilitud a su recuperación del patriotismo, en particular después de 1941; la suficiente, desde luego, para preocupar al general De Gaulle.[10] Además, tanto dentro como fuera del movimiento la combinación de la bandera roja con las banderas nacionales era auténticamente popular.

Es difícil saber con certeza si hubo un verdadero aumento del sentimiento nacional en la izquierda o si fue sencillamente que al patriotismo revolucionario tradicional de tipo jacobino se le permitió, una vez más, aparecer en el centro del escenario después de permanecer tanto tiempo entre bastidores por orden del antinacionalismo y el antimilitarismo oficiales de la izquierda. Estas cuestiones se han estudiado poco, y aunque no es imposible estudiarlas seriamente, la documentación política de la época es tan poco de fiar como la memoria de los contemporáneos. Lo evidente es que las segundas nupcias de la revolución social y el sentimiento pa-

9. Para la sustitución de la Marsellesa por la Internacional en Alemania además de en Francia, véase M. Dommanget, *Eugène Pottier*, París, 1971, cap. III. Para la atracción del patriotismo, véase, por ejemplo, Maurice Thorez, *France to-day and the people's front*, Londres, 1936, XIX, pp. 174-185, esp. 180-181.

10. Charles De Gaulle, *Mémoires de guerre*, II, París, 1956, pp. 291-292. Para los Estados Unidos, Earl Browder, *The people's front in the United States*, Londres, 1937, esp. pp. 187-196, 249-269.

triótico fueron un fenómeno complejísimo. Mientras esperamos nuevos estudios al menos es posible esbozar algunas de estas complejidades.

En primer lugar, el *nacionalismo* antifascista surgió en el contexto de una guerra civil ideológica *internacional*, en la cual una parte de numerosas clases gobernantes nacionales pareció optar por un alineamiento político internacional de la derecha, así como por los estados identificados con él. Estos estados nacionales de la derecha echaron así por la borda la apelación al patriotismo xenófobo, que en otro tiempo tan bien les había servido. Como decían algunos franceses: «mejor Hitler que Léon Blum». Es muy posible que la intención del que usaba esta frase era decir que antes un alemán que un judío, pero era muy fácil interpretarla así: antes un país extranjero que el nuestro propio. Esto hizo que a la izquierda le resultara más fácil volver a enarbolar la bandera nacional que la derecha sujetaba ahora con menor fuerza. De modo parecido, en Gran Bretaña la oposición a la política consistente en apaciguar a Hitler le resultaba mucho más fácil a la izquierda que a los conservadores, que no podían por menos de ver en él, muy correctamente, un poderoso baluarte contra el bolchevismo en lugar de una amenaza para el imperio británico. Así pues, en cierto sentido, la ascensión del patriotismo antifascista formó parte de lo que podría verse legítimamente como el triunfo de un tipo de internacionalismo.

En segundo lugar, tanto los trabajadores como los intelectuales también hicieron una elección *internacional*, pero fue una elección que casualmente reforzó el sentimiento nacional. Estudios recientes del comunismo británico e italiano en los años treinta han subrayado el papel de la movilización antifascista en lo que se refiere a atraer tanto a jóvenes trabajadores como a jóvenes intelectuales, y, sobre todo, el papel de la guerra civil española.[11] Pero el apoyo a España no fue un sencillo acto de solidaridad internacional, como las campañas antiimperialistas por la India o Marruecos, cuya atracción era mucho más restringida. En Gran Bretaña la lucha contra el fascismo y la guerra concernía a los británicos; en Francia, a los franceses, pero a partir de julio de 1936 el frente principal donde se libraba dicha guerra se hallaba casualmente cerca de Madrid. Debido a las casualidades de la historia, problemas que eran esencialmente propios de cada país, problemas interiores, se dirimieron en los campos de batalla de un país tan remoto y desconocido para la mayoría de los trabajadores, que

11. Hywel Francis, *Miners against fascism: Wales and the Spanish civil war*, Londres, 1984; Paolo Spriano, *Storia del partito comunista italiano*, vol. III, Turín, 1970, cap. IV.

virtualmente no tenía ninguna asociación para el británico medio salvo las propias de la lucha que le concernía. Asimismo, en la medida en que el fascismo y la guerra se identificaban con determinados estados extranjeros, Alemania e Italia, lo que estaba en juego en esa lucha no era sólo el destino nacional de Gran Bretaña o Francia, o la guerra y la paz en general, sino la defensa de las naciones británica o francesa contra los alemanes.

En tercer lugar, el nacionalismo antifascista se hallaba embarcado de modo patente en un conflicto social además de nacional, como se vio claramente hacia el final de la segunda guerra mundial. Tanto entre los británicos como entre los movimientos de resistencia en el continente europeo, la victoria y la transformación social eran inseparables. Que la guerra terminara en Gran Bretaña con la derrota electoral de Winston Churchill, el querido y admirado líder de la guerra y símbolo del patriotismo británico, y la victoria aplastante del partido laborista lo demuestra de forma indiscutible; porque, cualquiera que fuese la euforia de la liberación en otras partes, como expresión considerada de la opinión pública las elecciones generales británicas de 1945 no tuvieron rival. Tanto los conservadores como los laboristas se habían comprometido de igual modo a alcanzar la victoria, pero sólo un partido se había comprometido oficialmente a efectuar también la transformación social.

Además, para muchos trabajadores británicos la guerra misma tenía una dimensión social. No es casualidad que el ataque alemán contra la URSS en 1941 despertara una oleada de filosovietismo entre los trabajadores británicos, de uniforme o de paisano; una oleada a la que en modo alguno afectó el comportamiento tanto de la URSS como de los comunistas nativos entre septiembre de 1939 y junio de 1941. No era sencillamente el hecho de que, por fin, Gran Bretaña ya no luchaba sola. Para los que experimentamos este giro de los acontecimientos como soldados rasos en unidades del ejército británico formadas por trabajadores está muy claro que el grueso de los soldados con conciencia política, es decir, laboristas o sindicalistas, encuadrados en tales unidades seguía considerando a la Unión Soviética como «un estado de los trabajadores». Ni siquiera un líder sindical tan firme y formidablemente anticomunista como Ernest Bevin abandonó esta suposición hasta algún momento durante la segunda guerra mundial.[12] Hasta este punto la guerra misma parecía tener elementos de contienda tanto entre clases como entre estados.

12. Cf. el discurso de 1941 en A. Bullock, *The life and times of Ernest Bevin*, vol. 2, 1967, p. 77. H. Pelling, *The Labour governments 1945-1951*, Londres, 1984, p. 120.

El nacionalismo adquirió así una sólida asociación con la izquierda durante el período antifascista, asociación que luego fue fortalecida por la experiencia de la lucha antiimperial en los países coloniales. Porque las luchas coloniales estaban ligadas a la izquierda internacional de diversas maneras. Sus aliados políticos en los países metropolitanos se encontraban, casi invariablemente, en estos sectores. Las teorías del imperialismo (es decir, del antiimperialismo) formaban desde hacía mucho tiempo parte orgánica del conjunto del pensamiento socialista. Que la Rusia soviética fuera en gran medida un país asiático y contemplara el mundo principalmente con una perspectiva no europea —fundamentalmente asiática en el período de entreguerras— no podía por menos de llamar la atención de los activistas sobre lo que todavía no se denominaba el «Tercer Mundo». A la inversa, desde que Lenin descubriera que la liberación de los pueblos coloniales oprimidos era una importante ventaja potencial para la revolución mundial, los revolucionarios comunistas hacían cuanto podían por las luchas de liberación de las colonias, que, en todo caso, ya contaban con su simpatía porque cualquier cosa que aborrecieran los imperialistas metropolitanos tenía que ser bien acogida por los trabajadores.

Huelga decir que las relaciones entre la izquierda y el nacionalismo de los países dependientes eran más complejas de lo que podría sugerir una fórmula sencilla. Aparte de sus propias preferencias ideológicas, a los revolucionarios antiimperiales, por internacionalistas que fuesen en teoría, les preocupaba conseguir la independencia para su propio país y nada más. No prestaban atención a las sugerencias de que aplazaran o modificaran su objetivo en beneficio de un objetivo mundial más amplio, como, por ejemplo, ganar la guerra contra la Alemania nazi y el Japón, los enemigos de sus imperios que (siguiendo un tradicional principio feniano) muchos de ellos consideraban como los aliados de su nación, especialmente durante los años en que pareció casi seguro que iban a ganar. Desde el punto de vista de la izquierda antifascista, alguien como Frank Ryan era difícil de entender: luchador republicano irlandés tan izquierdista, que combatió por la república española en las brigadas internacionales, pero que, tras ser capturado por las fuerzas del general Franco, apareció en Berlín, donde hizo cuanto pudo por ofrecer a Alemania el apoyo del IRA a cambio de la unificación del norte y el sur de Irlanda después de una victoria alemana.[13] Desde el punto de vista del republicanismo irlandés tradicional, era posible ver a Ryan como alguien que seguía una política consecuente, aunque

13. Véase Sean Cronin, *Frank Ryan, the search for the republic*, Dublín, 1980; pero

tal vez mal calculada. Había motivos para acusar a Subhas C. Bose («Netaji»), el héroe de las masas bengalíes y anteriormente importante figura radical del Congreso Nacional Indio, que se unió a los japoneses y organizó un ejército nacional indio, para luchar contra los británicos, con los soldados indios que habían caído prisioneros en los primeros meses de la guerra. Con todo, la acusación no podía basarse en el hecho de que en 1942 pareciese obvio que los aliados iban a ganar la guerra en Asia: una victoriosa invasión de la India por los japoneses distaba mucho de ser improbable. Muchos líderes de movimientos antiimperialistas, más de los que nos gusta recordar, vieron en Alemania y el Japón la manera de librarse de los británicos y los franceses, especialmente hasta 1943.

A pesar de todo, el movimiento general hacia la independencia y la descolonización, en especial a partir de 1945, estuvo asociado de modo indiscutible con el antiimperialismo socialista/comunista, lo cual es quizá la razón de que tantos estados descolonizados y con la independencia recién adquirida, y no únicamente aquellos en que los socialistas y los comunistas habían desempeñado un papel importante en las luchas por la liberación, se declararan «socialistas» en algún sentido. La liberación nacional se había convertido en una consigna de la izquierda. Paradójicamente, los nuevos movimientos étnicos y separatistas de la Europa occidental llegaron así a adoptar la fraseología social-revolucionaria y marxista-leninista que tan mal encaja en sus orígenes ideológicos en la ultraderecha de antes de 1914, y el historial pro fascista e incluso, durante la guerra, colaboracionista de algunos de sus militantes de más edad.[14] Que jóvenes intelectuales de la izquierda radical se apresurasen a ingresar en tales movimientos cuando 1968 no produjo el milenio esperado dio más ímpetu a esta transformación de la retórica nacionalista, mediante la cual los pueblos ancestrales a los que se impedía ejercer su derecho natural a la autodeterminación fueron reclasificados como «colonias» que también se liberaban a sí mismas de la explotación imperialista.

Cabe argüir que desde el decenio de 1930 hasta el de 1970 el discurso dominante de la emancipación nacional se hizo eco de las teorías de la izquierda, y, en particular, de lo que ocurría en el marxismo del Komintern.

---

también Frank Ryan, ed., *The book of the XV brigade*, Newcastle on Tyne, 1975, publicado por primera vez en Madrid, 1938.

14. Para el antiguo colaboracionismo de muchos de los activistas «étnicos» en Francia, véase William R. Beer, «The social class of ethnic activists in contemporary France», en Milton J. Esman, ed., *Ethnic conflict in the Western world*, Ithaca, 1977, p. 157.

Que el idioma alternativo de la aspiración nacional se hubiera desacreditado tanto a causa de su asociación con el fascismo, hasta el punto de quedar virtualmente excluido del uso público durante una generación, meramente hacía que esta hegemonía del discurso izquierdista fuese más obvia. Hitler y la descolonización parecían haber restaurado la alianza del nacionalismo con la izquierda que tan natural parecía antes de 1848. Hasta el decenio de 1970 no volvieron a aparecer legitimaciones alternativas para el nacionalismo. En Occidente, las principales agitaciones nacionalistas del período, que iban dirigidas fundamentalmente contra regímenes comunistas, volvieron a adoptar formas más sencillas y más viscerales de afirmación nacional, incluso cuando, de hecho, no rechazaban ninguna ideología que emanase de partidos comunistas gobernantes. En el «Tercer Mundo» el auge del integrismo religioso, sobre todo bajo varias formas islámicas, pero también en otras variantes religiosas (por ejemplo, el budismo entre los ultras cingaleses de Sri Lanka), proporcionó los cimientos tanto para el nacionalismo revolucionario como para la represión nacional. Vista en retrospectiva, la hegemonía ideológica de la izquierda desde el decenio de 1930 puede aparecer como un ínterin, o incluso una ilusión.

Queda por hacer una pregunta importante: ¿de qué modo la suerte del nacionalismo se ha visto afectada por la propagación de sentimientos y movimientos nacionalistas más allá de las regiones geográficas donde aparecieron por primera vez? Aunque los observadores europeos del decenio de 1920 empezaron a tomarse en serio el nacionalismo en el mundo dependiente —es decir, en la práctica, en Asia y los países islámicos—, quizá más en serio que nosotros en retrospectiva,[15] no consideraron que requiriese una modificación del análisis europeo. La mayor colección de estados independientes fuera de Europa, las repúblicas latinoamericanas, llamó muy poco la atención excepto en los Estados Unidos, y el nacionalismo en esa región fue considerado o bien como un «chiste ruritano», o asimilado al indigenismo, el descubrimiento cultural de civilizaciones y tradiciones indias apropiadas, hasta que ciertos grupos en los decenios de 1930 y 1940 parecieron mostrar simpatía por el fascismo europeo, lo cual permitió encasillarlos fácilmente. El Japón, aunque patentemente *sui generis*, podría considerarse como potencia imperial occidental honoraria y,

15. Hans Kohn, *History of nationalism in the East*, Nueva York, 1933, y *Nationalism and imperialism in the Hither East*, Nueva York, 1932; publicadas originalmente en alemán en 1928 y 1930 respectivamente, es probable que sean los primeros tratamientos serios del tema. Quizá las inquietudes sionistas del autor le empujaron a concentrarse en esta región.

por ende, un estado nacional y nacionalista un tanto parecido a sus modelos occidentales. Excepto Afganistán y quizá Siam, el resto de las regiones afroasiáticas que realmente no fueran propiedad de una metrópoli y administradas desde ella contenían un solo estado en el que había espacio auténtico para la maniobra independiente, a saber: la Turquía postimperial.

Virtualmente todos los movimientos antiimperiales de cierta importancia podían clasificarse —y, en general, así se hacía en las metrópolis— bajo uno de tres epígrafes: elites locales educadas que imitaban la «autodeterminación nacional» europea (como en la India); xenofobia antioccidental popular (epígrafe de uso universal que se aplicaba de forma generalizada, sobre todo en China); y el brío natural de las tribus marciales (como en Marruecos o los desiertos de Arabia). En el último caso los administradores e intelectuales imperiales, pensando en la posibilidad de reclutar a aquellos tipos tan recios y normalmente poco dados a la política en los ejércitos imperiales, tendían a ser indulgentes y reservaban su verdadera hostilidad para los agitadores urbanos, en especial los que poseían cierta educación. Ninguno de estos casos parecía requerir mucha reconsideración teórica, aunque el ejemplo de los movimientos populares en países islámicos, e incluso la atracción que Gandhi ejercía en las masas indias, inducía a pensar que el papel que desempeñaba la religión como movilizadora era mayor de lo que solía ser en la Europa moderna. Quizá lo más próximo a un pensamiento relativo al nacionalismo inspirado por el Tercer Mundo —aparte de la izquierda revolucionaria— fuese un escepticismo general en relación con la aplicabilidad universal del concepto «nacional». A los observadores imperiales les parecía que el mundo dependiente a menudo era una importación intelectual, adoptada por minorías de *évolués* desconectados de la masa de sus compatriotas, cuyas ideas de la comunidad y la lealtad política eran muy diferentes. Con frecuencia estas reflexiones eran justas, aun cuando tendían a hacer que los gobernantes imperiales o los colonizadores europeos pasaran por alto el auge de la identificación nacional de las masas cuando realmente se producía, como de forma patente les ocurrió a los sionistas y los judíos israelíes en el caso de los árabes palestinos.

En el período de entreguerras, el pensamiento más interesante relacionado con la «cuestión nacional» en el mundo dependiente tuvo lugar en el movimiento comunista internacional, aunque no salió del rígido marco del marxismo-leninismo, tal como se codificó en dicho período. Con todo, el problema que más preocupaba a los marxistas era la relación de las clases (incluidas las que deberían haber estado luchando unas contra otras,

como la burguesía y el proletariado de un país colonial) dentro del amplio movimiento antiimperialista que buscaba la liberación nacional y social; esto es, en la medida en que las sociedades coloniales indígenas poseyeran una estructura de clases que se prestara al análisis en términos derivados de Occidente, situación que aumentaba las complejidades para el análisis marxista. En cambio, la definición real de las «naciones» que luchaban por su libertad se tomó, en general, de los movimientos nacionalistas que existían, sin muchas indagaciones. Así, la nación india era la población del subcontinente indio, tal como lo reivindicaba el Congreso Nacional Indio; la nación irlandesa, lo que los fenianos consideraban como tal.[16] Para nuestros fines no necesitamos ahondar más en este interesante aspecto.

Dado que pocos movimientos «nacionales» antiimperialistas del Tercer Mundo coincidían con una entidad política o étnica que existiera antes de la llegada de los imperialistas, la evolución del nacionalismo en el sentido que el término tenía en la Europa decimonónica ha ocurrido en gran parte desde la descolonización, es decir, principalmente desde 1945. La mayor parte, por consiguiente, no ha ido dirigida contra un opresor imperialista extranjero, sino contra estados recién emancipados que reivindicaban una homogeneidad nacional que no poseían. Dicho de otro modo, protestaban contra la irrealidad «nacional», es decir, étnica o cultural, de los territorios en que la era imperial había dividido el mundo dependiente, aunque a veces también contra la irrealidad de las ideologías derivadas de Occidente que hacían suyas las elites modernizadoras que heredaban el poder del antiguo gobernante.

Pero, ¿protestaban —protestan— en nombre de algo que corresponde al antiguo «principio de nacionalidad» y la exigencia de autodeterminación? En algunos casos es evidente que hablan la misma lengua, que probablemente ya no se deriva de forma directa de Mazzini, sino de modo indirecto a través del marxismo de entreguerras, la principal influencia ideológica en los intelectuales en zonas extensas del mundo dependiente.

16. *Die nationale Frage und Österreichs Kampf um seine Unabhängigkeit: Ein Sammelband*, prefacio de Johann Koplenig, París, 1939, documenta la principal excepción: Austria. Hasta ahora los marxistas habían considerado a sus habitantes de habla alemana como miembros de la nación alemana, la razón principal del apego del partido socialdemócrata austríaco a la unión con Alemania, lo cual planteó problemas una vez Alemania estuvo en manos de Hitler. Aunque los socialdemócratas mantuvieron su postura, hasta el punto de que Karl Renner (que luego sería el primer presidente de la segunda república austríaca) aplaudió el *Anschluss* en 1938, los comunistas austríacos formularon una teoría de nacionalidad austríaca aparte que les ahorró estas situaciones embarazosas.

Es obvio que este es el caso de Sri Lanka, tanto entre los extremistas cingaleses como tamiles, aunque el comunalismo cingalés también se apoyaba en ideas lingüísticas/raciales occidentales del siglo XIX para demostrar la superioridad aria.[17] Con todo, ello no quiere decir que los conflictos y rivalidades comunales y la afirmación de grupos étnicos en el Tercer Mundo deban verse bajo esta luz, a saber, como movimientos de creación potencial de estados cuya finalidad lógica es la instauración de estados territoriales. La incapacidad del «tribalismo», que evidentemente cuenta con apoyo muy firme en muchas partes de África, en lo que se refiere a «oponerse al aparato sancionador incluso de estados relativamente rudimentarios»,[18] debería darnos en qué pensar. Y lo mismo, volviendo la otra cara de la moneda, debería hacer la incapacidad de zonas que se desintegran en sus componentes comunales como el Líbano, en lo que respecta a mantener algo que pudiese calificarse, siquiera vagamente, de estado-nación o estado de otro tipo.

Por supuesto, desde 1945 se han creado estados nuevos que obviamente dividen en un número reducido —entre dos y cuatro, pongamos por caso— regiones que difieren mucho en su estructura sociopolítica, su cultura, su etnicidad u otras características que hagan al caso desde el punto de vista político y que, de no ser por la situación internacional, podrían desintegrarse por tales motivos, como ha sucedido de vez en cuando (por ejemplo, el Pakistán oriental y el occidental, el Chipre turco y el griego). El Sudán y el Chad (norte musulmán/árabe, sur negro cristiano/animista) y Nigeria (musulmanes y hausas en el norte, yorubas en el suroeste, ibos en el sureste) son ejemplos que hacen al caso. No obstante, es significativo que la situación en Nigeria aparentemente se haya calmado desde que fracasó la secesión de Biafra (país de los ibos) en 1967, dividiendo las tres comunidades dominantes y sustituyendo la división tripartita del principio por diecinueve estados más pequeños, y subrayando de paso el hecho de que hausas, yorubas e ibos representan entre ellos menos del 60 por 100 del total de la población nigeriana. También resulta claro que es inestable la situación interna de los estados en los cuales el poder reside en una sola comunidad hegemónica, especialmente si todavía se encuentra en vías de

17. Kumari Jayawardene, *Ethnic and class conflicts in Sri Lanka*, Dehiwala, 1985; del mismo autor, «The national question and the left movement in Sri Lanka», *South Asia Bulletin*, VII, 1 y 2 (1987), pp. 11-22; Jayadeva Uyangoda, «Reinterpreting Tamil and Sinhala nationalism», *ibid.*, pp. 39-46; R. N. Kearney, «Ethnic conflict and the Tamil separatism movement in Sri Lanka», *Assian Survey*, 25 (9 de septiembre de 1985), pp. 898-917.

18. Fredrik Barth, ed., *Ethnic groups and boundaries*, Boston, 1989, p. 34.

instaurar su dominio en todo el territorio estatal. Parece que esto es lo que ocurre en Etiopía, donde la ascensión en el siglo XIX de un imperio basado en una comunidad cristiana minoritaria —los hablantes de amhara representan el 25 por 100 de una población que se divide en un 40 por 100 de cristianos, un 40 por 100 de musulmanes y un 20 por 100 de otros— fue interrumpida por un breve período en que el país fue una colonia italiana, la restauración de un imperio extenso y la revolución de 1974. Aun así, es improbable que la unidad territorial de este desdichado país atormentado por el hambre y la guerra corriera un peligro serio de no ser por el intento de anexionarse Eritrea, que estaba en condiciones de crear sus propios movimientos políticos y su identidad territorial, como colonia italiana y bajo la administración británica, antes de ser añadido, por conveniencias internacionales, a Etiopía, a la que nunca había pertenecido anteriormente.

Es evidente que abundan las tensiones étnicas, tribales o comunales en varios de los estados que han adquirido su independencia recientemente, tanto en África como en Asia, pero —dejando aparte los países que parecen haber encontrado un *modus vivendi* multiétnico que funciona bien— no está claro, ni mucho menos, que el separatismo de estado sea lo que pretenden los pueblos que los componen o siquiera los líderes y portavoces de los mismos.

El verdadero problema de los grupos étnicos y comunales, especialmente los que tienen que hacer frente a dramáticos cambios socioeconómicos para los cuales su historia no los ha preparado, es muy diferente. Se parece muy poco al problema de la formación de naciones nuevas y mucho al de la inmigración de masas en viejos (o nuevos) países industriales: ¿cómo adaptarse al nuevo mundo en una sociedad étnicamente plural? Por supuesto, estos inmigrantes, como hemos visto, se ven atraídos de forma natural hacia grupos compuestos por otras gentes de «la patria» o «de casa», empujados por la inseguridad y la nostalgia, en busca de ayuda mutua, por la reacción ante la hostilidad exterior a gente como ellos y, no en menor medida, por el poderoso medio organizativo de la política electoral, allí donde exista. Como bien sabe todo político en Norteamérica, responden señaladamente a los llamamientos étnicos y a las peticiones de apoyo a lo que se considere como la causa nacional en sus países de origen, especialmente cuando emigraron en parte por motivos políticos o ideológicos: apoyo al IRA entre los irlandeses, hostilidad a Yasser Arafat entre los judíos, la restauración de los estados bálticos entre los letones. Pese a ello, como también sabe todo político, decir lo que esperan que se diga acerca del Sinn Fein, la OLP y el estalinismo no es más que una pe-

queña parte de la tarea política de los representantes de estos distritos electorales y la tarea principal es cuidar de sus intereses como *norteamericanos* o *canadienses*. En una sociedad pluriétnica o comunal esto significa esencialmente negociar para que el grupo reciba la parte que le corresponda de los recursos del estado frente a otros grupos, defender al grupo contra la discriminación y, en general, incrementar las oportunidades de sus miembros y disminuir sus desventajas. El nacionalismo en el sentido de exigir un estado territorial aparte, o incluso la autonomía lingüística, nada tiene que ver con esto, aunque puede hacer que una diáspora se sienta satisfecha.

El caso de los negros en los Estados Unidos es un ejemplo especialmente oportuno, porque la raza domina de modo tan claro su situación como grupo y porque, a pesar de su notable grado de segregación social o «guetoización», es evidente que el separatismo territorial no les interesa, dejando aparte la imposibilidad de ponerlo en práctica, ya sea bajo la forma de un éxodo masivo a algún otro país (africano) o reservando alguna parte de los Estados Unidos para ellos. A veces la primera solución ha gozado de mucho apoyo emocional entre los negros del hemisferio occidental, pero nunca ha sido considerado como un programa serio excepto por la ultraderecha loca que piensa en la expulsión en masa («repatriación») de los inmigrantes de color.

La segunda solución fue propuesta durante un breve tiempo, de acuerdo con la doctrina ortodoxa de la «autodeterminación nacional», por la Internacional Comunista, pero sin que lograra despertar el interés de los negros. Si trazáramos un mapa de la distribución de los condados de los estados del sur donde el censo indicó que había mayorías negras, veríamos que sobre el papel existía un cinturón más o menos continuo (con varios enclaves y exclaves) que podría considerarse un «territorio nacional» para los negros norteamericanos, un territorio que podría convertirse en una república negra.[19] Lo absurdo de esta fantasía cartográfica era la suposición de que el problema de vivir en los Estados Unidos (donde predominan los blancos) podría eliminarse de la vida de los negros norteamericanos por medio del separatismo. Además, ya era evidente que aunque pudiera crearse una república negra en alguna parte del sur del país, posi-

19. «El partido reforzó la lucha por la igualdad de derechos de los negros y el derecho a la autodeterminación hasta la secesión para el "cinturón negro" e incluyendo el mismo» (*Die Kommunistische Internationale vor dem VII Weltkongress: Materialien*, Moscú-Leningrado, 1935, p. 445), informando de «decisiones en el otoño del año 1930». Sobre las «agudas divergencias» acerca de la consigna favorable a una república negra para la pobla-

blemente ello se notaría muy poco en los guetos urbanos del norte y el oeste, adonde ya acudía gran número de negros. La concentración en las ciudades, donde en 1970 vivía el 97 por 100 de los negros que no eran del sur —un tercio de éstos seguían viviendo en zonas rurales—, ha dado a los negros norteamericanos gran fuerza electoral, de la que han sacado algunas ventajas, pero ello ha sido concentrándose en obtener para su grupo étnico una mayor proporción de los recursos y servicios de toda la sociedad. La segregación territorial de los guetos en las sociedades plurales puede ser una fuerza formidable para la cohesión étnica, como atestiguan tanto Belfast como Beirut, pero en realidad *elimina* la perspectiva clásica de autodeterminación mediante la formación de estados territoriales, en todos los casos salvo muy pocas excepciones.

Aún más, la urbanización y la industrialización, que se apoyan en masivos y variados movimientos, migraciones y traslados de personas, obran en menoscabo de la otra suposición nacionalista básica, la de un territorio habitado en esencia por una población homogénea desde los puntos de vista étnico, cultural y lingüístico. La acusada reacción xenófoba o racista de la población nativa de los países o regiones receptores ante la afluencia masiva de «forasteros» ha sido, por desgracia, un fenómeno frecuente en los Estados Unidos desde el decenio de 1890, y en la Europa occidental, desde el de 1950. Sin embargo, la xenofobia y el racismo son síntomas y no curas. Las comunidades y grupos étnicos en las sociedades modernas forzosamente deben coexistir, prescindiendo de la retórica que sueña con que la nación vuelva a verse libre de mezclas. El asesinato en masa y la expulsión también en masa («repatriación») simplificaron drásticamente el mapa étnico de Europa y podrían probarse en algunas otras regiones. Sin embargo, desde entonces el movimiento de gentes ha restaurado la complejidad étnica que la barbarie quiso eliminar. Sólo que hoy la típica «minoría nacional» en la mayoría de los países que reciben inmigración es un archipiélago de islas pequeñas en vez de una coherente masa de tierra. Puede que Otto Bauer tenga algo que ver con su problema, pero no puede decirse lo mismo de Mazzini.

Fundamentalmente, esta es la situación de los grupos étnicos en los estados poliétnicos y policomunales del Tercer Mundo, es decir, en la ma-

ción negra de los Estados Unidos, en el debate de la subcomisión pertinente del VI congreso de la Internacional en 1928, véanse las aportaciones de Ford y Jones en el congreso. *Compte-Rendu Sténographique du VIe Congrès de l'Internationale Communiste 17 juillet-1 septembre 1928*, en *La Correspondance Internationale*, n.° 125 (19 de octubre de 1928), pp. 1.292-1.293; n.° 130 (30 de octubre de 1928), p. 1.418.

yoría de los estados ex coloniales mayores que las pequeñas islas del Caribe, e incluso en algunos miniestados. Los grupos étnicos o comunales dentro de ellos a menudo están fuertemente organizados como tales, principalmente en los estados nuevos, por medio de partidos políticos y grupos de presión que son portavoces *de facto* de sus intereses étnicos. El acceso a puestos del servicio estatal y público que, en muchos de tales estados, son el camino más importante para llegar a la riqueza y la acumulación de capital para las personas no versadas en las habilidades empresariales modernas —practicadas tradicionalmente por algunas comunidades minoritarias y por los blancos—[20] es el objetivo principal. En la medida en que dicho acceso se adquiere por medio de la escolarización (excepto en los casos raros de golpes militares que no sean obra de oficiales), los «grupos étnicos contendientes —como observa Fredrik Barth con su acostumbrada agudeza— ... se vuelven diferenciados en lo que respecta al nivel de educación y tratan de controlar o monopolizar los servicios educativos».[21]

En la medida en que esta competencia entre grupos es para hacerse con el acceso o el control de puestos en la maquinaria del estado (territorial), tales rivalidades étnicas tienen algo en común con la ascensión del nacionalismo «pequeñoburgués» que estudiamos en el capítulo 4. En los casos extremos puede realmente llevar al separatismo, como ocurre entre los tamiles en Sri Lanka, minoría (en parte geográficamente separable) que estaba demasiado representada en el servicio público bajo los británicos y, probablemente, en la educación superior, y que desde entonces ha sufrido las presiones de la mayoría cingalesa, entre las que se cuenta la adopción del cingalés como *única* lengua oficial en 1956. (Si el hindi hubiera sido la lengua del 72 por 100 de la población de la India, en vez del 40 por 100, la tentación de eliminar el inglés para fines oficiales hubiese sido mayor, como también lo hubiese sido el peligro del separatismo tamil y otros en el subcontinente indio.)[22] Con todo, el nacionalismo territorial es un caso especial y limitador. Ni tan sólo en Sri Lanka las aspiraciones separatistas sustituyeron a las federalistas hasta unos veinticinco años

20. Tales minorías, por supuesto, también actúan por medio del acceso privilegiado a los que ostentan el poder estatal.

21. Véase Barth, ed., *Ethnic groups*, pp. 34-37.

22. Véase Sunil Bastian, «University admission and the national question», y Charles Abey-sekera, «Ethnic representation in the higher state services», en *Ethnicity and social change in Sri Lanka* (monografías presentadas en un seminario organizado por la Social Scientists' Association, diciembre de 1979), Dehiwala, 1985, pp. 220-232, 233-249.

después de la independencia. El caso general es la coexistencia competitiva apoyada, donde ello sea necesario, por diversos tipos de descentralización y autonomía. Y cuanto más urbanizada e industrializada esté una sociedad, más artificial es el intento de encerrar en «bantustanes» a las comunidades étnicas que actúan en la economía general. El intento sudafricano en tal sentido se ha percibido correctamente, no como un clásico ejemplo de construcción de una nación para los africanos, sino como un proyecto destinado a perpetuar la opresión racial.

Sin embargo, como una vez más señala Barth,[23] las relaciones de grupo en estas complejas sociedades poliétnicas/comunales son diferentes y menos estables si se comparan con las que existían en las sociedades tradicionales. En primer lugar, los grupos que entran en sociedades modernas o más avanzadas tienen tres estrategias posibles (que quizá no sean del todo distintas). Puede que sus miembros traten de asimilarse a la sociedad avanzada, o de «pasar» por miembros de ella, con el resultado de que algunos tal vez lo consigan, pero el conjunto de la comunidad se verá «despojada de su fuente de diversificación interna y es probable que continúe siendo un grupo culturalmente conservador en un nivel bajo del sistema social general». O puede que acepte la condición de minoría y trate de disminuir las incapacidades correspondientes, pero insista en mantener su carácter específico «en sectores de no articulación». Por ende, no se producirá la clara aparición de una sociedad organizada poliétnicamente, y en las sociedades industriales, probablemente, la asimilación final. En último lugar, cabe que el grupo opte por poner de relieve su identidad étnica, «utilizándola para crear nuevas posiciones y pautas ... que antes no se encontraban en sus sociedades o no eran suficientes para los nuevos fines». Esta es la estrategia que, a juicio de Barth, más se acerca a generar nacionalismo étnico poscolonial o posible construcción de estado, aunque, como he argüido, este no es el objetivo normal de esta estrategia, y tampoco su implicación necesaria. En todo caso, a efectos de análisis no es útil colocar todos estos modos de supervivencia de grupos étnicos bajo el mismo epígrafe de «nación» y «nacionalismo»: nativos de Quebec, inmigrantes griegos y bálticos, indios algonquinos, esquimales, ucranianos y angloescoceses, por citar un solo caso multiétnico.

En segundo lugar, las relaciones interétnicas tradicionales a menudo, tal vez en la mayoría de los casos, se estabilizaban transformándose en una división social del trabajo en segmentos, de tal modo que el «forastero»

23. Barth, ed., *Ethnic groups*, pp. 33-37.

tiene una función reconocida y, sean cuales fueren «nuestras» fricciones con su comunidad, «nos» complementa en lugar de competir con nosotros. Si no intervenimos, estos mercados de trabajo y pautas de servicio divididos en segmentos étnicos se desarrollan de forma natural, incluso en la historia de la industrialización y la urbanización occidentales, en parte porque en tales mercados hay lugares específicos que han de llenarse, principalmente porque la red de ayuda mutua extraoficial de los inmigrantes procedentes de regiones determinadas los llena con amigos, parientes y clientes del país de origen. Aun hoy día en Nueva York uno espera ver caras coreanas en una verdulería, que los indios mohawk predominen entre los constructores de rascacielos y que (como en Londres) los vendedores de prensa sean de origen indio, y que el personal de los restaurantes indios lo formen inmigrantes de Sylhet, distrito de Bangladesh.

Dado que «los sistemas poliétnicos tradicionales son tan a menudo marcadamente económicos» (Barth), es curioso que los movimientos en los estados plurales que hacen hincapié en la sociedad étnica se ocupen tan raramente de esta clase de división social y prefieran ocuparse de la posición competitiva de su grupo en una sarracina intercomunal dentro del estado. Gran parte de lo que pasa por nacionalismo poscolonial refleja la consiguiente inestabilidad de las relaciones de grupo que se basan, no en una verdadera división etnoeconómica del trabajo o la función, sino en un equilibrio (o preponderancia) del poder político.

Las fricciones y los conflictos étnicos y comunales son, por lo tanto, bastante visibles en el mundo ajeno a la zona original de nacionalismo y pueden dar la impresión de que encajan en el modelo «nacional».

Y, pese a ello, hay que volver a decir que todo esto no es lo mismo que «la cuestión nacional» en torno a la cual discutían los marxistas y atendiendo a la cual se dibujaban nuevamente los mapas. O, si lo preferimos, la extensión del «nacionalismo» más allá de su región de origen lo coloca fuera del alcance del análisis original del fenómeno, como atestigua la aparición espontánea de términos nuevos para comprenderlo, tales como la palabra *ethnie* (que significa «grupo étnico» o lo que se hubiera denominado «nacionalidad»), que parece ser muy reciente.[24] Esto se comprende desde hace tiempo, aunque anteriores observadores del nacionalismo no occidental, pese a ser muy conscientes de que «nos encontramos ante

24. El *Trésor de la langue française*, vol. VIII, París, 1980, si bien recoge la palabra *ethnie* para 1896, no muestra ninguna aplicación de la misma antes de 1956. Anthony D. Smith, *The ethnic origins of nations*, Oxford, 1986, utiliza el término extensamente, pero es

un fenómeno muy distinto del nacionalismo europeo», consideraban que era «fútil» esquivar el término «en vista de su adopción por todas partes».[25] Con todo, tanto si el término se usa como si no, el fenómeno plantea cuestiones nuevas en varios aspectos. Una de ellas puede mencionarse brevemente en la conclusión del capítulo: la lengua.

En modo alguno está claro que continúe o pueda continuar la pauta clásica de nacionalismo lingüístico, la de transformar un idioma étnico en una nueva lengua literaria, «nacional», estándar, para todo uso. (Hasta dentro de las lenguas estándar de este tipo, lenguas arraigadas, recientemente ha habido tendencia a desintegrarlas convirtiendo las subvariantes habladas o dialectos en posibles medios de instrucción escolar, por ejemplo el «inglés negro» o el *joual* francés de los barrios de clase baja de Montreal, en el que se advierte la fuerte influencia del inglés.) Para fines prácticos, el multilingüismo es inevitable en la mayoría de los estados actuales, ya sea porque la inmigración llena virtualmente todas las ciudades occidentales de colonias «étnicas», o porque la mayoría de los estados nuevos de hoy contienen un número tan elevado de lenguas habladas que no se entienden mutuamente, que son indispensables medios de intercomunicación nacional (y hoy en día, preferiblemente, internacional), sin contar lenguas francas más modestas. (Papuasia-Nueva Guinea, con más de 700 lenguas para una población de alrededor de dos millones y medio, puede ser el caso extremo.) En el último caso ya resulta claro que las lenguas más aceptables desde el punto de vista político son los conceptos de comunicación sin identificación étnica local, como el inglés chapurreado que se usa en China o el bahasa en Indonesia, o lenguas extranjeras (preferiblemente de cultura mundial), sobre todo el inglés, que no coloquen a ningún grupo étnico en una posición especial de ventaja o desventaja. Esta situación, que tal vez explique «lo que parece ser una notable flexibilidad lingüística entre la elite indonesia y la falta de intenso compromiso emocional con una «lengua materna»,[26] evidentemente no es la misma que la que se observa con frecuencia en los movimientos nacionalistas europeos.

---

claro que lo considera como un neologismo francés que todavía no ha sido britanizado plenamente. Dudo que se encuentre, exceptuando casos raros, en el debate en torno a la nacionalidad antes de finales del decenio de 1960.

25. John H. Kautsky, «An essay in the politics of development», en John H. Kautsky, ed., *Political change in underdeveloped countries: nationalism and communism*, Nueva York-Londres, 1962, p. 33.

26. N. Tanner, «Speech and society among the Indonesian elite», en J. B. Pride y J. Homes, eds., *Sociolinguistics*, Harmondsworth, 1972, p. 127.

Tampoco lo es la política de la moderna elaboración de censos multiétnicos en el Canadá, si la comparamos con la del antiguo imperio Habsburgo (véanse las pp. 108-109). Porque, sabiendo que los miembros de grupos étnicos inmigrantes, si se les pide que elijan entre la etnicidad y la condición de canadienses, se consideran a sí mismos canadienses, y conociendo la atracción que el inglés ejerce en ellos, los grupos de presión étnicos se oponen a que los censos hagan preguntas relativas a la lengua o la autoidentificación étnica y, hasta hace poco, el censo insistía en una declaración de *origen* étnico patrilineal y rechazaba «canadiense» o «americana» como respuesta excepto en el caso de los amerindios. Esta etnicidad del «artefacto censo», propugnada en un principio por los francocanadienses para hinchar su número fuera de la región nuclearia de Quebec, también servía para los propósitos de los líderes étnicos e inmigrantes, ya que amortigua el hecho de que los 315.000 que manifestaron ser de origen polaco en el censo de 1971, sólo 135.000 señalaron el polaco como lengua materna y únicamente 70.000 lo hablaban en casa. Las cifras correspondientes a los ucranianos son parecidas.[27]

Resumiendo, el nacionalismo étnico y el lingüístico tal vez siguen caminos divergentes y cabe que en estos momentos ambos estén perdiendo su dependencia del poder del estado nacional. Lo que cabe denominar multilingüismo no competitivo o bilingüismo análogo a la relación en el siglo XIX entre las lenguas de cultura oficial/estatales y los dialectos y jergas subalternos, ya parece común. La tendencia a dar a las lenguas vernáculas categoría oficial al lado de las lenguas de cultura nacional/internacional —el castellano en la América Latina, el francés en partes de África, de forma más general el inglés (que es el medio de educación secundaria en las Filipinas y, al menos lo era hasta la revolución, en Etiopía)— no debe inducir a engaño.[28] Puede que el modelo ya no sea una lucha por la supremacía, como en Quebec, sino una división de la función, como en Paraguay, donde tanto el español como el guaraní se enseñan y los habla la elite urbana, pero el español es el medio de comunicación por escrito, con

27. Robert F. Harney, «"So great a heritage as ours". Immigration and the survival of the Canadian polity», *Daedalus*, vol. 117/4 (otoño de 1988), pp. 68-69, 83-84.

28. Sobre la importancia del inglés, véase François Grosjean, *Life with two languages*, Cambridge, Massachusetts, 1982, donde se afirma que en sólo 38 estados carecía el inglés de toda categoría oficial en 1974. En 20 países (de habla no inglesa) era la única lengua oficial, en otros 36 se utilizaba en los tribunales y como principal medio de instrucción en las escuelas (p. 114). Para los problemas de competir con el inglés, véase también L. Harries, «The nationalization of Swahili in Kenya», *Language and Society*, 5 (1976), pp. 153-164.

la posible excepción de la literatura. Es improbable que el quechua, al que en 1975 también se le dio categoría oficial en Perú, trate de suplantar al español como lengua de, pongamos por caso, la prensa diaria y la universidad, o que, sea cual fuere la categoría oficial de alguna lengua vernácula en las ex colonias británicas de África o el Pacífico, el camino hacia la educación, la riqueza y el poder no continúe pasando por el inglés.[29]

Esta especulación nos lleva a algunas reflexiones finales sobre el futuro de las naciones y el nacionalismo.

29. En algunos sentidos los modernos medios (orales y visuales) de comunicación de masas «que no requieren los arduos pasos de la alfabetización» (David Riesman, introducción a Daniel Lerner, *The passing of traditional society*, Nueva York, 1958, p. 4) han disminuido los argumentos de los utilitarios a favor de la literatura vernácula para el monolingüe, que ahora ya no se ve aislado de la información relativa al mundo exterior. El transistor ha sido el principal agente de esta revolución cultural. Véase, por ejemplo, Howard Handelman, *Struggle in the Andes: peasant political mobilization in Peru*, Austin, 1974, p. 58. La atención sobre esta revolución me la llamó por primera vez, a comienzos de los años sesenta, el malogrado José María Arguedas, que señaló la multiplicación de emisiones de radio locales en quechua para los inmigrantes de Lima, generalmente transmitidas a unas horas en que sólo los trabajadores indios estaban despiertos.

6. EL NACIONALISMO EN LAS POSTRIMERÍAS DEL SIGLO XX

I

Desde que la edición inglesa de este libro se publicó por primera vez a comienzos de 1990 se han formado, o se encuentran en proceso de formación, más estados-nación nuevos que en cualquier otra época del siglo en curso. El desmembramiento de la URSS y de Yugoslavia ha añadido hasta ahora dieciséis de ellos al número de entidades soberanas reconocidas internacionalmente, y no parece que nada vaya a frenar los avances de la separación nacional en un futuro inmediato. Hoy día todos los estados son oficialmente «naciones», todas las agitaciones políticas tienden a ser contra extranjeros, a quienes todos los estados hostigan y pretenden excluir prácticamente. Por consiguiente, puede parecer un ejemplo de ceguera voluntaria concluir el presente libro con algunas reflexiones sobre la *decadencia* del nacionalismo como vector del cambio histórico, comparado con el papel que desempeñó durante el siglo comprendido entre el decenio de 1830 y el fin de la segunda guerra mundial.

Sería en verdad absurdo negar que el derrumbamiento de la Unión Soviética y del sistema regional e internacional del cual, en su calidad de una de las dos superpotencias, fue columna durante unos cuarenta años representa un cambio histórico profundo y tal vez permanente, un cambio cuyas consecuencias no están nada claras en el momento de escribir este capítulo. Sin embargo, introduce elementos *nuevos* en la historia del nacionalismo sólo en la medida en que la desintegración de la URSS en 1991 fue mucho más allá que la desintegración (temporal) de la Rusia zarista en 1918-1920, la cual quedó en gran parte limitada a sus regiones europeas y transcaucasianas.[1] Porque, básicamente, las «cuestiones nacionales» de

1. Aun así, las ambiciones «panturanias» de Turquía en el Asia central, a cuya consecución afortunadamente no se dedicó Kemal Atatürk, sino sus rivales políticos derrotados

1988-1992 no son nuevas. Pertenecen decididamente al hogar tradicional de las causas nacionales: Europa. Por ahora no se advierte ninguna señal de separatismo político serio en América, por lo menos al sur de la frontera entre Estados Unidos y el Canadá. Pocos indicios hay de que el mundo islámico, o al menos los crecientes movimientos fundamentalistas que hay en él, esté interesado en multiplicar las fronteras estatales. Lo que quieren es volver a la fe verdadera de los fundadores. De hecho, es difícil ver de qué modo el separatismo como tal podría interesarles. Es obvio que agitaciones separatistas (en gran parte terroristas) sacuden algunos rincones del subcontinente del sur de Asia, pero hasta ahora (exceptuando la secesión de Bangladesh) los estados sucesores han conservado su unidad. De hecho, los regímenes nacionales poscoloniales, no sólo de esta región, continúan aceptando de forma mayoritaria las tradiciones decimonónicas de nacionalismo, tanto liberal como revolucionario-democrático. Gandhi y los Nehru, Mandela y Mugabe, los ya desaparecidos Zulfiqar Bhutto y Bandaranaike, e incluso diría que la líder cautiva de Birmania (Myanmar), Aung-San Su Xi, no eran o no son nacionalistas en el sentido en que Landsbergis y Tudjman lo son. Estaban o están en la misma longitud de onda que Massimo d'Azeglio: constructores en vez de destructores de naciones. (Véase anteriormente, p. 53.)

Puede que muchos más estados africanos poscoloniales se hundan en el caos y el desorden, como les ha ocurrido recientemente a algunos de ellos, incluyendo —aunque esperamos que no sea así— la República de Suráfrica. Sin embargo, considerar que la causa del derrumbamiento de Etiopía o Somalia fue el derecho inalienable de los pueblos a formar estados-nación soberanos representa forzar el sentido de las palabras. Las fricciones y los conflictos, a menudo sangrientos, entre grupos étnicos son más antiguos que el programa político del nacionalismo y seguirán existiendo cuando éste haya desaparecido.

En Europa el brote de nacionalismo separatista tiene raíces históricas todavía más específicas en el siglo XX. Los huevos de Versalles y Brest-Litovsk todavía se están incubando. En esencia, el derrumbamiento permanente de los imperios Habsburgo y otomano y la efímera caída del imperio ruso de los zares produjeron la misma serie de estados sucesores nacionales con la misma clase de problemas, insolubles a la larga, excepto recurriendo al asesinato en masa o a la migración forzosa e igualmente en

---

como Enver Pachá, y el interés de los japoneses por el Lejano Oriente ruso a orillas del Pacífico anuncian temas sobre los cuales se hablará mucho más en el decenio de 1990.

masa. Los explosivos problemas de 1988-1992 fueron los que se crearon en 1918-1921. En aquel tiempo los checos fueron uncidos con los eslovacos por primera vez, y los eslovenos (que antes eran austriacos) con los croatas (otrora la frontera militar contra los turcos) y, al cabo de un milenio de historia divergente, con los serbios, que pertenecían a la ortodoxia y al imperio otomano. La duplicación del tamaño de Rumania causó fricciones entre las nacionalidades que la componían. Los alemanes victoriosos crearon tres pequeños estados-nación a orillas del Báltico que no tenían absolutamente ningún precedente histórico y —al menos en Estonia y Letonia— ninguna exigencia nacional discernible.[2] Los aliados las mantuvieron con vida como parte del «cordón sanitario» frente a la Rusia bolchevique. En el momento de mayor debilidad de Rusia, la influencia alemana fomentó la creación de un estado independiente georgiano y otro armenio, y los ingleses apoyaron la autonomía de Azerbaiján, región donde abunda el petróleo. El nacionalismo transcaucasiano (si semejante término no resulta demasiado fuerte para los sentimientos antiarmenios de los turcos azeríes) no había sido un problema político serio antes de 1917: por razones obvias, a los armenios les preocupaba Turquía más que Moscú, los georgianos apoyaban a un partido ruso nominalmente marxista (los mencheviques) como partido nacional. Sin embargo, a diferencia de los Habsburgo y del imperio otomano, el imperio multinacional ruso resistió durante otras tres generaciones, gracias a la Revolución de Octubre y a Hitler. La victoria en la guerra civil hizo imposible el separatismo ucraniano, y la recuperación del Transcáucaso eliminó los separatismos locales, aunque —como se logró en parte por medio de negociaciones con la Turquía de Mustafá Kemal— dejó sin resolver algunos asuntos delicados que darían pie a futuros resquemores nacionalistas, en particular el problema del enclave armenio de Nagorno-Karabaj en Azerbaiján.[3] En 1939-1940 la URSS recuperó prácticamente todo lo que la Rusia zarista había

2. Esto se desprende de las cifras de las votaciones para la asamblea constituyente rusa de noviembre de 1917, analizadas por O. Radkey, *Russia goes to the polls*, Ithaca, 1989.

3. Los armenios son un ejemplo de las dificultades de ligar la nacionalidad al territorio. La actual república de Armenia (cuya capital es Yerevan) no había revestido ninguna importancia especial para aquel infeliz pueblo antes de 1914. «Armenia» estaba principalmente en Turquía. Los armenios rusos eran a la vez un pueblo transcaucasiano rural y una población urbana digna de tenerse en cuenta —probablemente la mayoría de la población en Tbilisi y Bakú—, así como una nutrida diáspora nacional e internacional. Cabría decir que «Armenia» fue lo que quedó después de que los armenios fueran exterminados o expulsados de todas las demás partes.

perdido, exceptuando Finlandia (a la que Lenin había permitido separarse pacíficamente) y la Polonia ex rusa.

Así pues, la forma más sencilla de describir la aparente explosión de separatismo en 1988-1992 es decir que se trata «de un asunto pendiente que data de 1918-1921». A la inversa, antiguas y arraigadas cuestiones nacionales que realmente parecían peligrosas a ojos de las cancillerías europeas *antes* de 1914 no han resultado explosivas. Lo que provocó el derrumbamiento de Yugoslavia no fue la «cuestión de Macedonia», que bien saben los eruditos que dio origen a batallas entre expertos rivales en media docena de campos en los congresos internacionales. Al contrario, la República Popular de Macedonia hizo cuanto pudo por permanecer ajena al conflicto entre serbios y croatas, hasta que la propia Yugoslavia empezó a derrumbarse y todos sus componentes tuvieron que cuidar de sí mismos para defenderse, pura y simplemente. (Es característico que su reconocimiento oficial haya sido saboteado hasta ahora por Grecia, que se había anexionado extensas partes de territorio macedónico en 1913.) De modo parecido, la única parte de la Rusia zarista que contenía un auténtico movimiento nacional antes de 1917, aunque no se trataba de un movimiento separatista, era Ucrania. Pese a ello, Ucrania permaneció relativamente tranquila mientras las repúblicas bálticas y caucasianas exigían la secesión, siguió bajo el control del partido comunista local y no se resignó a la separación hasta después de que el fracasado golpe de agosto de 1991 destruyera la URSS.

Asimismo, la definición de «la nación» y sus aspiraciones, que, paradójicamente, Lenin compartía con Woodrow Wilson, creó de forma automática las líneas de fractura a lo largo de las cuales se romperían las unidades multinacionales construidas por los estados comunistas, del mismo modo que las fronteras coloniales de 1880-1950 formarían las fronteras de los estados poscoloniales, toda vez que no había otras. (La mayoría de sus habitantes no sabían qué eran las fronteras, o no les hacían caso.) En la Unión Soviética podemos ir más lejos: fue el régimen comunista quien deliberadamente se propuso *crear* «unidades administrativas nacionales» de signo etno-lingüístico y territorial, es decir, «naciones» en el sentido moderno de la palabra, donde antes no existían o no se pensaba en ellas, como entre los pueblos musulmanes de Asia o, para el caso, los bielorrusos. La idea de repúblicas soviéticas basadas en «naciones» kazaj, quirguiz, uzbeca, tayik y turcomana fue un invento teórico de los intelectuales soviéticos más que una aspiración primordial de estos pueblos del Asia central.[4]

4. Cf. Graham Smith, ed., *The nationalities question in the Soviet Union*, IV: *Muslim Central Asia*, Londres y Nueva York, 1990, por ejemplo pp. 215, 230, 262.

La idea de que estos pueblos, ya fuera por la «opresión nacional» o la conciencia islámica, estaban ejerciendo sobre el sistema soviético la presión intolerable que causaría su derrumbamiento parece ser meramente otra expresión del horror justificado que el sistema soviético causaba en algunos observadores occidentales y de la creencia de éstos de que dicho sistema no podía durar mucho. En realidad, el Asia central permaneció políticamente inerte hasta la caída de la Unión Soviética, exceptuando algunos pogromos contra las minorías nacionales a las que Stalin había tendido a desterrar en aquellas regiones remotas. El nacionalismo que se esté formando en estas repúblicas es un fenómeno posterior a los soviéticos.

Por consiguiente, los cambios habidos en 1989 y después no se debieron en esencia a tensiones nacionales —que permanecieron bien controladas incluso allí donde realmente existían, como en Polonia y entre los pueblos yugoslavos, mientras funcionó el poder del partido central— sino que nacieron principalmente de la decisión del régimen soviético de reformarse a sí mismo y al hacerlo, *a*) retirar el apoyo militar que prestaba a los regímenes satélites, *b*) mermar el mando central y la estructura de autoridad que le permitía funcionar y, por lo tanto, también *c*) dañar los cimientos incluso de los regímenes comunistas independientes de la Europa balcánica. El nacionalismo fue el beneficiario de estos fenómenos, pero no puede decirse seriamente que fuera una causa importante de los mismos. De ahí, a decir verdad, el asombro universal que provocó el repentino derrumbamiento de los regímenes del este, que fue totalmente inesperado, incluso en Polonia, donde un régimen profundamente impopular había demostrado que era capaz de tener controlado durante casi un decenio a un movimiento de oposición organizado masivamente.

Basta con comparar las unificaciones alemanas de 1871 y 1990 para ver las diferencias. La primera fue recibida como la esperada consecución de un objetivo que, de una forma u otra, era la preocupación central de todas las personas interesadas en la política en los *Länder* alemanes, incluso las que querían resistirse a ella. Incluso Marx y Engels opinaron que Bismark «(tut) jetzt, wie im 1866, ein Stück von unserer Arbeit in *seiner* Weise».[5] Pero hasta el otoño de 1989 ninguno de los principales partidos de la República Federal había ido más allá, durante muchos años, de dedicar palabras sin sustancia a la creación de un estado alemán único. Esto

5. Engels a Marx, 15 de agosto de 1980, Marx-Engels, *Werke*, vol. 33, Berlín, 1966, p. 40.

no se debió sólo a que dicha creación era obviamente imposible antes de que Gorbachev la hiciera factible, sino que también fue debido a que las organizaciones y las agitaciones nacionalistas eran marginales desde el punto de vista político. Y tampoco el deseo de unidad alemana motivaba a la oposición política en la República Democrática Alemana, o a sus ciudadanos corrientes, cuyo éxodo en masa precipitó la caída del régimen. Es seguro que entre todas sus dudas e incertidumbres acerca del futuro, la mayoría de los alemanes ven con buenos ojos la unificación de las dos Alemanias, pero su carácter repentino y la patente falta de preparación para ella demuestran que, diga lo que diga la retórica pública, fue fruto de acontecimientos inesperados que tuvieron lugar fuera de Alemania.

En cuanto a la URSS, a diferencia de lo que habían predicho algunos sovietólogos, no se derrumbó bajo el peso de sus tensiones nacionales internas,[6] aunque éstas eran innegables, sino que la causa fueron sus dificultades económicas. La *glasnost*, que los líderes comunistas-reformistas del país consideraban como condición necesaria de la *perestroika*, reintrodujo la libertad de debate y agitación y también debilitó el sistema de mando centralizado en que se apoyaban tanto el régimen como la sociedad. El fracaso de la *perestroika*, es decir, el creciente empeoramiento de las condiciones de vida de los ciudadanos corrientes, mermó la fe en el gobierno de toda la Unión Soviética, al que se hizo responsable de dicho empeoramiento, y, de hecho, fomentó o incluso impuso soluciones regionales y locales de los problemas. Puede decirse con confianza que antes de Gorbachev ninguna república soviética pensaba en separarse de la URSS, excepto los estados bálticos, e incluso en ellos la independencia era obviamente un sueño en aquel tiempo. Tampoco puede argüirse que sólo el miedo y la coacción mantenían la unidad de la URSS, aunque es indudable que contribuían a impedir que las tensiones entre etnias y comunidades degenerasen en violencia mutua, como ha ocurrido posteriormente. De hecho, durante la larga era de Brezhnev la autonomía local y regional en modo alguno era ilusoria. Además, como los rusos nunca dejaban de decir en son de queja, la mayoría de las otras repúblicas estaban en bastante mejor situación que los habitantes de la RFSSR. Es obvio que la desintegración nacional de la URSS, e incidentalmente de las repúblicas que la constituían, casi todas ellas multinacionales, fue más la consecuencia que la causa de los acontecimientos de Moscú.

6. Hélène Carrère d'Encausse, *L'emoire éclaté*, París, 1978; *La gloire des nations, ou La fin de l'empire sovietique*, París, 1990.

Paradójicamente, las razones de los movimientos nacionalistas capaces de perjudicar a los regímenes existentes son bastante más fuertes en Occidente, donde semejantes agitaciones causan transtornos a algunos de los estados-nación más antiguos: el Reino Unido, España, Francia, incluso, de un modo más modesto, Suiza, por no hablar del Canadá. En la actualidad (1992) sólo cabe hacer especulaciones sobre si realmente se producirá la secesión total de Quebec, Escocia o alguna otra región. Fuera del antiguo cinturón rojo eurosoviético, son rarísimas las secesiones que han podido efectuarse desde la segunda guerra mundial, y virtualmente no ha habido separaciones pacíficas. No obstante, hoy día puede hablarse de la eventual secesión de Escocia o Quebec como de una posibilidad realista, cosa que no era hace veinticinco años.

II

Sin embargo, el nacionalismo, por más que sea ineludible, sencillamente ha dejado de ser la fuerza histórica que fue en la época comprendida entre la Revolución francesa y el final del colonialismo imperialista después de la segunda guerra mundial.

Es evidente que en el mundo «desarrollado» del siglo XIX la construcción de varias «naciones» en las que se combinaban el estado-nación con la economía nacional fue un factor central de la transformación histórica y que como tal se vio. En el mundo «dependiente» de la primera mitad del siglo XX, y por razones obvias especialmente en la parte colonizada del mismo, los movimientos nacionales pro liberación e independencia fueron los principales agentes de la emancipación política de la mayor parte del globo, es decir, la eliminación de la administración imperial y, lo que es más significativo, de la dominación militar directa por parte de las potencias imperiales, situación que hubiese parecido casi inconcebible hace siquiera medio siglo.[7] Si bien en teoría, como hemos visto, estos movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo tuvieron por modelo el nacionalismo de Occidente, en la práctica los estados que intentaron construir generalmente eran, como también hemos visto, lo contrario de las entidades étnica y lingüísticamente homogéneas que en Occidente se

7. Las guerras que hicieron en gran escala las superpotencias utilizando todo su armamento excepto el nuclear (y el químico/biológico) han sido espectacularmente menos triunfales de lo que inducía a pensar la historia anterior a la segunda guerra mundial: por ejemplo, en Corea y el Vietnam.

ha dado en considerar como la forma clásica del «estado-nación». No obstante, incluso en este sentido eran *de facto* más parecidos que distintos del nacionalismo occidental de la época liberal. Ambos eran típicamente unificadores además de emancipadores, aunque en el segundo caso era más frecuente que en el primero que las aspiraciones superaran las posibilidades de hacerlas realidad.

La actual fase de afirmación del grupo «étnico» esencialmente separatista y divisivo no tiene semejante programa positivo o perspectiva. Así lo demuestra el simple hecho de que, a falta de un auténtico proyecto histórico, intente recrear el modelo mazziniano original del estado-nación territorial, étnica y lingüísticamente homogéneo («cada nación un estado; sólo un estado para cada nación»). Esto no es realista como cuestión de observación, y, como hemos visto (páginas 169-172), también se aparta por completo de los fenómenos lingüísticos y culturales de las postrimerías del siglo XX.

Como veremos, no tiene nada que ver con el problema de finales del siglo XX, para el cual no proporciona una solución general, o, excepto por una rara y feliz casualidad, ninguna solución local. Lo único que hace es complicar la tarea de abordar estos problemas.

No obstante, la fuerza de los sentimientos que hacen que grupos de «nosotros» nos demos a nosotros mismos una identidad «étnica»/lingüística frente a los extranjeros y amenazadores «ellos» no puede negarse. Y menos todavía a finales del siglo XX, cuando se ha hecho una guerra insensata, en medio del entusiasmo patriótico general, por parte de un imaginario «nosotros» británico contra un simbólico «ellos» argentino por la posesión de un pantano y unos pastos en el Atlántico Sur, y cuando la xenofobia se ha convertido en la ideología más extendida entre las masas del mundo. Sin embargo, la xenofobia, que fácilmente da paso al racismo, fenómeno más general en Europa y América del Norte en los años noventa incluso que en tiempos del fascismo, ofrece un programa histórico todavía menos que el nacionalismo mazziniano. De hecho, raramente pretende siquiera ser algo más que un grito de angustia o de furia. Por otra parte, hasta a los románticos que simpatizan con la independencia soberana de selectos pueblos pequeños raras veces se les encuentra insistiendo en las características tipo Jano del Frente Nacional de *monsieur* Le Pen. Tiene una única cara y la mayoría de nosotros preferiríamos que no tuviese ninguna.

¿Cuál es la naturaleza de este grito de congoja o de furia? Una y otra vez estos movimientos de identidad étnica parecen ser reacciones de debilidad y miedo, intentos de levantar barricadas para tener a raya a las fuerzas del

mundo moderno, parecido en este sentido al resquemor de los alemanes de Praga arrinconados por la inmigración checa más que al de los checos en su avance. Este no es sólo el caso de pequeñas comunidades lingüísticas que son vulnerables a cambios demográficos modestos, por ejemplo, las poco pobladas colinas y costas de Gales donde se habla galés, o Estonia, cuyo millón y pico de hablantes de estonio la colocarían, en todo caso, en el límite más bajo de población capaz de mantener una cultura lingüística moderna en todos los niveles. No es extraño que el problema más explosivo en ambas regiones sea la inmigración sin control de personas que sólo hablan la lengua inglesa o la rusa, respectivamente. Con todo, se encuentran reacciones parecidas entre poblaciones mucho más numerosas cuya existencia lingüística/cultural no se ve o no parece verse amenazada de ningún modo. El ejemplo más absurdo de esto es el movimiento, que adquirió influencia política en algunos estados norteamericanos a finales del decenio de 1980, que pretende que el inglés sea declarado única lengua *oficial* de los Estados Unidos. Porque, si bien en algunas partes de los Estados Unidos la inmigración de habla hispana es lo bastante numerosa como para que sea deseable, y a veces necesario, dirigirse a este público en su propia lengua, la idea de que la supremacía del inglés en los Estados Unidos corre peligro o es probable que lo corra es una manifestación de paranoia política.

Lo que alimenta estas reacciones defensivas, ya sea contra amenazas reales o imaginarias, es una combinación de movimientos de población internacionales con las transformaciones socioeconómicas ultrarrápidas, fundamentales y sin precedentes que tan características son del tercer cuarto de nuestro siglo. El Canadá francés puede servir de ejemplo de esta combinación de nacionalismo lingüístico pequeñoburgués intensificado con un choque futuro de masas. Sobre el papel, el francés, que es la lengua materna de una cuarta parte de la población del Canadá, comunidad que viene a ser la mitad de la de anglófonos del país, y que cuenta con el apoyo del bilingüismo oficial de la federación, el respaldo internacional de la cultura francesa y más de 130.000 estudiantes en las universidades francófonas en 1988, parece estar razonablemente fuera de peligro. Y, pese a ello, la postura del nacionalismo de Quebec es la de un pueblo que se retira precipitadamente ante fuerzas históricas que amenazan con arrollarlo; un movimiento cuyos avances mismos se ven en términos de debilidad potencial en vez de como éxitos.[8] A decir verdad, el nacionalismo de

8. Léon Dion, «The mystery of Quebec», *Daedalus*, vol. 117/4 (otoño de 1988), pp. 283-318, es un buen ejemplo: «Esta nueva generación no muestra el mismo deseo de de-

Quebec ha abandonado *de facto* a las grandes minorías francófonas de Nueva Brunswick y Ontario para atrincherarse dentro de una provincia de Quebec autónomo o hasta separatista. Indicio de la sensación de inseguridad de los *canadiens* es la creencia de que el «multiculturalismo» que ahora es oficial en el Canadá no es más que un complot con el que se pretende «aplastar las necesidades especiales de la *francophonie* bajo el peso político de la multicultura»,[9] y, por supuesto, se ve reforzada por la clara preferencia de los 3,5 millones de inmigrantes llegados después de 1945, que prefieren que sus hijos sean educados en inglés, lengua que abre perspectivas profesionales mucho más amplias en la América del Norte que el francés. No obstante, sobre el papel la amenaza de la inmigración es menor en el Canadá francófono que en el anglófono, ya que entre 1946 y 1971 sólo alrededor del 15 por 100 de los recién llegados se instalaron en Quebec.

Lo que hay detrás del miedo y la inseguridad de los francocanadienses es obviamente un cataclismo social que se refleja de forma dramática en el súbito derrumbamiento de la Iglesia católica en una sociedad que durante mucho tiempo había sido conservadora, católica, clerical y productora de hijos, no sólo entre los agricultores, sino también en las ciudades. Parece ser que durante el decenio de 1960 la asistencia a la iglesia en la provincia bajó de bastante más del 80 por 100 al 25 por 100, mientras la tasa de natalidad de Quebec ha pasado a ser una de las más bajas del país.[10] Sea lo que sea lo que hay detrás de esta sorprendente transformación de las costumbres de Quebec difícilmente podía dejar de crear una generación desorientada y hambrienta de certidumbres nuevas que ocupen el lugar de las desaparecidas. Incluso se ha argüido que el auge del separatismo militante fue un sustituto del catolicismo tradicional perdido. La conjetura —difícilmente puede demostrarse de forma convincente que sea verdadera o falsa— no es descabellada, al menos a ojos de alguien que, como este autor, ha observado cómo una militancia nacionalista galesa nada tradicional —de hecho, contratradicional por su afición a las tabernas y al alcohol— surgía entre una joven generación en una parte del norte de Gales, al vaciarse las

---

fender la lengua francesa que mostraban sus mayores, en parte porque se siente protegida por ... la Carta de la Lengua Francesa ... y en parte porque los anglófonos y hablantes de otras lenguas en el Canadá se muestran más tolerantes con el francés», p. 310.

9. R. F. Harney, «"So great a heritage as ours." Immigration and the survival of the Canadian polity», *Daedalus*, vol. 117/4 (otoño de 1988), p. 75.

10. Gérard Pelletier, «Quebec: different but in step with North America», *Daedalus*, vol. 117/4 (otoño de 1988), p. 271; R. F. Harney, «So great a heritage as ours», p. 62.

capillas, al dejar el predicador y erudito aficionado de ser la voz de la comunidad, y cuando el compromiso público con la templanza ha decaído y con ello ha desaparecido la forma más obvia por medio de la cual los individuos demostraban ser miembros de una cultura puritana y su comunidad.

Naturalmente, la movilidad de las masas de población intensifica esta desorientación, efecto que surten también los cambios económicos, algunos de los cuales no dejan de estar relacionados con el auge del nacionalismo local.[11] Dondequiera que vivamos, si se trata de una sociedad urbanizada, encontramos forasteros: hombres y mujeres desarraigados que nos recuerdan que nuestras propias raíces familiares son frágiles o se han secado.

En el caso de las sociedades ex comunistas occidentales, esta desorientación social se ve intensificada por el derrumbamiento de la vida tal como la ha conocido y aprendido a vivir la mayoría de sus habitantes. El nacionalismo o la etnicidad, según escribe Miroslav Hroch refiriéndose a la Europa central contemporánea, es «un sustituto de factores de integración en una sociedad que se está desintegrando. Cuando la sociedad fracasa, la nación aparece como la garantía última».[12]

En las economías socialistas y ex socialistas, gobernadas en esencia por la «economía de la escasez»,[13] como dice Janos Kornai, la etnicidad, al igual que el parentesco, y otras redes de reciprocidad o patronazgo potencial, ya tenía una función más concreta. Daba a los «miembros del mismo grupo ventaja sobre los pretendientes de "otros" grupos»,[14] en lo referente

11. El nacionalismo de Quebec en el decenio de 1970 produjo un gran éxodo de empresas de Montreal, que hasta entonces era tanto la mayor de las ciudades del país como el centro de la vida comercial canadiense, en beneficio de Toronto. «La ciudad está afrontando un destino más modesto como centro regional para Quebec y el Canadá oriental.» Aun así, parece que el efecto de las lenguas minoritarias, que es notablemente más pequeño en Montreal que en otras ciudades, no ha hecho que disminuyera la militancia lingüística. En Toronto y Vancouver los protestantes blancos y anglosajones ya no forman la mayoría de la población, mientras que en Montreal los francocanadienses constituyen el 66 por 100 de la población. Cf. A. F. J. Artibise, «Canada as an urban nation», *Daedalus*, vol. 117/4 (otoño de 1988), pp. 237-264.

12. M. Hrock, «Nationale Bewegungen früher und heute. Ein europäischer Vergleich» (artículo inédito de 1991), p. 14. No hace falta que diga que Hroch insiste en que el aparente renacer de las viejas agitaciones nacionales en la Europa central y del este no es (habitualmente) la continuación de una antigua tradición nacionalista, sino una especie de tradición reinventada, una «Illusion der Reprise». «Igual que, por ejemplo, los patriotas checos del siglo XIX se disfrazaban de luchadores husitas, los patriotas de los actuales movimientos nacionales de la Europa del Este se disfrazan de patriotas del siglo XIX», p. 11.

13. J. Kornai, *The economics of shortage*, Amsterdam-Holanda del Norte, 1980.

14. Katherine Verdery, borrador inédito sobre «El nacionalismo y el "camino hacia la democracia"», p. 36.

a los escasos recursos; y, a la inversa, definía a los «otros» cuyas pretensiones iban detrás de las «nuestras». Donde la antigua sociedad y gobierno a escala nacional se desintegran por completo, como en la ex URSS, el «extraño» está desamparado. «Las ciudades (los distritos administrativos), las repúblicas, levantan barreras para defenderse de la "demanda migratoria"»; las cartillas de alimentación locales dividen el mercado en minieconomías distintas «y protegen los recursos ... de los "extranjeros"».[15]

Sin embargo, en las sociedades poscomunistas la identidad étnica o nacional es, sobre todo, un mecanismo para definir a la comunidad de los inocentes e identificar a los culpables que son responsables de «nuestra» situación apurada; especialmente cuando ya no hay regímenes comunistas que puedan utilizarse como víctimas propiciatorias. Como ha dicho alguien refiriéndose a Checoslovaquia: «El país rebosa de diferencia. Todo el mundo tiene el dedo pulgar dolorido de tanto señalar a los Otros e insultarles».[16]

Pero esta es una situación universal más que simplemente poscomunista. A «ellos» se les puede, se les debe, culpar de todos los agravios, incertidumbres y desorientaciones que sentimos tantos de nosotros después de cuarenta años en los que se han producido los cataclismos más rápidos y profundos de la vida humana que constan en la historia documentada. ¿Y quiénes son «ellos»? Obviamente, y virtualmente por definición, los que «no son nosotros», los extraños que son enemigos por su propia condición de extraños. Extraños presentes, extraños pasados, incluso extraños puramente hipotéticos como en Polonia, donde, pese a la total ausencia de judíos, sigue utilizándose el antisemitismo para explicar los males del país. Si no existieran los extranjeros con sus viles trucos, habría que inventarlos. Pero a finales de nuestro milenio raramente tienen que inventarse: son universalmente presentes y reconocibles dentro de nuestras ciudades, como peligros públicos y agentes de contaminación, universalmente presentes, más allá de nuestras fronteras y nuestro control, pero odiando y conspirando contra nosotros. En los países más infelices son, y siempre han sido, nuestros vecinos, pero nuestra misma coexistencia con «ellos» merma ahora las certezas exclusivas de pertenecer a nuestro pueblo y nuestro país.

¿Tienen estas reacciones étnicas/nacionalistas algo en común con el

15. Caroline Humphrey, «"Icebergs", barter and the mafia in provincial Russia», *Anthropology Today*, 7/2 (1991), pp. 8-13.

16. Andrew Lass, citado por Katherine Verdery, *loc. cit.*, p. 52.

reciente auge del «fundamentalismo» en muchas partes del globo? Se ha dicho que el fundamentalismo atrae a «personas que no pueden tolerar una existencia fortuita y desordenada y las condiciones sin explicar (y, por ende) con frecuencia convergen en los que ofrecen unas visiones del mundo más completas, inclusivas y extravagantes».[17] Se lo considera «siempre reactivo, reaccionario». «Alguna fuerza, tendencia o enemigo debe percibirse como algo que potencial o realmente erosiona, corroe o pone en peligro el movimiento a que uno pertenece y lo que él mismo estima.» Los «fundamentos» que recalca el fundamentalismo «proceden siempre de alguna etapa anterior, es de suponer que prístina y pura ... en la propia historia sagrada de uno». «Se utilizan para fijar límites, para atraer a los de la propia especie y alejar a los otros, para demarcar.» Y cuadran con la antigua observación de George Simmel:

> Los grupos, y especialmente las minorías, que viven en conflicto ... a menudo rechazan las aproximaciones o la tolerancia procedentes del otro bando. La naturaleza cerrada de su oposición, sin la cual no pueden seguir luchando, se haría borrosa ... En el seno de ciertos grupos puede que incluso sea una muestra de sabiduría política encargarse de que haya algunos enemigos con el fin de que la unidad de los miembros sea efectiva y para que el grupo siga siendo consciente de que esta unidad es su interés vital.[18]

Las similitudes con diversos fenómenos étnicos/nacionalistas próximos son evidentes, en especial cuando estos mismos están vinculados o quieren vincularse nuevamente a la fe religiosa específica de un grupo, como ocurre entre los armenios (cristianos) que se oponen a los turcos azeríes (musulmanes), o en la reciente fase del sionismo del Likud, muy marcada por el Antiguo Testamento, en Israel, tan diferente de la ideología agresivamente laica e incluso antirreligiosa de los fundadores del movimiento.[19] Probablemente, un visitante extraterrestre vería la exclusivi-

17. Martin E. Marty, «Fundamentalism as a social phenomenon», *Bulletin, The American Academy of Arts and Sciences*, 42/2 (noviembre de 1988), pp. 15-29.

18. *Ibid.*, pp. 20-21.

19. No está claro hasta qué punto la ortodoxia religiosa judía genuinamente tradicional, que, por supuesto, se mostró contraria a la creación de un estado para todos los judíos en Israel antes del retorno del mesías, ha atenuado o abandonado su oposición al sionismo. En todo caso, los colonos judíos en los territorios ocupados, los que hacen ostentación de la práctica religiosa, no deben identificarse automáticamente con la otra ala (que probablemente va en aumento) del fundamentalismo judío que pretende imponer todos los rigores del ritual a una sociedad secularizada.

dad y los conflictos étnicos, la xenofobia y el fundamentalismo como aspectos del mismo fenómeno general. Hay, empero, una distinción importante. El fundamentalismo, sea cual sea su versión religiosa, proporciona un programa detallado y concreto tanto a los individuos como a la sociedad, aunque haya sido seleccionado de textos o tradiciones que no sean obviamente apropiadas para las postrimerías del siglo XX. Ningún problema inmediato plantea lo que constituye la alternativa a la actual, degenerada y maligna sociedad: de nuevo se oculta a las mujeres, o se les corta el pelo a las casadas; de nuevo se castiga a los ladrones amputándoles las manos o las piernas; se prohíbe ritualmente el alcohol o lo que sea; y el Corán, la Biblia, o lo que represente el compendio de la sabiduría eterna, proporciona una orientación práctica y moral completa sobre todos los aspectos de la vida, tal como la interpretan los que tienen la misión de interpretarla. La llamada de la etnicidad o de la lengua no proporciona absolutamente ninguna orientación de cara al futuro, ni siquiera cuando se forman estados nuevos basándose en estos criterios. Es simplemente una protesta contra el *statu quo*, o, para ser más exacto, contra «los otros» que amenazan el grupo étnicamente definido. Porque, a diferencia del fundamentalismo, que, por estrecha y sectaria que sea su atracción, obtiene su fuerza de la pretensión de poseer la verdad *universal*, teóricamente aplicable a todos, el nacionalismo por definición excluye de su esfera a todos los que no pertenecen a su propia «nación», es decir, a la inmensa mayoría de la raza humana. Además, mientras que el fundamentalismo puede, al menos hasta cierto punto, apelar a lo que queda de auténticas costumbres y tradiciones o prácticas pasadas tal como toman cuerpo en la práctica religiosa, como hemos visto, el nacionalismo en sí mismo es hostil a las verdaderas costumbres del pasado o se alza sobre sus ruinas.

Por otra parte, el nacionalismo tiene una ventaja frente al fundamentalismo. Su misma vaguedad y su falta de contenido programático le dan un apoyo potencialmente universal dentro de su propia comunidad. Excepto en las sociedades verdaderamente tradicionales que reaccionan contra las repercusiones iniciales de la modernidad, el fundamentalismo parece ser un fenómeno minoritario en todo el mundo. Cabe que esto quede disimulado o bien por el poderío de regímenes que lo imponen a sus gentes, les guste o no a éstas (como en Irán), o por la capacidad de las minorías fundamentalistas de movilizar con eficacia votos situados estratégicamente en los sistemas democráticos, como en Israel y los Estados Unidos. Pero puede darse por sentado que hoy día la «mayoría moral» no es una verdadera mayoría (electoral), del mismo modo que una «victoria

moral» (el tradicional eufemismo que encubre la derrota) no es una victoria real. Pese a ello, la etnicidad *puede* movilizar a la inmensa mayoría de la comunidad, siempre y cuando su atracción continúe siendo suficientemente vaga o ajena a la cuestión de que se trate. Poca duda cabe de que la mayoría de los judíos no israelíes del mundo están «a favor de Israel»; de que la mayoría de los armenios apoyan el traspaso de Nagorno-Karabaj de Azerbaiján a Armenia; y de que la mayoría de los flamencos hacen todo lo que pueden para no hablar en francés. Desde luego, esta unanimidad se desmorona tan pronto como la causa nacional se identifica, no con generalidades, sino con factores específicos mucho más divisivos: no con «Israel» en general, sino con la política de Begin, Shamir o Sharon; no con Gales en general, sino con la supremacía de la lengua galesa; no con la condición flamenca frente a la francesa, sino con un partido nacionalista flamenco concreto.[20] Hasta este punto los movimientos o partidos comprometidos de forma específica con un programa «nacionalista», en su mayor parte separatista, es probable que sean la expresión de intereses parciales o minoritarios, o que sean políticamente fluctuantes e inestables. Los cambios rápidos en el número de afiliados y los resultados electorales de los partidos nacionalistas escocés, galés, de Quebec y sin duda otros durante los últimos veinte años son ejemplos de esta inestabilidad. Como siempre, a estos partidos les gusta equipararse al sentido de separación colectiva, de hostilidad a «ellos» y de «comunidad imaginada» que tal vez se sienta universalmente en su «nación», pero es muy improbable que sean las únicas expresiones de tal consenso nacional.

III

La angustia y la desorientación que se expresan por medio de este hambre de ser de un lugar, y, por ende, de la «política de la identidad» —que no es necesariamente la identidad nacional— no son más fuerza motriz de la historia de lo que es el hambre de «ley y orden» que constituye una respuesta igualmente comprensible a otro aspecto de la desorganización social. Ambos son síntomas de enfermedad en vez de diagnósticos, y mucho menos terapia. No obstante, crean la ilusión de que las

20. De 1958 a 1974 los tres principales partidos de Bélgica (en sus versiones flamencas) nunca obtuvieron menos del 81,2 por 100 de los votos en Flandes. Véase A. Zolberg en M. Esman, ed., *Ethnic conflict in the Western world*, Ithaca, 1977, p. 118.

naciones y el nacionalismo son una fuerza que sube de forma irresistible, preparada para el tercer milenio. Exagera todavía más esta fuerza la ilusión semántica que hoy día convierte a todos los estados oficialmente en «naciones» (y miembros de las Naciones Unidas), incluso cuando es patente que no lo son. En consecuencia, todos los movimientos que aspiran a la autonomía territorial tienden a verse a sí mismos como fundadores de «naciones» incluso cuando salta a la vista que no es así; y todos los movimientos a favor de intereses regionales, locales o incluso sectoriales contra el poder central y la burocracia estatal se pondrán, si ello es posible, el traje nacional, preferiblemente en sus estilos étnico-lingüísticos. Así pues, las naciones y el nacionalismo parecen más influyentes y omnipresentes de lo que son. Aruba piensa separarse del resto de las Antillas Holandesas porque no le gusta estar uncida a Curação. ¿Esto la convierte en nación? ¿O a Curação, o Surinam, que ya es miembro de las Naciones Unidas? Los nativos de Cornualles tienen la suerte de poder pintar sus descontentos regionales con los atractivos colores de la tradición celta, que los hace mucho más visibles, aun cuando empuje a algunos de ellos a reinventar una lengua que no se habla desde hace 200 años, y aun cuando la única tradición pública popular con raíces auténticas en el país es el metodismo de Wesley. Son más afortunados que, pongamos por caso, las gentes de Merseyside, que para defender los intereses locales, que están tanto o más apurados, sólo pueden movilizar el recuerdo de los Beatles, de generaciones de comediantes y la orgullosa tradición de sus equipos de fútbol rivales, al mismo tiempo que procuran mantenerse alejados de cualquier cosa que de manera demasiado obvia les recuerde los divisivos colores anaranjado y verde.* Merseyside no puede entonar un cántico nacional. Cornualles sí puede. Pero las situaciones que producen descontento en una región ¿son tan diferentes de las que surten el mismo efecto en la otra?

En realidad, el aumento de las agitaciones separatistas y étnicas se debe al hecho de que, contrariamente a la creencia general, el principio de la creación de estados desde la segunda guerra mundial, a diferencia de después de la primera, nada tenía que ver con la autodeterminación nacional «wilsoniana». Reflejaba tres fuerzas: la descolonización, la revolución y, por supuesto, la intervención de potencias exteriores.

* Alusión a los colores tradicionales de los unionistas o partidarios de que el Ulster siga formando parte del Reino Unido y de los nacionalistas irlandeses, respectivamente. (*N. del t.*)

La descolonización significó que, en general, se crearon estados independientes partiendo de las zonas de administración colonial que existían dentro de sus fronteras coloniales. Es obvio que estas fronteras se habían trazado sin tener en cuenta a sus habitantes, a veces sin que éstos lo supieran siquiera, y, por lo tanto, no tenían ningún significado nacional, ni tan sólo protonacional, para sus habitantes, excepto para minorías nativas educadas por la potencia colonial y occidentalizadas cuya importancia numérica variaba pero generalmente era exigua. En otros casos, donde tales territorios eran demasiado pequeños y dispersos, como ocurría en muchos archipiélagos colonizados, se combinaban o dividían según su conveniencia o la política local. De ahí las llamadas constantes, y a menudo finalmente vanas, de los líderes de tales estados nuevos pidiendo que se superasen el «tribalismo», el «comunalismo» o cualesquiera que fuesen las fuerzas consideradas responsables de que los nuevos habitantes de la república de X no se sintieran ante todo ciudadanos patrióticos de X, sino más bien miembros de alguna otra colectividad.

En pocas palabras, la atracción de la mayoría de tales «naciones» y «movimientos nacionales» era lo contrario del nacionalismo que pretende unir a quienes se cree que tienen en común la etnicidad, la lengua, la cultura, el pasado histórico y lo demás. En realidad, era *internacionalista*. El internacionalismo de los líderes y los cuadros de mando de los movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo es más obvio en los lugares donde tales movimientos desempeñaron un papel destacado en la liberación de sus países que allí donde la descolonización se efectuó desde arriba, porque la ruptura después de la independencia de lo que antes funcionaba, o parecía funcionar, como un movimiento unido de «el pueblo» es más dramática. A veces, como en la India, la unidad del movimiento ya se ha agrietado antes de la independencia.

Más comúnmente, poco después de la independencia nacen tensiones entre las partes componentes del movimiento de independencia (por ejemplo, en Argelia, entre árabes y bereberes), entre los pueblos que participaron activamente y los que no lo hicieron, o entre el laicismo emancipado y no parcial de los líderes y los sentimientos de las masas. Con todo, aunque, como es natural, los casos que más llaman la atención son los de los estados multiétnicos y multicomunales que se han fracturado o están a punto de fracturarse —la partición del subcontinente indio en 1947, la división del Pakistán, las exigencias del separatismo tamil en Sri Lanka—, en ningún momento debe olvidarse que se trata de casos especiales en un mundo donde los estados multiétnicos y multicomunales son la norma. Lo

que se escribió hace casi treinta años sigue siendo cierto en gran parte: «Los países que incluyen gran número de lenguas y grupos culturales, como la mayoría de los africanos y asiáticos, no se han dividido, y los que acogen a sólo una parte de un solo grupo lingüístico, como los árabes y norteafricanos, no ... se han unido».[21]

La intervención de potencias extranjeras, finalmente, es obvio que ha sido no nacionalista tanto en su motivación como en su efecto, exceptuando la pura casualidad. Esto es tan evidente, que no hay necesidad de poner ejemplos. Sin embargo, lo mismo puede decirse de las repercusiones de la revolución social, aunque han sido bastante menos efectivas. Los revolucionarios sociales han sido muy conscientes de la fuerza del nacionalismo, además de estar comprometidos ideológicamente con la autonomía nacional, incluso cuando en realidad no es deseada, como ocurre entre los eslavos de Lusacia, cuya lengua va replegándose lentamente, a pesar de los admirables esfuerzos de la antigua República Democrática Alemana, durante su período de existencia independiente, por fomentarla. La *única* forma de sistemas constitucionales que los estados socialistas se han tomado en serio desde 1917 son fórmulas para la federación y la autonomía nacionales. Mientras que otros textos constitucionales, allí donde existieran, durante largos períodos han sido puramente teóricos, la autonomía nacional nunca ha dejado de tener cierta realidad práctica. Sin embargo, en la medida en que tales regímenes, al menos en teoría, no se identifican con ninguna de sus nacionalidades constitutivas[22] y consideran que los intereses de cada una de ellas son secundarios ante un propósito común superior, son no nacionales.

Por ende, como podemos ver ahora en triste retrospectiva, el gran logro de los regímenes comunistas en los países multinacionales fue limitar los efectos desastrosos del nacionalismo dentro de ellos. La revolución yugoslava consiguió impedir que las nacionalidades que vivían dentro de sus fronteras estatales se mataran unas a otras durante un período que es casi seguro que hubiese sido más largo que cualquier otro de su historia, aunque, por desgracia, este logro se ha desmoronando. El potencial de la

21. John H. Kautsky, «An essay in the polices of development», en John H. Kautsky, ed., *Political change in underdeveloped countries; nationalism and communism*, Nueva York-Londres, 1962, p. 35.

22. La política deliberada de «rumanización» en la Rumania de Ceausescu se cuenta entre las raras excepciones. Rompe con las complicadas disposiciones relativas a la autonomía nacional que se instituyeron al hacerse los comunistas con el poder después de la segunda guerra mundial.

URSS para la perturbación nacional, contenida durante tanto tiempo (excepto en el curso de la segunda guerra mundial), es ahora patente. De hecho, la «discriminación» o incluso la «opresión» contra la cual protestaban los paladines de diversas nacionalidades soviéticas era mucho menor[23] que las consecuencias que se esperaban de la retirada del poder soviético. El antisemitismo oficial soviético, que indudablemente se ha observado desde la fundación del estado de Israel en 1948, debe medirse contrastándolo con la ascensión del antisemitismo popular desde que volvió a permitirse la movilización política (incluida la de reaccionarios), por no citar la matanza de judíos en gran escala cometida *por elementos locales* en los estados bálticos y en Ucrania al entrar los alemanes, pero *antes de que éstos empezaran a matar judíos sistemáticamente*.[24] A decir verdad, cabe argüir que la actual oleada de agitaciones étnicas o miniétnicas es una respuesta a los principios abrumadoramente no étnicos y no nacionalistas de la formación de estados en la mayor parte del mundo del siglo XX. Sin embargo, esto no quiere decir que tales reacciones étnicas proporcionen en algún sentido un principio alternativo para la reestructuración política del mundo en el siglo XXI.

Una tercera observación confirma esto. Hoy día «la nación» se halla visiblemente en trance de perder una parte importante de sus antiguas funciones, a saber: la de constituir una «economía nacional» limitada territorialmente que formaba una pieza de construcción en la más amplia «economía mundial», al menos en las regiones desarrolladas del globo. Desde la segunda guerra mundial, pero sobre todo desde el decenio de 1960, el papel de las «economías nacionales» ha sido menoscabado o incluso puesto en entredicho por las grandes transformaciones habidas en la división internacional del trabajo, cuyas unidades básicas son empresas transnacionales o multinacionales de todos los tamaños, y por la correspondiente creación de centros y redes internacionales de transacciones económicas que, a efectos prácticos, quedan fuera del control de los gobiernos estatales. El número de organizaciones internacionales *intergubernamentales* aumentó de 123 en 1951 a 280 en 1972 y 365 en 1984; el número de organizaciones internacionales *no gubernamentales*, de 832 a

23. No debe interpretarse esta afirmación como si condonara el traslado en masa de poblaciones enteras basándose en su nacionalidad que tuvo lugar durante la guerra. Esto no puede condonarse en ninguna circunstancia, salvo si se hizo para salvar a tal población del exterminio.

24. Arno Mayer, *Why did the heavens not darken? The «Final Solution» in history*, Nueva York, 1989, pp. 257-262.

2.173 en 1972, multiplicándose por más de dos hasta cifrarse en 4.615 en los doce años siguientes.[25] Probablemente, la única «economía nacional» en funcionamiento a finales del siglo XX es la japonesa.

Y tampoco las antiguas (y desarrolladas) «economías nacionales» han sido sustituidas como piezas principales del sistema mundial solamente por mayores asociaciones o federaciones de «estados-nación» tales como la Comunidad Económica Europea, y entidades internacionales controladas colectivamente como el Fondo Monetario Internacional, aun cuando la aparición de las mismas es también un síntoma de la retirada del mundo de «economías nacionales». Partes importantes del sistema de transacciones internacionales, tales como el mercado de eurodólares, no están sometidas a ninguna clase de control.

Naturalmente, todo esto ha sido posible gracias a las revoluciones tecnológicas en el transporte y la comunicación, así como al largo período de movimientos libres de los factores de producción en una vasta zona del globo que se ha desarrollado desde la segunda guerra mundial. Esto también ha conducido a la gran oleada de migración internacional e intercontinental, la mayor desde los decenios anteriores a 1914, la cual, dicho sea de paso, ha agravado las fricciones intercomunales, especialmente el racismo, y al mismo tiempo ha hecho que un mundo de territorios nacionales que «pertenecieran» exclusivamente a los nativos que mantienen a los forasteros en su sitio sea, para el siglo XXI, una opción todavía menos realista que para el XX. Actualmente vivimos una curiosa combinación de la tecnología de finales del siglo XX, el libre cambio del XIX y el renacer del tipo de centros intersticiales que caracterizaban el comercio mundial en la Edad Media. Ciudades-estado como Hong Kong y Singapur reviven, «zonas industriales» extraterritoriales se multiplican dentro de estados-nación técnicamente soberanos como establecimientos hanseáticos, y lo mismo cabe decir de paraísos fiscales situados en islas que, por lo demás, no tienen ningún valor y cuya única función es, precisamente, apartar las transacciones económicas del control de los estados-nación. La ideología de las naciones y el nacionalismo no tiene nada que ver con ninguno de estos fenómenos.

Esto no quiere decir que las funciones económicas de los estados hayan disminuido o es probable que se esfumen. Al contrario, han crecido, tanto en los estados capitalistas como en los otros, a pesar de que en ambos campos se ha tendido a estimular la empresa privada u otras empresas

25. David Held, «Farewell nation state», *Marxism Today* (diciembre de 1988), p. 15.

no estatales en el decenio de 1980. Completamente aparte de la importancia que la dirección, la planificación y la administración estatales siguen teniendo incluso en países teóricamente entregados al neoliberalismo, el peso de lo que los ingresos y los gastos públicos representan en las economías de los estados, pero, sobre todo, su creciente papel como agentes de importantes redistribuciones de la renta social por medio de mecanismos fiscales y de bienestar, probablemente han hecho que el estado nacional sea un factor más central que antes en la vida de los habitantes del mundo. Las economías nacionales, por mucho que las menoscabe la economía transnacional, coexisten y se entrelazan con ella. Con todo, exceptuando las más herméticas en un extremo —¿y cuántas de ellas quedan después de que hasta Birmania parezca considerar la posibilidad de entrar nuevamente en el mundo?— y quizás el Japón en el otro extremo, la antigua «economía nacional» no es lo que era. Incluso los Estados Unidos, que en el decenio de 1980 todavía parecían lo bastante inmensos y dominantes como para resolver sus problemas económicos sin prestar atención a nadie más, al finalizar el citado decenio se dieron cuenta de que «habían cedido un control considerable de su economía a inversionistas extranjeros ... [que] ahora tienen la facultad de ayudar a que la economía norteamericana siga creciendo o a que se hunda en la recesión» (*The Wall Street Journal*, 5 de diciembre de 1988, p. 1). En cuanto a todos los estados pequeños y prácticamente todos los de tamaño mediano, era obvio que sus economías habían dejado de ser autónomas, en la medida en que lo hubieran sido en otro tiempo.

Otra observación se desprende por sí misma. Los conflictos políticos básicos que probablemente decidirán la suerte del mundo hoy tienen poco que ver con estados-nación, porque durante medio siglo no ha existido un sistema internacional de estados como en la Europa del siglo XIX.

Desde el punto de vista político, el mundo posterior a 1945 ha sido bipolar y organizado alrededor de dos superpotencias que pueden calificarse de naciones gigantescas, pero que, desde luego, no forman parte de un sistema internacional de estados de tipo decimonónico o anterior a 1939. A lo sumo, los estados terceros, estén o no alineados con una superpotencia, podrían hacer las veces de freno a la acción de la superpotencia, aunque no hay indicios de que lo hayan hecho con eficacia. Asimismo, en lo que se refería a los Estados Unidos —pero, de modo vestigial, es probable que quepa decir lo mismo de la URSS antes de Gorbachev— el conflicto básico era ideológico, y el triunfo de la ideología «correcta» se equiparaba a la supremacía de la superpotencia apropiada. A partir de

1945 la política mundial fue básicamente de revolución y contrarrevolución, y los problemas nacionales sólo han intervenido para subrayar o perturbar el tema principal. Hay que reconocer que esta pauta se rompió en 1989 cuando la URSS dejó de ser una superpotencia; y, de hecho, el modelo de un mundo dividido por la Revolución de Octubre desde hacía ya algún tiempo poco tenía que ver con las realidades de las postrimerías del siglo XX. El resultado inmediato fue dejar al mundo sin un sistema o principio de orden internacional, aun cuando la otra superpotencia intentó imponerse por sí sola como policía mundial, papel que probablemente es superior a sus posibilidades económicas y militares o a las de cualquier otro estado.

Así pues, en la actualidad no existe ningún sistema en absoluto. Que la separación étnico-lingüística no proporciona ninguna base para un ordenamiento estable del globo, a la corta ni siquiera para un ordenamiento más o menos previsible, se hace evidente en 1992 con sólo echar una ojeada a la extensa región situada entre Viena y Trieste en el oeste y Vladivostok en el este. Todos los mapas correspondientes a una quinta parte de la superficie del globo son inciertos y provisionales. Y lo único que está claro incluso acerca de su futuro cartográfico es que dependerá de un puñado de jugadores importantes situados fuera de la región, exceptuando a Rusia (que probablemente seguirá siendo una entidad política de cierta substancia). Son jugadores importantes precisamente porque hasta el momento no se han visto perturbados por agitaciones separatistas: Alemania, Turquía, Irán, China, Japón y —a cierta distancia— Estados Unidos.[26]

Porque una nueva «Europa de naciones», y todavía más un «mundo de naciones» ni siquiera crearía un conjunto de estados independientes y soberanos. En términos militares la independencia de los estados pequeños depende de un orden internacional, sea cual fuere su naturaleza, que los proteja de la rapacidad de sus vecinos más fuertes, como el Medio Oriente demostró inmediatamente después del final del equilibrio entre las superpotencias. Hasta que aparezca un nuevo sistema internacional, como mínimo una tercera parte de los estados que existen —los que tienen una población de dos millones y medio de habitantes o menos— no tendrán garantías reales de independencia. La fundación de unos cuantos estados

26. En el momento de escribir el presente texto la Comunidad Europea como tal no se ha mostrado capaz de actuar de forma colectiva en el plano de la diplomacia internacional, y las Naciones Unidas son un accesorio de la política de Estados Unidos. Por supuesto, puede que esta situación no dure.

pequeños más no haría sino incrementar el número de entidades políticas inseguras. Y cuando surja tal sistema internacional los pequeños y los débiles desempeñarán en él un papel real tan insignificante como el que Oldemburgo o Mecklemburgo-Schwerin interpretaba en la política de la Federación Alemana en el siglo XIX. En el plano económico, como hemos visto, incluso estados mucho más poderosos dependen de una economía mundial sobre la que no ejercen control alguno y que determina sus asuntos internos. Una economía «nacional» letona o vasca independiente de alguna entidad mayor de la que forme parte es un concepto tan desprovisto de sentido como el de una economía parisina considerada con independencia de Francia.

Lo más que podría decirse es que los estados pequeños son hoy día no menos viables económicamente que los estados mayores que ellos, dado el declive de la «economía nacional» ante el avance de la transnacional. También puede argüirse que las «regiones» constituyen subunidades más racionales de las grandes entidades económicas como la Comunidad Europea que los estados históricos que son sus miembros oficiales. Ambas observaciones son correctas, a mi modo de ver, pero son lógicamente inconexas. Los nacionalismos separatistas de la Europa occidental, tales como el escocés, el galés, el vasco o el catalán, se muestran hoy favorables a dejar a un lado a sus respectivos gobiernos nacionales y a apelar directamente a Bruselas en calidad de «regiones». Sin embargo, no hay razón para suponer que un estado pequeño forme *ipso facto* una región económica más que un estado mayor (Escocia más que Inglaterra, pongamos por caso) y, a la inversa, no hay motivo por el cual una región económica deba coincidir *ipso facto* con una unidad política en potencia constituida de acuerdo con criterios étnico-lingüísticos o históricos.[27] Asimismo, cuando los movimientos separatistas de las pequeñas naciones consideran que su mejor esperanza radica en erigirse en subunidades de una entidad político-económica más grande (en este caso la Comunidad Europea), en la práctica lo que hacen es abandonar el objetivo clásico de este tipo de movimientos, es decir, la fundación de estados-nación independientes y soberanos.

Sin embargo, el argumento actual contra el *Kleinstaaterei,* al menos en su forma étnico-lingüística, no es sólo que no aporta ninguna solución a los problemas reales de nuestro tiempo, sino que, en la medida en que

27. Así se desprende claramente de la lectura de Sydney Pollard, *Peaceful conquest: the industrialization of Europe 1760-1970,* Oxford, 1981, que aborda el asunto como «esencialmente de regiones en un contexto europeo», p. VII.

tenga poder para poner en práctica su política, hace que dichos problemas resulten más difíciles. Es casi seguro que la libertad cultural y el pluralismo gozan de mejor protección en los grandes estados que se saben plurinacionales y pluriculturales que en los estados pequeños que van tras el ideal de la homogeneidad étnico-lingüística y cultural. No tiene nada de extraño que la exigencia más inmediata del nacionalismo eslovaco en 1990 fuera «hacer del eslovaco la única lengua oficial y obligar a la población de 600.000 húngaros étnicos a usar exclusivamente dicha lengua para tratar con las autoridades».[28] La ley nacionalista argelina de finales de 1990, la que «hace del árabe la lengua nacional e impone fuertes multas por utilizar otra en las transacciones oficiales», se verá en Argelia, no como una liberación de la influencia francesa, sino como un ataque contra el tercio de la población argelina que habla la lengua bereber.[29] Se ha señalado con acierto que «una versión moderna del mundo anterior al siglo XIX, un mundo de apegos locales sin prejuicios, es atractiva, pero no parece ser esta la dirección hacia la que apuntan los actuales desconstructores de estados-nación ... Todos ellos apuntan hacia unos estados que no se basan en países pequeños tolerantes y bastante abiertos, sino en el criterio restringido de que lo que debería mantener unidas a las personas es la uniformidad étnica, religiosa o lingüística».[30]

Aspiraciones monolíticas de esta clase ya conducen a aspiraciones autonomistas y separatistas de minorías amenazadas dentro de tales entidades nacionalistas y a algo que es mejor llamar «libanización» que «balcanización». Turcos y rusos tratan de separarse de Moldavia, los serbios se declaran independientes de una Croacia nacionalista, otros pueblos caucasianos rechazan la dominación de los georgianos, mientras que, a la inversa, en Vilnius se alzan voces ultraétnicas que dudan de que un líder cuyo apellido indica ascendencia alemana pueda comprender apropiadamente las más profundas aspiraciones ancestrales de los lituanos. En un mundo donde es probable que a lo sumo una docena y pico de los 180 estados aproximadamente puedan afirmar de modo verosímil que sus ciudadanos coinciden realmente con un solo grupo étnico o lingüístico, el nacionalismo basado en la instauración de semejante homogeneidad no sólo es indeseable, sino también, en gran parte, suicida.

28. Henry Kamm, «Language Bill weighed as Slovak separatists rally», *New York Times* (25 de octubre de 1990).

29. «Algerians hit at language ban», *Financial Times* (28 de diciembre de 1990).

30. «The state of the nation state», *The Economist* (22 de diciembre de 1990-4 de enero de 1991), p. 78.

Resumiendo, en la forma «wilsoniana-leninista» clásica, el lema de la autodeterminación hasta la secesión e incluyendo a ésta como programa *general* no puede ofrecer ninguna solución para el siglo XXI. La mejor interpretación que puede hacerse del mismo es como síntoma de la crisis del concepto decimonónico de «estado-nación», atrapado entre lo que *The Economist* ha llamado «supranacionalismo» e «infranacionalismo».[31] Pero la crisis del gran estado-nación es también la crisis de los estados-nación pequeños, sean antiguos o nuevos.

Así pues, lo que está en duda no es la fuerza del anhelo de identidad de grupo que sienten hombres y mujeres, una de cuyas expresiones, pero (como nos demuestra el mundo islámico) no la única, es la nacionalidad. Tampoco está en duda la fuerza de la reacción contra la centralización y la burocratización del poder estatal, económico o cultural, por ejemplo contra su alejamiento y la imposibilidad de controlarlo. Y tampoco es necesario que pongamos en duda el hecho de que casi cualquier descontento local o incluso sectorial capaz de envolverse en banderas de colores considera atractivo reivindicar una justificación nacional.[32] Lo que ponen en duda los escépticos es la supuesta imposibilidad de resistirse al deseo de formar estados-nación homogéneos, así como la utilidad tanto del concepto como del programa en el siglo XXI. Incluso en regiones donde cabría esperar que la clásica aspiración a formar estados-nación independientes fuera fuerte, la devolución de poderes o la regionalización se ha adelantado a ella, o incluso la ha anulado. El separatismo estatal en América, al menos en la situada al sur del Canadá, ha decaído desde la guerra de Secesión norteamericana. Y es significativo que los estados derrotados en la segunda guerra mundial, a los cuales se impuso un alto grado de cesión de poderes —es de suponer que a modo de reacción contra la centralización fascista—, carezcan de la mayoría de los movimientos separatistas del resto de Europa occidental, aunque sobre el papel Baviera y Sicilia son, como mínimo, semilleros de movimientos de este tipo tanto como puedan serlo Escocia y las partes francófonas del Jura bernés. De hecho, el movimiento separatista que apareció en Sicilia después de 1943 resultó efíme-

31. *The Economist, loc. cit.*, pp. 73-78.

32. «La composición clasista de los líderes activistas ... [del movimiento occitano] indica que las causas de este descontento residen menos en el desarrollo económico regionalmente desigual que en agravios que sienten los profesionales, la clase de trabajadores administrativos ... en toda Francia»: William R. Beer, «The social class of ethnic activists in contemporary France», en Milton J. Esman, ed., *Ethnic conflict in the Western world*, Ithaca, 1977, p. 158.

ro, aunque algunos siguen llorando su desaparición porque creen que fue «el fin de la nación siciliana».[33] La mataron las leyes de autonomía regional de 1946.

Así pues, el nacionalismo de hoy refleja una crisis de la vieja ideología y del viejo programa «wilsoniano-leninista», una crisis que sólo se reconoce a medias. Tal como hemos visto, hasta muchos movimientos nacionalistas antiguos, fuertes y decididos, tienen sus dudas sobre la real independencia estatal, incluso cuando su objetivo continúa siendo separarse totalmente de los estados de los cuales forman parte en la actualidad (por ejemplo, los nacionalistas vascos y escoceses). La antigua «cuestión irlandesa», a la que todavía no se ha respondido de modo apropiado, es un ejemplo de esta incertidumbre. Por un lado, la república independiente de Irlanda, al mismo tiempo que insiste en su total autonomía política de Gran Bretaña —subrayada con su neutralidad durante la segunda guerra mundial—, en la práctica acepta una considerable relación mutua con el Reino Unido. Y al nacionalismo irlandés no le ha resultado difícil adaptarse a la curiosa situación en la cual los ciudadanos irlandeses gozan de plenos derechos de ciudadanía cuando están en el Reino Unido, como si no se hubieran separado de él; es decir, se trata de una nacionalidad dual *de facto*. Por otro lado, la fe en el clásico programa de una Irlanda única, unida e independiente ha disminuido rápidamente. Así, probablemente los gobiernos de Dublín y Londres estarían de acuerdo en la deseabilidad (relativa) de una Irlanda unida. Sin embargo, pocos, incluso en la República de Irlanda, verían tal unión como algo más que la menos mala de una selección de soluciones malas. A la inversa, si en tal caso el Ulster se declarara independiente tanto de Gran Bretaña como de Irlanda, la mayoría de los protestantes del Ulster también verían como mal menor este rechazo último del papa. Resumiendo, puede decirse que sólo un puñado de fanáticos consideraría que esta autodeterminación nacional/comunal era algo más que marginalmente mejor que un *statu quo* muy insatisfactorio.

También podemos detectar una crisis de la conciencia nacional en las antiguas naciones y por motivos parecidos. Esa conciencia, tal como apareció en la Europa del siglo XIX, se hallaba situada en alguna parte del cuadrilátero que forman los puntos pueblo-estado-nación-gobierno. En teoría, estos cuatro elementos coinciden. Según la expresión de Hitler (en la cual la palabra *Volk* significa tanto «pueblo» como «nación»), Alema-

33. Marcello Cimino, *Fine de una nazione*, Palermo, 1977; G. C. Marino, *Storia del separatismo siciliano 1943-1947*, Roma, 1979.

nia consistía en «Ein Volk, ein Reich, ein Führer», es decir, un pueblo/nación, un estado, un gobierno. En la práctica, las ideas de estado y gobierno tendían a ser determinadas por criterios políticos típicos del período posterior a la época de las grandes revoluciones del siglo XVIII, pero la idea de «pueblo» y «nación» lo eran en gran parte por criterios prepolíticos que resultaban útiles en la creación de la comunidad imaginada e imaginaria. La política tendía constantemente a tomar estos elementos prepolíticos y remoldearlos para sus propios fines. La relación orgánica entre los cuatro elementos se daba por sentada. Pero eso ya no es posible en los grandes estados-nación históricos o que existen desde hace mucho tiempo.

Un ejemplo de ello podemos sacarlo de un estudio de la opinión pública realizado en la República Federal de Alemania en 1972.[34] Hay que reconocer que se trata de un caso extremo porque Alemania había pasado de, en teoría, la más completa unidad política pangermana bajo Hitler a una situación donde por lo menos coexistían dos estados que podían pretender que eran toda la nación alemana o una parte de ella. Sin embargo, es justamente esta situación la que nos permite detectar las incertidumbres y ambigüedades que anidan en el cerebro de la mayoría de los ciudadanos al pensar en «la nación».

Lo primero que se advierte en el citado estudio es una gran incertidumbre. El 83 por 100 de los alemanes occidentales creían saber lo que era el capitalismo, el 78 por 100 no tenía ninguna duda acerca del socialismo, pero sólo el 71 por 100 se aventuró a dar una opinión sobre «el estado» y el 34 por 100 no tenía la menor idea de cómo definir o describir «la nación». Entre los menos cultos la incertidumbre era todavía mayor. El 90 por 100 de los alemanes que habían terminado la educación secundaria tenían la sensación de estar informados de los cuatro términos, pero sólo el 54 por 100 de los alemanes (no formados, es decir, sin especialización) con sólo educación primaria tenía la sensación de saber lo que era «el estado», y sólo el 47 por 100, «la nación». Esta incertidumbre nacía precisamente de la ruptura de la antigua congruencia entre «pueblo», «nación» y «estado».

Al preguntárseles si la nación y el estado eran lo mismo o se trataba de cosas diferentes, el 43 por 100 de los alemanes occidentales —el 81 por 100 entre los más cultos— dio la respuesta obvia de que no eran lo mismo, toda vez que dos estados alemanes coexistían. No obstante, el 35 por 100

34. Bundesministerium für innerdeutsche Beziehungen, *Materialien zum Bericht zur Lage der Nation*, 3 vols., Bonn, 1971, 1972, 1974, III, pp. 107-113, esp. p. 112.

creía que la nación y el estado eran inseparables y, por ende, lógicamente, el 31 por 100 de los trabajadores —el 39 por 100 entre los de menos de 40 años— concluyó que la República Democrática Alemana ahora formaba una nación diferente, porque era un estado diferente. Observemos también que el grupo con el convencimiento más fuerte de la identidad del estado y la nación —el 42 por 100— era el de los trabajadores especializados; el grupo más convencido de que Alemania consistía en una sola nación dividida en dos estados eran los votantes socialdemócratas. El 52 por 100 de ellos tenía este punto de vista comparado con el 36 por 100 de los votantes de la democracia cristiana. Cabría decir que, un siglo después de la unificación de Alemania, el tradicional concepto decimonónico de «la nación» perduraba con la mayor fuerza en la clase obrera.

Lo que esto sugiere es que la idea de «la nación», una vez extraída como un molusco, de la concha aparentemente dura del «estado-nación», aparece como una forma claramente vacilante. No se trata, por supuesto, de que los alemanes, tanto al este como al oeste del Elba, dejaran de considerarse «alemanes» incluso antes de que los dos estados se unieran, aunque probablemente después de 1945 la mayoría de los austríacos dejaron de considerarse parte de una gran Alemania, como ocurría entre 1918 y el citado año; y, desde luego, los suizos de habla alemana se distanciaron activamente de cualquier sugerencia de indentidad alemana. De lo que dudaban los alemanes orientales y occidentales, y tenían buenas razones para dudar de ello, era de las implicaciones políticas o de otro tipo de la «condición alemana». Y dista mucho de estar claro que la instauración de una sola República Federal de Alemania en 1990 haya borrado por completo estas dudas. Uno sospecha que encuestas similares en otros «estados-nación» históricos también producirían respuestas confusas. ¿Cuál es, por ejemplo, la relación entre «la condición francesa» y la *francophonie* (término que no existía hasta hace poco; aparece documentado por primera vez en 1959)? Ya fuera voluntariamente o sin querer, el general De Gaulle aparecía completamente reñido con lo que hemos visto que es la definición tradicional y no lingüística de la condición francesa cuando se dirigió a los habitantes de Quebec como a franceses en el extranjero. A su vez, el pensamiento nacionalista de Quebec «más o menos ha abandonado el término *patria* (*la patrie*) y se ha embarcado en un debate interminable en torno al mérito y al demérito de términos tales como *nación*, *pueblo*, *sociedad* y *estado*».[35] Hasta el decenio de 1960, la

35. Léon Dion, «The mystery of Quebec», p. 302. La versión gaullista de Quebec como francesa, tal como se dio en una declaración del gabinete francés el día 31 de julio de 1967, fue que Francia no podía «desinteresarse del destino presente y futuro de una pobla-

«condición británica», en términos de derecho y administración, dependía sencillamente de ser hijo de padres británicos o nacer en suelo británico, de casarse con un ciudadano británico o de naturalizarse. Hoy dista mucho de ser un asunto sencillo.

Nada de todo esto significa que el nacionalismo no sea muy prominente en la política mundial de hoy, ni que haya menos que en otras épocas. Lo que arguyo es más bien que, a pesar de su evidente prominencia, el nacionalismo es históricamente menos importante. Ya no es un programa político mundial, por así decirlo, como cabría afirmar que era en el siglo XIX y principios del XX. Es, a lo sumo, un factor que complica, o un catalizador de otros fenómenos. No es inverosímil presentar la historia del mundo eurocéntrico del siglo XIX como un proceso de «edificación de naciones», como hizo Walter Bagehot. Todavía presentamos la historia de los principales estados europeos de Europa después de 1870 de esta manera, como en el título de *Peasants into Frenchmen*, de Eugen Weber.[36] ¿Hay probabilidades de que alguien escriba la historia del mundo a finales del siglo XX y comienzos del XXI en tales términos? Muy pocas.

Al contrario, tendrá que escribirse inevitablemente como la historia de un mundo que ya no cabe dentro de los límites de las «naciones» y los «estados-nación» tal como solían definirse, ya fuera política, económica, cultural o incluso lingüísticamente. Será en gran parte supranacional e infranacional, pero incluso la infranacionalidad, se vista o no de mininacionalismo, reflejará el declive del antiguo estado-nación como entidad capaz de funcionar. Verá los «estados-nación» y las «naciones» o los grupos étnico/lingüísticos principalmente en relación con la nueva reestructuración supranacional del globo, retirándose ante su avance, resistiéndose o adaptándose a ella, viéndose absorbidos o dislocados por ella. Las naciones y el nacionalismo estarán presentes en esta historia, pero interpretando papeles subordinados y a menudo bastante insignificantes. Esto no quiere decir que la historia y la cultura nacionales no ocupen un puesto importante —quizá más importante que antes— en los sistemas de educación y la vida cultural de determinados países, especialmente los más pequeños,

---

ción que descendía de su propia gente y era admirablemente fiel a su país de origen, ni considerar el Canadá como un país extranjero en el mismo sentido que otros», *Canadian News Facts*, vol. 1, n.º 15 (14 de agosto de 1967), p. 114.

36. Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen: the modernization of rural France, 1870-1914*, Stanford, 1976.

ni que no puedan florecer localmente dentro de un marco supranacional mucho más amplio, del mismo modo que, por ejemplo, la cultura catalana florece hoy día, pero basándose en el supuesto tácito de que sean los catalanes quienes se comuniquen con el resto del mundo por medio del español y el inglés, ya que pocas personas no residentes en Cataluña podrán comunicarse utilizando la lengua local.[37]

Como he sugerido, «nación» y «nacionalismo» ya no son términos apropiados para describir, y mucho menos para analizar, las entidades políticas que se califican de tales, o siquiera los sentimientos que en otro tiempo se describían con ellos. No es imposible que el nacionalismo decaiga con la decadencia del estado-nación, sin el cual ser inglés, irlandés o judío, o una combinación de las tres cosas, es sólo una manera que usa la gente para describir su identidad entre las muchas otras que emplean para este propósito, según exija la ocasión.[38] Sería absurdo afirmar que este día ya está cerca. No obstante, espero que al menos sea posible imaginarlo. Después de todo, el hecho mismo de que los historiadores al menos están empezando a hacer algunos progresos en el estudio y el análisis de las naciones y el nacionalismo induce a pensar que, como ocurre con tanta frecuencia, el fenómeno ya ha dejado atrás su punto más alto. Dijo Hegel que la lechuza de Minerva que lleva la sabiduría levanta el vuelo en el crepúsculo. Es una buena señal que en estos momentos esté volando en círculos alrededor de las naciones y el nacionalismo.

37. Cuando se encontraban en el extranjero, dos tercios de los catalanes se consideraban «españoles» en el decenio de 1970. M. García Ferrando, *Regionalismo y autonomías en España*, Madrid, 1982, cuadro 11.

38. Entre los raros teóricos que parecen compartir mis dudas acerca de la fuerza y el dominio del nacionalismo se encuentra John Breuilly en *Nationalism and the state*. Critica tanto a Gellner como a Anderson por suponer «que el éxito evidente del nacionalismo significa que el nacionalismo tiene raíces muy fuertes en el pensamiento o el comportamiento de la gente»: «Reflections on nationalism», en *Philosophy and Social Science*, 15/1 (marzo de 1985), p. 73.

ÍNDICE ALFABÉTICO

ÍNDICE